

ENSAYISTAS
COSTARRICENSES

Selección, prólogo, notas y bibliografía

LUIS FERRERO

Edición homenaje a la

cultura costarricense

LXXV Aniversario

LIBRERIA LEHMANN

(1896 - 1971)

ENSAYISTAS COSTARRICENSES



ANTONIO LEHMANN, librería, Imprenta y litografía Ltda. San José, Costa Rica

Derechos reservados

ANTONIO LEHMANN, Librería, Imprenta y Litografía Ltda.

Impreso en San José de Costa Rica - Printed in Costa Rica

La Casa Lehmann cumple en el presente arao su 75 Aniversario de actividades en el significativo y noble campo del libro. Se inician éstas en el año 1896 con don Antonio Lehmann Merz, quien fue invitado a venir a Costa Rica por el obispo Bernardo A. Thiel, con el objeto de importar libros de moral e implementos religiosos. Al ingresar al país constituye la Librería Católica, con el valioso aporte de la Congregación Paulina, que haría pocos años había venido de Europa.

El ambiente comercial y las inquietudes culturales, pronto llevan a la empresa a extenderse dentro del campo literario y en la producción del libro. Se ofrece al país -como también lo hacen otras casas comerciales- literatura nacional, producto de los intelectuales de la misma época. Conforme entra el país en los caminos del progreso, se amplía la organización de la empresa y participan en su desarrollo personalidades de nuestra vida social y cultural.

Existe una relación palpable entre la trayectoria de la Casa Lehmann y el desarrollo cultural, educacional, comercial e industrial de Costa Rica. Por ello creemos oportuno hacer un alto en el camino y rendirle nuestro homenaje a la Patria, al presentar una obra literaria que encierra el pensamiento reflexivo, con los matices de nuestra idiosincrasia.

Coincidiendo la efemérides de nuestra empresa con la de la Independencia nacional y estableciendo la relación numérica del 75 Aniversario, con el 150 Aniversario, tenemos una razón más para ofrendar esta obra del pensamiento costarricense. Es una manifestación de gratitud por la oportunidad de haber podido servir. Y sea este agradecimiento para todo costarricense del pasado, del presente y del futuro.

Creemos decididamente en la capacidad inagotable de tantos valores que integran la nación costarricense, por lo que es fácil caer en la omisión involuntaria en la presentación de Ensayistas Costarricenses; por ello pedimos comprensión. Mas, habiendo sido la filosofía de nuestra casa encarar un aspecto positivo a toda situación planteada, nos agrada ofrecer esta obra bajo la dirección de uno de los valores nacionales, el joven escritor Luis Ferrero, también un distinguido ensayista costarricense.

Este libro es el primero en su genero en Costa Rica. Se inicia con un estudio prologal en el que se analiza el origen y los temas del ensayo costarricense. A juicio del autor, esta es la modalidad literaria más característica y auténticamente adecuada a la mentalidad nacional. Continúa con una antología sobre dos grandes temas: cultura y política, escogida rigurosamente y representada por catorce ensayistas. (El autor no toma en cuenta el ensayo teórico, lírico y narra-

tino, porque estos tipos no han influido mucho en la formación de la mentalidad costarricense). Termina con un repertorio bibliográfico, donde se incluyen únicamente los libros de ensayos publicados hasta la fecha en que esta obra entró a prensas.

En Costa Rica el ensayo y el artículo de ideas han sustituido en muchísimo al libro; por esto, dicho repertorio bibliográfico, evidencia una copiosa riqueza de la literatura ensayística y servirá de base para futuras investigaciones de la cultura y del pensamiento costarricenses.

Luis Ferrero busca en su estudio introductorio el "ideal" del costarricense y de Costa Rica como tesis. Luego presenta, a grandes rasgos, la "realidad" nacional como antítesis. Y como síntesis, inquiere en los ensayos propuestos el programa que han ido señalando los escritores para alcanzar el "ideal". El estudio de presentación es reposado y serio. Trata de analizar el pensamiento filosófico de nuestros mejores pensadores, para llegar a concretar y sintetizar sus inquietudes y su importancia en el desenvolvimiento social e institucional de nuestra Patria.

El autor ha preparado esta valiosísima obra con carácter de exclusividad para conmemorar los 75 años de la Casa Lehmann. Al respecto, cabe recordar aquí las palabras del sabio humanista mexicano Alfonso Reyes, quien lo distinguió con su afecto: "Afortunadamente hay hombres capaces de sacrificar a la inteligencia algo de su comodidad propia. Luis Ferrero no escatima esfuerzo alguno cuando hace falta corregir las pruebas de imprenta de sus amigos, o ayudarlos a elegir el tipo, el papel, el formato, la cubierta de un libro. Le veo en dichos menesteres y me ha recordado a Juan Ramón Jiménez, el pastor de estrellas. Y a Ferrero se le busca como el pan cotidiano".

No otra cosa se puede esperar de este escritor, valor auténtico de la intelectualidad costarricense. Es un hombre de muy buena voluntad, acucioso y gran conocedor del ambiente literario nacional e internacional.

La imprenta es la concreción de la parábola bíblica del grano de mostaza. Se "siembran" unos "originales" y se obtiene una copiosísima cosecha de impresos. El libro es un noble instrumento para difundir cultura y alcanzar el perseguido sueño de un hombre nuevo en una nueva patria, a que aspiran los idealistas. Fecunda idea por la que la Empresa Lehmann también ha luchado durante tres cuartos de siglo con su labor editorial, mantenida fiel y tenazmente.

Por ello, como un homenaje a Costa Rica en sus más eminentes pensadores, entrega con júbilo la obra en esta fecha significativa de sus Bodas de Diamante.

Primer Convenio Industrial
en Costa Rica de

Antonio Lehmann,
Librería Imprenta y Litografía Ltda.

1896

Entre los infrascritos Alejo E. Jimé-
nez, José María Sánchez G. y Antonio
Lehmann hemos celebrado el siguiente
convenio:

1.º Alejo E. Jiménez como propie-
tario de la "Tipografía de San José"
concede el uso de esta a los señores
José María Sánchez y Antonio Lehmann
para publicar el periódico "La Unión
Católica" y los demás periódicos buenos
que se presenten, así como otros trabajos

2.º José María Sánchez G. es el re-
dactor responsable de "La Unión Ca-
tólica" y se ocupará en la corrección
de esta como de los demás periódicos
y publicaciones e impresiones que
se hagan.

3.º Antonio Lehmann se encarga
de todo lo que se refiere a la ad-
ministración de la imprenta y de los

previos; por consiguiente se toca
contratar y vigilar las operas y
pagos, cobrar las suscripciones y el
valor de las publicaciones y avisos, des-
pachar los previos, y llevar los libros
de la contabilidad.

4^o Del producto neto, pagos los
operarios, alquiler de casa y demás gues-
tos, corresponden a Jui' Maria Sanchez
las dos terceras partes y a Antonio
Lehmann la tercera parte, mientras
este producto no exceda de trescientos
pesos mensuales; si excede el sobrante
se aplicara a la mejora de la im-
prensa y a amurtizar el capital.

5^o Queda entendido que si Lehmann
el presente convenio durara
hasta el 31 de Diciembre del presente
año; y se hacen de él tres copias,
que firmamos en San Jui', a pri-
mero de Agosto de mil ochocientos
noveenta y seis, desde el cual dia
comienza a tener vigor el presente
convenio.

Ant^o Lehmann

A. J. J. J.

José M^o Sanchez

<i>Nota editorial</i>	7
Primer Convenio Industrial en Costa Rica de Antonio Lehmann (1896)	9
<i>Capítulo 1.-El ensayo literario</i>	15
Características del ensayo	17
Modalidades del ensayo	22
Deslindes	25
<i>Capítulo II.-Panorama histórico del ensayo costarricense</i>	27
Génesis	27
Eclosión del ensayo	38
Primeros ensayistas	40
Nuevas inquietudes	50
El período contemporáneo	57
El presente	68
Conclusiones	69
<i>Capítulo III. Esta antología</i>	71
Ideas-eje	71
Cultura-educación	72
Americanidad	75
Costarriqueñidad	77
Un ideario	83

PRECURSORES

<i>José María Castro Madriz</i> "Educación de la mujer"	95
<i>Mauro Fernández</i> "La instrucción cívica en las escuelas"	99
<i>Pío J. Víquez</i> "Ir al mercado"	103
<i>Antonio Zambrana</i> "El secreto de oro"	111

ENSAYISTAS

<i>Roberto Brenes Mesén</i>	
La cultura integral del hombre	119
Con los jóvenes del "Centro para el Estudio de los Problemas Nacionales"	127

<i>Joaquín García Monge</i>	
Ante el Monumento Nacional	147
Unidos por la cultura	154
<i>Untar Dengo</i>	
Mira y pasa	161
<i>Rómulo Tovar</i>	
Exhortación patriótica	167
<i>Rafael Cardona</i>	
Iberoamericanismo positivo	175
<i>Mario Sancho</i>	
A propósito de la civilización maquinística	197
<i>Moisés Vincenzi</i>	
La moral en la crisis contemporánea	207
<i>León Pacheco</i>	
En busca de una definición	231
<i>Carlos Monge Alfaro</i>	
Sabiduría y prudencia en el quehacer universitario	251
<i>Rodrigo Facio</i>	
Una universidad libre	261
<i>Abelardo Bonilla</i>	
Abel y Caín en el ser histórico de la nación costarricense	273
<i>Mario Alberto Jiménez</i>	
Los ticos y la máscara	285
<i>Luis Barahona Jiménez</i>	
Tres notas sobre el carácter costarricense	295
<i>Isaac Felipe Azofeifa</i>	
La isla que somos	319
<i>Repertorio bibliográfico del ensayo costarricense</i>	335
<i>Índice onomástico</i>	349

LITERATURA DE IDEAS

EL ensayo se caracteriza por su forma cambiante y, por decir así, escurridiza. De ahí que cualquier composición corta, que enfoque parcialmente un tema o lo trate como en esbozo, sea llamada ensayo.

La definición más breve dice que el ensayo es literatura de ideas. Antes de estudiar las características de este género analicemos los términos *literatura e ideas*.

El vocablo literatura nos lleva al campo del *sinfronismo*. Ortega y Gasset lo define así: ". . . consiste en revivir la sensibilidad básica del hombre de una época y los de todas las épocas, de los próximos o los dispersos en el tiempo y en el espacio".¹ Por esta condición sinfrónica Azorín dice que un autor clásico es un reflejo de nuestra sensibilidad moderna. Un autor no será clásico si no refleja nuestra sensibilidad. Nos vemos en los clásicos a nosotros mismos. Por eso, los clásicos evolucionan: evolucionan según cambia y evoluciona la sensibilidad de las generaciones. Por el sinfronismo hay identificación de autor y lector.

Para que se establezca esta comunión de ideas y sentimientos la página escrita debe ser bella. La belleza es decisiva. Donde no haya belleza podrá haber originalidad, profundidad, pero no literatura. Si faltan los valores lúdicos el escrito no puede conducir a la emoción, de la literatura. Y para que haya belleza deben existir valores lúdicos (del latín *ludus*, juego). Estos valores se manifiestan en la literatura, en las metáforas, en las comparaciones, en las aliteraciones, en la anáfora, etc.; en fin, en todos los recursos literarios que utiliza el escritor, con los que produce el goce, el placer, el disfrute pleno de lo literario.

Pero, no toda la literatura es juego. También tiene una virtud sedante y curativa en la cual muchos buscan refugio posible para cobi-

jarse huyendo de la realidad circundante. A la vez, hay quienes consideran que la literatura no debe prescindir de la circunstancia en que su creación, creador y lector están necesariamente inmersos. Dicen que la literatura es una gimnástica de la imaginación y del corazón, que está comprometida. Todo hombre tiene su compromiso en la vida. Y, aunque quiera, no podrá desprenderse de él. Por ello no existe en el escritor la gratuidad absoluta. El más grande escritor es el que sirve de testimonio más amplio; de testimonio del mayor número de hombres. El mayor parentesco con los hombres es el que caracteriza al mejor escritor.

En *El deslinde*, Alfonso Reyes discute a fondo la naturaleza de la literatura. Expone que ciertos asuntos son de índole literaria; otros no (tales como la historia, la ciencia, la filosofía, comentarios sobre un libro de poesías, etc.). Al respecto dice el maestro Reyes:

"El asunto, para la literatura propiamente tal, se refiere a la experiencia pura, a la general experiencia humana; y para la no literatura, según el caso, a conocimientos especiales ... La literatura expresa al hombre en cuanto es humano. La no literatura en cuanto es teólogo, filósofo, cientifista, historiador, estadista, político, técnico. etc. 7"

Al retomar el concepto de que el ensayo es literatura de ideas, observamos que en la literatura interviene lo sinfrónico, lo lúdico, lo evasivo y el compromiso. Por el otro lado, tenemos la expresión *de ideas*. Alfonso Reyes ya nos aclaró que la no literatura expresa al hombre en cuanto a sus conocimientos. Una obra escrita que es el resultado sólo de la inteligencia no es literatura, es *didáctica*.

Ahora recapitulemos. No hay mucho problema en clasificar una obra como ensayo cuando el asunto expresa al hombre en cuanto es hombre. Una obra que parte de este punto es de por sí trascendental,

y estará basada tanto en el intelecto como en la emoción. Ambos elementos humanos, la combinación objetividad-subjetividad deben estar presentes en el ensayo.

La belleza es fundamental en el concepto de literatura. En las otras disciplinas del pensamiento que constituyen la no literatura se fundamentan en la didáctica, es decir, tiene el objetivo de comunicar ideas y conocimientos sin preocupación por la forma.

En el ensayo, la literatura está al servicio de las otras manifestaciones del pensamiento: está en función ancilar. Entiéndese por función ancilar (del latín *ancila*, servidumbre) cuando la expresión literaria sirve de vehículo a un contenido y a un fin no literarios.

En su discusión sobre la naturaleza de la literatura Alfonso Reyes habla de la función ancilar:

"Entendemos por función ancilar cualquier servicio temático, sea poético, sea semántico, entre las distintas disciplinas del espíritu".¹ Luego aclara: "Hay dos grandes manifestaciones de la función ancilar: una corresponde a la poética, y otra a la semántica".¹ *Poética* se refiere a la forma; *semántica* a la materia.

Hay cualidad de ensayo en todo escrito en que la literatura (la poética) está en función ancilar de las otras disciplinas del pensamiento (la semántica). Es decir, conjunción de literatura y de las otras manifestaciones del pensamiento. Cuando esto se da conjuntamente en un escrito se habla de que es un género híbrido, es decir, combinado. De ahí que la definición más breve del término ensayo sea la de *literatura d e ideas*.

CARACTERÍSTICAS DEL ENSAYO

Ya estamos listos para adentrarnos en el ensayo y ver que se distingue de otras formas literarias por la presencia *simultánea* de las siguientes características:

Didáctica

"El ensayo es un género híbrido, en cuanto participan en él elementos de dos categorías diferentes. Por una parte es didáctico y lógico en la exposición de las nociones e ideas; pero, además, por su flexibilidad efusiva, por su libertad ideológica y formal, -en suma, por su calidad subjetiva-, suele tener también un relieve literario", explica José Luis Martínez.'

El propósito del ensayo es el de educar en el sentido etimológico del vocablo: estimular el crecimiento. El estímulo educativo puede resultar en el nivel emotivo o en el nivel intelectual, o simultáneamente en ambos. Esto último influye en el crecimiento humano, y es el objeto del ensayo.

Este encuentro educativo se realiza dentro de un marco lógico, aunque el ensayo es digresivo a menudo. Montaigne dijo: "Soltando aquí una frase, allá otra, como partes separadas del conjunto, desviadas, sin designio de plan ... Varío cuando me place, y me entrego a la duda y a la incertidumbre

Siendo digresivo, y con una libertad formal e ideológica, no quiere decir que no haya lógica, excepto tal vez en el desarrollo temático. El ensayo, en su estructura lógica presenta una idea, le da vueltas, *e implícita o explícitamente, la conclusión*. De otra manera, no sería educativo sino más bien estético. El total de impresiones presentadas en la ausencia de una estructura lógica, puede estimular la parte afectiva del hombre, pero

no lo conducirá al crecimiento o al cambio vital de la personalidad plena. Esto puede ocurrir solamente cuando esté presente el intelecto, cuyo crecimiento, por lo menos en sus fases iniciales está basado en la lógica.

La calidad de ser educativo supone que el lector recree las ideas. Una vez plantada la idea, por medio de una recepción activa, el lector la incorporará en sus propias experiencias, dándole vida propia_

Trascendental

El ensayo, tratando del hombre en cuanto es humano, es trascendente en el tiempo como en el espacio. No está limitado ni por fronteras geográficas ni épocas. Su universalidad excluye el tratar los temas de interés sólo regional o pasajero, a no ser que se saquen conclusiones que afectan a la persona como persona. A la vez, un tema de naturaleza universal se excluye cuando es tratado bajo un aspecto particular y con sólo interés momentáneo.

Parcial

El ensayo se caracteriza por un tratamiento incompleto de un tema. No trata de agotarlo, ni en extensión ni en intensidad.

Los argumentos que aduce el ensayista están presentados de preferencia por los aspectos inusitados de las cosas.

Al terminar la lectura de un ensayo neto, queda la sensación de que el tema amerita profundidad en el tratamiento. Esto se debe a la característica educativa que tiene el ensayo. El lector, al recibir el estímulo educativo siente la necesidad de completar mentalmente los argumentos: de enriquecerlos, de ampliarlos. Por ello Julián Marías dice que el ensayo: "tiene fines de orientación, e incitación, para señalar

un tema importante que podrá ser explorado en detalle por otros; y para estudiar cuestiones marginales y limitadas, fuera del torso general, de una disciplina".'

El propósito del ensayo es plantar la semilla de la orientación y excitar o estimular el crecimiento. Puede llevar a cabo su propósito dentro de pocas líneas, o dentro de muchas páginas. Esencialmente es una forma de sondeo sin ninguna intención de agotar los argumentos.

En forma metafórica podríamos decir que el ensayo es un rayo de luz que quiebra la oscuridad para establecer el contacto entre dos personas. El lector se ilumina del rayo y lo irradia por su persona. El que este contacto sea breve o sea sostenido no es consecuencia esencial, al fin y al cabo.

Subjetividad

El crítico literario José Luis Martínez ha expresado: "El ensayo es, pues, ante todo, una peculiar forma de comunicación cordial de ideas en la cual éstas abandonan toda pretensión de impersonalidad e imparcialidad para adoptar valientemente las ventajas y las limitaciones de la personalidad y parcialidad del ensayista. En los asuntos más puros y característicos cualquier tema o asunto se convierte en problema íntimo, individual; se penetra de resonancias humanas, se anima a menudo con un toque humorístico o cierta coquetería intelectual; renunciando cuando es posible a la falacia de la objetividad y de la seriedad didáctica y a la exposición exhaustiva, entra de lleno en un historicismo y se presenta como testimonio, como voto personal y provisional".'

Como el ensayista abandona toda pretensión de imparcialidad e impersonalidad, esto trae como consecuencia la subjetividad. El ensayista emitirá juicios estéticos, históricos, científicos, etc., dentro del marco de su propia experiencia. Suele ver el pasado a través de los lentes del

presente; los campos especiales del conocimiento están sujetos a una interpretación personal. Por lo tanto, el frío objetivismo académico cede al calor y color de la subjetividad, donde a menudo no se presta mucha atención a los detalles como las referencias exactas y el dato que apoya la prueba. Como señala Ortega y Gasset: "El ensayo es la ciencia menos la prueba explícita". Esta subjetividad abre paso a la flexibilidad. Entonces, el ensayista puede moverse sin rigurosidad, aún ilógicamente si así lo desea, a través de la discusión del tema, siempre manifestándose dentro de la estructura lógica y básica arriba mencionada.

El ensayo corre libremente, sin extremos que lo limiten y "trata de materias básicamente `reales' o de hecho, pero que están sometidas a una interpretación distintivamente personal o artística ... Permite numerosas modulaciones dentro de la amplia esfera deslindada por dos extremos: a) el extremo didáctico-expositivo de la monografía formal, el tratado o estudio científico y 'objetivo'; la mera comunicación de informes, de escuetos conceptos o hechos, como en la pura crónica o el reportaje, b) el extremo poético-creador: sea puro lirismo no-narrativo, sea pura ficción narrativa de sucesos ficticios con personajes ficticios, "." Combina objetividad con subjetividad. "La función del ensayista ... parece conciliar la Poesía y la Filosofía. Tiende un puente entre el mundo de las imágenes y el de los conceptos", como afirma Mariano Picón Salas."

Está escrito en prosa literaria

Corrientemente el ensayo está escrito en prosa. Existen algunos escritos en verso, como los de Dryden y Pope. En la literatura hispanoamericana tenemos en Andrés Bello un ejemplo de poesía didáctica que casi llega a calidad de ensayo en verso. Nos referimos a su oda «A la zona tórrida».

La subjetividad a que antes nos referíamos como una de las características del ensayo implica el que haya sido escrito en prosa literaria. El lenguaje no es corrientemente el del hombre de la calle. Aunque el estilo varía de un autor a otro, usualmente está presente cierta elegancia, cierta agilidad y espontaneidad, junto con el uso de artificios literarios; tales como la metáfora, el símil, el símbolo, la aliteración, etc.

"Por su forma o ejecución verbal, puede tener una dimensión estética en la calidad de su estilo, pero requiere, al mismo tiempo, una dimensión lógica, no literaria, en la exposición de sus temas" -explica José Luis Martínez." La calidad estética del estilo literario no afecta la naturaleza del ensayo como tal, sino más bien sólo su valor literario.

Variedad temática

"Todo puede ser tratado en el ensayo. Lo trascendente y lo frívolo, las inquietudes actuales y las preocupaciones pretéritas", señala Martín Alonso."

En fin, no hay mucho problema en clasificar una obra como ensayo cuando el asunto expresa al hombre en cuanto es hombre. Una obra que parte de este punto es de por sí trascendental y estará basada tanto en el intelecto como en la emoción. Ambos elementos humanos, la combinación objetividad-subjetividad, deben estar presentes en el ensayo. Una obra que es el resultado sólo de la inteligencia no es literatura.

El género del ensayo, pues, tiene su poética y su semántica. Esta puede ser cualquier cosa dentro de la gama de la experiencia humana, y un ensayo puede ser o literatura pura o aplicada, aunque generalmente es lo último. La semántica (la materia) debe ser calificada por la trascendencia y la parcialidad.

MODALIDADES DEL ENSAYO

Basándonos en la intención del ensayista podemos hacer una distinción mucho más aguda entre los diferentes tipos de ensayo.

1. *Ensayo de creación literaria*

La intención del autor en este tipo de ensayo es la invención literaria. El tema puede ser cualquier cosa, pero suele caber dentro de la literatura pura. Puede variar considerablemente en extensión.

La materia es en sí, por lo común, menos importante. El autor enfoca su atención principalmente en la forma. A veces es el estilo el que tiene la máxima importancia, y entonces es la calidad estética de la prosa lo que se destaca. Así, este ensayo a menudo se aproxima a la poesía, siendo la lógica lo que lo mantiene dentro del género del ensayo. A veces el autor presta más atención a la manera de presentar la idea. Algún elemento de la realidad, sea particular o universal, es tratado de manera que se coloca en el reino de lo trascendental. El ingenio del ensayista juega papel importante en esta clase de ensayo.

2. *Ensayo expositivo-interpretativo*

Este tipo es el más prolífico. Temáticamente puede tratar desde la pura experiencia hasta conocimientos especiales. La forma de tratar el tema y de desarrollarlo, es a veces, largo, casi informal y monográfico, o, a veces, breve.

El propósito del autor es exponer o interpretar, aunque ocurre más frecuentemente una combinación de los dos. Si principalmente es de carácter expositivo, es la visión sintética-analítica con toques de interpretación original lo que se destaca. Si es interpretativo, la expresión es breve, y la originalidad y la subjetividad se destacan.

Una forma común de esta división es el ensayo de crítica literaria que, por la subjetividad, se distingue del estudio crítico-científico. Es generalmente tanto expositivo como interpretativo, y trata de un fenómeno dentro de la literatura, sea un escritor, una obra, un género, etc.: sea parcial o general.

3. *Ensayo narrativo*

En este tipo de ensayo el propósito del autor es narrar algún caso o una serie de acontecimientos, de tal manera que puedan sacarse conclusiones, implícita o explícitamente, sean morales, estéticas o históricas. Este tipo muchas veces toma la forma de crónicas o memorias, distinguiéndose de la crónica y de la memoria común, por la presencia de una fuerte subjetividad, a menudo intensamente íntima, que corrientemente toma la forma de juicios abundantes por parte del autor. Junto con esto hay digresiones frecuentes, que sirven de base para las generalizaciones.

4. *Ensayo de exhortación-doctrinario*

El tema y la extensión de este ensayo son libres. Si principalmente es de naturaleza exhortativa, la intención del autor es mover a la acción, sea en el campo físico, emotivo o intelectual. Si principalmente es doctrinario, sirve de vehículo para la presentación de mensajes culturales o históricos. En este caso, es la reflexión interpretativa lo que lo coloca dentro del género del ensayo. Frecuentemente, es tanto exhortativo como doctrinario.

5. *Ensayo periodístico*

"Es ... el registro leve y pasajero de las incitaciones, temas, opiniones y hechos del momento, consignados al paso, pero con una agudeza o una emoción que lo rescaten del simple periodismo".¹⁴ Suele llamarse *ensayículo*. Este tipo es muy común, generalmente dirigido a un público grande. Por lo tanto, no suele ser tan profundo, como algunos otros tipos.

DESLINDES

Podemos deslindar el ensayo de otros géneros que se aproximan al mismo a base de los cuatro elementos esenciales: didáctico, trascendental, parcial y subjetivo.

1. Por no ser *didáctico*, se excluye el poema en prosa, que es más bien una serie de impresiones líricas. Se falta, pues, a la estructura lógica.
2. Por no ser *trascendental*, se excluye el artículo, cuyo tema y manera de tratarlo es aleatorio. Nace de un hecho y perece con él.
3. Por no ser *parcial*, se excluyen la monografía y el tratado. Este pretende agotar un tema, tanto extensa como intensivamente. Aquélla, trata de un tema con propósitos exhaustivos.
4. Por no *ser subjetivo*, se excluye el "estudio crítico", una modalidad del cual es la crítica científica.

PANORAMA HISTORICO DEL ENSAYO COSTARRICENSE

II

GÉNESIS

LEO la carta que José Martí mandó a Pío J. Víquez el 7 de julio de 1893. Le habla del "amor y vigilancia con que los americanos, unos en el origen, en la esperanza y en el peligro, hemos de mantener a esta América nuestra". Le dice también que conoce lo que hacen los costarricenses y que alienta en él "una justa esperanza, esperanza de americano previsor".¹

Martí era muy popular entre la juventud amante de la libertad de Cuba, y vino a Costa Rica a ajustar ideas y esfuerzos .. .

En casa de sus amigos ("hombres plenos y buenos de la América", los llama) se anduvo fijando si tenían libros y lo cuenta en su ensayo «Antonio Maceo»: "De tomos de París y de lo vivo americano está llena, allá al patio, entre una fuente y una rosa, la librería del hijo joven".^o

Señala, asimismo, el sentimiento democrático y la curiosidad intelectual del costarricense: "Y si hay justa de ideas en un salón glorioso, apriétanse a la entrada, para beber primero, magistrados y presidente, sastres y escolares, soldado y labrador".'

Hay otro testimonio igualmente valioso: el de Rubén Darío. Enjuició la producción intelectual: "Costa Rica posee más savia que flores. Es un terreno donde los poetas se dan mal ... Lo que sí tiene Costa Rica, en grado superior al de cualquiera de las repúblicas centroamericanas, es un buen número de prosistas que brillan principalmente en lo que se relaciona con las ciencias político-sociales".'

¿Por qué ese fuerte intelectualismo y predilección por la literatura de ideas? ¿Qué le faltó al costarricense para expresar su vocación lírica?

Cuando se leen opiniones como esas inquieta por averiguar las causas generadoras de tal fenómeno. La visión transmitida por Martí y Darío es la culminación de un proceso que se inició en 1821 con la independencia. Es el resultado de cerca de setenta años de esfuerzos continuados por estructurar democráticamente un país, habitado por hombres progresistas y satisfechos.

Para entonces, Costa Rica tenía ya una estructura social, una conciencia nacional propia y una juventud anhelante, -la savia de que habló Darío-. Esta juventud enriquecería y humanizaría el legado cultural que recibió y, en mucho, lo haría con el ensayo literario.

* ~ *

Los próceres de 1821 sienten de pronto con estupor el saberse independientes. Desde el gobierno se ven enfrentados a superar una situación caótica e incierta: por un lado, una base económica pobre; por el otro, un elemento humano predominantemente labriego y sin verdadera cultura cívica.

Rafael Francisco Osejo, Víctor de la Guardia, Juan Mora Fernández, José Antonio Alvarado -entre otros- sienten la urgencia de salvar la crisis. Dos tendencias ideológicas desunen todo: la una, representada por el espíritu localista; la otra, por la idea de federarse con el resto de los Estados centroamericanos. Deben dedicarse por entero a robustecer el espíritu civilista que ya desde la Colonia nos viene configurando.

Deben los próceres organizar un estado jurídico: Costa Rica, una democracia campesina cuya característica fundamental sea el sentido de propiedad de la tierra, de igualdad y de libertad. Tendrían que lograrlo en un tiempo muy corto y poner en práctica un ideario liberal ilustrado.

Entre las preocupaciones que nos legarían prevalecen estas: la democracia, la libertad y la educación popular. Existe en esta etapa un marcado sentimiento filantrópico. No en balde nuestra primera constitución se llama Pacto de Concordia.' Y gracias a este sentimiento podrán fundar una nacionalidad en un tiempo relativamente corto.

En esta lucha, el periódico les es muy útil. En 1833 aparece el primer quincenario, el *Noticioso Universal*. Es preciso detenerse en el calificativo. Es muy reveladora la aspiración a universalizarse de aquellos próceres. Este periódico estaba "abierto a cierta curiosidad intelectual: de México, Lima, Chile, eran las reproducciones que hacía. Eso era lo más hermoso de entonces, -señala García Monge-: que los ciudadanos de América contemplaban las cosas, y se expresaban, en términos continentales. En los redactores del *Noticioso* es evidente, es claro, el concepto interamericano. Ancho el panorama del *Noticioso*: Europa, Asia, Africa. Fiel a su título. ... Las bellas letras no están favorecidas. La preferencia la tiene la literatura didáctica, cierto practicismo docente " 5. Este tipo de periodismo fue el origen de que el costarricense se manifestara a fines del siglo XIX con una mentalidad universalizadora y educativa.

Luego aparece *La Tertulia* (1834), fundado para combatir la anarquía imperante en las Provincias Unidas de Centro América. "Ciertamente, el período de la Federación recuerda días aciagos ... Guatemala, El Salvador, Honduras y Nicaragua ardieron entonces en perenne guerra civil. Sólo Costa Rica se mantuvo en paz".^o Por eso, en 1838 el Estado de Costa Rica se separa, y en 1848 se consolida como República libre, soberana e independiente.

La influencia del periódico llega a más: de los sacerdotes se decía entonces que: "casi todos se han vuelto políticos, tertuliantes, comerciantes o ambulantes. Ya no se los oirá hablar de los Santos

Evangelios, sólo citan *La Tertulia*, la Ambulancia,* los cafetales, los potreros, las facturas de ropa, la zaraza, las minas, las muchachas; y si usted se mete a farolero en decirles algo, lo dejan con la boca abierta y se lo prueban con Voltaire o Montesquieu".'

Aparece entonces en la vida pública de Costa Rica la inquietud por afirmar la nacionalidad. "Don Braulio Carrillo dio el primer ejemplo en América de un hombre de Estado que, con una visión clara del futuro, se atrevía a romper con el pasado colonial, afirmando, a un mismo tiempo, las bases de un sentimiento democrático, sin dejarse dominar por los halagos que le ofrecía una oligarquía en formación".'

A él se le debe el impulso de la nación en todos los órdenes: fomento de la agricultura, códigos en materia penal, civil y de procedimientos, que inician la acción centralizadora del Estado para terminar con un régimen patriarcal y cambiar el norte de Costa Rica; una modesta política tributaria, y el enfrentamiento con la Iglesia, entre otras cosas. Ya empezaba él a inquietarse por la educación femenina, cuando una revuelta militar lo manda al exilio, por haberse constituido en "hombre fuerte" y por aspirar al mando vitalicio.

Don Braulio logra, sin embargo, conformar el sentimiento de nacionalidad.

¿Cómo y cuándo nace en los pueblos este sentimiento? Les viene, sin duda, de fuerzas culturales e históricas: los pueblos se sienten conscientes de su unidad y lo que ella indica. Entonces, la consideran como el primer objeto de su patriotismo.

La idea de soberanía despierta en los hombres de Estado y en el pueblo sentimientos de fidelidad, lealtad y apego al terruño. Y toda co-

La Ambulancia, el gran problema político del momento: el sistema de rotación de las autoridades del Estado de una a otra de las principales ciudades, por períodos de cuatro años.

munidad procura conservar sus conquistas. Si bien en 1821 habían definido la soberanía, comprenden en 1848 que Costa Rica debería ponerse en contacto con naciones civilizadas y poderosas.

Ya Costa Rica posee una nacionalidad estructurada de acuerdo con su realidad y la psicología del pueblo, con bases institucionales y posibilidades económicas que le abren el camino hacia cambios en la forma de pensar, de sentir y de comportarse la gente.

Es por esto *que el* doctor Castro Madriz demuestra un gran respeto por la libertad de prensa e igualmente por las inquietudes relacionadas con la educación de la mujer, el establecimiento de relaciones internacionales y, sobre todo, por enseñar que la democracia *no es* patrimonio exclusivo de unos cuantos, sino que es de todos, con sus deberes y derechos que ella apareja.

Al erigir en 1843 la Universidad de Santo Tomás, en realidad Castro Madriz eleva en grado a una institución ya existente: a la Casa de Enseñanza Santo Tomás, fundada en 1814 y cuyo primer rector había sido Osejo. Durante tres lustros la Casa de Enseñanza cumplió la función de centro de cultura superior.

En los considerandos del decreto de erección de la Universidad se expresa que:

"La ilustración pone al hombre en el importante conocimiento de sus derechos y obligaciones; que refrena y dirige sus pasiones; que siembra en su corazón los gérmenes de la dignidad y del honor, y que inspirándole sublimes y nobles sentimientos le hace justo, útil, benéfico y patriótico".

Agrega que, por lo tanto, "es el primer deber de un buen gobierno promover la instrucción pública".'

Como puede apreciarse, es la idea erasmista que sólo la cultura puede elevar a los pueblos.

Ya a estas alturas el espíritu nacional costarricense se ha formado al extremo que, en 1856, tiene la prueba auténtica de su solidez. La amenaza de la pérdida de la libertad y la nacionalidad por un grupo de filibusteros encabezados por William Walker, -quien pretende anexionar a Centroamérica a los Estados esclavistas del sur de los Estados Unidos-, moviliza a los labriegos a defender la integridad nacional. "Los acontecimientos de 1856 son sumamente importantes, -indica León Pacheco-, no sólo desde el punto de vista internacional centroamericano, sino también desde el punto de vista de la estabilidad de Latinoamérica

Este acontecimiento tendría resonancias continentales. Varias naciones europeas y los Estados Unidos atisbaban el momento oportuno para conquistar campos en tierras americanas. La victoria de las fuerzas costarricenses, improvisadas con labriegos, anuló tales pretensiones.

Con ello Costa Rica gana definitivamente su independencia.

Lo anterior trae como consecuencia la necesidad de consolidar o renovar instituciones. El nombre de un periódico que apareció en 1860 da la tónica, *La Nueva Era*. Si no se logran todos los cambios radicales, al menos la aspiración renovadora se palpa en los discursos, escritos y proyectos. Hay la certeza del propósito de hacer cambios fundamentales.

Y junto con la oligarquía, por entonces ya robusta, aparece un militarismo incipiente.

Hay en la década de 1860 una gran intensidad por definir clara y realmente las instituciones políticas; por organizar la economía con alteraciones radicales de acuerdo con los principios del liberalismo;

por afirmar la nacionalidad y por definir los problemas que plantea la democracia.

Como figuras cumbres de esta década hay que señalar al doctor José María Castro Madriz y a Julián Volio. A lo largo de la jornada demostrarán innegables dotes de estadistas. Descubrir, estudiar problemas, saberlos plantear y resolver, esa es la función del estadista. Así actúan ellos.

Desde nuestra primera constitución, constantemente se ha luchado por la educación popular. Este es uno de los ideales más acariciados por los dirigentes intelectuales. Castro Madriz y Volio no pudieron sustraerse a ello. La pobreza había impedido e impide que se haga plena realidad aquella educación: llegaron a fundarse algunas escuelas, y la educación universitaria cede a la influencia de la moderna filosofía, francesa e inglesa. Pero no del todo. Siempre se escuda con un escolasticismo rígido.

Costa Rica se transforma a ojos vistas. El progreso económico, sobre todo como consecuencia de la industria cafetalera, es innegable. La paz de Costa Rica y su prosperidad atraen inmigrantes que vienen a crear un ambiente dinámico y a engrandecer la nación.

Los adelantos técnicos empiezan a ser utilizados, el telégrafo, por ejemplo. Costa Rica se expandía materialmente, pero culturalmente permanece estacionaria en sentido horizontal. Su sistema educativo está constituido por escuelas unitarias, herencia colonial con un criterio religioso predominante.

Volio y Castro Madriz son hombres de pensamiento y de acción. Igual que otros lo son en la América hispana. Una tónica de hombres a quienes se puede llamar constructores y luchadores ..

Emprenden una vigorosa lucha por la reforma total de la educación. En 1864, tienen listo un proyecto para liberarla del vaivén

político, creyendo en la idea de que la educación pública constituye una verdadera función social del Estado, con carácter obligatorio y gratuito.

Es así como Julián Volio, en su informe como Ministro de Instrucción Pública, de 1867, expresa que-

— ... la convicción, el espíritu público, el amor a la patria, son exóticos y enteramente nulos, donde las ideas no se pueden penetrar en las masas y dirigir sus movimientos. ... Tiempo es de salir de este estado de marasmo y pensar seriamente en la regeneración del pueblo por la instrucción. Enseñanza uniforme, universal, forzosa, gratuita y dirigida por mano patriótica que la sistematice e imponga; he aquí lo que el Gobierno reclama'

¡Mas su pedido es postergado por los legisladores!

Sin embargo, corresponde a Jesús Jiménez hacer realidad muchas de las inquietudes de Volio y Castro Madriz. Para ello tiene que luchar con el pretorianismo, aliado con la oligarquía. Don Jesús Jiménez conduce a Costa Rica al progreso material, intelectual y humano.

En efecto, en abril de 1869 logra el Artículo 6" de la Constitución que dice:

"Artículo 6º-La enseñanza primaria de ambos sexos es obligatoria, gratuita y costeadada por la Nación. La dirección inmediata de ella corresponde a las Municipalidades, y al Gobierno la suprema inspección

¿Cabe por tal medida considerarlo como el precursor de la moderna educación costarricense? Él funda el Colegio San Luis Gonzaga y para dirigirlo contrata a varios profesores españoles; entre los cuales destaca Valeriano Fernández Ferraz, quien vendría a renovar, iluminar e incitar a la juventud.

El liberalismo que cohesiona todo constituye el ambiente general que gira hacia el progreso del hombre y del Estado. Busca quebrar la educación tradicional. En la política, sigue el progreso, el orden y la libertad del individuo en todos los aspectos. Los estadistas liberales y los educadores dan acogida a una serie de ideologías extranjeras, canalizándolas siempre hacia el robustecimiento de un país progresista, integrado por una ciudadanía inteligente. Sus esfuerzos, básicamente de naturaleza jurídica, tienen los resultados deseados. A la vez, crean un ambiente cultural notablemente conceptualista.

Puede decirse que la influencia educativa del periodismo en estos años de 1870 no es tan vasta y profunda, pues se concentra en el campo político, primordialmente.

Por otra parte empieza a sentirse el influjo de muchos extranjeros. Estos ayudan en lo concerniente al orden del conocimiento, a la promoción de fuentes de riqueza y a la creación de formas elementales de la vida social moderna, y de esta forma procuran robustecer un Estado capaz de bastarse a sí mismo. Así se encuentran en la historia costarricense del siglo XIX, a tantos notables extranjeros dedicados a la enseñanza: Henri Pittier, Adolphe Marie, Juan Rudín, Lorenzo Montúfar, Máximo Jerez, Antonio Zambrana.

Sintetizando, Mauro Fernández comprende en la educación la respuesta a los problemas políticos y sociales; y Valeriano Fernández Ferraz, la entiende como algo más espiritual y sentimental, y la funde con la educación de la personalidad.

El secreto está, afirma don Valeriano, en la formación del carácter, ya que éste puede forjarse, y el costarricense es capaz de ello por la educación de la voluntad. Valeriano Fernández Ferraz, en efecto, insiste en la máxima krausista que reza: "Haz el bien por el bien", ¿Qué otras fueron, después, las máximas de Brenes Mesén, García Monge, Omar Dengo y otros?

El finca sus preocupaciones en las ejecutorias del personal docente, y se prodiga en normas y prácticas que renuevan los sistemas educativos imperantes.

Había que romper con un pasado que abrumaba. El país se siente deslumbrado por el positivismo; le pasa igual que a todos los países hispanoamericanos que ven en esta ideología una imagen ideal del hombre nuevo.

El progreso del país estimula esta concepción. Entre 1880 y 1900 parece surgir una Costa Rica nueva ... Un mundo nuevo se abre ante sus ojos. Se la vislumbra como la conquista máxima de estos tiempos electrizados por una fe nueva en los destinos del hombre.

Aquí se siente, como en el resto de Hispanoamérica "un nuevo orden; pero ya no era el orden teológico y colonial que había repudiado. Ahora era un orden apoyado en la ciencia. Un orden que se preocupaba por la educación del ciudadano y por alcanzar el mayor confort posible. Los ferrocarriles empezaron a surgir y a cruzar los caminos, aparecieron industrias. Una era de progreso, y, con ella, una era de gran optimismo se deja sentir. En política las palabras libertad, progreso y democracia sobre bases científicas y positivas aparecían como nuevas banderas. La riqueza pareció ser el mejor de los estímulos. El ideal de los emancipadores parecía realizarse".

En la euforia del momento, en 1886, Mauro Fernández hace promulgar la conocida "Ley General de Educación Común", en que se da particular interés a la enseñanza media, con la cual le proporciona al país un magnífico instrumento de "democratización".

Su positivismo lo lleva a poner también su atención en el nivel medio. Y procurando luchar contra el rígido escolasticismo, cierra la Universidad de Santo Tomás, para dar mayor énfasis a la enseñanza media. Dentro de ésta, planea una concepción práctica. Por ello expresa que:

lo que más en el país hace falta, y debe tratar de fundarse a la brevedad posible, es una Escuela Politécnica, en la cual se cultiven las ciencias desde el punto de vista de su aplicación inmediata a la vida práctica".`

La Escuela de Derecho es la única que sigue abierta y que en las décadas siguientes producirá algunas de las figuras más destacadas y determinantes de la vida política e intelectual de Costa Rica.

Mientras tanto, la literatura permea la vida pública: con frecuencia se transforma en periodismo u oratoria, o cuasi ensayo político. En Costa Rica, como en toda Hispanoamérica "obedece a razones políticas; no económicas. La literatura no produce dinero; nadie vive de su pluma. .. Los hombres de letras están todos del lado de la justicia social

Ya generalizada la educación, hacia 1890, un mayor número de costarricenses se incorpora a la vida cultural del país. El sentimiento patriótico es sensiblemente robusto; hay auténtico amor, apego, fidelidad, simpatía y lealtad al solar patrio. Las fuerzas culturales e históricas le afirman su carácter de nacionalidad. Entonces, los jóvenes empiezan a sentir curiosidad por conocer su pasado y por expresarse literariamente. Aparecen las primeras obras históricas y la literatura naciente provoca polémicas. Un grupo de jóvenes nacionalistas se enfrenta a un grupo de europeizantes. Los nacionalistas ganan la batalla y, sin antecedentes románticos, las letras costarricenses nacen bajo la tutela del realismo.

En esta batalla literaria nacionalista, el periodismo tiene singular importancia: es un descubridor. Es un orientador. Es un fomentador. Ello, gracias a que en la dirección de algunos periódicos están varios extranjeros notables como Rubén Darío, Alberto Masferrer, Francisco Gavidia, Max Soto Hall, Alfredo Greñas. En ellos, los jóvenes escritores encuentran estímulo.

Junto con el cuadro de costumbres aparecen algunos ensayistas incipientes que, como lo destaca Abelardo Bonilla en su *Historia de la literatura costarricense*, expresan sus ideas "con propósitos pragmáticos, al servicio de una causa, o bien para recoger hechos históricos. Pero ninguno se propuso la creación literaria como producto de la fantasía o expresión de la belleza". Y en esto, muchos jóvenes tienen un ejemplo que imitar en el cubano Antonio Zambrana, uno de los más grandes propulsores de la cultura costarricense.

En síntesis, así se cierra todo un siglo, en cuya gestación cultural siempre estuvo el costarricense muy imbuido de un fuerte conceptuismo, porque tenía que estructurar una nación, y no había tiempo para el lirismo.

Por eso, no es de extrañar que los dos grandes viadores y veadores de América como lo fueron José Martí y Rubén Darío vieran en el costarricense finisecular, en vez de poetas, "un buen número de pro-sistas que brillan principalmente en lo que se relaciona con las ciencias político sociales" y el uno señalara que "Costa Rica posee más savia que flores", y el otro destacara una fuerte curiosidad intelectual y alentara "una justa esperanza de americano previsor" al ver lo que se hacía aquí.

ECLOSION DEL ENSAYO

Nada nace en el vacío; esto es una verdad indiscutible. Si el ensayo nace en Costa Rica ya casi en el siglo XX, es porque ya existe el ambiente intelectual propicio. Entonces, intelectualmente, Costa Rica posee "más savia que flores", al decir de Rubén Darío: más promesas que realidades.

Hurgando pacientemente en periódicos viejos, se encuentran gérmenes ensayísticos en la prosa de Pío J. Viquez y en la de otros.

Hay esbozos de ensayos en algunas polémicas de Ricardo Jiménez Oreamuno. En general, hay más artículos que ensayos. Sin embargo, se presagia el ensayo en periódicos y en las revistas *Costa Rica Ilustrada* (1890, 1892) y en la *Revista de Costa Rica* (1892).

Entonces el escritor costarricense lo es al margen de otras actividades de las que vive. Su modo de sentir y vivir la vida, su concepción del mundo quedaban expresados fundamentalmente en polémicas político-sociales. La creación pura tan sólo les interesa para la narración costumbrista muy lugareña, para la poesía satírica y, ocasionalmente para algún poema romántico donde desfoga su pasión amorosa o donde trata de plasmar un espíritu localista.

Aunque el terreno está preparado, en el campo del ensayo -1890- apenas sobresale la figura de Antonio Zambrana.

Sus ensayos literarios y filosóficos, sobre todo *Lo ideal* (1892) *Ideas de estética, literatura y elocuencia* (1896), y *Poesía de la historia* (1900) dejarán gran influencia en la literatura costarricense.

Sus preocupaciones, centradas en la política, son de carácter americano y universal. En uno de sus ensayos, «El nihilismo ruso», siembra ideas de un anarquismo de naturaleza pacífica, muy de acuerdo con el espíritu costarricense. Entusiasma a un grupo de jóvenes que lo rodear como a maestro. Y entonces comienza a fermentar en ellos una inquietud idealista que años después se manifestará en cierta reacción contra el positivismo extremo.

Estimulados por lo que escribía el doctor Zambrana, algunos jóvenes empiezan tímidamente a publicar *ensayículos*. Se amparan con seudónimos. Tratan de completar la obra que la generación anterior no había concluido en razón de su circunstancia.

Desean transformar al hombre por la cultura, con un espíritu más universal. Quizá muy utopista. Buscan un idealismo humanitario

que los encamine a una filosofía social. Para ello, se nutren del ideario de Bakunin y de Kropotkin, de Tolstoi y de Ruskin; del pensamiento de Platón y de Emerson; de Renán y de Spencer; y de pensadores hispanoamericanos como Rodó, Bolívar, Sarmiento y Martí. Lo hacen no con el deseo de explotar lo extranjero sino con el de utilizar los elementos que expresarían nuestra auténtica realidad.

En la discusión de esas ideas hay una eclosión de ensayos. Eclosión, porque es un brote violento. Un manifestarse febrilmente en 1904 y 1906. Un afán impetuoso por publicar.

Roberto Brenes Mesén y Joaquín García Monge, sobresalen por su ardor. Lanzas a voleo los temas fundamentales de la cultura como manifestación de las fuerzas materiales y espirituales, la política liberal como filosofía política de la libertad, del progreso intelectual y ruptura de todas las trabas que inmovilizan el pensamiento en contra de un liberalismo económico individualista. Se inquietan por la política internacional y con aires arielistas reflexionan sobre las relaciones de la América hispánica con los Estados Unidos del Norte. Se dedican a estudiar y divulgar a los próceres americanos. Y, sobre todo, los incita la idea del porvenir. Sus ideas tomarán vuelo. Y pronto se verán rodeados de jóvenes que se constituirán en discípulos. Estos tomarán los temas lanzados a voleo por Brenes Mesén y García Monge y los desarrollarán. Y entonces, con la aparición de don Roberto y don Joaquín el ensayo costarricense empieza a abrirse como un capullo en flor.

PRIMEROS ENSAYISTAS

El ensayo ilumina un tema importante. Se siembra una idea en el lector, y si hay recepción, este es estimulado e incitado.

Tal cosa sucedió con los primeros ensayos de Brenes Mesén y García Monge, publicados en sus periódicos *La Aurora* (1904) y *Vida y*

Verdad (1905). Ellos escribieron páginas polémicas con el deseo de que las ideas sean fermentadoras. Se escudan en seudónimos como Hilmar Nils, Jonatham Riedell, Ariel, Demetrio Rudine, 1. de M. y otros.

Pretenden contribuir a la formación de una mentalidad costarricense superior. Piden se discutan sus planteamientos porque luchan contra un ambiente cargado de conformismo. Comprenden el compromiso moral que adquieren al escoger una tribuna pública para ilustrar, guiar y aconsejar. Con penetración ahondan en los gustos, la cultura, las necesidades, los ideales, los impulsos, los caprichos, -en una palabra-, la sicología de las masas para quienes hacen periódicos y escriben. Y hallan que el ensayo es el medio 'más eficaz para expresar ideas, discutir en paz y con toda la ilustración diversos asuntos.

Evidentemente se sienten inconformes con el ambiente positivista reinante el cual inclina al costarricense hacia un materialismo despiadado. Opera en ellos el sedimento krausista de la juventud. Brenes Mesén es influido por Boutroux, Platón y las ideas filosófico-religiosas de Oriente. En fin, la intuición de un concepto más existencialista de la vida junto con un idealismo inspirado en lo fundamental por los problemas de la conducta.

Con ansiedad buscan perspectivas en las cuales la filosofía no es la búsqueda de la certidumbre, sino, más bien, la de un punto de apoyo en el hombre de acuerdo con el apotegma socrático: "Conócete a ti mismo".

García Monge siente el mensaje de *Ariel*. Le interesa hacer justicia. Ante sus ojos se abre un porvenir fabuloso. Es la herencia que ha recibido. ¿Sueña con un nuevo Renacimiento? ¿Comprende la necesidad de traer los grandes sistemas y hacerlos populares? ¡Quizá! Primero es la defensa de un ideal desinteresado. Un ideal del espíritu, del arte, de la ciencia, de la moral, de la política basada en principios.

Hay que educar la voluntad en el culto perseverante del porvenir. En fin, piensa como el maestro de *Ariel*. El libro de José Enrique Rodó es para García Monge una incitación al esfuerzo, al trabajo para construir una América pensadora sin menoscabo de su capacidad para la acción en un cercano futuro.

¡Porvenir!, es grito ansiosamente esperado por la juventud de Hispanoamérica. Coincidiendo con el movimiento de reacción contra el positivismo que ya corre como una ola en toda América Hispana, don Roberto y don Joaquín llevarán el pensamiento costarricense a una fase más o menos larga y de una tónica compleja porque entraña una lucha entre la reacción idealista y el fuerte sentimiento positivista.

Por entonces -1904- García Monge va dejando disperso su ideario, en mucho ligado a la educación: proyectos para crear "Centros de Cultura" en las zonas rurales, dictar conferencias en vacaciones y fundar bibliotecas públicas. Los jóvenes estudiantes deberán hacerlo porque sin una educación post-escolar racional, el empeño del Estado en formar hombres instruidos es vano. En el fondo, hace un llamamiento al idealismo, al trabajo socializador desinteresado.

También dispersa el semillero de una plataforma político educativa: máxima educación gratuita y diversas formas de educación media; la ciencia como preocupación civilizada; formación en el exterior de técnicos para las escuelas, la agricultura, municipios, finanzas, servicios públicos; el problema obrero y el problema agrario; una dirección de cultura estética; legislación del trabajo; fomento de cooperativas y gremios; creación de una oficina de servicio civil; las mujeres en el servicio social; el extranjero como factor espiritual y de progreso material; el problema de la distribución de la tierra; impuestos sobre la tierra y no sobre el trabajo y el consumo; una política exterior de decoro y, sobre todo, el sentimiento de la americanidad apuntando hacia la idea de la unidad continental.

Quiere una democracia para que el hombre se realice íntegramente como ser humano en su proyección social al servicio de los demás. Anhela la cultura como antídoto contra lo bárbaro y reaccionario. Lucha porque predominen la justicia civil, la libertad, la belleza, basadas en la fraternidad. Pregona el conocimiento de la historia para el auto-entendimiento y el fortalecimiento de la conciencia nacional; el culto a los próceres de América; la defensa del suelo natal y el concepto de patria; la misión de Costa Rica ante el mundo, y la americanidad como cultura humanística, creación y soberanía del espíritu.

Brenes Mesén, a la vez, por su disposición a la filosofía, se va adentrando en una concepción metafísica del mundo inspirado en las doctrinas platónicas y las ideas filosófico-religiosas de Oriente. El hombre es imagen del cosmos y se identifica con el universo. La conciencia del hombre se identifica con la conciencia cósmica. En fin, una visión de tipo panteísta de la naturaleza y del universo. Así llega él a entender la Filosofía como Sabiduría del Amor.

La cultura y la educación deben operar en la conciencia humana y ser prueba de que el hombre se ha realizado integralmente.

En esta concepción metafísica se asienta su continua preocupación porque el costarricense actué como ser humano, en el sentido universal, con dignidad, libertad y amor.

Con tal propósito prepara, junto con García Monge, unos programas de educación primaria en 1908 que implican una reacción y una crítica a los moldes tradicionales de la enseñanza costarricense, excesivamente intelectualista.

En 1918, presenta unos programas para escuelas urbanas y otro para escuelas rurales. Tienen intención pedagógica constructiva, de tipo práctico, pero con base en una teoría de la educación. Sustentan el pro-

pósito de cultivar, desde la escuela, el recto sentido político en el hombre. El nacionalismo de estos programas lleva a pensar que el ciudadano, al par que a su crecimiento individual, debe contribuir conscientemente al robustecimiento físico y espiritual de su país. Brenes Mesén, pues, establece un mutuo vínculo entre educación y política: es necesario imbuir el deber nacional en el individuo. Recíprocamente, la ciudadanía ha de comprender que en la educación reside la potencia de su desarrollo material y de su "ser espiritual"; por eso, ha de fomentarla y vitalizarla. Pero se ha de llegar a un equilibrio entre el individuo y la esfera político-social.

Por lo tanto, la educación ha de ser integral y armónica, y simultáneas la formación moral, la intelectual, la estética, y la industrial; la física y la económica. Según sus palabras, "educar al *hombre superior* a que tienen derecho las sociedades del presente".

Estos programas de 1918 se fundamentan en cuatro aspectos filosóficos: 1) Capacitación para vivir. 2) Capacitación para pensar. 3) Capacitación para sentir. 4) Capacitación para construir. En síntesis, Brenes Mesén lucha por una escuela democrática con justicia y bondad.

Este ideario se enriquecerá con los años, y él llegará a entender la educación como formación del desarrollo interior del hombre, un crecimiento espiritual: auto-educación para producir un cambio esencial y poner de manifiesto las posibilidades de cada persona.

Simultáneamente a los esfuerzos de Brenes Mesén y de García Monge, el Ateneo de Costa Rica estimula un fuerte intelectualismo. Lo mismo puede declararse de algunas revistas literarias, *Páginas Ilustrada* (1905-1912), *Pandenmoniuni* (1902-1915), *Renovación* (1911-1914) y *Anales del Ateneo de Costa Rica* (1912-1916), sustituidos por *Athenea* (1917-1920); sobre todo, la célebre *Colección Ariel* (1906-1916), con la cual García Monge empieza a ejercer una función mentora y divulga-

dora de alcances insospechados; a partir de esta revista -y luego en las otras que él publicará, tales, *Universo (1917)* y *La Obra (1918)*-, los ensayistas encuentran en él un protector. No es exagerado afirmar que la vida literaria de Costa Rica se identificó con las iniciativas periodísticas de don Joaquín, hasta casi su muerte en 1958.

Con esta nueva empresa editorial comienzan a aparecer libros de ensayos, entre ellos *El canto de las horas* (1911), de Roberto Brenes Mesén que sustenta una tesis místico-estética: la belleza produce en el ser humano una unión con la esencia divina. Su influencia repercute en toda nuestra vida cotidiana. Este es un tomo algo así como la *Lámpara perpetua* de Valle Inclán.

Brenes Mesén publica luego *Metafísica de la materia (1917)*, el eje alrededor del cual gira todo su pensamiento (la visión panteísta de la naturaleza, su idea del hombre, su teoría del conocimiento, su comprensión de la cultura y de la historia, su comprensión de la poesía y del arte como visión directa de la realidad y su noción de "filosofía" como Sabiduría del Amor). Después, en *El misticismo como instrumento de investigación de la verdad* (1921), desarrolla sus ideas en lo referente al conocimiento. En *Las categorías literarias* (1923) pone en evidencia su capacidad crítica y su entendimiento de lo que es la literatura. Más tarde, escribirá centenares de ensayos, especialmente de crítica literaria en periódicos y revistas, muchos de los cuales recogerá en su tomo *Crítica americana (1936)*.

En esta primera etapa del ensayo costarricense aparecen también otros autores:

Claudio González Rucavado, quien en su *Ensayo sobre moral y política* (1911) sigue la tradición española senequista. En *El poder docente (1914)*, retorna la idea platónica de un poder a cuyo cargo se encuentra la cultura.

Rómulo Tovar, se inicia con *Don Mauro Fernández y el problema escolar (1913)*; continúa con un corte montegniano en *Hércules y los pastores (1914)*; luego, escribe *Exhortación patriótica (1920)* y *De Atenas y de la Filosofía (1920)*, bajo el influjo de Renán. En un tono exhortativo se dirige a la juventud: expresa ideas inspiradas en el concepto ruskiniano de una cada vez más intensa conexión entre la estética y la educación del obrero. Este, como todos, debe instruirse, saber conocer y sentir las bellezas del ritmo y ser él mismo creador, en cierto noble y fecundo sentido. Emite juicios¹ acerca del carácter preponderante que en la vida social representa o debe representar la escuela, a la cual señala el deber de constituir el espíritu nacional, la libertad como iluminación del espíritu para construir una patria ilustre, la idea del porvenir, el futuro civilizador de América, todo con un idealismo deudor del pensamiento de Brenes Mesén y García Monge.

Alejandro Alvarado Quirós, con su *Bric a brac (1914)*, *Bocetos (1917)* y *Nuestra tierra prometida (1925)*, aunque con espíritu afrancesado, se impregna de un sentido amor a Costa Rica como patria terrenal y como patria espiritual, sustentada ésta última en dos bienes supremos: la justicia y la libertad, y concibe la patria como una forma de solidaridad.

La nota idealista, en choque con un medio prosaico, se encuentra en Mario Sancho, quien a la sazón estaba muy identificado con Renán. *Sus Palabras de ayer y Consideraciones actuales (1912)*, reflejan el período de transición de la cultura costarricense, en que los individuos se orientan hacia lo estrictamente humanístico en momentos en que la sociedad no ha renovado sus instituciones de acuerdo con la época.

De aquí parte su interés por el ensayo sociológico-político, interesante desde el punto de vista de su imagen del país. El arielismo idealista lo lleva al ataque del positivismo y a defender el arte. Opone a los valores materiales, los espirituales y culturales porque estos deben

formar las bases de la patria. Ataca a los Estados Unidos por el predominio de los bienes materiales. Sin embargo, años más tarde, ya en su madurez, rechazará la arraigada creencia de que el ideal del norteamericano es el dinero y tratará de interpretar el alma épica norteamericana que lucha sin descanso por vencer obstáculos externos y la contrapondrá al alma trágica hispanoamericana que lucha por definirse.

Ornar Dengo no se preocupa por editar sus libros. Su obra ensayística aparece en multitud de periódicos. En ella los temas filosóficos, los de crítica y recreación se ven mezclados con los de carácter social y político. En su ideario de educación adecúa esta a las exigencias espirituales de la época, enseña a opinar y a crear opinión pública. García Monge recogerá los ensayos de Omar Dengo en dos tomos con el título *Meditaciones* (1930).

Elías Jiménez Rojas imprime al ensayo costarricense una forma peculiar. Gira entre el aforismo y el *ensayículo*. En sus revistas *Renovación* (de 1911 a 1913), *Eos* (de 1916 a 1919) y *Reproducción* (de 1919 a 1930), primero; luego, en *Apuntes* (de 1930 a 1945), publica escritos penetrantes de un espíritu ácrata y rebelde, luchador por la libertad del individuo, todo enmarcado dentro de la teoría evolucionista, que se sustenta en forma racional.

Moisés Vincenzi y León Pacheco, si bien empiezan a publicar en esta época, responden más bien a los nuevos intereses que se irán perfilando en el ensayo costarricense. Por ello aparecerán en la sección de este estudio bajo el título "Nuevas inquietudes".

A lo largo de los años y bajo el amparo o estímulo de García Monge, van apareciendo en revistas y periódicos otros escritores que, aunque demuestran tener talento como ensayistas, no alcanzarán a cimentarse en este campo: Carmen Lira, José Fabio Garnier, Luis Dobles Segreda, Luis Felipe González Flores y Clorito Picado que fijan rumbo hacia el cuento, la novela, la educación, la historia o la ciencia.

Durante el período de 1900 hasta la Primera Guerra Mundial (1914), el ensayo costarricense va desenvolviéndose con la tónica fundamental impresa por Brenes Mesén y García Monge. Es interesante ligar este dato con la historia política del país. Costa Rica vive un régimen político en el que predomina "un neopatria realismo, sostenido por

las capas económicamente fuertes, encubierto por ciertos rasgos liberales: sufragio, libertad de expresión, anticlericalismo" que cimenta "en mucho el concepto de lo que en Costa Rica hemos entendido tradicionalmente por democracia"." Toda la actividad política gira alrededor de Ricardo Jiménez Orearumano y Cleto González Víquez, quienes no logran estructurar institucionalmente su obra y proyectarla al futuro del país. Como gobernantes carecieron de visión, si bien fueron buenos administradores de los negocios públicos. Por esta falta de visión de estadista previsor, gobernaron para el presente retardando el progreso económico, político y social.

En gran parte, la lucha ideológica que se manifiesta en el ensayo y que está fortaleciendo el espíritu idealista humanitario y que pone énfasis en los problemas políticos y culturales contribuye a combatir ese *Status*. Por ejemplo, García Monge, junto con Omar Dengo, Billo Zedón, Rómulo Tovar y Carmen Lira, funda en 1912 un centro de obreros llamado "Germinal" que viene a interesar a los ensayistas por los temas sociales.

Estos logran sacudir el ambiente con preocupaciones renovadoras. Coincidiendo con estos afanes, Alfredo González Flores, intenta acelerar la evolución social mediante procedimientos legales y reformas económicas. Durante su administración se funda la Escuela Normal con el propósito de formar un nuevo tipo de maestro que pusiera en práctica las ideas preconizadas por Brenes Mesén y García Monge, y vinculara la escuela a las comunidades. Sin embargo, el presidente González Flores, hombre de lecturas y de estudio, no se da cuenta de la existencia de

fuerzas en la clase dirigente que lo adversa y es derrocado por el militarismo que apoya a los Tinoco. Estos implantan la dictadura.

Casi inmediatamente surge el Partido Reformista, de tendencia socializante basada en las encíclicas papales de León XIII y en el Código Social de Malinas del Cardenal Mercier, como un anticipo de la Democracia Cristiana de la post-guerra. El ideario del reformismo implica, en muchos aspectos, la proyección de las tesis de los ensayistas.

Brenes Mesén y García Monge son los hitos en la primera etapa del ensayo costarricense. Esto es explicable: desde que Mauro Fernández clausuró la Universidad de Santo Tomás, si bien se robusteció la enseñanza media que condujo a Costa Rica a una verdadera democratización, no quedaron centros de alta cultura, excepto la Escuela de Derecho.

Ellos estudiaron en Chile, se especializaron en lingüística y filología y alcanzaron una vasta cultura humanística; a su regreso a Costa Rica encontraron en la juventud un campo propicio para la difusión de sus ideas. Tiempo después, cuando desempeñaron la dirección de la Escuela Normal también se vieron secundados por un selecto grupo de jóvenes escritores que acudían a ellos como a maestros.

Les bastó tan solo mirar de frente, con valentía y franqueza, como hombres de buena voluntad y saber plantear problemas y buscar soluciones. Despertaron la emoción de sus discípulos. Y fue una emoción que condujo a una empresa fecunda en el campo del ensayo.

¿Cómo se produce el ensayo? Es el resultado de la disposición y del deseo en el escritor de comunicar artísticamente las conclusiones a que ha llegado después de reflexionar acerca de un tema cualquiera. A esta síntesis responde el ensayo. Este género literario es un perenne tanteo, tendencia, intento de decir algo, pero condicionado por lo que Ortega y Gasset llama la ausencia de la "prueba explícita".

La emoción, más la reflexión y la voluntad de transmitir artísticamente las conclusiones, se comprueba en los numerosos ensayos que Brenes Mesén, Rómulo Tovar, Mario Sancho, Omar Dengo, León Pacheco -por ejemplo- empezaron a publicar bajo los estímulos y tutela de García Monge en "aquellas edicioncitas, preciosas joyas literarias, que distribuía por todo el mundo entre sus amigos y entre los que adivinaba como amigos posibles". Aquellos *Arieles* y aquellos *Convivios* demostraban que "don Joaquín olvidaba un poco de sí mismo para mejor acordarse de lo ajeno", al decir del claro maestro Alfonso Reyes."

Lo cierto es que Brenes Mesén y García Monge -idea, voluntad y amor- esbozaron los temas fundamentales del ensayo costarricense. Sus discípulos, principalmente, desarrollarían durante un medio siglo las ideas de aquellos maestros; de los cuales el segundo se sacrificó como escritor para encargarse de publicar, difundir y alentar devociones. Por ello, los consideramos los ejes estructuradores del ensayo costarricense.

NUEVAS INQUIETUDES

El ensayo es tal vez el género literario que mejor permite entrever lo que ha venido siendo Costa Rica en el siglo XX. Ha reflejado las fronteras donde se cortan la tradición, las inquietudes y el destino sometidos a los mismos factores, motivaciones y esperanzas.

La fundación de la Escuela Normal, el quebrantamiento del régimen institucional en 1917 y la consiguiente dictadura de los Tinoco, son factores internos que habrán de incidir en el cultivo del ensayo. Los problemas mundiales que desembocaron en la guerra de 1914 y sus consecuencias, el deseo de buscar los medios que se creían conducentes al más pronto y completo mejoramiento humano, son factores externos que enriquecen la temática del ensayo costarricense en esta etapa, la cual en

realidad, es prolongación de la anterior que para facilitar su estudio se ha subdividido.

Hubo necesidad de oponer al régimen de fuerza de los Tinoco el concepto de democracia basado en el ideario universal. Hubo, también, que divulgar los escritos de Bolívar, de José Martí y de otros próceres, porque la circunstancia de Costa Rica no fue la de una nación desligada del Continente.

Testimonio de ello son los cuadernos de cultura hispánica que García Monge funda en setiembre de 1919 y que, en memoria de Andrés Bello, bautiza con el nombre de *Repertorio Americano (1919-1959)*.

En el *Repertorio Americano* "se retrata admirablemente la opinión de todo el mundo hispánico" -al decir de Waldo Frank. Igualmente se demuestra que "el escritor hispanoamericano es siempre hombre de acción ... [Leyéndolo se pone uno] en contacto con el espíritu y la voluntad de este mundo". En sus páginas se sintetizan todas las inquietudes espirituales, políticas y sociales de América: se combate a las dictaduras y al imperialismo económico.

En procura de la unidad espiritual del Continente, García Monge se dedica a exaltar a los próceres con la idea de crear amor y entendimiento, admiración, imitación y acción, porque -como solía decir hay que poner a andar las ideas para que crezcan y triunfen. Parejas con estos afanes, alza la bandera de la acción democrática, de la enseñanza laica, de la educación popular, de la literatura, la filosofía, la ciencia y el arte.

El Repertorio Americano recoge en sus páginas el pensamiento de figuras literarias tan notables como Alfonso Reyes, José Enrique Rodó, Miguel de Unamuno, Eugenio María de Hostos, Eugenio d'Ors, José Martí, José Ortega y Gasset, Gabriela Mistral, Bertrand Russell, Emerson, Azorín, Sarmiento, Rubén Darío, Pedro Henríquez Ureña,

Miguel Angel Asturias, Pablo Neruda, José Vasconcelos, Andrés Bello...
Amén de los ensayistas costarricenses.

Para despertar conciencias, una de las preocupaciones fundamentales del maestro García Monge fue la de expresar su concepto de la patria, fundado en lo universal, en lo espiritual: "Así es la patria cuando se la comprende de veras, un estado de cosas, de cultura, un estado de conciencia superior, conciencia de que se tiene una función y un valor, de que como hombres y como pueblos, hemos venido a este mundo a hacer algo que valga la pena" Señala que uno "de los ineludibles deberes del hombre y del ciudadano es la conservación, a todo trance, del suelo nativo" porque "el pueblo que pierde el señorío de su tierra no puede ser un pueblo libre".⁷⁵

Con la defensa de la patria, -opina García Monge-, se protegen los intereses de la civilización occidental porque los pueblos de América no se crearon para "convertirse en factorías de los pueblos mercaderes y codiciosos, sino en tierras de libertad para humanidades ansiosas de mejorar su vida y para gentes que vengan a construir sinceramente la patria de *la nueva cultura*. del *hombre nuevo*. que funda su prestigio y su decoro en vivir según las imperecederas normas de la justicia, la libertad, la belleza y la verdad".⁷⁶

Este espíritu robustece el aspecto social humanitario del idealismo espiritual costarricense y la búsqueda de la universalidad del hombre.

Como consecuencia, se nota en el ensayo costarricense una acentuación en el enfoque social que centra al hombre como ser político-social dentro de la corriente de la evolución cósmica, tal como lo preconizaba Brenes Mesén. Se insiste en que la solución de los problemas sociales es la educación. Por lo tanto, hay que adaptar la educación a las necesidades del país.

Los ensayistas se dedican a analizar los problemas y a formar opinión pública y van vigorizando la idea de la unión de América. De esta manera los primeros ensayistas tratan tímidamente algunos temas de trascendencia universal. Junto con esos temas brotan nuevas inquietudes: la crítica filosófica, la lucha antimperialista y una mayor preocupación por definir el alma costarricense.

Hay que señalar, en primer término a Moisés Vincenzi y a León Pacheco. Vincenzi se inicia con inquietudes filosóficas sobre la crítica, sobre Nietzsche, sobre la psicología del líder, sobre los valores fundamentales de la razón, sobre la metafísica de la unidad, su segunda dimensión y otros tantos temas.

Pasa luego a los temas políticos con *Mensaje a los jóvenes yanquis* (1926), el *Hombre-máquina*, ensayo sobre el desconcierto de la civilización contemporánea (1938) y *Marx en la fragua* (1939). Exalta valores hispanoamericanos, como José Vasconcelos, Rufino Blanco bombona, Roberto Brenes Mesén, Antonio Médez Bolio, Froilán Turcios, Octavio Méndez Pereira y otros.

Todo ello lo sitúa desde su juventud entre los grandes cultivadores de la filosofía en Hispanoamérica. También escribe sobre la conducta humana, los problemas de la educación. Y así, publicando tomo tras tomo hasta alcanzar la cifra de sesenta y dos, en sus últimos años se dedica a reelaborar su síntesis filosófica en *El hombre y el cosmos* (1961), en que centra la visión de la naturaleza en el hombre, "formulando una filosofía antropológica, elevando nada menos al hombre de 'microcosmos' a 'cosmos', con lo cual el plano entitativo humano pasa a ser el central delimitador de horizontes".¹³

En sus obras postreras continúa con un análisis del héroe en *Vida ejemplar del general don Francisco Menéndez* (1955), para pasar al *Humanismo y barbarie* (1963) y a *La moral en la crisis con-*

temporánea (1963). En el último, considera que el principal factor de la crisis de nuestra época es el desorden: el cambio de valores ha traído la esclavización del hombre. Por lo tanto, las grandes potencias europeas y los Estados Unidos tienen el deber de revisar su mentalidad para que desaparezca la amenaza de crisis. "Se habla del 'hombre tornillo' norteamericano, en forma legítima. Pero no es correcto quejarse de la máquina que lo produce, puesto que sin esa máquina volveríamos al mundo primitivo de Rousseau. Es necesario que el 'hombre tornillo' desaparezca, pero que, a su vez, la máquina siga progresando a todo vuelo. Sustituyamos al hombre autómatas moderno, por la misma máquina. De esta manera, los obreros trabajarán menos y podrán dedicarse al cultivo espiritual, la mayor parte del tiempo." La técnica no es mala pero "hay que ponerla al servicio exclusivo del hombre libre, sano y grande de verdad

León Pacheco, quien se dedica fundamentalmente a la crítica literaria con su *Ensayo sobre Rafael Cardona* (1919), *La filosofía de la crítica: Moisés Vincenzi* (1920), *Meditaciones al margen de 'Motivos de Proteo'* (1918), *Personalidad literaria de Ventura García Calderón* (1921), con el ansia de acercarse más y más al espíritu de América, aunque luego derivará hacia las letras francesas. En años recientes ha vuelto los ojos a la tierra hispanoamericana, *En busca de una definición* (1963), para poner al descubierto el origen de muchos de nuestros problemas de Continente subdesarrollado. En el enfoque de los valores literarios, destaca con su *Hilo de Ariadna* (1963), dedicado a varios maestros de la prosa francesa. En *Tres ensayos apasionados* (1968) reflexiona con Camus sobre el conflicto racional-irracional; con Unamuno, la lucha entre la materia y el espíritu y, con César Vallejo la angustia entre el ser o no ser que desquicia al hombre de nuestro tiempo.

El ejemplo de Vincenzi estimula a otros ensayistas a aventurarse en los problemas filosóficos y estéticos. En esto, también se

comprueban estímulos de Brenes Mesén. Tal el caso de Rogelio Sotela en su *Recogimiento (1922) y su Apología del dolor (1929)*; Rafael Estrada, en *Sobre los estudios estéticos (1926)*; Victor Manuel Cañas, en *El caso Vincenzi (1935) y La lámpara perpetua (1937)* y Francisco Villalobos en su *Crítica americana (1925) y Filosofía de vanguardia en América (1927)*.

Otros, como Max Jiménez Huete, se dan a conocer con *ensayos* líricos, casi poemas en prosa.

También aparecen en esta época Ricardo Rojas Vincenzi, con *Flores de almendro (1927)*, *Mosaicos: vida y obra de Luis Dobles Segreda (1927 y Crítica americana (1929)*; nuestro biólogo Clodomiro Picado Twilight, con sus investigaciones científicas y su paralelismo entre *Pasteur y Metchnikoff (1921)* y José Albertazzi Avendaño, con *Palabras al viento (1936) y Refugio espiritual (1937)*.

Vicente Sáenz y Octavio Jiménez son dos nuevos ensayistas de esta época. Ambos se distinguirán por sus acres y violentas campañas antimperialistas, su ataque a las dictaduras, y ambos hablarán de la cultura bien cimentada, de la ética de los gobiernos, de la mutua comprensión entre los hombres, de la grandeza futura de Hispanoamérica como producto del cultivo de lo espiritual, de la importancia del culto de los próceres; de la necesidad de entrañar el concepto de la patria y de los valores culturales.

Señalaremos de Sáenz, únicamente los ensayos de mayor trascendencia literaria, prescindiendo de su frondosa bibliografía de ataque político: *Actualidad y elogio de don Juan Montalvo (1946)*, *América: hoy como ayer (1955)*, *El Grito de Dolores y otros ensayos (1959)*, *¡Morelos y Bolívar (1956)*, *Vidas ejemplares hispanoamericanas (1961)*. Muchos de sus libros fueron traducidos al inglés, francés y al ruso.

Octavio Jiménez se conoce por el seudónimo Juan del Camino. Con él firma sus «Estampas» que publica semanalmente en el *Repertorio*

Americano desde 1929 hasta 1935. El tono arielista de su combate a la civilización norteamericana es la tesis de que los hispanoamericanos son esencialmente idealistas, y los norteamericanos, materialistas. Plantea en términos ensayísticos en mucho el tema del conocimiento y desconocimiento de América.

Mario Sancho, otro arielista, desarrolla en *Viajes y lecturas* (1933) el mismo tema. Sancho vivía entonces en los Estados Unidos de Norteamérica y cursaba estudios en la Universidad de Harvard. Señala que el norteamericano -protestante y pragmático- establece su mundo terrenal de acuerdo con los valores económicos. Valora, asimismo, el sentido bueno de esa concepción utilitarista de la vida y clama en contra del idealismo estéril del hispanoamericano. La acción, el dinamismo -concepción épica de la vida- son consustanciales en el norteamericano.

En *Pueblo español* (1937), hace la defensa de la República española, amenazada por el eje ítalo-germánico y censura la pasividad costarricense frente a aquella ingerencia.

En *Costa Rica, Suiza de América* (1935), desmiente con pesimismo el criterio que se tiene dentro y fuera del país de nuestro sistema de vida democrática.

En *Vicisitudes de la democracia en América* (1944), puntualiza los padecimientos e injusticias a que han sido sometidos los pueblos de América desde la Colonia hasta nuestros días. A los jóvenes del "Centro de Estudios de los Problemas Nacionales", a quienes dirige su mensaje, les dice *que es* necesario "hacer que el ideal democrático descienda del reino de las abstracciones en que está, y encarne y viva en las realidades sociales".`

Rafael Cardona, con su recio libro *El sentido trágico del Quijote* (1928) y sus numerosos ensayos en periódicos y revistas, figura entre

los grandes ensayistas costarricenses. En esta obra analiza problemas contemporáneos. Cultiva y defiende los altos valores humanos frente al intelectualismo. Afirmativamente le preocupa mucho el destino de América Hispana frente a la América sajona.

Se acerca ya la etapa siguiente, en la cual el ensayo costarricense se ramificará. La influencia de Brenes Mesén se hará sentir de nuevo, con renovada fuerza.

EL PERIODO CONTEMPORÁNEO

El fermento renovador urgía que Costa Rica se preparara para el cambio. La conciencia social lo demandaba así. Ya el Partido Reformista había abanderado las luchas sociales cristianas y el Aprismo había fundado una filial en nuestro país, el A.P.R.A. de Costa Rica, en 1928 cuando Haya de la Torre nos visitó. Con el Bloque de Obreros y Campesinos, en 1931, apareció oficialmente el partido comunista. Esto, más la reacción contra la doctrina fascista imperante en Italia y la del nazismo en Alemania, la penetración cada vez mayor del capitalismo norteamericano y otros factores, se prestaba para que surgiera un mesianismo político. Había que prepararse para afrontar la

nueva situación. La huelga de bananeros en el Atlántico, en 1934, más los problemas precursores de la Segunda Guerra Mundial, sacudieron nuestro país y fueron el preludio del cambio que se inició en Costa Rica en 1940, aproximadamente. Esta última fecha coincide con la fundación de nuestra Universidad.

Por entonces, regresa al país Roberto Brenes Mesén. Viene rodeado de gran prestigio y logra canalizar las aspiraciones de un grupo de jóvenes con los cuales organiza el "Centro para el Estudio de los Problemas Nacionales". El ideario de este Centro se vierte en su revista *surco* (1941 - 1944). Escriben ensayos en ella, entre otros, Isaac Felipe

Azofeifa, Luis Alberto Monge, Eugenio Rodríguez Vega, Alberto F. Cañas, Carlos Monge Alfaro, Daniel Oduber, Rodrigo Facio y Luis Barahona. Más tarde, cuando ellos dirigen el *Diario de Costa Rica* (1944 - 1945), imprimen gran impulso al ensayo. El libro *Ideario costarricense (1943)* recoge las teorías políticas de este grupo, del cual saldrán el Partido Social Demócrata y, tiempo después, el Partido Liberación Nacional.

Mientras tanto, el entonces llamado Partido Vanguardia Popular, emprende reformas muy importantes desde el punto de vista social, pues cuenta con el apoyo del gobierno: los Seguros Sociales, el Código de Trabajo y la restauración de la Universidad. No obstante, la situación política se agrava, al punto de que en 1948 estalla una revolución encabezada por José Figueres. Con esta lucha se encamina a Costa Rica a la descentralización del poder. Se crean las instituciones autónomas.

Y esta revolución es producto del pensamiento de los jóvenes del "Centro para el Estudio de los Problemas Nacionales". ¿Cómo estos jóvenes logran romper los moldes tradicionales? *Ideario costarricense (1943)* es el resultado de una encuesta nacional organizada por el citado Centro. En ella no queda problema que no se investigue y analice.

Este estudio exhaustivo y este análisis hondo de la sociedad costarricense conducen en gran medida al florecimiento del ensayo, con especialidad en el campo histórico y en el de las ciencias sociales que tienden, en ambos casos, a explorar y comprender la realidad nacional.

En el primero, hay que señalar a Carlos Monge Alfaro, quien comprende el proceso cultural a la luz de una dinámica histórica, tal como se evidencia en «Hacia una conciencia histórica costarricense»

(1941), en su obra inédita *Nueva visión del labrador como sujeto histórico de los siglos XVII y XVIII*, y en otros ensayos.

Señala Jean Labbens, en una página sobre Carlos Monge Alfaro, que "la historia obliga a tomar una actitud reflexiva frente al pasado. Así como se reúne y narra los hechos, así hay que buscar su significación; los hechos no la tienen mientras no se descubra por qué los hombres han actuado de esa manera. De este modo, se destacan dos elementos' fundamentales: la cultura de una nación, o el conjunto de sus preferencias básicas, sus opciones, irracionales en cuanto supraracionales, que constituyen la manera original de ser entre los demás pueblos; la situación, o las condiciones particulares y transitorias ligadas a los acontecimientos, al estudio de las técnicas, etc. La historia es, pues, una toma de conciencia antes que un conocimiento, o mejor dicho, es un conocimiento que dé la conciencia de sí mismo. Carlos Monge estudia la historia porque en ella un pueblo gana la conciencia de su ser, llega a ser un sujeto auténtico. Actúa para ser necesario que, de los dos elementos definidos, es importante que predomine la cultura sobre la situación. Toda generación corre el riesgo de convertirse en 'objeto'; la política, y especialmente la política educativa, debe darle oportunidad de realizarse como sujeto creador".`

Carlos Monge Alfaro comprende que la cultura es el problema central de la sociedad contemporánea. Cultura es un proceso constante de captación, de asimilación, de creación. ¿Cómo ha de ser la cultura? Es innegable que se fundamenta en la educación. ¿Cómo ha de ser la educación en esta sociedad de cambios de nuestra época? Integral. Él piensa en la unidad educación-humanismo. El hombre nace *para* ser libre. Eduquemos a los jóvenes para la libertad, el bien, la justicia y el trabajo creador -señala-. Eduquemos para la defensa, progreso y mejoramiento de las instituciones democráticas. Y en esta educación el hombre es la piedra angular. Se debe buscar en él para hacer de lo diverso, uno; del archipiélago, continente; de las partes, un todo,

porque el hombre ha sido desarticulado en el laboratorio y no halla seguro amparo y comprensión entre los filósofos".` Necesitamos armonizar filosofía, ciencia y técnica para que sean universalizadoras apunta en su ensayo-. El ideal ya no es educar para la vida, sino para ser hombre. Carlos Monge llega a esta síntesis de una antropología pedagógica por su entendimiento de lo histórico.

En Rodrigo Facio se advierten muchos puntos de contacto con Monge Alfaro. En 1937 publica *Trayectoria y crisis de la Federación Centroamericana*. Dicho ensayo es reeditado en 1949 con un anexo sobre el proceso de separación de Costa Rica de la República Federal y sobre su constitución como república soberana, libre e independiente.

Inquieta a Facio aprehender la esencia civilista del costarricense. Pruebas son, entre otros, sus jugosos ensayos «La constitución política de 1949 y la tendencia institucional» y «La Universidad de Santo Tomás».

Se interesa igualmente por los problemas educativos, sociales y económicos del país. En su condición de Rector, no puede soslayarlos. Y tal parece que se solaza en plantearlos en sus ensayos exhortativos a sus alumnos del Alma Mater.

Carlos Meléndez, inquieto y sagaz en sus investigaciones, sobresale en el campo histórico. Inquieta interpretativamente y una vez que esclarece los hechos concluye con el mismo tino y la misma sensatez que inspiraron su labor investigadora. De sus numerosas monografías y ensayos destaca el *Dr. don José María Montealegre* (escrito en 1951 y publicado en 1958), *El presbítero y doctor don José Matías Delgado, en la forja de la nacionalidad centroamericana* (1962), *Juan Vázquez de Coronado* (1967) y *La Ilustración en el antiguo reino de Guatemala* (1971). Medita los hechos históricos, y con especialidad los de transculturación e integración de la nacionalidad costarricense.

Hernán G. Peralta, con su *Costa Rica y la fundación de la República* (1948), *El Pacto de Concordia* (1952), el *Tres de junio de 1850* (1950), *Vidas costarricenses: don José María de Peralta* (1956), *El derecho constitucional en la independencia de Costa Rica* (1965), demuestra su predilección por el estudio de los años siguientes a la independencia y la educación política que singulariza ese período de nuestra historia.

En la exaltación de lo heroico que inspiraba García Monge, es obvio citar a Carlos Jinesta, autor de numerosos ensayos, entre ellos *Juan Santamaría* (1931), *José Martí en Costa Rica* (1931), *Braulio Carrillo y su tiempo* (1940), *Rubén Darío en Costa Rica* (1944) y *Evocación de Hidalgo* (1951), escritos con una fuerte tonalidad lírica.

Lo mismo puede decirse de Francisco María Núñez, con su *Interpretación histórica del momento morazanico* (1942), *Braulio Carrillo. representativo de su época* (1945), *Dos ensayos, una crónica y un documento* (1951), inquiera en la época crucial en que Costa Rica fija su nacionalidad. Hay que añadir su interpretación del *Rocinante Rucio; dos tesis* (1965).

Cabe, finalmente, incluir en la presente reseña, concretamente en el campo histórico biográfico, a Luis Ferrero-Acosta. En sus ensayos *Andrés Bello en Carta Rica* (1962), *La clara voz de García Monge* (1963), *Enrique Echandi* (1963), *Manuel de Jesús Jiménez* (1963), *La poesía folklórica costarricense* (1964), *Brenes Mesén, prosista* (1964), *Árbol de recuerdos* (1967) y otros, se identifica con el ideario de sus biografiados. Ferrero tributa culto al héroe civilizador, paradigma del hombre pleno, cultural y espiritualmente.

El análisis de la realidad social, del que busca las características de la idiosincrasia costarricense, tuvo en Omar Dengo y Mario Sancho

algunos antecedentes. El primero, por ejemplo, en su ensayo «Los patillos» (así llamaban al campesino descalzo), arguye que: "poco nos hemos preocupado por comprender realmente qué significan dentro de la vida nacional" y pide "estudiarlos de cerca, dentro de las perspectivas de su vida, en sus hogares y faenas, en las relaciones en que los comprende la vida pública".²⁸

Mario Sancho vio visiones pesimistas en ensayos irónicos, como aquel que tituló *Costa Rica, Suiza de América* (1935) o en sus *Vicisitudes de la democracia en América* (1944). En este se lee: "una ley de servicio civil podría también contribuir a que las luchas electorarias no sigan gobernadas por el interés supremo que en España se expresa con la frase de *tener asegurado el cocido*; en Argentina, país pecuario, con el dicho de *conservar acceso a la pesebrera*; en Cuba, con el de *conseguir una botella*; y entre nosotros, ciudadanos de una República pobre y escuálida, con el de *coger un hueso*".²⁵

En realidad, Luis Barahona con su obra *El gran incógnito* (1952) inicia el conocimiento sociológico de nuestro campesino. Esta obra marcó pauta en las publicaciones sobre sociología costarricense.

En su nuevo ensayo, *El ser hispanoamericano* (1959), discute reflexivamente las peculiaridades del hispanoamericano resultante del cruce entre español e indio. Lo define por tres notas: a) Tendencia faústica de expansión vital en la que ve nuestra desazón o insatisfacción por lo que somos; b) El presentismo que explica su falta de vocación histórica y de sentido de previsión; c) Una decisiva vocación por lo universal.

En *Anatomía patriótica* (1970), estudia el factor histórico y cómo el costarricense ha ido conciliando *a la tica* el individualismo y el pragmatismo, el caudillismo, el anarquismo y el cristianismo, para esbozar luego "El nuevo espíritu y nuevo estilo patrióticos".

El "perspectivismo" orteguiano, se halla aplicado a los problemas costarricenses en *Apuntes para una sociología costarricense* (1953), de Eugenio Rodríguez Vega. La incitación de los estudios históricos de Carlos Monge Alfaro, lo induce a buscar el origen histórico de nuestro individualismo y su influencia en la vida social y cómo este individualismo creó un pueblo tímido, sin arte popular, de política personalista y reacio a la organización social. Luego, estudia algunos rasgos psicológicos de las llamadas clases sociales en Costa Rica.

Por su parte, Mario Alberto Jiménez se regodea en descubrir rasgos del carácter *rico* en numerosos ensayos periodísticos, saturados de humor y de ironía. Aún, salpica con gracejo inconfundible sus análisis de las ideas que ha tenido el costarricense para resolver el problema de la coordinación de los poderes públicos (Legislativo y Ejecutivo) a fin de encontrar la fórmula de gobierno más adecuado a nuestro país. Sus ensayos están recogidos en dos tomos con el título *Obras completas* (1962).

En *El ser de la nacionalidad costarricense* (1964), de José Abdulio Cordero se descubre una nueva contribución. Su búsqueda a lo largo de la evolución histórica del ideario autóctono -herencia del colono-, los proyectos extraños y la síntesis resultante en el proceso de autoconstitución de Costa Rica.

Expresa Juan José López-Ibor que "existen hombres de esencias y hombres de contingencias". "" ¿A cuál de estos tipos pertenece el costarricense?

En la procura del "eje interno" del ser costarricense otros ensayistas han cultivado el ensayo sociológico. Es así cómo, reiteradamente, en periódicos y revistas, han ido apareciendo intentos de interpretación de Abelardo Bonilla, León Pacheco, Carlos José Gutiérrez, Enrique Masaya Lahmann, Claudio Gutiérrez Carranza y Alberto F. Cañas y de Paul Gaché, Philippe Perier, para citar algunos extranjeros que también se han interesado por la cosa costarricense.

Se inquietan en la vida del costarricense por descubrir matices sociológicos. Lo hallan con una idiosincrasia pacífica y de convivencia democrática, poseedor de un sentido alto de la libertad civil y política. Lo hallan encandilado por el juego político; por una actitud escéptica ante el Estado; por una actitud irónica, a veces. Lo captan fragmentariamente, comprenden que siente mejor lo vital y humano que lo teórico sociológico. Hallan y reflejan un pueblo en que, paradójicamente, "predominan lo concreto, lo directo, la tierra y la vida con sus realidades inmediatas", mientras "en la literatura oficial -y en todos los escritos que tratan asuntos del Estado- predominan las ideas y voces de carácter abstracto o indefinido

Algunos de estos ensayos están reunidos en la *Revista de la Universidad de Costa Rica*, N^o 10, (1954) y en la *Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica*, N^o 9, (1961).

Este último período es uno de los más prolíficos y cuenta con varios ensayistas pertenecientes a la etapa anterior. Por ejemplo, se presenta Brenes Mesén de nuevo. Es el estructurador ideológico del "Centro para el Estudio de Problemas Nacionales", como ya se indicó. Publica en esta época los siguientes ensayos: *El político* (1942), *Dante, filosofía, poesía* (1945), e *Himnos de Aknaton y Cantar de los Cantares* (1946). Lo mismo podría decirse de Moisés Vincenzi y de León Pacheco. Ambos, dan a la publicidad muchos de sus más valiosos ensayos. Vincenzi, por ejemplo, con su serie *Bandera blanca*, recogida por varios años en el periódico *La Prensa Libre* (1954-1958), imprime al ensayo costarricense nueva fisonomía. Igualmente, León Pacheco con sus constantes colaboraciones en *La Nación*.

** :x

El ensayo "teórico" se robustece con la presencia de Abelardo Bonilla, cuya *Crisis del humanismo* (1934) señala su preocupación por la

Se inquietan en la vida del costarricense por descubrir matices sociológicos. Lo hallan con una idiosincrasia pacífica y de convivencia democrática, poseedor de un sentido alto de la libertad civil y política. Lo hallan encandilado por el juego político; por una actitud escéptica ante el Estado; por una actitud irónica, a veces. Lo captan fragmentariamente, comprenden que siente mejor lo vital y humano que lo teórico sociológico. Hallan y reflejan un pueblo en que, paradójicamente, "predominan lo concreto, lo directo, la tierra y la vida con sus realidades inmediatas", mientras "en la literatura oficial -y en todos los escritos que tratan asuntos del Estado- predominan las ideas y voces de carácter abstracto o indefinido"."

Algunos de estos ensayos están reunidos en la *Revista de la Universidad de Costa Rica*, N° 10, (1954) y en la *Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica*, N° 9, (1961).

Este último período es uno de los más prolíficos y cuenta con varios ensayistas pertenecientes a la etapa anterior. Por ejemplo, se presenta Brenes Mesén de nuevo. Es el estructurador ideológico del "Centro para el Estudio de Problemas Nacionales", como ya se indicó. Publica en esta época los siguientes ensayos: *El político* (1942), *Dante, filosofía, poesía* (1945), e *Himnos de Aknaton y Cantar de los Cantares* (1946). Lo mismo podría decirse de Moisés Vincenzi y de León Pacheco. Ambos, dan a la publicidad muchos de sus más valiosos ensayos. Vincenzi, por ejemplo, con su serie *Bandera blanca*, recogida por varios años en el periódico *La Prensa Libre* (1954-1958), imprime al ensayo costarricense nueva fisonomía. Igualmente, León Pacheco con sus constantes colaboraciones en *La Nación*.

El ensayo "teórico" se robustece con la presencia de Abelardo Bonilla, cuya *Crisis del humanismo* (1934) señala su preocupación por la

cultura. Esta lo lleva al campo de la estética en *Conocimiento, verdad y belleza* (1958) y a la crítica literaria con *Estilística del lenguaje costarricense* (1967) y *América y el pensamiento poético de Rubén Darío* (1968). Bonilla enfoca fundamentalmente el conocimiento estético como punto de partida de toda forma de conocimiento y como el medio más directo de acceso a la verdad.

A él se debe una *Historia de la literatura costarricense* (1957) y una obra ensayística copiosa que no se ha recogido aún en tomos.

En la dirección que va a los valores literarios, destacan las lucubraciones ensayísticas de Alfredo Cardona Peña. Fundamentalmente con *Pablo Neruda y otros ensayos* (1955), *Recreos sobre las letras* (1961) y sus constantes salidas a la prensa periódica. "Busca la delineación del ser del lenguaje en su trascendencia de obra de arte, reveladora y plasmatadora del artista".¹³

Victoria Urbano, con *Una escritora costarricense: Yolanda Oreamuno* (1968), se incorpora al ensayo costarricense, con escrupulosos análisis literarios.

Fernando Centeno Güell, con sus *Ensayos poemáticos* («El hombre en busca de su Dios» y el «Hacedor de sueños») (1961) y *Vendimia de Juan el solitario* (1960), es caso único dentro de lo que Láscaris llama "filosofía poética". Sus ensayos son fundamentalmente de creación literaria en un intento por recrear temas filosóficos y expresar una concepción del mundo, de índole intuitiva aunque abstracta.

Alejandro Aguilar Machado, ferviente divulgador de Dilthey. en *Historicismo o metafísica* (1950), examina los conceptos centrales historicistas: vivencia, expresión, comprensión, y los reelabora para llevarlos a un final espiritualista a la divinidad que se centra en *Reflexiones sobre la muerte* (1958) y *Su voz en mí: la inmortalidad y otros ensayos* (1961-1965).

Max Koberg se interesa por los valores universales de la política en *El verdadero orden social* (1944) y en *La fuerza de los mejores* (1969). En el último enfoca los ideales de la libertad y la cultura_

José Figueres divulga políticamente un evolucionismo filantrópico. Explota reiteradamente el tema económico y social en su concepción de las relaciones entre América Hispánica y las potencias. Una constante de sus ensayos: la política interamericana. Entre ellos cabe señalar *Palabras gastadas: democracia, socialismo, libertad* (1943), *Doctrina social y jornales crecientes* (1949), *Problemas de la democracia en Latinoamérica* (1955), *Educación para vivir* (1957), *La América de hoy* (1959) y el ensayo que fue declarado expresión del pensamiento de la Conferencia Interamericana pro democracia y libertad, celebrada en La Habana en 1950 y «El producto final» que Eugenio Chan Rodríguez y Harry Kantor seleccionaron para la antología *América Latina de hoy* (1961).

El terreno educativo también tiene sus cultores. Isaac Felipe Azofeifa incursiona juiciosamente en las estructuras y modalidades del sistema. Centra su atención particularmente en el nivel de enseñanza media. Vale la pena considerar las soluciones que él sugiere. Su obra ensayística se halla dispersa en *Surco*, *Repertorio Americano*, *Diario de Costa Rica*, *Revista de la Universidad*, *Además ...*, entre otras publicaciones. Vale la pena citar «La influencia del Liceo de Costa Rica en cincuenta años de vida», «Una nueva política, una nueva educación», «Revalorización de la cultura», «Teoría y práctica educativa de don Mauro Fernández».

Emma Gamboa, en la *Función de la educación de acuerdo con la naturaleza del hombre* (1946), expresa que "una educación democrática guía hacia la adquisición de una filosofía de la vida que dé conciencia de la dignidad individual, y concernencia activa para el bien de los demás inspirada en una comprensión inteligente y respetuosa de las relaciones humanas".

José Joaquín Trejos, en sus *Reflexiones sobre la educación* (1963), destaca el significado y los fines de la tarea educativa, la realización de los ideales de la Universidad y sus vínculos con la vida y problemas nacionales.

Otros ensayistas, por su temática, quedan errantes. Entre estos se puede citar a Jorge Calzada Bolandi, autor de *Orientación* (1950), *Semillero* (1952), *Vistazos* (1961) y *Meditemos* (1962). Rafael Cortés, con *El pensamiento vivo de Omar Dengo en la educación costarricense* (1956). Hugo Navarro Bolandi, con *La generación del 48: juicio histórico sobre la democracia costarricense* (1957). Alfredo Vincenzi, con su *Ensayo sobre el origen de las culturas y el desarrollo de la civilización* (1963), Mario González Feo, con su *Nihil* (1961-1967), etcétera.

Conviene señalar que el ensayo ha tenido, en esta fase, un gran auge en numerosas revistas, tales *Surco* (1940-1944), *Orbe* (1938-), *Además ...* (1952-1955), *Brecha* (1956-1962), *Combate* (1958-1963), *Revista de la Universidad de Costa Rica* (1945-), *Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica* (1957-), *Artes y Letras* 1966-).

Factor estimulante ha sido el de la creación de varios premios literarios, concretamente para el campo de la literatura ensayística, tales "Eloy González Frías" instituido por la Academia Costarricense de la Lengua que en 1955 obtuvieron Luis Ferrero-Acosta y Guido Fernández, y, Abelardo Bonilla, en 1957.

Igualmente, la Asociación de Autores ha premiado ensayos de Luis Ferrero-Acosta (1963) y de Alfonso Ulloa Zamora (1969).

de conciencia, que se preparan porque el ensayo costarricense ya tiene una larga tradición de luchas. Tiene un pasado y un presente constituido de problemas y situaciones verdaderamente dramáticas. El ensayista no puede encerrarse en la clásica torre de marfil. Además de escritor es hombre, con todas las responsabilidades que implica la condición humana.

CONCLUSIONES

En el panorama histórico del ensayo costarricense que se acaba de reseñar, la atención se ha centrado, fundamentalmente, en los ensayistas que se han ocupado del campo cultural y político. No se ha tomado en cuenta el ensayo de creación literaria, lírico, de pura divagación estética. En cuanto al ensayo narrativo, escasamente cultivado en Costa Rica, queda abierto un camino que posiblemente sea de mucho interés y valor.

La primera observación: el ensayo ha sido el medio literario que ha mantenido nuestro punto de contacto con la cultura universal. Por él ha habido continuidad en la reflexión. Recuérdese que una de las características del ensayo es la de ser trascendente. Al tratar del hombre en cuanto es humano, trasciende en el tiempo como en el espacio. Su universalidad se identifica con el deseo universalizador que hay en el costarricense. ¿Será por esto que nuestros escritores lo escogieron como la forma literaria más apropiada para expresar sus pensamientos? Desde la independencia se advierte ese sentido. Nuestro primer periódico se llamó *Noticioso Universal*. Y "ecuménico" ha sido el tono de nuestros políticos.

Nuestros ensayistas han deseado un tipo humano nuevo en una nueva sociedad. Lo han previsto desarrollado interiormente con un crecimiento espiritual digno de vivir en una patria fundada en la justicia, la libertad, la belleza y la verdad. Han propuesto el modelo de una

patria. Han luchado por una filosofía social. Y a lo largo del siglo XX, en gran medida, han ido conformando y estructurando la mentalidad costarricense. En muchísimo han logrado su propósito.

Ellos han expuesto un ideario, acaso no original. Pero, no se puede ignorar que en sus obras hay intuición.

Los ensayistas fundadores -Brenes Mesén, García Monge, Tovar, Dengo, Vincenzi, Sancho, Cardona-, perseguían una idea no confesada pero sí sentida de crear en Costa Rica un Renacimiento, en que la totalidad fuera el principio y el fin de todo nuestro ser creador. Reiteran que esa totalidad no puede existir separada en el individuo sino que éste debe vivir conscientemente dentro de una unidad total que comprenda la vida en todos sus aspectos. A ratos, pareciera la idea platónica de una República modelo. ¿Ha sido producto del cielo de la mayoría de los ensayistas por perfeccionar nuestros sistemas legal y educativo? Cabe destacar que la gran mayoría de los ensayistas costarricenses o han sido abogados o han sido educadores, o ambas profesiones simultáneamente.

Con oportunidad de la celebración del Sesquicentenario de la Independencia surgirán, sin duda, nuevos estudios acerca del progreso y configuración de Costa Rica en dicho lapso. ¿Quiénes se apasionarán por escudriñar nuestro futuro?

Bloomington , Indiana. U.S.A.

Enero - febrero de 1970

IDEAS EJE

EL propósito fundamental de este florilegio, ha sido el de ofrecer a la juventud estudiosa los temas palpitantes del ensayo costarricense tratados sabiamente por Roberto Brenes Mesén, Joaquín García Monge, Omar Dengo, Rómulo Tovar, Rafael Cardona, Mario Sancho, Moisés Vincenzi, Abelardo Bonilla, León Pacheco, Carlos Monge Alfaro, Rodrigo Facio, Mario Alberto Jiménez, Luis Barahona e Isaac Felipe Azofeifa.

Se ha prescindido de los ensayos lírico, teórico y narrativo por cuanto no se conforman con la ideología que ha agujoneado al costarricense por forjar su vida y la de su nación.

Esta actitud es la misma que movió a Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes, José Vasconcelos, etc. ¿Acaso no hay en esa intención, también, armonía con las que ayer fueron de Sarmiento, de Martí y de Rodó?

Los ensayistas van en busca de la realidad a base de intuición. Una vez descubierta, la han entregado para que sea saber colectivo. Y en esto, el ensayo ha sido el medio literario que ha mantenido nuestro punto de contacto con la cultura universal. Por él ha habido continuidad en la reflexión de las dos preocupaciones básicas del costarricense: la política en el sentido más puro del término y la cultura. Es así como se ha ido creando entre nosotros una conciencia costarricense, americana, universal.

Y en la concreción de esta conciencia, la idea del porvenir ha sido factor creador y unificador.

Desde la eclosión del ensayo hasta el presente ha privado en la mente del escritor costarricense una mística idealista no desentendida de la realidad.

Brenes Mesén y García Monge pregonaron la necesidad de "plantar en el corazón de cada individuo la maravillosa simiente de la confianza

en nuestras propias fuerzas".! Tras el prelude viene la obra. En consecuencia, se preocupan por la cultura del sentimiento, el ejercicio de la voluntad y el fomento de altos ideales para la vida. Pero el problema tenía una solución: moldear hondamente al ciudadano costarricense, "para promover nuevas corrientes de bienestar social y económico "Hay que despertar en el costarricense la fe en sí mismo, para darle la conciencia de su riqueza y de su poder, de su posibilidad de autonomía absoluta en el concierto de las naciones, de darle capacidad para todas las cosas grandes, que no es el cuánto hacemos sino el cómo hacemos lo que da majestad a los actos humanos",!

Soñaban ellos con una patria, obra de concordia y amistad en la cual los costarricenses debieran unirse para "hacer florecer en América una civilización a base de la cultura integral del hombre".! Una cultura regida a base de un *humanismo totalista*, -*insiste* Vincenzi-. Una cultura en actitud perenne de lucha por el mejoramiento de la vida propia y colectiva.

Estos ideales civilizadores los animan a soñar como lo dice Tovar- en "una patria no para vivir de egoísmo, no para sacrificarse en aras de intereses falsos e infecundos" sino en una tierra "asilo del hombre libre".!

En esencia, desean formar un *hombre nuevo* y una *nueva patria civilizadora* que salve la personalidad humana, en la cual se viva de acuerdo "con las imperecederas normas de la justicia, la libertad, la belleza y la verdad", - como exhorta García Monge.!

CULTURA - EDUCACIÓN

La cultura, según Brenes Mesén en su ensayo «La cultura integral del hombre», "implica un refinamiento interior, una transformación lenta, pero total en la vida íntima del ser".! En ello concuerdan sus contem-

poráneos y también los que después enriquecieron el ensayo con nuevos aportes. En todo hombre culto se manifiesta todo lo que hace íntegramente. El hombre culto debe ser el *hombre pleno*: está dispuesto a acoger la doctrina con tolerancia, a ser libre de pensamiento y a ser un creador dinámico de iniciativas para la acción en beneficio de sus semejantes.

Concierta los principios de la educación moderna con las corrientes socráticas del auto-conocimiento. Por eso propugna la auto-educación que ha de promover en cada individuo situaciones reflexivas, creadoras, libres y vigilantes. Por ello, se muestra adverso a que en la educación prive una tendencia exclusivamente intelectualista que conduce a "un deshumanizado monstruo de intelecto sin corazón". La educación y la cultura deben "humanizar" y no "especializar" - de ahí la función social y política de la educación. El individuo ha de buscar un equilibrio entre él y la acción político-social, pues existe el peligro de que, bajo el nombre de "educación de las masas", se convierta al individuo en un ser "medianizado".

Omar Dengo, por su parte, piensa que la educación es un instrumento adecuado para la política social. No basta enseñar a leer y a escribir, hay que iluminar a la opinión pública para que haga política adecuada "a las exigencias espirituales de nuestra época". Con ello se fermentará el civismo, porque es ineludible obligación el preocuparnos "de cuanto atañe al país, a quien tampoco puede serle indiferente nada de lo humano".

Carlos Monge Alfaro, concibe la cultura como la búsqueda de la verdad, la solidez de los principios éticos que dan consistencia a la vida humana. Piensa que el hombre actual "encuentra dificultades para lograr plenitud de espíritu por encontrarse inmerso en un mundo histórico que se ha convertido en un nuevo frente de lucha". En su ensayo «Sabiduría y prudencia en el quehacer universitario» insiste en que la humanidad debe "saber dominar, controlar y dirigir sus propias creaciones para no

sucumbir".¹⁰ La pasión excesiva por la ciencia le puede "conducir a su propio hundimiento y destrucción".» No duda que la humanidad podrá servirse de la ciencia y disfrutar de los beneficios de ésta, siempre y cuando "la información científica y la aptitud para la investigación han de rematar con una tabla de valores que dé vigencia a la vida superior".

Según él, el hombre nace para ser libre. Por lo tanto, hay que "educar para la sabiduría y la prudencia si anhelamos formar generaciones de costarricenses emocional y socialmente equilibrados, conscientes de sus posibilidades de ser, con destrezas para sacar el mayor provecho posible de su talento".¹¹ Hay que educar a los jóvenes porque "en esta época la juventud con facilidad puede extraviarse o perderse en el tremendo laberinto de la civilización moderna",¹²

En «Una Universidad libre», Rodrigo Facio defiende la discusión libérrima de todas las ideas y de todos los principios, porque en ello descansa "la condición del progreso científico y la seguridad de que todos los hombres sean respetados en su conciencia y en su dignidad individuales".

Cree que la misión fundamental de la Universidad debe ser la de "la formación de hombres, de generaciones, inspiradora de altos ideales éticos". Ha de ser "creadora de conciencia social en las juventudes; fomentadora del espíritu de servicio". El tipo de universitario culto que él concibe tiene "la obligación de participar en la angustia de los problemas nacionales y estar obsesionado por la idea de contribuir, desde ángulos científicos a procurarles solución".

Por último, Moisés Vincenzi, en «La moral en la crisis contemporánea», señala que al hombre de ahora le toca crear un humanismo totalista, afirmativo, eminentemente dinámico y creador, ya que en sí afirma el presente, el pasado y el futuro en un concepto cada vez más amplio que permite reconocer en cada hombre la dignidad humana.

AMERICANIDAD

Por influencia del *Ariel* de José Enrique Rodó, García Monge reconoce al principio en América dos grandes secciones que se presentan opuestas en doctrinas y opiniones. La una, de alma utilitaria; la otra, de espíritu humanista.

Es el momento de intenso combate antimperialista. Advierte el contraste de la unidad sajona frente a la dispersión hispanoamericana. Siente la pugna entre latinismo contra sajonismo. Lucha entonces por su América enfrentándola a la otra América, la sajona. Son dos pueblos distintos ya que diferentes han sido sus orígenes.

Años después, deduce que cada una de las Américas posee cualidades que le faltan a la otra. Los Estados Unidos del Norte están regidos por una capacidad pragmática, técnica, material; la América española, en cambio, ha dado más énfasis a los idealismos y es más espiritual.

Comprende que se debe perseguir un ideal de equilibrio, y que ambas porciones deben sustentar los caracteres propios sin tratar de imponerlos a la otra. Piensa en que los intercambios estudiantiles vendrán a transmitir lo mejor que cada sección posea: ideas, proyectos, sentimientos solidarios y todo lo que procure la mutua comprensión. Esta ha de resultar en la acción futura. Aquí los maestros, estudiantes, viajeros intelectuales y simples turistas serán los agentes.

Le preocupa crear conciencia hacia el futuro de una América totalmente unida. Y funda en 1919 su *Repertorio Americano*. "El Continente es uno en su geografía, en su historia, en sus destinos futuros ... Hay que unir a las naciones latinas y sajonas de América tanto como a las hispanoamericanas entre sí. . . . La América total, unida estrechamente entre sí. Esta sería, tal vez, la suprema, la ineludible aspiración ...

para una común obra civilizadora en lo venidero" -expresa en el ensayo «Francia y Costa Rica»."

Pensando en el porvenir lanza su idea de que la unión de América ha de lograrse por la cultura: "Sólo vence, solo enlaza a los hombres el amor que nace de una mutua comprensión de las cualidades del entendimiento y del corazón.... La inteligencia crea con esplendor ideas, la voluntad iluminada de los grandes caracteres les da corporeidad vital. De ideas se tornan en ideales. Y así es como se convierten en fuerzas propulsoras de la civilización" -tal expresa en su ensayo «Unidos por la Cultura»."

Meditando en la acción venidera define la *americanidad como* cultura humanística, creación y soberanía del espíritu. Americanismo, para él significa libertad, organización institucional y justicia social. Es decir, la acción constructiva del hombre de empresa, de economistas, de políticos, de industriales. Cree que el sentimiento y la acción deben ir juntos. Así lo predica a la juventud. Hay que unir ambos elementos para el logro de la armonía permanente: la armonía del hombre americano, con su tierra, con su propia realidad, con su pueblo, con su Continente.

Muchas de las orientaciones americanistas que fija García Monge en el ensayo costarricense serán ampliadas por otros ensayistas.

Entre ellos, Mario Sancho, en varias oportunidades es un eco de los lamentos por "la selva maquinista" que oprime a los habitantes de los Estados Unidos de Norteamérica. A veces es un eco de la pregonaada verdad de que los norteamericanos son gente gregaria y, a pesar de eso, solitaria: "gente llena de superstición científica y de impiedad". En su ensayo «A propósito de la civilización maquinística», atempera su juicio después de radicar varios años en ese país. El se había dado cuenta que el concepto dominante básico de la cultura norteamericana es

el sentimiento épico de la vida. ¿Querría indicarnos a los hispanoamericanos que el pragmatismo es la filosofía del éxito humano? ¿Pensaría en el futuro de *nuestra* América al pedir que se analice objetivamente la realidad norteamericana? Él rechaza la arraigada creencia que el ideal norteamericano es el dinero: es, más bien, la actividad. Y sin embargo, reconoce que "les falta vida interior". De seguro que no quería esto para los costarricenses en particular, ni para los hispanoamericanos en general.

Rafael Cardona, en su ensayo «Iberoamericanismo positivo» propone cambiar las estructuras mentales del hispanoamericano. Con ello, América podrá llegar a su unidad y lograr "la reconstrucción económica, la producción de capital y el incremento del trabajo".

En cambio a León Pacheco le preocupa en su ensayo «En busca de una definición», encontrar la unión humana que no logran establecer ni los partidos ni las ideologías extrañas a la índole del temperamento pasional del hispanoamericano. "Y es que para llegar a la definición de un ser, de una idea, de una emoción, hay que saber primero dónde están ese ser, esa idea, esa emoción".

Por las relaciones con el mundo extranjero -económicas, culturales, sociales, etc.- a la América española le ha caído el sambenito histórico de subdesarrollada, lo cual la está obligando a su desarrollo: en ello radica "su ventaja y su revancha, a buscar su ser, su ideología, su sensibilidad. Cuando esta definición humanística, el humanismo del subdesarrollo, se logre con claridad, estos pueblos podrán hombrearse con los demás pueblos".

COSTARRIQUENIDAD

El otro gran tema de esta antología es el de la costarriqueñidad: la búsqueda del ser costarricense en forma concreta.

Hay que partir del concepto de patria. García Monge lo define en su ensayo «Ante el Monumento Nacional» como "obra de concordia, de cooperación y simpatía" que se asienta en el suelo nativo. Se debe vigilar la posesión de la tierra: sin ella "no hay libertad económica y sin ésta no hay soberanía posible. La tierra libre es la que sustenta a hombres libres".! Por lo tanto, "importa saber cómo conservar y cuidar la tierra que será de nuestros hijos".!

Si a la patria se le debe fidelidad, lealtad y apego al terruño, entonces "el pretérito debe conocerse y amarse".! Los países que no apoyan un pie en la tradición -reitera- "que no consultan el testimonio autorizado de los mayores que más supieron de los negocios de sus pueblos, y los amaron, y por mejorarlos se desvelaron, marchan sin brújula y andan a tientas, perdidos".!

Este consejo de vinculación con la tradición histórica se encuentra realizado, en mucho, en el ensayo sociológico, no en el de sociología científica, sino en el de caracterología nacional, que expresa la inquietud por la exploración del ser costarricense, aunque el tema del conocimiento de lo propio, de lo nacional, de lo americano, no entorpece en absoluto lo universal. Conciliando las posiciones aparentemente teóricas, algunos ensayistas se lanzaron hace años a la tenaz búsqueda de las notas características del costarricense. Fundamentaron, entonces, sus ensayos en conceptos psicológicos y sociológicos.

Con el impacto del "perspectivismo" surgió la inquietud por averiguar lo que Costa Rica tiene de peculiar que, conocido, ayude a descubrir la mejor ruta para su futuro.

Frente a las interrogantes de su búsqueda, los ensayistas jóvenes inquirieron conexiones con los problemas universales. Revisaron los resortes que han impulsado nuestra historia y nuestra manera de ser. Están aún en esta revisión.

El ensayo sociológico trata de definir los estereotipos peculiares del costarricense. Pero como este sigue formándose a través de *su* historia, se han topado con un ser muy difícil de aprehender. Se les escabulle. Se repliega. Se abre. Se dispersa. Y ¡de pronto!, mimetiza su ser. Existe, y no obstante, es fantasmal. En el lenguaje de todos los días se habla de lo costarricense. Este artículo neutro "lo" indica que aún no se le concreta, no se le define. De un núcleo germina[los ensayistas tratan de sacar una proyección enraizada en innumerables paradojas. Para la mayoría es un ser individualista, pacífico y democrático. Para algunos es indeciso. Hay quien lo considera taimado y cazurro. Pero todos le reconocen su sentimiento democrático, universal, filantrópico. En fin, cada ensayista capta una esencia y dice *su* verdad, pero con todas las verdades señaladas aún no se ha podido captar la verdad total. En síntesis, el *tico* -así lo llaman en Centroamérica por el uso afectivo de una determinada forma de diminutivo- es para el ensayista tema que se persigue como la sombra al cuerpo.

Los ensayistas han anhelado formar un hombre nuevo, pero sin el conocimiento cabal del ser costarricense. Abelardo Bonilla corrobora lo anterior: cree que "no existe un dogma nacional. No hay intención ni propósito comunes y los valores, inexistentes o muy esfumados, no han llegado todavía a imprimir su dinamismo en la marcha de la nación" -eso lo afirma en su ensayo «Abel y Caín en el ser histórico de la nacionalidad costarricense»-.²⁰ Encuentra que el costarricense "se ha recluso en su intimidad mucho más que otros pueblos por espíritu de defensa, y los resultados del conflicto entre hombre y hombre han sido la indiferencia y la envidia".`

En otra parte de su obra opina que "el costarricense se ha librado quizás más que otros pueblos de la abstracción de las ideas generales, acostumbándose a objetivarlas en el hombre. Esto implica necesariamente una poda de disciplina mental, pero aleja del racionalismo exa-

gerado e impide caer en el dominio inconsciente de las masas y del no menos inconsciente del Estado absoluto . . .`-

Mario Alberto Jiménez, ve en el *tico* una máscara. Con ella encubre su sadismo. ¿Es que ha fallado el mensaje de los ensayistas de la convivencia, de la fraternidad, del bien que brota de uno en beneficio de los demás? ¿No ha habido recepción activa de tales ideas? ¿Es la de Mario Alberto Jiménez una visión pesimista, pese a sus toques humorísticos? ¿Es así el costarricense, tal como él lo pinta?

El conformismo, la tolerancia, el individualismo, son las tres notas características del ser costarricense que señala Luis Barahona. Encuentra que hay que "raspar el falso barniz de una cultura mal asimilada" para que "el pueblo vuelva a ser pueblo creándose a sí mismo, haciéndose a sí mismo mediante unas formas de vida y de belleza que sean la expresión de su propio sentir".

Isaac Felipe Azofeifa, en «La isla que somos», destaca que el costarricense se concentra y se desarrolla en el encierro de un valle y por eso es "desconfiado y astuto como un montañés; cortés pero tímido; trabajador sin constancia, buscando el provecho fácil de su esfuerzo; campesino egoísta pero bondadoso, cazurro siempre, vive aquí un pueblo que no ha sido miserable ni inmensamente rico; ni guerrero ni sumiso; ni servil ni rebelde, independiente sin guerra de independencia. En suma, un pueblo sin sentido trágico de la existencia ". Un pueblo que nivela con el choteo, "con la risa mostrenca del resentido, del desconfiado, del tímido, del oscuro vengador de su propia incapacidad de grandeza".`

Así podrían espigarse conceptos, favorables o desfavorables, pero debe reconocerse que, en términos generales, en la actualidad Costa Rica se distingue por tener un pueblo amante de la libertad, orgulloso de su democracia y del progreso que va alcanzando en forma pacífica. Un

pueblo dispuesto siempre a otear horizontes, aunque su cultura sea aluvional. Más inclinado hacia la filosofía social que hacia la filosofía de la historia. En fin, un pueblo formado por hombres respetuosos de los preceptos constitucionales, según en mucho lo soñaron nuestros ensayistas fundadores.

Este pueblo encara en estos presentes días la presión de fuerzas antagónicas. Carlos Monge Alfaro considera que "hay una crisis estructural en nuestro propio ser", producto en mucho de la crisis mundial que habrá de ser superada.

Costa Rica corre el peligro de ser desquiciada y arrollada, porque está descuidando los valores supremos, esenciales. Y los ensayistas costarricenses ya temen que esto pueda dominar pronto. Para evitarlo, deben erradicarse la miseria, la pobreza y la ignorancia.

La crisis en gran parte, ha sido precipitada como consecuencia de la función social adquirida por la ciencia, el extraordinario crecimiento de la población, las luchas ideológicas y económicas, la socialización de la democracia y la conciencia adquirida por sectores cada vez más vastos de ciudadanos. En ella se refleja el subdesarrollo en que nos movemos. Un subdesarrollo que todo lo medianiza. Nuestros ensayistas han comprendido que "subdesarrollo" no es una simple palabra, sino todo un drama. Testigos del momento crítico en que los cambios traen desconcierto a las instituciones, piensan con menos optimismo en la visión de las cosas vitales, actuantes. Reflexionan que las instituciones educativas deben demostrar que son estructuras dinámicas para participar creadoramente con responsabilidad en el futuro de la nación. Comprenden que no es tiempo para lirismo sino para la acción.

Si bien Costa Rica no es una perfecta Arcadia, todavía alienta la esperanza de un futuro promisorio. Aún no siente todos los estragos del desorden que señala Moisés Vincenzi al haberse "destruido la esperanza del hombre en los grandes valores de la vida: en la idea de la

personalidad, en primer término; en la moral, abierta o cerrada, que es el orden de colocación material y espiritual de las cosas y de las ideas; y finalmente, en la fe de vivir, por algo y para algo ²¹

Es evidente que el costarricense tiene conciencia de su existir. El reconocerlo es un primer paso. Eso quiere decir que Costa Rica se ha incorporado a la cultura y ha creado formas culturales. El *tico* tiene conciencia que "existe sí un modo de ser, de vivir, de actuar, de sufrir, de contar, de luchar y de pecar del pueblo costarricense" --como lo expresa Luis Barahona."

Los ensayistas han expresado que estos pueblos llegarán a crear una nueva civilización con sus raíces en lo autóctono -por un lado - y en la herencia de Europa -por otro-. Una civilización que se distingue, en sentido y proyecciones de los patrones racionalistas de la cultura europea. Una civilización en alto grado ético y estético para que el hombre llegue a la verdadera fraternidad y a una visión realmente universal. El costarricense alienta fe en ese destino.

La visión de los ensayistas no es una visión ingenua cuando ellos piensan que América será el centro de una "cultura integral del hombre"; cuando dicen que ésta habrá de orientarse hacia dos direcciones: de interioridad en el individuo y de fraternidad en lo social, y que se moverá más dentro de la emoción que de la razón.

Entonces, ¿por qué no tomar la iniciativa de la gran tarea en el campo crítico que propone Vincenzi: "Hacer una gran labor de coordinación entre el espíritu asiático, el europeo y el americano"? ¿Por qué no se ha de educar a nuestros pueblos para la unidad "colectivista", como lo pedía Rafael Cardona? ¿Por qué no cultivar una disciplina moral e intelectual más vital? ¿Acaso ya nuestra educación no piensa en las raíces de un industrialismo y se reestructura más "ligada a la vida cotidiana a las relaciones entre instituciones educativas y la acción

social para que el estudiante no sufra el desconcierto del hombre teórico al ponerse en contacto con el fin práctico de sus estudios"?"

¿No es verdad que América busca su definición, como lo dice León Pacheco? ¿Qué otra cosa es, sino en mostrarse lógicamente dispuesta a desarrollarse, "a fortalecer sus músculos, a aceitar su espíritu, a pensar por cuenta propia, pero también a decirle al mundo desarrollado que si la reta para una lucha antes quiere saber quién es, y para qué sirve"?"

El examinar lo costarricense en los momentos actuales implica redescubrir una parte de América. Los ensayistas lo toman como un cuerpo orgánico, vivo. Examinan su corazón, su mente y su alma. En una palabra, buscan la fuente de su energía y de su espíritu.

UN IDEARIO

Espigando en el ensayo costarricense, y sistematizándolo, se podría obtener un ideario estructurador, Daría los ideales que han regido y rigen al costarricense en su perenne lucha cotidiana por plasmarse como ser humano integrado a una comunidad, a un país, a un continente y a las corrientes universales.

Aquí, en este florilegio se intenta destacar únicamente algunas de las ideas básicas con miras al trabajo que habrá de hacerse algún día para buscar la *tesis* (lo ideal), la *antítesis* (la realidad) y la *síntesis* (el programa concreto para alcanzar lo ideal) del ensayo costarricense.

Según Brenes Mesén toca a los maestros "contribuir al progreso de todas las instituciones humanas encaminadas al mejoramiento de la especie. Esta misión exige despliegue de talento, de entusiasmo y de labor, porque el maestro debe hallarse equipado para la investigación

dogmático, lo intolerable, lo dictatorial". " Por lo tanto, aconseja alentar "el espíritu de universalidad sin el cual no hay cultura, es decir, práctica laica del culto. Si el hombre es síntesis vital de un pugilato amoroso, la cultura es síntesis de la lucha para que ese mismo hombre que nació indefenso de la batalla dionisiaca se encuentre en sus propia conciencia". "

Carlos Monge Alfaro opina que la historia es obra creadora del hombre y un excelente medio para tomar posesión de su propio ser; que el hombre debe alcanzar sabiduría y prudencia por la educación y la cultura en un ambiente de libertad; que "luche con ahínco, fuerza e inteligencia, sin temor, por alcanzar la verdad a impulsar, desde su predio, el humano desenvolvimiento histórico de la nación. Sabiduría no es cobardía; ni prudencia es temor. Es comprensión de los hombres y de la época, es aptitud para actuar con acierto, con voluntad creadora". "

La Universidad, según Rodrigo Facio, obligadamente debe "transformarse como Universidad del pueblo, para el pueblo y por el pueblo, que es, para contribuir a crear el espíritu, el ambiente, la energía, la preparación y los instrumentos con los cuales debe tratar de darles satisfacción a los múltiples y acongojantes problemas, y a la vez, de evitar que tal satisfacción se realice con mengua de los valores supremos del espíritu y culmine en un grosero y torpe materialismo". "

Para Abelardo Bonilla es fundamental "llevar a la práctica un concepto claro y adecuado de las relaciones sociales, es decir, resolver el problema esencial de nuestro tiempo: el del individuo en la colectividad". "

Luis Barahona considera indispensable extirpar "el bajo espíritu de lucro, el individualismo egoísta para acelerar la marcha de la historia y corregir las desviaciones, los estancamientos e interrupciones que la mala fe, la ignorancia y el espíritu de rutina han interpuesto a nuestro paso". "

"Sin orden, señala Moisés Vincenzi, no se va a ninguna parte y que "hay que ir a la unificación esférica de la cultura".'

Cada lector curioso puede formar su selección de acuerdo con sus simpatías y sus diferencias. En los ensayos de este florilegio hay riqueza, hay variedad. Son una cantera inexplorada en gran parte.

"El problema práctico de crear una nueva patria es muy complejo porque es orgánico, porque en su aspecto más técnico toca al mismo tiempo íntimamente el corazón de las gentes y porque, en una palabra, este problema es la vida misma. Y siendo la vida, sus valores descansan no sobre una última solución, sino en la rebusca vital de una solución. Si hay hombres que se dediquen con toda su vida a la creación de un mundo que se articule con el espíritu humano, la vida que estos hombres vivan, será ya por sí sola un mundo. Este pensamiento es el reto sencillo hecho a los hombres nuevos y a los pueblos jóvenes para que simbolicen con sus vidas el escudriño de la verdad".

*San José, Costa Rica
31 de enero de 1971*

NOTAS

CAPITULO 1

- 1 Ortega y Gasset, José. "Azorín o Primores de lo vulgar". *Obras completas*. (Madrid: Ediciones de Revista de Occidente, 1950), Tomo II, p. 157.
- 2 Reyes, Alfonso. *El deslinde*. En *Obras completas*, (México: Fondo de Cultura Económica, 1963). Tomo XV, pp. 40-41.
- 3 *Ibidem*, p. 46.
- 4 *Ibidem*, p. 45.
- 5 Martínez, José Luis. *El ensayo mexicano moderno*. (México: Fondo de Cultura Económica, 1958). Tomo I, p. 10.
- 6 Montaigne, Michael de. Citado por José Luis Martínez, *Op. cit.*, Tomo I, p. 8
- 7 Mariás, Julián. Citado por Uribe Echavarría, Juan. *El ensayo*. (Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1958), p. 1.
- 8 Martínez, José Luis. *Op. cit.*, Tomo 1, Pp. 10-11.
- 9 Ortega y Gasset, José. *Meditaciones del Quijote*. (Madrid: Ediciones Revista de Occidente, 1963), p. 12.
- 10 Robb, James Willis. *El estilo de Alfonso Reyes; imagen y estructura*. (México: Fondo de Cultura Económica, 1965), p. 16.
- 11 Picón Salas, Mariano. "En torno al ensayo". En *Cuadernos*. (París: N° 8, Setiembre-octubre de 1954), p. 32.
- 12 Martínez, José Luis. *Op. cit.*, Tomo 1, p. 10.
- 13 Alonso, Martín. *Ciencia del lenguaje y arte del estilo*. (Madrid: Aguilar, 1955), p. 466.
- 14 Martínez, José Luis. *Op. cit.*, Tomo 1, p. 16.

CAPITULO 11

- 1 Martí, José. "Carta a Pío J. Víquez". En *El heraldo de Corta Rica*. (San José, Costa Rica: Año 2, N° 438, p. 2). Julio 9 de 1893.
- 2 Martí, José. "Antonio Maceo". *Cubanos*. Pról. de Enrique Gay-Calbo. (La Habana: Municipio de La Habana, 1953), p. 93.
- 3 Darío, Rubén. *Rubén Darlo en Costa Rica*. Pról. de Teodoro Picado. (San José, Costa Rica: García Monge, editor, 1920). Tomo II, pp. 73-74.
- 4 Ver *El Pacto de Concordia* por Hernán G. Peralta. (San José, Costa Rica: Lehmann, 1969).
- 5 García Monge, Joaquín. "Examen somero del 'Noticioso Universal'." *Repertorio Americano*. (San José, Costa Rica: Tomo 26, N° 1, p. 3). Enero 6 de 1933.
- 6 Jiménez, Manuel de Jesús. *Páginas escogidas*. Edición de Luis Ferrero Acosta. (San José, Costa Rica: Ministerio de Educación Pública, 1959), p. 39.
- 7 *Ibidem*, p. 71.
- 8 Pacheco, León. "Evolución del pensamiento democrático de Costa Rica". *Combate*. (San José, Costa Rica: Vol. 1, N° 3, p. 36). Marzo y abril de 1961.
- 9 Costa Rica. *Leyes y Decretos*. *Colección de Leyes y decretos*. En los años 1843 y 1844. (San José, Costa Rica: Imprenta La Paz. 1861), Tomo 8, p. 25.
- 10 Pacheco, León. *Op. cit.*, p. 36.
- 11 Volio, Julián. "Del informe presentado por el Secretario en el despacho de Instrucción Pública al Congreso Nacional de 1867". En *Revista de Costa Rica*. (San José, Costa Rica: Año 1, N° 1, p. 17). Setiembre de 1919.
- 12 Zea, Leopoldo. *El pensamiento latinoamericano*. (México: Pormaca, 1965), Tomo 1, p. 71.

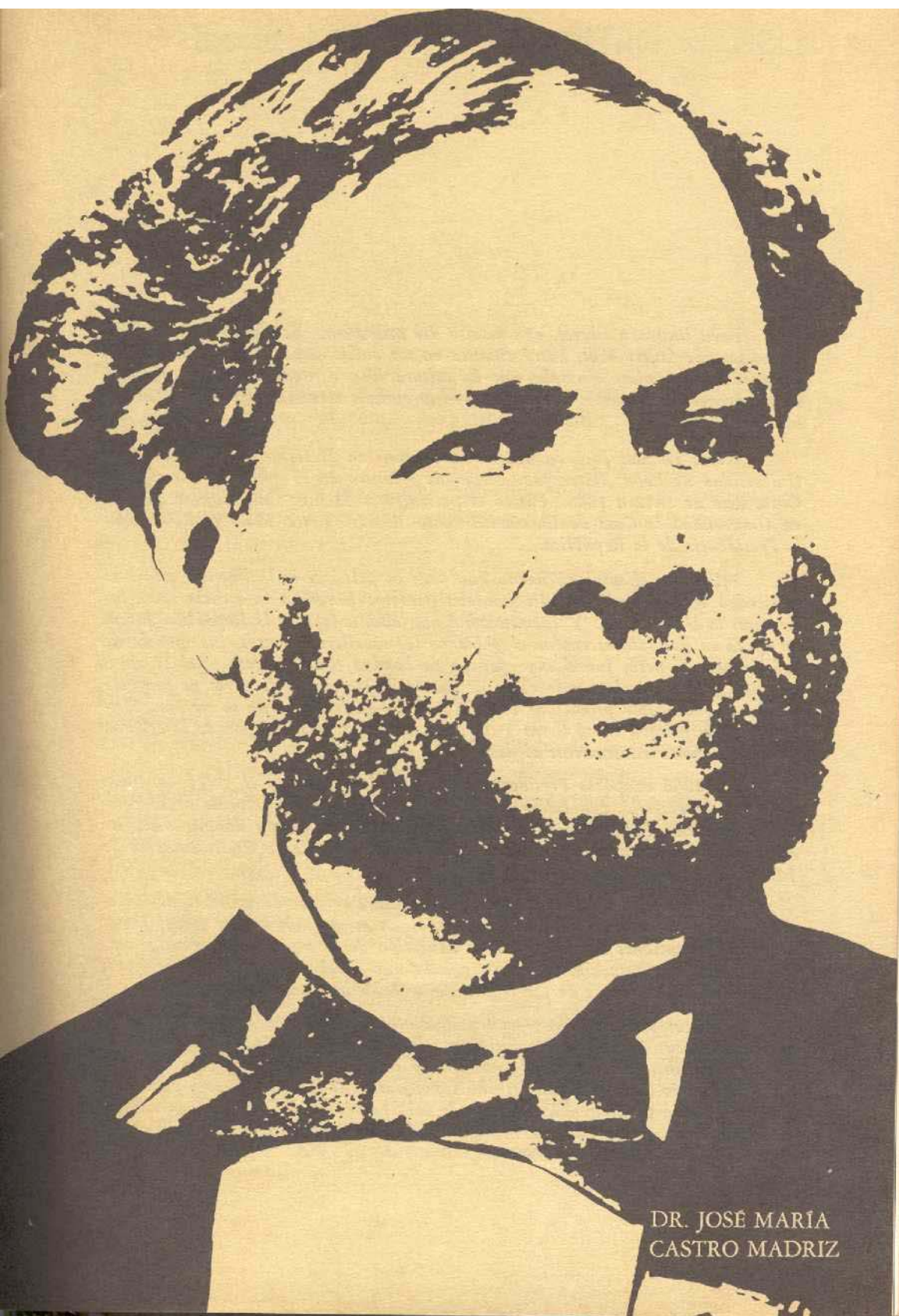
- 13 Fernández, Mauro. *Memoria de la Secretaría de Instrucción Pública*. (San José, Costa Rica, Imprenta Nacional, 1887), pp. 16-17.
- 14 Henríquez Ureña, Pedro. *Las corrientes literarias en la América Hispánica*. (México: Fondo de Cultura Económica, 1954), p. 1.18.
- 15 Bonilla, Abelardo. *Historia de la literatura costarricense*. (San José, Costa Rica: Editorial Costa Rica, 1967), p. 109.
- 16 Brenes Mesén, Roberto. "Presentación". *Programas de educación primaria: escuelas rurales*. (San José, Costa Rica: Imprenta Alsina, 1918).
- 17 Dengo de Vargas, María Eugenia. "El sentido de la Filosofía, según Roberto Brenes Mesén". *Actas del XXXIII Congreso Internacional de Americanistas*. (San José, Costa Rica: Imprenta Nacional, 1959), Tomo III, p. 37.
- 18 Aguilar B., Oscar. *Breve reseña de algunas ideologías políticas de Costa Rica*. (San José, Costa Rica: Universidad de Costa Rica, 1968), p. 11.
- 19 Reyes, Alfonso. "Don Joaquín". En *El Moto* de Joaquín García Monge. Edición de Luis Ferrero-Acosta. (San José, Costa Rica: Editorial Don Quijote, 1959), p. X.
- 20 Frank, Waldo. *Retratos culturales*. (Madrid: Ediciones Aguilar, 1963), p. 575.
- 21 García Monge, Joaquín. "Ante el Monumento Nacional". *Repertorio Americano*. (San José, Costa Rica: Tomo 3, N° 3, p. 30). Setiembre 19 de 1921.
- 22 García Monge, Joaquín. "A propósito del 1° de Mayo". *Repertorio Americano*. (San José, Costa Rica: Tomo 6, N° 3, p. 35). Abril 30 de 1923.
- 23 Láscaris C., Constantino. *Desarrollo de las ideas filosóficas en Costa Rica*. (San José, Costa Rica: Editorial Costa Rica, 1964), p. 370.
- 24 Vincenzi, Moisés. *La moral en la crisis contemporánea*. (San José, Costa Rica: Trejos, 1963), p. 9.
- 25 Sancho, Mario. *Vicisitudes de la democracia en América*. (San José, Costa Rica: Trejos, 1944), p. 34.

- 26 Labbens, Jean. "Prólogo". *Educación y desarrollo humano*, por Carlos Monge Alfaro. En *Revista de la Universidad de Costa Rica*. (San José, Costa Rica: No. 25, p. 7), 1.965.
- 27 *Ibidem*, p. 80.
- 28 Dengo, Omar. "Los patillos". *Repertorio Americano*. (San José, Costa Rica: Tomo 1, No. 1, p. 6). Setiembre 1^o de 1919.
- 29 López-Ibor, Juan José. *El español y su complejo de inferioridad*. (Madrid: Ediciones Rialp, 1969), p. 159.
- 30 Bonilla, Abelardo. *Estilística del lenguaje costarricense*. (San José, Costa Rica: Universidad de Costa Rica, 1967), p. 76.
- 31 Láscaris C., Constantino. *Op. cit.*, p. 473.
- 32 Gamboa, Emma. *La función de la educación de acuerdo con la naturaleza del hombre*. (San José, Costa Rica: Trejos, 1946), p. 32.

CAPITULO III

- 1 Brenes Mesén, Roberto y García Monge, Joaquín. *Proyecto de programa de instrucción primaria*. (San José, Costa Rica: Tipografía Nacional, 1908), p. VI.
- 2 Brenes Mesén, Roberto. "Introducción". *Programas de educación primaria; escuelas urbanas*. (San José, Costa Rica: Imp. María v. de Lines, 1924), p. 3.
- 3 *Ibidem*, p. 7.
- 4 Brenes Mesén, Roberto. "La cultura integral del hombre" J. En *Teorías educativas modernas*, por Boyd H. Bode. (México: Uteha, s.f.e).
- 5 Tovar, Rómulo. "Exhortación patriótica". *Repertorio Americano*. (San José, Costa Rica: Tomo 2, N° 4, p. 47). Octubre 14 de 1920.

- 19 Pacheco, León. *En busca de una definición* . (San José, Costa Rica: Trejos, 1963), p. 17.
- 20 Bonilla, Abelardo. "Abel y Caín en el ser histórico de la nación costarricense". *Brecha*. (San José, Costa Rica: Año 1. N° 7, p. 9). Marzo de 1957.
- 21 *Ibidem*, p. 10.
- 22 *Ibidem*, p. 11.
- 23 Barahona, Luis. "Tres notas sobre el carácter costarricense", escrito especialmente para esta antología.
- 24 Azofeifa, Isaac Felipe. "La isla que somos", escrito especialmente para esta antología.
- 25 Monge Alfaro, Carlos. *La ciencia y la dignidad humana*. (San José, Costa Rica: Universidad de Costa Rica, 1969), p. 4.
- 26 Vincenzi, Moisés. *Op. cit.*, p. 16.
- 27 *Ibidem*, p. 22.
- 28 Cardona, Rafael. *Op. cit.*, p. 235.
- 29 Brenes Mesén, Roberto, *Op. cit.*, s.f.e. p. XI.
- 30 Dengo, Omar. *Op. cit.*, p. 232.
- 31 Tovar, Rómulo. *Op. cit.*, p. 46,
- 32 Cardona, Rafael. *Op. cit.*, p. 234.
- 33 Sancho, Mario. *Op. cit.*, p. 132.
- 34 Pacheco, León. *Op. cit.*, p. 18.
- 35 Monge Alfaro, Carlos. *Op. cit.*, p. 13.
- 36 Facio, Rodrigo. *Op. cit.*, p. 13.



DR. JOSÉ MARÍA
CASTRO MADRIZ

Buen ilustrado liberal, con mucho del utilitarismo de Bentham, como del liberalismo de Stuart Mill, buscó situarse en un medio prudente. Interesado por la enseñanza popular, afirmaba que la cultura bien difundida permite alcanzar mayor progreso material. "La libertad -expresaba a menudo- es esencial al ser humano".

Nació en San José en 1818. Se doctoró en Derecho y Filosofía en la Universidad de León, Nicaragua. Sirvió de ministro en el gobierno que rigió a Costa Rica de 1842 a 1846. Fundó el periódico el Mentor Costarricense. Erigió en Universidad la Casa de Enseñanza Santo Tomás. Entre 1847 y 1849 ocupó la Presidencia de la República.

"¡Bendito el ministro bueno que para su país quería la libertad y la luz! -escribió Rubén Darío-. Así fundaba para los pequeños la escuela, para los hombres la Universidad. Y cuando subió más alto, a Jefe de la República, joven, en época en que sólo ascendían al gobierno los caballeros blancos, fue modelo de presidentes. Si pecó, fue el suyo pecado de bondad o de entereza. Tal se vio a su caída, pues el pueblo pudo observar cuanto de trabajos y de obras de progreso dejaba el gobernante probo que buscaba siempre la felicidad de su nación. Después le persiguieron en su tierra y se fue a comer pan extraño porque le echaron de ella. Soportó estoicamente el destierro".

En 1866 ocupó la Presidencia por segunda vez, hasta el golpe de 1808. Entonces, se empeñó, con Julián Volio, en un plan total de reforma de la enseñanza primaria. Fue rector de la Universidad de Santo Tomás durante diecisiete años; varias veces ministro, Presidente del Congreso y de la Corte Suprema de Justicia.

Intervino en la acción política y social durante más de medio siglo, preocupándose siempre por [difundir la](#) cultura. Uno de sus más nobles afanes fue el de crear instituciones docentes para la educación de la mujer: dos escuelas normales y un liceo para niñas, pues pregonaba que en el regazo materno se forma el corazón del hombre, y de ese regazo ha de levantarse villano o caballero.

"En sus postreros días -reitera Darío-, siempre estuvo en altos puestos, en gracia a sus merecimientos altísimos. Todo Centroamérica vio de cerca al preclaro ministro que llevaba en la solapa de su levita el botón rojo de la Legión de Honor; todo Centroamérica escuchó los discursos suyos, oportunos y patrióticos siempre, y todo Centroamérica, cuando le veía pasar, decía: 'Allí va una reliquia del buen tiempo viejo; allí va un monumento vivo que recuerda la grandeza de nuestros padres". Murió en 1892.

LA INSTRUCCIÓN CÍVICA EN LAS ESCUELAS

TODO Estado reposa necesariamente sobre ciertos principios, y admite, por consiguiente, doctrinas que de hecho las proclama en cada uno de sus actos. El legislador las formula diariamente y se imponen como obligación; se afirman en los parlamentos, en los tribunales y hasta en la celda del presidiario.

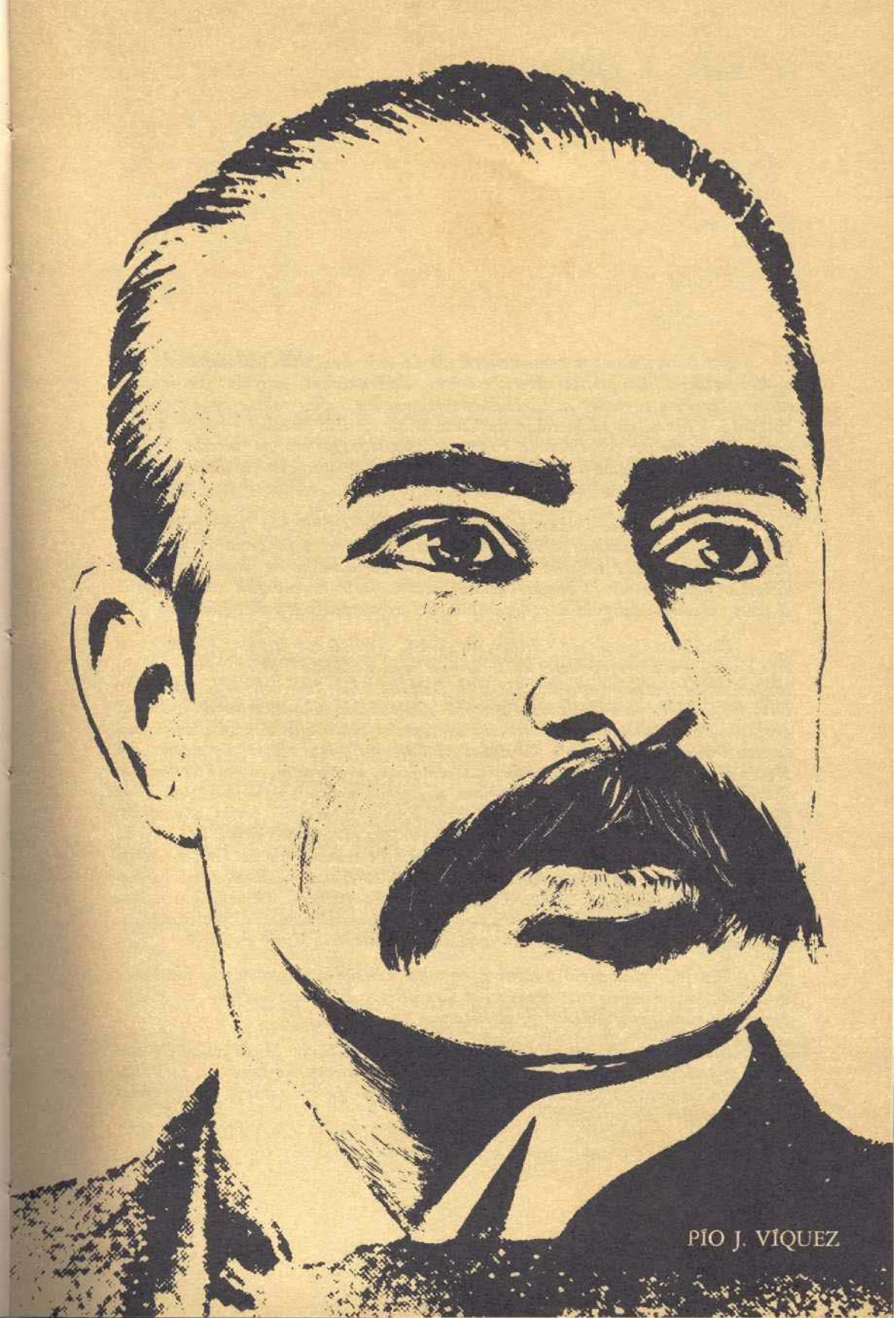
Cualesquiera que tenga hábitos de observación habrá podido notar el vacío que había en la educación del joven costarricense con respecto a ese orden de conocimientos, que tienen por objeto los deberes, las responsabilidades que corresponden al ciudadano de una República. No se enseñaba nada sobre la forma y naturaleza del Gobierno, olvidándose, de esta suerte, de que, no muy lejos de las candorosas manifestaciones de la infancia, está la edad viril en perspectiva, con sus exigencias y múltiples funciones especialmente en el seno de una democracia, donde el niño hoy, vendrá mañana, ciudadano, a robustecerla con sus aptitudes o a enervarla con su nulidad.

El olvido que se hace de estas nociones tan imprescindibles entraña peligros por una parte, y por otra, desvirtúa el fin mismo que puede tener en vista la educación. Entregar al acaso o a la indiferencia la dirección de la juventud en un pueblo republicano, es desviarla por rumbos inciertos, o hacerla accesible a influencias perjudiciales. No basta, ciertamente, educar hombres y aún prepararlos para las diferentes carreras en que ejercitarán su actividad; es necesario también formar ciudadanos, a imagen de la República.

En este punto, el Estado tiene intereses vitales que proteger, y su acción se hace indispensable para impedir la negligencia, la omisión ó,

el falseamiento de aquellos deberes que contrae el hombre, por el hecho mismo de formar parte de la comunidad.

En *Memoria presentada por el Secretario en el despacho de Instrucción Pública.*
(San José, Costa Rica: Imprenta Nacional, .1887).



PIO J. VIQUEZ

Los observadores y comentaristas de la vida han sido periodistas de una u otra manera. La prensa ofrece crónicas, descripciones, artículos de ideas y ensayos tan bien logrados que, aisladamente, pueden hallar cabida en antologías. Y, Pío J. Víquez, en su Heraldo de Costa Rica, escribió muchas páginas antológicas. No debe ser considerado como un simple reportero de sucesos diarios: al margen de la página informativa dejó muchos escritos con palabras lastradas e ideas con sangre.

"Don Pío peleó la buena batalla de la cultura contra la ignorancia, de la indulgencia en costumbres e ideas contra el fanatismo y la gazmoñería, de la sonrisa alegre contra el ceño adusto, del cordial apretón de manos contra el disimulo hipócrita, de la bondad aunque sea en traza desenvuelta y en tono de chanza, contra la malignidad vestida de virtud enjoyada de prendas falsas".

Nació en Ujarrás de Cartago, en 1850. Realizó sus estudios primarios en esta ciudad y los profesionales en la Universidad de Santo Tomás, donde obtuvo los títulos de Bachiller en Filosofía y en Derecho. Más tarde sirvió la cátedra de Derecho Civil en la Escuela de Derecho. Antes había sido maestro de escuela y profesor de castellano en el Instituto Nacional. Junto con Antonio Zambrana, su maestro, había fundado la "Sociedad El Porvenir", una especie de ateneo, que seguía fielmente la doctrina positivista comtiana. Acompañó como Secretario al Presidente Bernardo Soto en un viaje a Nicaragua y desempeñó la Secretaría de la Legación de Costa Rica en México. Fundó y dirigió varios periódicos: Un periódico nuevo (1879), La Nación (1880), La Evolución (1885), y El Heraldo de Costa Rica (1890-1899). También fue redactor de La Gaceta Oficial (1881-1885), de la revista El Maestro (1885-1886) y colaboró con Federico Proaño en Otro Diario (1886). El humorismo, la ironía, la sátira del periodista ecuatoriano, junto con la lectura asidua de la prosa combatiente de Juan Montalvo, operaron en la prosa de Víquez un cambio fundamental. Murió en 1899.

Pío J. Víquez vivió en una época que entrañó una renovación ideológica que, a la vez, implicó una renovación lingüística. Esta se manifestó en nuevos conceptos filosóficos, políticos y estéticos.

Sus escritos fueron recogidos en 1903 con el título Miscelánea. De este libro se pueden sacar muchos con gérmenes ensayísticos. Reflejan un periodista que vivía inmerso en la vida cotidiana y era testigo de los sucesos, de los cuales sacaba experiencias reflexivas.

IR AL MERCADO

MORTAL pereza: hoy es lunes, y el primer día de la semana es el verdadero día de descanso. Eso de que el domingo sirve de reposo y para las piadosas meditaciones, no pasa de ser un cuento divertido. El lunes es cuando amanece cada prójimo bostezando de fatiga y de *amor* a la contemplación.

Pues amanecimos ayer de modorra mayúscula. Al golpe de las nueve, nos vestimos a la carrerita y dijimos adiós a la casa. Partimos con dirección al Mercado.

Mejor no hubiéramos querido hacerlo, más valiera que nos hubiéramos quedado en cama hasta otro día. Jamás nos hemos visto henchidos de celo más noble en favor de las buenas costumbres. Habríamos dado cualquier cosa por tener en nuestra mano la vara del famoso Alcalde de Zalamea, o el bastón del Gobernador, o siquiera la autoridad del Agente de Policía.

¿Y para qué es la Policía? -gritábamos-. ¿De qué sirve que haya cánones legales modeladores de la conducta? ¿No será preferible hacer gran pila de las leyes y reglamentos y meterles candela? ¿Pues no es un escarnio del derecho y de los buenos usos principalmente, lo que aquí pasa, por abandono perfecto de quienes están en el deber de vigilar porque el orden y la moralidad marchen ajustados a medidas hechas? ¿Será cierto que el lunes no es día de trabajo? ¿Será que es necesario que la corrupción, hija de la disipación y la pereza, acabe de minar nuestra sociedad? Y, sin embargo, ¿qué vergüenza!, nos atrevemos muchas veces a roncar, diciendo con verdadero aire de Galicia que no hay pueblo ni más honesto ni más laborioso que el de Costa Rica. ¡Canario!, pues si los que así vociferan son en efecto personas de juicio, que se acerquen los lunes y hasta los martes y también los miércoles y demás días lectivos (pues del domingo no hay para qué decir), y vean

y juzguen de esas buenas costumbres que los infla y llena de tanto orgullo. No hay nada comparable con el *rico*,* muchacho excelente, dedicadito al trabajo desde que Dios amanece hasta que nace véspero. Si no, veamos lo que pasa, por lo pronto, aquí: el Mercado está lleno todo el día de vagos y malentretidos, de borrachines vulgares y hasta de bebedores que por nada saltarían sus antecedentes de familia. No sólo por los patios del Mercado van y vienen los gomosos y las engomadas de la noche, que son otro cáncer y segura muestra de bajeza social, sino por las cuatro calles, que, por fortuna, están atestaditas de tabernas.

Es cosa cierta: lo que sucede allí por el Mercado y los alrededores, corre también en los demás cuarteles de la ciudad, siendo mayor el ejemplo que se da de miseria moral, allí en los establecimientos de último orden, que es donde se reúne la pobretería, que más necesita de su trabajo para vivir honradamente.

Sabemos que el uso del aguardiente mina nuestro pueblo en todas partes, y, por lo mismo, deseamos que la persecución del vicio de beber sea encarnizada. Tampoco el juego y la vagancia deben vivir en paz.

Con que así pasamos el lunes por la mañana, hechos ascuas de furor contra las malas costumbres y nuestros alcaldes de Zalamea. Cuando nos apartamos del cuadro, decíamos: si la autoridad arrease con toda esta turba de gente baja, nada nos importaría que también nosotros fuésemos en la colada, por andarnos aquí dando paseítos a la pereza, cuando tantos quehaceres nos esperan en la oficina. Y en efecto, si desde temprano nos hubiéramos puesto a la labor, ahora no tuviéramos la pena de publicar este pergeñado trabajo, que también a nosotros nos hace bostezar; ¡tan fastidioso nos parece, y lo es en verdad!

Pero ayer era lunes.

Tico, adj. y sust. Natural de Costa Rica, por ser éste muy aficionado al uso de los diminutivos de este sufijo: poquitito, tantito, mamitica, chiquitico, etc.

II

Con motivo de [estas páginas] acerca del vicio del aguardiente y del juego y la vagancia y otras malas costumbres que arruinan el crédito de este país llamado antonomásticamente Costa Rica, nos han de salir algunos, que se fijan mucho en la honra del mismo y poco en los fundamentos de la honra, diciéndonos que hemos ido más lejos de lo necesario, y que los defectos que hemos atacado, son defectos humanos y no de la nación; y que, en todo caso, mejor es que la ropa sucia sea lavada en casa y no tendida en solar ajeno.

Echamos de ver fácilmente que la vagancia y la tahurería y la borrachera no carecen de celosos defensores, que son consecuencia del falso patriotismo y de un concepto equivocado del honor.

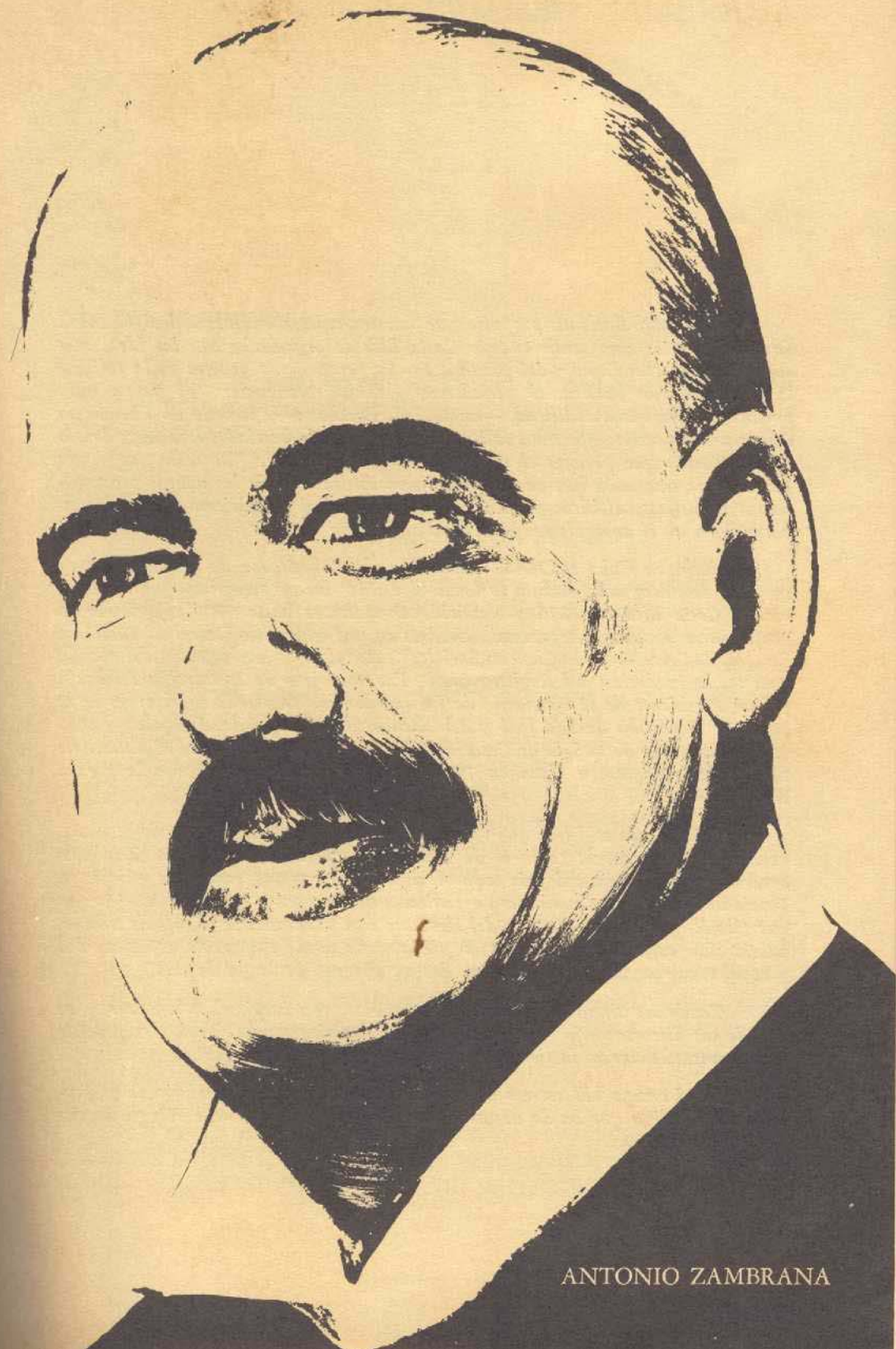
El patriotismo es la adhesión grande al pueblo donde se nace, a las entidades que forman políticamente la nación, cuya bandera nos cubre. Es un cariño fuerte a la madre tierra, parecido al apego que sentimos hacia la mujer que estruja su pecho para darnos vida con su jugo.

El honor es el rechazo pronto y enérgico de todo aquello que rebaja y humilla: el más fuerte sentimiento de odio a lo que avergüenza.

Según eso, no hay razón para que se nos eche al rostro que hemos mal con negarle crédito a lo que ya lo tiene perdido o está en camino de perderlo. Nada sufre Costa Rica con que diga el periodista y cualquiera otro, que el vicio carcomedor y arruinante seguro de las virtudes nacionales y del individuo, está haciendo prodigios de valor y de progreso en la pequeña masa de nuestra sociedad. Se bebe y se juega y vagabundea (y a esta palabra le atribuimos mucha extensión y comprensión), como se hacen picardías a granel en cualquiera de los más vetustos centros que vienen trabajados de abusos de siglos y de faltas de juicio para equilibrar los elementos del país y a fuerza ofrecerle aplicación ventajosa.

Hablar con franqueza es una virtud: el que no dice la verdad clara, si no hace mal, ningún bien hace jamás. Es evidente que nos desplomamos por diversas razones, que ahora será difícil y hasta oficioso enumerar. Y hay que tomar en cuenta que nuestro número es muy corto. ¡Qué tal si Costa Rica contara sus habitantes por los millones que cuentan los suyos China, Rusia, Estados Unidos, Japón, Inglaterra y sus posesiones, Francia, Alemania, Austria, etc., etc. ? Bien es cierto que todo es relativo. Donde hay una sociedad grande existen más elementos que pueden ser aplicados al servicio del orden; y, por consiguiente, parece mal alegato decir que un país como el nuestro, por ser pequeño, está en más propias condiciones para ser regido como conviene.

Mas nadie podrá negar que sí es indiscutible que en los países infantiles el vino de la perversión no ha tomado aún todo el bouquet y la fuerza que allí donde las sociedades están gastadas por las infamias. La Europa ha sido víctima de una larga formación difícilísima. Lo que ahora tiene exhibible, en cuanto a moralidad, lo ha ganado en las últimas centurias. No hablamos de Asia, y menos hemos hablar de Africa. Ni tampoco queremos hacer mención de las antiguas culturas, llenas de grandes virtudes y de mayores vicios. Baste recordar que Europa ha tenido que ganarle muchas reñidas batallas a la barbarie para ser civilizada. Pero, en medio de sus triunfos, tiene grandes bajezas, las que aún no han podido ser demolidas. Allí hay vicios y allí hay corrupción y gran pequeñez al lado de lo culto, por una costumbre inflexible que, sin embargo, de las leyes y de la civilización revolucionaria, forja grandes poderes y grandes debilidades, grandes riquezas y grandes miserias. El vicio es mil veces abominable. El vicio es idiota, demuestra ser bestia. En Europa también hay vicio muy grande; pero estudiadas las condiciones sociales de allá y de aquí, el nuestro resultaría ser mucho más censurable, porque nosotros no hemos tenido el ejemplo corruptor de los siglos; porque somos originales; porque hemos creado nuestras malas costumbres.



ANTONIO ZAMBRANA

Es el más brillante propulsor de nuestra cultura a fines del siglo XIX. Su magisterio se hizo sentir cuando Costa Rica se organizaba con las ideas más avanzadas del liberalismo y del positivismo. Su pensamiento penetra en la política, la administración pública, el periodismo y la jurisprudencia. "El pensamiento político de Zambrana es liberal, -anota Luis Barahona-, pero de un liberalismo teñido de humanismo que trata de integrar la justicia, la bondad y la belleza dentro de un sistema que permita el mejoramiento del hombre". "Se diría que es un pensador de transición que va del liberalismo ilustrado hacia las nuevas preocupaciones científicas, estéticas y sociales, pasando por el positivismo, hasta desembocar bien en el anarquismo, bien en el socialismo".

Nació en Cuba en 1846. Revolucionario y fundador de la República en su país. Su ardor independentista lo lanzó al exilio. En su peregrinar por América, vino a Costa Rica en 1876 y convivió con nosotros hasta 1906, ejerciendo su profesión de abogado y regentando cátedras en la facultad de Derecho. Fundó en San José la "Academia de Ciencias Sociales". Aconsejó la implantación del sistema métrico, la fundación del Registro Civil. Fue consejero de Instrucción Pública y primer Presidente de la Academia de Jurisprudencia. Ocupó la presidencia de la Junta de Educación de San José y del Ateneo, del Colegio de Abogados y otras más. Magistrado de la Sala de Casación. De Costa Rica partió a ser Ministro ante El Ecuador. Regresó a Cuba en 1912 y dedicó sus últimos años a la prensa. Murió en 1922.

"Pienso que es difícil que vuelva a darse en Costa Rica un caso de facundia, genialidad y arrogancia como el de Zambrana, opina Mario Sancho. Zambrana encarna en la historia del país todo el siglo XIX con sus grandezas y defectos. Poseía un don extraordinario para organizar y decir largos y hermosísimos párrafos que sólo él, gracias a su dominio del idioma y a su poderosísimo aliento de tribuno, habría sido capaz de recitárselos al público con aquella aparente espontaneidad y aquel tono rotundo y grandilocuo. Era un virtuoso de la palabra. .."

Zambrana sintió el porvenir de América, coca inspiración martiana y en uno de sus discursos dijo estas palabras.- "La América es, en efecto, el mundo de una democracia nueva, la tierra natal de la verdadera República".

En el ensayo «El secreto de oro» se encuentra un rico breviario de su pensamiento idealista que ha de despertar con Brenes Mesén, García Monge, Sancho y otros hacia 1910.

EL SECRETO DE ORO

ALGUNAS personas hablan mucho de las amarguras, de la experiencia y de los desengaños de la vida; pero quien no se empeña en *engañarse* voluntariamente acerca de ella, no puede sufrir decepciones.

Lo principal es no apetecer cosas vanas: hermosas por fuera, pero llenas de cenizas, como las manzanas del Mar Muerto.

El más humilde de los hombres, salvo el caso de circunstancias excepcionales, puede ser muy dichoso con esta sola condición: cumplir los deberes que le tocan y mirar la vida con serenidad reflexiva, para no confundir los verdaderos tesoros que ella encierra con las nubes de vapor dorado que cruzan por su atmósfera y pasan y se disipan con tanta rapidez.

¿Quién sufrió decepciones de su madre? ¿A quién engañó la esposa modesta, si la eligió entre las vecinas del hogar paterno, sencilla y pura, no casquivana y melindrosa? ¿A quién trataron los hombres con dureza, si él fue honrado y bondadoso con ellos? Hacerse amar es muy fácil: basta ser amable con los otros, y ningún hombre a quien los otros aman puede ser infeliz de veras.

Ejercitar nuestro entendimiento en labores adecuadas a su índole, para que dé los frutos de que es capaz, es muy importante; pero mucho más precioso es ejercitar nuestro carácter, cultivar nuestras virtudes como plantas de alto valor, arrancar de continuo la cizaña que crece entre ellas, la yerba de la concupiscencia y del egoísmo, que las arruina con su vecindad.

Donde no hay amor todo es dolor, ha dicho un sabio. El amor a la patria, a la familia, a los amigos, a la humanidad entera son veneros de una dicha que no tiene ocaso.

No hay que entregarse a apetitos locos. El hombre suele ser más desgraciado por lo que apetece sin motivo que por lo que no alcanza de lo que debe ser apetecido.

Es dable ser infeliz por dolores de la familia, por carecer de patria libre y honrada o por las propias deficiencias; pero todo ello puede llevarse con resignación, si se trabaja empeñosamente por mejorarlo, y la mayor parte de los hombres que se quejan de la vida no lo hacen por pesares de esa clase, sino por otros ilusorios, causados por la carencia de algo que sólo por insensatez codician.

La fraternidad es la panacea para todos los dolores de la vida social: el inundo lo reconoce hasta el punto de que no sólo los que lo adoran como Dios, sino los que lo miran simplemente como un hombre de genio, considerando a Jesús como el maestro de la fraternidad humana, lo tienen, por ello, como el más grande de los mortales. La cruz del Gólgota ha brillado por el espacio de muchos siglos sobre todas las grandezas de la vida. Ni el arte y la vida de Atenas, ni las leyes y las guerras de Roma, ni el viaje prodigioso de Colón, ni el genio de los más grandes músicos y de los más grandes poetas, ni los más admirables descubrimientos de la ciencia, ni las más nobles hazañas de los héroes han oscurecido con su brillo la predicación de Galilea y el martirio del Gólgota; el sacrificio de la propia ventura y la propia vida para el bien de los demás y por el amor de los hombres.

Lo más bello que parece que hacen los hombres es, sin duda, el arte: la música hermosa, la hermosa pintura, los hermosos discursos y los hermosos versos; pero no hay mármol, ni lienzo, ni poema que pueda compararse a una buena acción. Cada uno puede ser artista modelando y perfeccionando su propia vida, trabajándola, como con la inspiración de un gran poeta, como se trabaja con el bronce, como se trabaja con el pincel, como se trabaja con la palabra para hacer y decir lo que es hermoso, pero con menos hermosura que lo bueno.

Los hombres pasan mil angustias por parecer ricos y poderosos, aunque no lo sean; y séanlo o no de veras, los que parecen como tales suelen excitar envidia y malevolencia, y la vanidad es, por otra parte, un hambre que nunca está del todo satisfecha. Más vale ser como un arroyo que se desliza mansamente sobre la yerba, cristalino y melodioso, con suave murmullo al chocar con las piedras, que un torrente que se despeña de lo alto arrastrando toda suerte de inmundicias en sus aguas.

Bello es el taller del artista cuando la gloria lo sombrea con sus palmas, brillante la tribuna en que se levanta el adalid de los patrios derechos, el gabinete en que el sabio inclina la cabeza pensadora en la tarea de su análisis luminoso; pero aun la cabaña pajiza en que el labrador honrado reposa entre su familia amante de la ruda labor, tiene poesía soberana para quien sepa apreciarla en lo que vale.

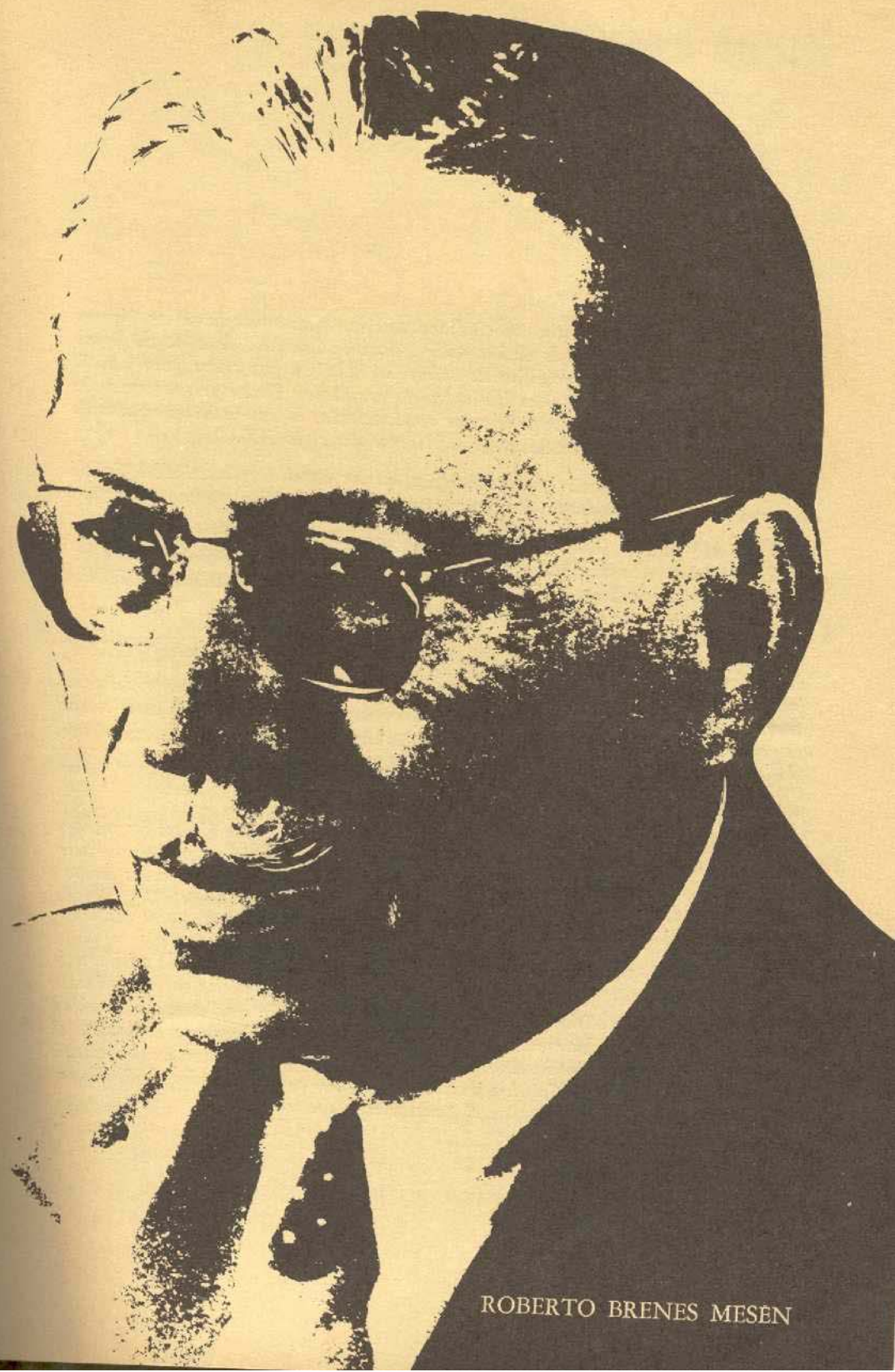
Como náufrago que mira la playa en que va a guarecerse del peligro, contempla a veces un humilde y sereno retiro, el hombre que anda atareado en el tráfago de la vida cortesana entre ambiciones y codicias.

El género humano ha progresado grandemente en el curso de la Historia, acercándose cada día más a la consecución de la fraternidad, que es la clave de su dicha.

Ya no hay esclavitud, ni la guerra constituye la relación común y constante de los pueblos, ni la piratería es forma de su vida; ya la mujer no es una esclava del varón ni una parte del botín de la pelea; ya la del arado no es tarea de siervos, ni es vil la industria de las manos que en la batalla no consiste; ya no se reparte la familia humana en patricios soberbios y plebeyos mansos; ya no hay gleba; ya se hundió en los abismos del mar, como monstruo propio de sus oscuras profundidades, el barco de la *trata*; ya no se llama bárbaro al extranjero; ya no hay hogueras para el pensamiento que no se deja amarrar a la coyunda de una superstición, ni potro de tormento para el procesado

Pero, ¿no sería mejor que nobles inspiraciones de racional sociabilidad lo encontraran? Esa es la tarea de la generación que se levanta. Con dogmas, o sin ellos, seamos prácticamente cristianos cuantos apetezamos que el sol de la dicha moral llene de resplandores sin eclipse los horizontes de la vida.

Recogido en *El Secreto de oro*. (San José, Costa Rica: Colección Ariel, 1911), pp. 5-9.



ROBERTO BRENES MESEN

No fue solo un teórico: su vitalidad traspasa para contagiar a los jóvenes y, a través de estos, llegar a la nación entera. Para la juventud de 1940 su figura era casi legendaria. Impresionaban su pulcro atuendo, su voz suave pero varonil y sus delicadas manos que Rubén Darío habría envidiado. De su persona emanaba rara generosa fraternidad. Sus profundos conocimientos lo convirtieron en una de las figuras cumbres del pensamiento costarricense del siglo XX.

Innovó en la poesía, en la educación, en los estudios gramaticales. Señaló Norte al ensayo costarricense. En fin, se destacó como teórico y como creador.

Nació en San José en 1874. Realizó sus estudios en Costa Rica y Chile. Dedicó su vida a la enseñanza y desempeñó varios cargos públicos, entre ellos, los de director de la Escuela Normal de Costa Rica, Ministro de Educación Pública embajador de Costa Rica en Washington.

Desde 1919 radicó en Estados Unidos donde profesó en las Universidades de Syracuse, en Nueva York y Northwestern, en Chicago. Se jubiló en 1939, e inmediatamente viajó por los Estados Unidos, Guatemala y El Salvador dictando conferencias. En sus últimos años participó en una intentona revolucionaria contra el gobierno de Teodoro Picado. Murió en 1947.

Bajo su mentarías espiritual floreció el "idealismo espiritualista costarricense".

En su obra ensayística aún no recogida, se preocupó por ofrecer las razones para que el ser humano disfrute de una mejor vida material como primer paso hacia una verdadera vida del espíritu. Por eso dedicó sus esfuerzos en los campos educativo y político a las consecuencias éticas (fraternidad y servicio), y, porque en su concepción metafísica, Filosofía es la Sabiduría del Amor.

Le interesó el hombre en su totalidad para que este cumpla la misión universal de civilizador. Esto lo llevó a proyectar la idea de América como continente que regenerará la política mundial. América, refugio de una nueva humanidad que vivirá en paz y fraternidad, sin prejuicios raciales y donde se reconocerá al hombre por su valor intrínseco. Tal es el mensaje de sus ensayos «La cultura integral del hombre» y «Con los jóvenes del Centro para el Estudio de Problemas Nacionales», verdaderos hitos en el pensamiento costarricense.

ROBERTO BRENES MESEN

LA CULTURA INTEGRAL DEL HOMBRE

SIMBÓLICO es el nombre del Nuevo Mundo. No fue meramente una designación geográfica, sino la de un destino, la de una función en el desenvolvimiento orgánico de la civilización humana. Para cada Continente hay una época de esplendor. Y ahora que para Europa comienzan a descender las luces del crepúsculo se levanta la claridad de una nueva mañana para nuestra América. Una nueva civilización surgirá de su seno.

La función, de la de Europa fue desenvolver la razón mediante la inteligente adquisición del conocimiento. Racionalizó su política y su economía, su vida social y su ciencia; aun trató de racionalizar la religión y el arte. Mas como el hombre no es un ente de razón tan sólo, hace ya un medio siglo que esa civilización viene derrumbándose. Europa es víctima de su propia civilización; agoniza perseguida por el monstruo de Frankenstein que ella misma ha creado, un deshumanizado monstruo de intelecto sin corazón.

No será, pues, la función de nuestra América proseguir en la misma vía. Antes por el contrario, América habrá de reconocer como destino suyo el hacer florecer una civilización a base de la cultura integral del hombre. La emoción, el sentimiento, la intuición que sobre ellos descansa, -o como visión genial- y la voluntad demandarán de los métodos la misma enfática acentuación que el intelecto. Pues nos vamos dando cuenta de que el verdadero conocer, el bello, el útil, el permanente conocer es la obra de la totalidad de la vida, no únicamente del razonamiento. El conocer que no se entaña en el vivir jamás es sabiduría. La inteligencia, por sí sola, alumbra, pero no conduce.

La escuela en América tiene, por tanto, una tarea más hermosa que la de simplemente transmitir la herencia del conocimiento de las

generaciones que precedieron. No será la verdad su único objetivo; porque la verdad sin la belleza y sin la bondad, en la educación del hombre produce un desequilibrio ominoso. Es un error que se paga con el infortunio del individuo o con las guerras de las naciones. Cuando el sentimiento de la justicia falta, y carece de voz el derecho de nuestro prójimo, entonces la verdad, sin bondad y sin belleza, es inhumana, suele ser cruel. La belleza y la bondad en las acciones humanas hacen las veces de la justicia y del derecho. La bella arte que es el vivir del hombre realmente culto es, debe ser, objetivo prominente de la educación. No todo hombre necesita ser tejedor o carpintero, médico o sastre, impresor o abogado; pero cada hombre requiere la paz social, la amistad, o la comprensión, o la tolerancia de su semejante, la dicha de la comunidad en medio de la cual vive. Y nada de todo esto puede surgir de la razón aislada. Es la obra de la totalidad del ser.

Aquí tenemos un criterio para juzgar teorías, materias y métodos de educación. Buena es la teoría, buena la práctica, bueno el plan de estudios, bueno el método de educación que hace surgir el hombre superior en cada uno de los educandos. Porque la educación es desarrollo interior, no adquisición de nociones. Estudiar, observar, viajar sólo son medios.

La educación produce un cambio esencial en el hombre, o no es educación del todo. Ella tiende a dejar en descubierto la unicidad del individuo; y sólo en este sentido tiene valor la afirmación de Spencer al decir que su "objeto es la formación del carácter". En un cierto modo la educación es autoeducación, al lado de lo cual todo lo demás parece postizo, fugitivo, que se evade tras los exámenes, como los follajes al paso del otoño. Porque la espiritual función del educador ante el alumno es la de ayudarle a buscar el maestro verdadero y eterno dentro de sí. Ese maestro dentro del hombre que decía san Agustín, es el que pregunta en nosotros, el que investiga, el que origina ideas, el que hace descubrimientos; ese es el operario y el héroe, el poeta y el santo en cada

uno de nosotros. El maestro fuera de nosotros no transfunde su cultura en el educando; ella tiene que elaborarse día a día en éste, es una individual creación que ha de permear toda la vida, porque siendo la cultura el sedimento de luz que deja una excelente educación, ella debe iluminar todas las palabras así como todas las acciones del hombre. El conocimiento se trasmite; pero es intrasmisible la cultura, porque ésta implica un refinamiento interior, una transformación lenta, pero total, de la vida íntima del ser. Ciertamente, puede el maestro suscitar el impulso creador de cultura suministrando ocasiones de experiencias internas de cultura, mas no trasegando los jugos de su conocimiento en la inteligencia del educando. Educar es inducir una expansión de la conciencia para hacer sentir más, percibir más, comprender más, pensar más, discernir más, hacer mayor uso de la voluntad, no como deseo, sino como querer, que es raíz de toda potencia. La educación expande; las ciencias y las artes son medio para obtener esa expansión. La cultura refina lo que la naturaleza da y la educación expande. Al diamante del genio la cultura no le da luz, sino ocasión de brillar.

No es, pues, la cultura el contenido de la educación, sino aquella superación del individuo que resulta de un refinamiento de la totalidad de su ser. El hombre culto sabe discernir los valores espirituales del arte y del conocimiento, porque lleva dentro de sí las normas que le han ido revelando sus ascendentes experiencias internas. Por eso las cosas de la inteligencia y del sentimiento, ciencia y arte, encuentran en él un justipreciador acertado, un crítico entendido, sin ser un erudito profesional. Y aunque se da cuenta de que los eruditos son los estanques del conocimiento, pero no los manantiales de donde fluye el agua viva, tiene respetuosa consideración por ellos.

Y en todos los climas sociales se produce la cultura. No es preciso escalar las grandes alturas universitarias o académicas para encontrar aquellos benéficos efectos de la cultura. Individuos de las clases menos privilegiadas sabrán juzgar y apreciar, y gozar las obras de la naturaleza

o del arte, dentro de la esfera de sus limitaciones, como el crítico de arte o el pensador dentro de las suyas. La diferencia es de grado y hondura, no de esencia.

En el ambiente revolucionario de nuestro tiempo sólo una fe subsiste: la fe en la educación magnificada por la fuerza transformadora que a diario se le reconoce a ésta en todos los círculos de la actividad social de nuestra época. Sobre ella descansa la fe que se tiene en el progreso de las instituciones, cualquiera que sea la orientación que se les imprima. Las reformas emanadas de gobiernos, de grupos o de partidos mediante el anuncio y la propaganda se llevan a término, y entran estos medios en lo que se designa con el nombre de educación de las masas.

Difiere esta pseudo-educación de la que hemos venido considerando hasta ahora es que esa no se preocupa en manera alguna por el desenvolvimiento interno del individuo en la masa, sino por lo resultados de conjunto a breve plazo. En tales circunstancias la escuela medianiza la originalidad saliente, sin levantar a los pequeños.

Son los maestros, sin embargo, los que destacándose de las muchedumbres y comprendiendo su función de mantenedores y defensores de los valores espirituales podrán contribuir al progreso de todas las instituciones humanas encaminadas al mejoramiento de la especie. Por medio de su amistoso y respetuoso contacto con los niños ponen en circulación el pensamiento y el sentimiento de los hombres de nuestro tiempo, así como todo lo noble y bello que se ha hecho y se ha pensado a lo largo de las edades.

Como la preocupación del siglo diecinueve fue la formación de las democracias, de las asambleas de ciudadanos, los maestros apenas recibieron la preparación indispensable para servir los intereses de las democracias, la uniformación de las turbas de votantes. Comprendemos hoy que eso no es bastante. Hay una cierta eternidad de aspiración en

el hombre que es preciso evocar, y luego exaltar, a fin de que el hombre superior latente en el individuo se levante a tomar la dirección de su destino. Y tal empeño sólo puede acabarlo el maestro de intensa educación. No del que simplemente ha leído muchos libros y oído muchas conferencias, sino del que va haciendo su cultura a fuerza de vivir con intensidad su educación. De lo hondo del ser surge la sabiduría, que es la virtuosa esencia de la experiencia de la vida. Para descubrir la cual, no cuentan los años tanto como la disciplina y constante ejercicio del pensar.

Quienes no piensan por cuenta propia concluyen por ser hombres de color de niebla; ignoran que el hombre esculpe su imagen en todas las obras de la creación que se han detenido por algunos instantes en sus reflexiones. Una inteligencia incrustada de tradiciones, de convenciones, de opiniones hechas, de intolerancias y dogmatismos, como el río sembrado de grandes piedras, no permite la navegación de la visión trascendente. Preciso es que un constante pensar, ya metódico o ya tempestuoso, limpie de sirtes el entendimiento.

La generosa raza de maestros que Channing desea para su país está en vías de hacer su aparición en nuestro Continente. No que no haya habido ya numerosos precursores, sino que la raza, como conjunto, apenas despunta. Los dioses ya tienen pronta la joya de nuestro destino para dejarla encomendada a sus manos y a sus cuidados.

Esta misión exige despliegue de talento, de entusiasmo y de labor, porque el maestro debe hallarse equipado para la investigación científica, ya sea en el departamento de las ciencias naturales o las político-sociales o ya en las ciencias del espíritu. Es esta búsqueda del conocimiento la que pone en juego las capacidades del individuo, la que las desarrolla y las fortifica, la que inspira la confianza en sí, la paciencia y la tolerancia hacia los demás investigadores. De esa suerte se compenetra del espíritu científico, que es lo único real en la ciencia. No se está nunca perfectamente seguro de haber observado bien los

hechos o los fenómenos, ni de haber analizado todos los hechos del grupo correspondiente, ni de que otros investigadores no hayan ido un poco más lejos que él. La ciencia es un constante fluir, está en un perpetuo devenir. El avance de las ciencias hace imposible la estabilidad objetiva de la ciencia. Lo que ayer fue ciencia ya no lo es hoy, y la de hoy *no lo será* mañana. El dogmatismo de la ciencia carece de fundamento y de razón *de ser*. Lo que es de inapreciable valor intelectual es, pues, la actitud del investigador en presencia de los fenómenos que estudia, lo que se llama el espíritu científico de los que van creando y transformando la ciencia. Y es esta actitud la que ha de cultivar el maestro, si aspira a dirigir la juventud de América a la posesión de su gran destino en el concierto de las civilizaciones.

Este espíritu científico acabará por curarle de esa indebida reverencia por los hechos que tanto se ha acentuado durante la última centuria, en particular en nuestros días; como si los hechos no fuesen fluidos, y fugitivos, e inasibles, como criaturas que son del pensamiento humano que los interpreta para acomodarlos a sus propósitos. El hecho es un instante en el perenne manar de todas las fuerzas y de todas las cosas del universo. En el mejor de los casos es como el canal de cal y canto por donde corten las aguas del río, que nunca contiene unas mismas aguas, o como el ojo de la ventana por donde nunca pasa dos veces un mismo rayo de luz.

La juventud de América deberá nutrirse de principios que son originadores de lo que llamamos hechos, por los cuales éstos adquieren su sentido. El alma de todo método así como de toda disciplina es la vida animadora de los principios. Así, por ejemplo, el principio de analogía es de una fertilidad inexhausta. En las ciencias experimentales se ha aplicado siempre con éxito. La Clasificación Periódica de Mendeleeyef ofrece un sobresaliente caso de aplicación de ese principio de analogía, mediante el cual se determinó el peso atómico de elementos químicos

no descubiertos aún. Y en lo material así como en lo moral la fecundidad del principio continuará siendo de extraordinario precio.

La visión multilateral de los fenómenos o de las doctrinas para establecer juicios fedantes, la concentración del pensamiento para proporcionarle hondura o intensidad, la asociación de las ideas para su fácil retención y para el discurso, la disociación de las ideas para alcanzar la originalidad en las nuevas concepciones del pensamiento, la confianza en sí para la empresa de cualquier rango que ésta sea, son otros tantos principios que el maestro debe dominar a fuerza de práctica personal a fin de ofrecer a sus educandos un vivo ejemplo de lo que es el hombre culto.

Se comprende, pues, que la formación de los maestros y profesores determina el buen éxito de la educación de un pueblo. La Comunidad, y, por tanto, sus representantes, habrán de sentirse entrañablemente asidos a la educación de maestros y de niños; deberán darse cuenta de que no hay para las naciones un más alto interés que este de la educación, pues que sobre ella descansan su existencia material y su ser espiritual. Porque la nación, como Estado, es cosa del espíritu; de allí su trascendencia. Y cuando los pueblos comprenden que los más de sus infortunios derivan de su escasa o de su falsa educación no esquivarán la responsabilidad de los empréstitos para obras de educación en el sentido profundo de la expresión, -no en el de edificios de piedras y ladrillos-, como actualmente se hacen grandes empréstitos que dedican a la destrucción de cuanto el ingenio y el amor del hombre crearon. Entonces los educadores tendrán la precedencia sobre los improductivos tratantes de los negocios y de la política.

Mas no ha de aspirar el maestro a hacerse un especialista. Las especialidades nos hacen, en cierto modo, provincianos en un sentido intelectual, propenden a deshumanizarnos. En todo caso la especialización debería desposarse con el arte, porque éste, universalizando, espiritualiza, humaniza.

El libro *Teorías educativas modernas* de Boyd H. Bode está destinado a renovar y profundizar la preparación de los maestros de América que oyen ya en los aposentos de su vida interior los pasos que se aproximan de una nueva civilización en el Continente; maestros que desearían poder volcar el cristal del tiempo para sentir pasar de nuevo las arenas de su primera juventud al servicio de este ideal.

En éste podrán los educadores venir a buscar ya sea sus propios pensamientos fugitivos o las lecciones de otros de sus camaradas que se les han adelantado en el camino.

Hay avestruces que hunden la cabeza en los mares de arena de las cosas celestes. Ojalá que no se hallen en su compañía los maestros y profesores que nos lean.

CON LOS JÓVENES DEL CENTRO PARA EL ESTUDIO DE PROBLEMAS NACIONALES

TODA Edad Media lleva en sus entrañas una Reforma y un Renacimiento. Así sea en la civilización egipcia como en la china, en la de la India como en la de Europa. Como en los hombres, así con los pueblos. La evolución se realiza en espiral ascendente y de conformidad con la ley universal del ritmo.

Se vislumbra el surgimiento de un nuevo Derecho basado sobre nuevos conceptos de propiedad, de familia, de herencia de bienes, de comercio, de impuestos; resaltarán a planos de mejor visión los derechos de los consumidores, la cooperación social y las resultancias jurídicas que de allí puedan derivarse; esto es, un nuevo Derecho Comercial, así como también remonta un nuevo Derecho Penal. La administración de la justicia, la administración civil deberán constituirse con propósitos de servicio social como se espera que ocurra lo mismo con la medicina y la hospitalización. Comienza a concebirse la banca, para los efectos de los valores bursátiles y de otros valores públicos, en relación con el crecimiento de las ciudades y de los Estados y de la confianza del pueblo; elementos que no por intangibles son menos reales. Ellos, ciudades, Estados y pueblos tendrán gradual participación en los proventos de la banca.

El divorcio del honor y de la política, de los principios morales y de la administración gubernativa; el relajamiento de las costumbres, la oficialización del juego y de la bebida; el casi total abandono de los adolescentes a su suerte, porque salidos de tercer grado en los más de los distritos rurales, ya no se ocuparán más en letras ni en prácticas de artes, de oficios o de industrias domésticas que les esclarezcan sus aptitudes, o les faciliten el aprendizaje de los mejores medios de ganar su vida. Es muy considerable el número de los analfabetas que saben *leer* y *escribir*. El analfabetismo intelectual sobrecoje. El arte de pensar es

arte perdida. El intelectualismo, entre nosotros, se ha hecho disolvente, individualista y corrosivo del espíritu de asociación. Un "Centro para Estudio de los Problemas Nacionales", asiduo y militante, es una excepción. Ni profesionales, ni artistas, ni escritores experimentan el dinámico impulso de la reunión para la conversación, para el debate, para la conferencia, para el convivio espiritual. Pequeños grupos existen, devotos, quizás; pero su acción sobre el medio es magra. En el desempeño de altas funciones del Estado la medianía y la carencia de intensa cultura se hacen evidentes; no sólo en nuestro país, sino, también en otros de nuestro Continente.

La religión, por otra parte, se ha venido vaciando de su contenido espiritual, perdiendo con ello su fuerza formativa de caracteres. El formalismo reemplaza la inspiradora energía de la doctrina evangélica, creadora de cultura, concebida como refinamiento del ser interior del hombre.

La justicia se ahoga bajo el lujurioso follaje de la ley y de la argucia, del procedimiento y de la fortuna.

Nuestra Universidad carece aún, por joven quizás, de la savia espiritual que pudiera hacer de ella un magnético núcleo de cultura nacional, continental y humana.

Nuestra política, como la de otros países, es sórdida, falaz, mendaz, sin pudor, sin lealtad. Y todo ello, porque no es política de principios, de ideas; sino de personalidades, de intereses materiales que privan sobre los principios, sobre las palabras empeñadas; porque de sus maniobras se ha eliminado el honor, que fue la única virtud caballeresca que le quedó después de habersele separado la moral en los días de Maquiavelo. Ha habido excepciones, por supuesto.

La grosera sensualidad ha invadido en estos últimos tiempos aún aquellas capas sociales que se habían mantenido al cuidado del fuego puro de Vesta.

La administración pública ha mantenido a las clases pobres en situación de desamparo permitiendo el acaparamiento de las tierras procedentes de las pequeñas propiedades que constituyeron el baluarte de la defensa de nuestras instituciones, de nuestra dignidad de hombres libres y fueron porción ingente de nuestra prosperidad.

El Banco Nacional, habiendo perdido de vista una primordial función social: ha contribuido a la expropiación de muchos agricultores. En salvaguardia del dinero que se le ha confiado exige garantías excesivas que dificultan la financiación de las mismas empresas que aparentemente protege, y contribuye, muy directamente, a la bancarrota de su cliente. Esto es, el criterio con que se trabaja en algunas de nuestras instituciones sociales es, en medio de la competencia técnica con que se rigen, enteramente arcaicos.

La educación pública es objeto de veneración supersticiosa entre nosotros. El número de escuelas, de maestros, la belleza, o magnitud de los edificios nos enorgullecen. Para lo demás sólo tenemos un ojo abierto. Los estímulos para que los maestros mejoren su preparación, mediante becas en el extranjero, concursos para la publicación de sus libros, excursiones científicamente dirigidas por diversas regiones de nuestro territorio, bibliotecas circulantes entre los maestros, ascensos de categoría o aumentos de salario como recompensa a su labor moral -no puramente intelectual-; construcción de casas de residencia para los maestros en los lugares donde las incomodidades son muchas.

Ahora bien, el sano patriotismo debe admitir que su Patria es susceptible de progreso. Es lo que vosotros habéis admitido. Declararlo así no es ofender, es amar la patria. Vosotros creéis que nos faltan un ideal, una conciencia y una preparación para encarar con provecho el conjunto de transformaciones de todo orden . . .

Esa manifestación vuestra, negativa en la forma, es esencialmente positiva y creadora. Si cada generación hubiese hecho un alto en el

camino para arrojar esa misma sonda en la conciencia de sus contemporáneos nuestro adelanto cultural fuera hoy sólido y esclarecido en todas las zonas del pensamiento y de la actividad nacionales.

Una metódica o técnica es urgente para la formulación del ideario y la iluminación de la conciencia a la vez. De excelente resultado será la conferencia de mesa redonda, bajo la presidencia de uno de vosotros o de un delegado vuestro, que teniendo a la vista un cuestionario preciso, interrogue y escuche las respuestas de los invitados a la conferencia, de cuyas conclusiones se tomará nota. Por muy importantes que éstas sean, la trascendencia de la reunión se hallará en el intercambio de las ideas; esto es, la iluminación de la conciencia. No habrá debate, ni discusión. Las objeciones a una proposición se considerarán como otras tantas expresiones de opinión; pues que no se trata de resoluciones de acción, sino de conclusiones preliminares que habrán de compararse con las de otra y otra conferencia habidas en diversos sectores de la posible opinión nacional. La conferencia de mesa redonda es medio de educación y de información. No puede, no debe tener otro carácter. Por lo demás, este es medio de acercar personas que se desconocen intelectualmente. De donde resultará el fomento de la sociabilidad basada en la mutua estima. El poder de simpatía de quien presida -cosa fácil de alcanzar, por la naturaleza misma del fin propuesto- influirá poderosamente para hacer surgir el espontáneo anhelo de asociación entre los que han manifestado afinidades de pensamiento o de sentimientos. Una vez que se considere bien avanzada esta labor, mediante la radio, el artículo o el folleto se difundirán las ideas salientes de la encuesta. Esta es técnica usual en círculos universitarios y de acción social.

Una segunda etapa de esa misma técnica la constituiría el envío de las conclusiones ordenadas por capítulos a los diversos centros de investigación y de pensamiento en América con la demanda de colaboración, del juicio crítico o de la simple impresión producida por la lectura de aquellas. Y si las condiciones se ofreciesen favorables se intentaría

la conferencia internacional de mesa redonda para obtener un consenso de opinión preparatorio de proposiciones a presentar a una Conferencia de Paz y Reorganización de las numerosas relaciones de vida que ya se columbran como consecuencia de las bases sobre que se intenta crear el Mundo Nuevo.

Una de ellas, entre las más importantes es, precisamente, que la interdependencia de esas relaciones de vida -económicas, políticas, culturales- recibirán un mayor reconocimiento en el Derecho Internacional de nuestro Continente. Conviene, por tanto, que nuestros pueblos dirijan su atención inteligente a las diversas posibilidades que aparezcan, para asimilárselas más fácilmente o para adoptarlas como cosa propia, pues que con anterioridad habían sido pensadas.

Un "mejor porvenir nacional" implica un fundamento económico. Sin holgada economía nacional toda cultura superior se retarda o se estanca.

Ahora bien, las dos fuentes de riqueza nacional son nuestra población y nuestras tierras. Hagámoslas objeto de nuestra consideración, siquiera sea brevemente.

Los dos caudales que alimentan una población se reducen a natalidad y a inmigración. Como ésta última requeriría larga exposición me abstengo de cuanto no sea una simple mención.

Por lo que atañe a la natalidad conviene que se organice el servicio de obstetricia diseminado por todo el país.

Conviene, asimismo, que se difundan las instrucciones relativas al cuidado y alimentación del niño y que se adopte un plan de higienización de la vivienda del campesinado, de construcción de habitaciones adicionales a las ya existentes y que puedan, en caso de necesidad, servir de sala de maternidad, por muy humilde que sea.

Esto es, la natalidad ha de considerarse como algo más que un renglón de Estadística; como una preocupación social a cargo del Estado, guardador de la riqueza pública, en su doble valor de humanidad y de economía.

La otra fuente de riqueza presentará arduos problemas. La distribución de las tierras obligará a los Estados a idear planes y legislación adecuados a sus propias condiciones históricas y económicas. La tendencia dominante será -tal como ya lo es- a que cada hombre o cada familia que ambicione el cultivo de la tierra tenga facilidades para adquirirla, en la proporción en que pueda atenderla y en la vecindad de su tradicional domicilio, para evitar, dentro de lo posible, la precipitada desintegración de la familia. El abaratamiento del dinero para empresas de esta índole deberá realizarse con el criterio de que la riqueza nacional no se halla exclusivamente en las cajas de los bancos: la independencia económica de los hombres, la que consiste en saber que se posee una parcela de tierra que le asegure su liberación del hambre, es también riqueza nacional.

Se cultivarán las tierras como se cultivan las inteligencias de la población rural, a fin de obtener de ellas todo el rendimiento de que son capaces.

Toda nuestra agricultura debe ordenarse sobre líneas de gran flexibilidad trazadas con una doble visión, inmediata y lejana. De igual manera se legislará acerca de nuestra ganadería a fin de mantenerla próspera y no a la merced de los menos.

Un serio capítulo es el de la Economía; porque aquí suelen atrincherarse las fuerzas que combaten el progreso social y cultural de las naciones. En nombre de una sana Economía Política se perpetúan prácticas y doctrinas incompatibles con el adelanto social y espiritual de los pueblos. Se aplica a la Economía del Estado el criterio de la economía del individuo. Cosa sustancialmente injusta y falsa.

Las inversiones de capital para la expansión de la riqueza nacional han comenzado a hacerse en otros países bajo la presión nacional: caminos para la habilitación de regiones de difícil acceso, conservación del suelo contra la erosión y los lavados de los ríos, la reforestación, creación de parques nacionales para reservas de maderas y de animales son otras tantas maneras de hacer circular la riqueza en trabajos de conservación de la riqueza misma para el porvenir. Y como los Estados han descubierto que pueden emprender el establecimiento de ciertas industrias, el iniciarlas corresponderá a los gobiernos. La alimentación de los niños y aún de los adultos desnutridos puede considerarse provechosa inversión, no ya sólo desde un punto de vista humanitario, sino también porque evita los estragos de la epidemia que obligan a expensas innecesarias. Entra aquí la inversión en la protección de los artistas para la producción de obras de arte, porque esto estimula el desarrollo de los talentos artísticos y promueve la cultura estética que es de naturaleza espiritual. El dinero empleado en fomentar concursos de carácter científico y artístico es inversión en la obra de la cultura nacional. Pues que faltan hoy los Médicis, debe proveerlos el Estado. Ha pasado la época del grosero utilitarismo de los gobiernos que creían que debían desentenderse de estas formas de la actividad social, porque no eran reproductivas. El gobierno de los Estados Unidos, con muy clara visión, dejó a un lado las preocupaciones tradicionales e hizo entrar la producción artística en el círculo superior de la economía nacional. El crecimiento espiritual de un país comporta una riqueza extraordinaria. En días de paz la flota de Inglaterra no vale lo que Bacon-Shakespeare.

En la democracia económica que se nos avecina, el poder político central deberá convertirse en creador instrumento de cooperación e irá cesando de ser una supergendarmería.

Dentro de esta democracia económica se reconocerán de una manera explícita y específica los derechos y privilegios del consumidor que ha permitido el levantamiento colosal de las industrias, la creación de

los capitales de todas las dimensiones y que ha sido, sin embargo, abandonado a la merced del especulador, del acaparador, del falsificador; víctima de la propaganda engañosa del anuncio sin censura y sin respaldo de instituciones responsables que garanticen su veracidad. El Estado asumirá la función de representar o hacer que esté representado el interés primordial del consumidor, por encima de los intereses de los industriales, pues que éstos viven del favor de aquellos.

El movimiento cooperativista vendrá a primer término en esta democracia económica. El Estado por medio de sus numerosas agencias formará las cooperativas de consumo y de producción entre los habitantes de todos los distritos rurales; establecerá privilegios de crédito para las cooperativas y se les reconocerá un rango político que las estimule a interesarse en el buen gobierno de las pequeñas localidades, como escuela cívica, si bien se impedirá que en su administración intervengan partidismos políticos ajenos al interés propiamente cooperativo.

El liberalismo económico que ha dominado la economía de las naciones por espacio de más de un siglo y medio nos ha enseñado bastante respecto de las supuestas leyes naturales de la Economía. Conocemos bien la intervención de la voluntad y de la acción humanas en los fenómenos económicos. La democracia económica pondrá a un lado muchas doctrinas, ya que en la práctica las ha venido poniendo. Los productores, por ejemplo, administran los precios y los administran también los especuladores: esos no son precios de mercado libre, como los contempló el liberalismo económico en sus alcionados días.

Una deliberada producción agrícola, industrial y artística para satisfacer las necesidades materiales y morales de las naciones sustituirá la política económica del *dejar hacer*. A la estadística de las necesidades humanas responderá la estadística de su cabal satisfacción. En nuestra preparación ideológica deberá figurar el estudio de la Estadística, la manera de leerla, de organizarla y de presentarla.

Muchos de los cambios más revolucionarios aparecerán en el campo de la educación. No se tratará de meras cuestiones metodológicas, sino de principios básicos. Parece que hemos entrado en la etapa crepuscular del intelectualismo que nos ha conducido a las situaciones en que nos hallamos desde hace no pocos siglos. En la batalla por la libertad de pensamiento para el triunfo de la inteligencia y de la razón, todas las disciplinas escolares y universitarias se intelectualizaron. Las emociones, las pasiones, los sentimientos estaban presentes en la agitación diaria de la vida; pero no se les reconocía beligerancia en los claustros universitarios. Todo ese imperio de la vida del hombre se dejó a la influencia de la tradición familiar y del medio social, y aún en nuestros días, a pesar de las teorías generales de la educación integral, es lo cierto que a las juventudes no se les proporciona las oportunidades para alcanzar el refinamiento de todas esas fuerzas primordiales y magníficas que constituyen los poderosos resortes de la acción y de los cuales no se puede prescindir sin comprometer las raíces mismas de la vida.

La rebelión de las juventudes, ahora en las Universidades, fábricas y talleres se ha debido a que después de haber atravesado por tantos laboratorios donde se elabora el conocimiento, se las ha hecho saltar al combate incesante de la vida, enteramente desarmadas para resistir las irrupciones de la pasión, o de la emoción turbulenta o del sentimiento que agota y que deprime. Se ha instruido para enseñar a ganarse la vida; no se ha educado para ser feliz. La dicha del hombre no ha sido objetivo de la Educación hasta ahora. Las generaciones quieren que lo sea. No se ha ido a las guerras simplemente para ser libres y demócratas. Ellos anhelan disfrutar de la mayor dicha posible sobre la tierra. Dicha, no placeres de los sentidos únicamente. Quieren aprender el arte de vivir felices, porque la vida es el divino don por excelencia.

Estas jóvenes generaciones saben que el amor es la cosa más bella y más grande de la vida. Quieren aprender a amar, para que el amor dentro del hogar no les traiga la ristra de dolores que suele concluir con el divorcio o en mayores infortunios aún. Quieren aprender a vivir contentos con la dorada mediocridad de la fortuna o en la pobreza limpia que proporcionará a todas las familias la democracia económica que han entrevisto durante estos últimos años. Quieren poseer cantos para las diversas circunstancias de su existencia, apreciar las formas y colores de la naturaleza, los paisajes de los campos, las conversaciones de los niños y de las gentes sencillas; saber oír la música, sintiendo su belleza; gozar con la hermosura de la ciencia presentada con la simplicidad encantadora con que se ofrece a los sabios y virtuosos descubridores de las relaciones íntimas de los fenómenos o de las cosas, que es lo que proporciona las más puras alegrías de la investigación científica, sin nomenclaturas repelentes que hacen parecer pedantes a tantos cultivadores de la ciencia.

Esa es la primera y más profunda transformación de la Educación, para recibir la cual hemos de prepararnos: saber vivir dichosos, en la compañía de nuestros semejantes.

Porque la dicha para el hombre solitario o conventual no es la de nuestros tiempos. La vida de servicio, de cooperación, de defensa colectiva de los derechos del individuo acabará por reemplazar del todo el individualismo de promontorio que prevaleció hasta los primeros decenios de nuestro siglo. Hay que educar, pues, para la cooperación y para el servicio.

Toda la actividad estética del hombre es porción importante de su vida espiritual, sin la cual la real cultura no existe. Sin ella puede pasarse la civilización, pero la cultura, no.

Y campo de esa misma vida espiritual es la alegría pura que proporciona la investigación de la verdad. No es el tenerla en nuestra

posesión la causa de nuestro mayor contento: es la búsqueda, es el impulso de todo nuestro ser y la inspiración que nos lanzan hacia su encuentro con los ligeros pies de Atalanta.

Las actividades exclusivamente prácticas, sin la luz de un entendimiento instruido, siquiera sea muy moderadamente, no son fuerzas libertadoras, no aportan la alegría que debe hallarse en toda labor humana. La muy relativa independencia económica que ofrecerá la democracia económica permitirá a mayor número de seres humanos ocuparse en aquellos trabajos que mejor convienen a sus talentos, sus gustos y sus inclinaciones. El hombre económico, el emocional y el intelectual deben armonizarse en una misma entidad profundamente humana.

Nuestra Universidad habrá de ser nuestra en su esencia. Deberá existir para responder a las necesidades de nuestra cultura en armonía con la cultura del Continente, ante todo; y luego con la del resto del inundo. Nuestra Universidad será más profundamente humana mientras mejor y más intensamente contemple nuestra realidad nacional en función de América entera, y luego, del resto del mundo.

Hemos de querer para ella una constelación de inteligencias fértiles, animadas de buena voluntad para rehacer su preparación en vista de los nuevos fines por alcanzar: en ciencias, ante todo, entrenamiento del espíritu científico aplicándose al conocimiento del país y de la nación: en letras, estudio de las literaturas americanas a la luz de las literaturas extranjeras, tanto modernas como antiguas; la Historia de América deberá ser analítica y comparada, a fin de hacerla auxiliar de la experiencia de la juventud, enseñándola a descubrir en sí los resortes humanos de la acción que movieron a otros hombres en épocas diferentes, para hacerla consciente de su fuerza y de sus posibilidades de transformar su voluntad en acero, en vista de propósitos por alcanzar. Esto es, la Historia no será cinta cinematográfica, sino fuerza inspiradora de acción. El grande

hombre no ha de anonadarnos con la majestad de su ejemplo; ha de empujarnos sobre nosotros mismos para hacernos crecer, para hacernos emprender y surgir. El estudio que de *El Príncipe* de Maquiavelo hizo Napoleón le sugirió la acción vigorosa, la precaución sutil, la resolución no sospechada. La atenta lectura que de los libros de Smiles hizo en su juventud D. Felipe J. Alvarado* hizo echar raíces en su ser la pertinacia del propósito, la voluntad de triunfo.

El cultivo de las artes ha de llevar a la juventud al descubrimiento de sí, de sus fuerzas, de sus talentos, aunque no busque el reconocimiento de sus contemporáneos. Le bastará con el contento interior de sentirse creador en su propio mundo.

La Universidad no desempeñará la función de extender títulos después de un cierto número de años, sino la de despertar las mejores fuerzas dormidas aún en la naturaleza interior de la juventud. Luego, habrá de preparar los líderes de la generación a que pertenecen.

La Universidad desempeñará más cumplidamente la función de hacer pensar, de crear ideas, no porque sean nuevas para el mundo, sino porque los jóvenes las descubren por sí mismos.

Las masas amorfas, capaces de turbulencias y de tumultos en las calles no son democracia todavía; porque para que ésta exista necesita articularse, vertebrarse y saber hacia dónde va y qué cosas y qué ideas quiere alcanzar. La Universidad debe ponerse toda ella al servicio de los elevados intereses humanos, comenzando por los de la sociedad que la sustenta. Para lo cual es preciso ascender pendientes. Callar en las difíciles circunstancias porque atraviesa una sociedad o un conjunto de naciones, es pervertir el significado y el valor de la Universidad. En nuestra América las Universidades silenciadas por la fuerza de la autoridad o por la autoridad de la fuerza, se han levantado luego más vigorosas

* Felipe J. Alvarado. Empresario costarricense que levantó una empresa muy pujante a base de un tenaz y prolongado esfuerzo.

y más asnadas de la juventud y de la nación. La Universidad debe imprimir orientación a la vida intelectual y al adelanto cultural de la nación. Porque no es bien, no dice bien de la Universidad que la vida artística, científica y sociológica se desenvuelva fuera de la Universidad. En cuya integración, entre nosotros, falta el *tercer estado: los* graduados universitarios; y a los estudiantes se les ha dado tan exigua representación que siempre estarán sin intervención en el gobierno de la institución universitaria. Profesores, estudiantes y graduados deben participar en ese gobierno, si se desea que ella posea poderosa influencia orientadora en las importantes cuestiones nacionales. De allí la necesidad de autonomía y de rentas adecuadas.

Al lado de los intereses materiales, tan preponderantes, la Universidad debe empeñarse en establecer el equilibrio, exaltando las fuerzas espirituales del país. Sin abandonar la tarea de la extensión universitaria encaminada a realizar su obra de iluminación en las masas, para contribuir a su vertebración.

Hay algo, sin embargo, que es preciso anunciar como algo que ha de venir como consecuencia de la socialización y sindicalización que crecerán con el correr de los días. Pienso en la asociación de todos los profesionales, ya sea con el carácter de cooperativas, ya con el de simples asociaciones profesionales encaminadas a obtener un reconocimiento o *status* en la vida social, política y económica de la ciudadanía. Al lado de los sindicatos estarían estas otras asociaciones, igualmente poderosas, ante las cuales no prevalecerían los odios de clase.

El más grave mal de la República es la carencia de opinión pública consciente de que lo es y la ausencia de sanción social. Al conculcador de la ley, al contrabandista, al acaparador usurero, al político mendaz, al estafador sin escrúpulos, a quienes negocian en política con los cuerpos muertos, al servil sicofanta, al periodista reptante que por dinero insulta hoy a quien ayer ensalzó también por dinero, al tratante

en prostitutas, a quien promedia los proventos del robo, a todos se les recibe y agasaja en oficinas y mansiones, se les confían funciones de responsabilidad, se les elogia, se les otorgan favores que sólo pertenecen al honor y a la dignidad. Y como no hay opinión pública organizada los funcionarios se van por los atajos del mal, o por los senderos del bien, sin la censura condenatoria y sin el aplauso comedido y justo.

Por la misma razón la prensa se extravía. De allí parte el torrente de adulaciones destinadas a corromper el juicio de las masas a quienes faltan las informaciones que les permitan corregir o comedir las expresiones. Y la prensa ha alcanzado en nuestro tiempo una fuerza educadora de gran trascendencia y de responsabilidad, tan sólo comparables con la voz y el pensamiento o que se difunden desde la estación de radio. Una opinión pública orgánica, una sanción social justa, de gran moderación, comprensiva, contribuirán a mitigar los efectos del mal; luego, a laborar por el bien. No sin vacilación diré que es obra de la educación remediar tanto mal, porque se pensará que pongo a la carga de la escuela mucho peso. En realidad, es otro mi pensamiento. Es la educación del medio social, más poderosa que toda otra escuela. Más aún: es la educadora de la escuela.

Podemos estar seguros de que la corriente política y económica del mundo fluye hacia la democracia política y la económica, que no es otra cosa que la justa distribución del bienestar material, intelectual y espiritual de los hombres. Por tanto, conviene preparar a la nación, en primer término, para la aceptación de la idea de la necesidad del cambio; en segundo término, para que contemple en su pensamiento las transformaciones inevitables. A todo lo cual se llegará haciendo uso de las conferencias de mesa redonda para la preparación de líderes y auxiliares; de la circulación de panfletos de no más de 32 páginas en las que se desenvuelve algún tópico de los ya tratados en las conferencias; de conversaciones radiodifundidas con acento persuasivo, pero sin el tono de las alocuciones.

Hay que pensar, por lo demás, en la organización de núcleos culturales, ya dentro, ya fuera de las asociaciones profesionales a que me referí en otro lugar. No habrá una sólida preparación entre los diversos grupos sociales que los predisponga al cambio sin la presencia de tales núcleos. No conviene olvidar que los problemas sociales poseen aspectos espirituales y que no puede aplicarse la materia a la solución de las cuestiones del espíritu. Los núcleos culturales estarán allí para evitar o para remediar el mal. El descenso moral de nuestras sociedades, la corrupción de las costumbres débense, en la apariencia, al teatro, a la danza, a la música, al automóvil, al mejoramiento de las carreteras, a los trajes, a la bebida, al juego; en la realidad casual íntima, se debe al conflicto entre la civilización y la cultura. La civilización avanza mucho más rápidamente que la cultura. La civilización se acepta por imitación, por el deslumbramiento de las cosas externas, por lo mucho de mecánica que en ella existe.

La cultura es una lenta labor de sedimentación, de discernimiento, de refinamiento interior, de espiritualización individual que no puede imitarse con la misma facilidad y rapidez con que se aprende a manejar un carro, a usar una refrigeradora, a sintonizar un radio, a preparar un *highball*, a danzar el tango o la rumba, que es lo que corrientemente se comprende por civilización. Y ésta bien puede coexistir con la vulgaridad, con el mal gusto, con lo precario del lenguaje, con la carencia de ideas, con la grosería de modales, con la obscenidad sin amor, con la total falta de limpieza de pensamiento.

La civilización sin cultura conduce al lujo extravagante, al derroche de las fuerzas sociales -dinero, esfuerzos, tiempo- más para vana ostentación que para satisfacer anhelos del alma.

Y para obtener el lujo sin la posesión de los legítimos medios se recurre a su obtención por los torcidos senderos de la corrupción de multivarios aspectos: sobornos, cohecho, primas, venta ilícita de servi-

En cuanto a nuestra vida internacional toda ella debe resolverse en dos definidas actitudes: acatamiento de las convenciones a que se ha llegado en las Conferencias Panamericanas, para contribuir a la consolidación del Derecho Internacional Interamericano; colaboración eficaz, si es posible con iniciativas, en la obra de reconstrucción del nuevo Derecho Internacional que ha de surgir de esta trascendente Revolución de los valores humanos que presenciamos.

Entre esas iniciativas, por ejemplo, ésta:

América deberá declarar que no ve con buenos ojos la existencia de colonias europeas dentro de su vasta esfera de influencia continental y que mira con repugnancia el establecimiento de una colonia penitenciaria, como la Guayana francesa, en su territorio. América es para los libres. Que permanezcan en Europa los criminales europeos.

Y para llevar a buen término nuestras iniciativas conviene instruir a nuestros diplomáticos en América, mucho antes de llegar a una Conferencia previa.



JOAQUÍN GARCÍA
MONGE

No es exagerado decir que la literatura costarricense del siglo XX gira alrededor de García Monge. En efecto, no solo fijó rumbos: incitó, estimuló, encauzó y divulgó la obra de nuestros escritores y aun americanos. Lo hizo con su obra editorial. Con ella creó en Costa Rica un hogar intelectual "mediante las fuerzas espirituales que constituyen la esencia de la verdadera cultura, coma refinamiento de los pueblos", según solía decir.

A él siempre le interesó la Filosofía. Fue extremoso en tolerancia y respeto hacia las ideas de los demás. Sacrificó riqueza y gloria por sus ideales. Vivió una vida material, sencilla, pero refinada. Por eso, supo ser maestro de juventudes.

García Monge nació en Desamparados era 1881. Cursó estudios en el Liceo de Costa Rica y en el Instituto Pedagógico de Santiago de Chile. Fue profesor de castellano. Más tarde, director de la Escuela Normal de Costa Rica (1917-1918); Ministro de Educación Pública (1919-1920) y director de la Biblioteca Nacional (1920-1936). Además de su viaje a Chile, en 1919 fue a los Estados Unidos a comer el pan del exilio; en 1935, a Europa, invitado por la Liga de las Naciones, gracias al enorme prestigio continental de su Repertorio Americano, pues ya se le reconocía como uno de los líderes espirituales de América.

En vida, oficialmente por Decreto N° 242 de 25 de octubre de 1958 fue declarado Benemérito de la Patria. Más tarde, se creó el "Premio Nacional de Periodismo Joaquín García Monge". Murió el 31 de octubre de 1958.

Su obra literaria comprende tres novelas: El Moto (1900), Hijas del campo (1900) y Abnegación (1901) por las cuales se le considera el creador de la novela realista costarricense. También es autor de dos libros de cuentos: La mala sombra y otros sucesos (1917) y Cuyeos y majafierros (la Editorial ADECAS lo dará a conocer muy pronto). Además, hay centenares de ensayos dispersos.

En ellos, vibran sus preocupaciones por el valor moral de la mujer y del niño y del joven; su patriotismo para la humanidad y comprensión de otros pueblos para colaborar con ellos; sus afanes para unir a los hombres en una obra común, la de luchar por la libertad, la justicia civil, la belleza y el bien; su amor por los próceres americanos; sus inquietudes políticas; su concepción de la cultura. Temas variados que desde principios del siglo fijan ideas básicas del ensayo costarricense.

De su valiosa y dispersa obra ensayística escogimos «Al pie del Monumento Nacional» y «Unidos por la cultura». El primero es una síntesis de su patriotismo. El segundo, lo revela fiel a la doctrina martiana de la devota comunión con el pensamiento generador de los próceres americanos.

ANTE EL MONUMENTO NACIONAL

(Exhortación hecha a los estudiantes del Liceo de Costa Rica y del Colegio de Señoritas, en la mañana del 15 de Setiembre de 1921).

COMO un testimonio de la gratitud nacional, erigióse un día este Monumento* a los inmortales que en los gloriosos del 56 estuvieron resueltos a no consentir opresiones extrañas en tierras de Centroamérica, a vivir y a hablar por su cuenta y riesgo, en su propio nombre, de conformidad con las altas normas y el ejemplo de los augustos fundadores de estas patrias. Lo erigieron los mayores para perpetuar en el bronce las ínclitas hazañas de los elegidos y con ello inscribir excelentemente la perdurable lección que sirviera de ejemplo y estímulo a las futuras generaciones. Que los pueblos previsores y magnánimos recurren a los mármoles y a los bronces para simbolizar en ellos sus fechas memorables, y así ponerlas a salvo de olvidos o injusticias, o como columnas millares a lo largo de la vía, para recordarles a los que vienen que no son hijos de las peñas, que tienen precursores abnegados e ilustres y una tradición estimable que conocer, respetar y proseguir.

A estos monumentos se concurre en horas solemnes como la presente, a renovar la fe en los destinos de la Patria, a buscar inspiración y luces, enseñanzas y estímulos para continuar la ruta emprendida, en alto la cabeza y regocijado el corazón.

* *Monumento Nacional.* Monumento conmemorativo de la Campaña Centroamericana de 1856-1857 contra William Walker y los filibusteros, obra del escultor francés Louis-Robert Carrier Belleuse (1858-1913). Está situado en el Parque Nacional, San José. Figuran en él las cinco repúblicas del Istmo alegóricamente representadas por cinco mujeres en actitud marcial que se lanzan en persecución del caudillo invasor. A los lados del pedestal hay sobrerrelieves que evocan las batallas de la campaña. Se considera el Monumento como una especie del santuario del patriotismo costarricense y al pie de él se reúnen las escuelas de la capital en los grandes acontecimientos para ofrendar sus cantos a las glorias nacionales. (Arce).

Lo erigieron los mayores para enseñarnos cómo se defiende con fiereza el suelo nativo, que da el sustento y la libertad; cómo es bueno morir, y se sabe morir sin cobardías, por causas dignas, cuando la injusticia y la opresión amenazan el decoro de la Patria; cómo pelean con audacia los pueblos que quieren darse patria, patria grande, y libertad: no en el aislamiento sino juntos, unos en las horas de peligro, unos en las esperanzas y los regocijos, unos en las tendencias hacia ulteriores y más halagüeñas realidades. Ayer los cinco pueblos de Centroamérica, mañana todos los del Continente hispano; porque vamos hacia la América una, según la trayectoria espiritual que los homagnos y videntes de estas patrias nos han descrito y que sólo cierta ceguera nos impide verla. Con lo que también quisieron enseñarnos que la patria es obra de concordia, de cooperación y simpatía, que los hijos unidos hacen la patria superior con que los buenos soñaron. Con lo cual también quisieron decirnos que las guerras intestinas conspiran contra la integridad moral y territorial de la Patria y le abren la puerta a los extraños, que se aprovechan de nuestras debilidades y rencores; que nada es más funesto para una comunidad que las oligarquías vanidosas y ambiciosillas que convierten el gobierno en un bien privado y no en lo que debe ser, un bien público; y anteponen sus egoísmos repugnantes y sin escrúpulos a la suerte misma de la Patria. Con lo que también se indica a vuestros profesores que el risueño ideal de servicio, de ser útil a los demás, de cooperar, es la primera de las lecciones morales que ellos deben daros, jóvenes estudiantes.

Lo erigieron los mayores para advertirnos que la libertad hay que conquistarla y reconquistarla continuamente, que sólo se pierden los pueblos que se cansan de ser libres; porque si importa saber cómo fuimos libres, importa más saber cómo conservarnos libres, cómo mantener en asta firme la enseña de los libertadores: el problema que ellos resolvieron en el 56, sigue siendo nuestro problema. Para advertirnos que no basta haber heredado de nuestros abuelos la tierra que fue de ellos, sino conservar y cuidar la que será de nuestros hijos: porque los viejos supieron que uno de los ineludibles deberes del hombre y del ciudadano

es la conservación, a todo trance, del suelo nativo; sin él no hay libertad económica y sin ésta no hay soberanía posible. La tierra libre es la que sustenta a hombres libres. Los pueblos que venden sus tierras porque ya no quieren, no pueden o no saben cultivarlas con estudio y cariño, de propietarios se tornan inquilinos. Es digna de la escultura esta previsor y saludable advertencia del profeta Martí a sus pueblos de América: EL SUELO ES LA ÚNICA PROPIEDAD PLENA DEL HOMBRE Y TESORO COMÚN QUE A TODOS IGUALA, POR LO QUE PARA LA DICHA DE LA PERSONA Y LA CALMA PÚBLICA, NO SE HA DE CEDER, NI FIAR A OTRO, NI HIPOTECAR JAMÁS.

Enseña el Monumento que Centroamérica y la América enteca, abiertas a los intereses de la civilización occidental, no se alzaron de las aguas para convertirse en factorías de los pueblos mercaderes y codiciosos, sino en tierras de libertad para humanidades ansiosas de mejorar su vida y no tan sólo de hacer negocios más o menos lucrativos, o de explotar nuestros recursos naturales; para gentes que vengan a construir sinceramente la patria de la nueva cultura, del hombre nuevo, que funda su prestigio y su decoro en vivir según las imperecederas normas de la justicia, la libertad, la belleza y la verdad.

Este Monumento rememora sucesos que le dan a Costa Rica, a Centroamérica, un sentido internacional en el Continente; que dicen cómo en días inolvidables los nuestros hablaron en su historia de pueblos pequeños y se crearon la conciencia de un cargo que cumplir en los destinos de nuestra América. Porque el buen suceso de la lucha contra el plan siniestro de Walker* y de los mercaderes a él asociados, -si es que fue el de convertir a Centroamérica en una agencia de es-

William Walker (1824-1860), filibustero norteamericano que después de haberse apoderado de algunos territorios mexicanos y de haberlos convertido en repúblicas, pretendió conquistar Centroamérica. En 1856-1857 fueras centroamericanas frustraron sus intentos de convertir estas tierras en territorios esclavistas. Fue fusilado el 1° de mayo de 1860, en Honduras.

visor y vigilante de su Primer Magistrado y de cuán incalculables son los males de un pueblo que mira con indiferencia su suerte. Como también nos dice que no debemos desesperar nunca, porque en las horas tenebrosas e inciertas los pueblos tienen el gobernante oportuno que les hacía falta.

Enseña el Monumento que las leyes morales se cumplen inexorablemente y que no deben ser ultrajados los pueblos chicos por ser chicos; que también los poderosos se tambalean cuando fundan sus relaciones con los demás en el atropello y la injusticia. Y anticipándose en medio siglo a la reciente guerra europea, proclama que los pueblos pequeños, si son dignos, si no son serviles, si son ilustrados y laboriosos, también tienen derecho a ser libres como los grandes, y que si hay un coraje sagrado es el de los pueblos que se yerguen como un solo hombre en defensa de sus más caras libertades. Por eso ved, sentid vosotros, oh jóvenes, cómo un soplo de tempestad agita las figuras del Monumento: es el ademán como de fuerzas de la Naturaleza de pueblos nuevos en marcha, que aún empuñan la lanza porque todavía aletean en la sombra los genios del Mal y de la Perdición: que ya no brilla la codicia conquistadora en la punta de las bayonetas sino en el disco de las áureas monedas. Si es sumamente grave que aventureros extraños se atrevan a comprar la patria, lo sería mucho más, e ignominioso, que hijos del país de bruces se la vendieran. Conmoveos, pues, con esa resolución que se les ve a las esculturas de vencer y de ser libres; se yerguen a paso de victoria, antes y hoy, y mañana también. Jóvenes estudiantes, ¡si lo que aguardan estos sacros bronce y los sucesos que rememoran, es el cantor inspirado, que los materiales del poema inédito y las proporciones homéricas de los héroes y de las hazañas, ahí están ante vuestro amor y curiosidad!

El Monumento es simbólico y en ello, su valor espiritual permanente. Dice de la actitud vigilante y defensiva contra los enemigos malos de la Patria, contra los exteriores que la amenazaron un día, y

pueden amenazarla, pero también contra los internos que la amenazan a todas horas. La Costa Rica de nuestros padres expulsó del suelo materno al filibustero calculista e inescrupuloso, pero la de nuestros días tiene que sacarse del alma la concupiscencia, la codicia del oro ----en muchos ciudadanos- adquirido por medios fáciles o ilícitos; la pasión del lujo, y la frivolidad -en muchas ciudadanas-; las cuantiosas deudas públicas y privadas, de lo que son secuela; la indiferencia por lo propio, la pereza, el alcoholismo, las enfermedades sociales y las discordias civiles, enemigos más terribles e implacables que los aventureros extraños: imponerse -como lo está haciendo la madre España- la disciplina creadora, constructora, del trabajo, del ahorro y del estudio, hasta hacerse digna de los progenitores en aspiraciones y realizaciones.

Es simbólico el Monumento y habla de batallas que soldados de Costa Rica, a toda hora pronta al sacrificio y al servicio, dieron por la libertad y la justicia; y habla de sucesos que aleccionan a un pueblo para que empuñe la lanza cuando las empresas libertadoras y justicieras lo requieran no más; y habla también de cómo los muertos ilustres cuyas hazañas rememora no están muertos, sino que han de revivir con sus enseñanzas y ejemplos, en la conciencia de sus conciudadanos: como guías en las nuevas batallas, que son las que ganemos nosotros por la nueva cultura, en su nombre y en el de la Patria. Que si en la guerra memorable Costa Rica iba a la vanguardia, en la paz vaya también, por la sensatez, por el espíritu previsor, liberal y progresista de sus hombres y mujeres dirigentes.

Es un símbolo el Monumento y en él se yerguen altivas e indignadas las patrias luchadoras de ayer, esculpidas en forma de mujeres para enseñaros, oh señoritas -tantas señoritas como aquí veo-. que vosotras sois la Patria misma, que haréis sana y fuerte en los niños venideros, y formaréis honrada y pulcra, si ese es vuestro ideal y resolución inquebrantables, si para ello en verdad os han educado. Jurad al pie del Monumento Nacional, con la conciencia clara de que sois las mantene-

UNIDOS POR LA CULTURA

REALMENTE la vida en sus misteriosas vueltas, en sus retornos, repite o recuerda ciertos sucesos. En 1919 en el Kent Hall de la famosa Universidad de Columbia me tocó hablar ante el Capítulo de Profesores de Español de Nueva York. A ello me movió el ya finado costarricense don Arturo Torres,* que se graduó en el Teacher's College. El asunto de mi conferencia fue: Cómo habían visto a los Estados Unidos Sarmiento y Martí, dos andariegos ilustres de nuestra América, en andanzas ejemplares de libertad y de cultura. Los Estados Unidos de Sarmiento fueron los de Emerson, de Horacio Mann, y cito estos nombres porque Sarmiento andaba entonces en menesteres de cultura, buscando en los Estados Unidos una técnica que le permitiera realizar con éxito su creación de escuelas y bibliotecas en la república Argentina. De Franklin dijo que era su santo patrono. José Martí vivió en esta Nueva York de sus sueños y de sus penas, diez años y él nos habló -de qué modo- de Whitman, de Longfellow, de Henry George, de Lincoln, de Grant, de tantos más.

Como ustedes ven, ya en 1919 andaba yo por acá en estos afanes de correlación entre los valores espirituales de los dos pueblos de América: el anglosajón y el américo-hispano. Y en eso me he vivido desde hace cuarenta años. Busco el testimonio de los próceres, porque son ellos los que han de ayudarnos en la obra de la unión, que es la de la salvación. De modo que lleguemos a ser en América los Estados Unidos de la América del Sur, en cooperación y amistad con los Estados Unidos de la América del Norte. Hay que seguir en eso: lo que nos falta es una técnica adecuada del Espíritu (la expresión es de mi amigo Waldo Frank) en colegios y universidades de ambas Américas. Este problema

* Arturo Torres (1880-1929), educador costarricense que estudió en Nueva York con algunos de los más grandes pedagogos. Fue el primer director de la Escuela Normal de Costa Rica. Autor de algunas obras didácticas.

de Educación ha de resolverlo el porvenir, si queremos ser fieles a nuestro Destino en una obra de cultura que se defina por la concordia, la justicia y la libertad de todos los hombres.

Cosa caduca es la conquista por las armas. Sólo vence, sólo enlaza a los hombres el amor que nace de una mutua comprensión de las cualidades del entendimiento y del corazón. Si Roma fue vencida por sus vencidos helenos se debió a la fuerza espiritual de la cultura de éstos. Los galos se liberaron de sus conquistadores romanos, pero lengua y cultura de Francia continuaron siendo latinas. Más tarde, las Trece Colonias se independizaron políticamente de Inglaterra; mas el amor y la influencia de la cultura inglesa perduran en la nación norteamericana. Y no otra cosa acontece con las otras Américas de nuestros días: la lengua y las letras españolas son su patrimonio también. España sigue siendo nuestra madre común, nuestra Alma Mater.

Juntos vinimos al Nuevo Mundo los anglosajones y los hispano-americanos, enlazados quien sabe por qué destino. Habrá de ser obra de inteligencia estrechar comprensivamente estos lazos mediante las fuerzas espirituales que constituyen la esencia de la verdadera cultura, como refinamiento de los pueblos y de las razas.

La labor del *Repertorio Americano* tuvo desde su fundación el amplio propósito de que se conocieran las aspiraciones de los diversos pueblos de América, presentándolas tal como las expresaron, o expresaban, sus eminentes escritores. En sus páginas se han dado cita las más altas inteligencias del Continente agitadas por las inquietudes de su propia patria, o por las de América, o por las de Europa y Asia, en relación con lo nuestro o con los más elevados principios de la Humanidad. Sin dejar por eso de abrir esas mismas páginas a los jóvenes, a los nuevos que traían en su corazón alguna promesa.

Por espacio de 25 años el *Repertorio Americano* ha sido tribuna y cátedra donde han hablado para las Américas los Jefferson y los Sar-

miento, los Lincoln y los Martí, los Emerson y los Rodó, los Whitman y los Darío, los James y los Hostos. En la galería de esas páginas ilustran con su ejemplo Washington y Bolívar, y San Martín y O'Higgins, y Miranda y Morelos e Hidalgo, y Montalvo y González Prada, Vasconcelos y Haya de la Torre, e Ingenieros y los Caso, los Lugones y los Alfonso Reyes, los Waldo Frank y las Gabriela Mistral... Todos los que han tenido un mensaje para la juventud o para su patria, mensajes de libertad o de liberación, de derecho y de justicia en las dimensiones del Continente.

Porque he creído durante todo este tiempo que es faena de la cultura hacer amar las figuras de esta cosa grande y sacrosanta que llamamos América. Porque si la inteligencia crea con esplendor ideas, la voluntad iluminada de los grandes caracteres les da corporeidad vital. De ideas se tornan en ideales. Y así es como se convierten en fuerzas propulsoras de la civilización, en el sentido más bello que esta palabra tuvo en la segunda mitad del siglo XIX, cuando la técnica y la máquina, como efectos de la civilización a ella se subordinaban; a diferencia del predominio que sobre ella han tenido a lo largo de este período transcurrido después de la guerra del 14 al 18.

Para mí, como editor del *Repertorio*, aunque tienen un valor en sí mismas las artes, las letras y las ciencias, ellas no solamente son creaciones del hombre, sino que deben ponerse al servicio de las sociedades. Se esculpe, se escribe, y se pinta y se graba para hacernos expresivos de la grandeza que llevamos con nosotros y estimular la grandeza aún no descubierta, quizás, en quienes contemplan la obra ejecutada. La belleza posee la magia de hermohear y mejorar a los hombres. La América del Sur es muy sensible a la belleza, y sirva esta advertencia de nuestro magnífico Leopoldo Lugones, si se la quiere educar con acierto.

En la medida de mis escasos medios he tratado de alcanzar ese fin: la difusión de la obra bella. Fuera mis medios más holgados,

mayor belleza se encontraría en este semanario que ha absorbido muchas de las mejores fuerzas de mi vida. De él no he derivado fortuna. Antes por lo contrario, he invertido en ese esfuerzo, como hacía Ingenieros en su *Revista de Filosofía*, liberal porción de mis sueldos como bibliotecario o como profesor hasta 1936. Desde entonces para acá la vida del semanario ha dependido de las suscripciones. Y sea esta la ocasión para agradecer a las grandes bibliotecas universitarias y públicas norteamericanas (la del Congreso, la de Nueva York, por ejemplo) el auxilio que me han prestado con sus pedidos de colecciones completas que me ha sido grato remitirles.

Los hombres de nuestra América se han sentido, lo mismo que los grupos de intelectuales, como aislados los unos de los otros. Yo he querido hacer del *Repertorio* un punto de cita, un caluroso rincón del hogar americano en donde todas las inteligencias y todas las ideas encuentren acogida afectuosa y comprensiva. (Lo que no se ha manifestado todavía, ha sido por falta de espacio, porque ya no son tan frecuentes las ediciones). En este rincón se han estrechado las manos los que poco antes mutuamente se desconocían y esto me ha dado el gusto de aquel que como anfitrión, logra reunir en torno de su mesa a los más distinguidos representantes de la nobleza del espíritu. Por largo tiempo el *Repertorio* ha sido perpetuo convivio platónico. El pensamiento hermoso de la mayoría de los pensadores de América ha tenido asiento en el Banquete.

Y no menos satisfacción me ha proporcionado el hecho de que todos los escritores de América hayan encontrado en el semanario a mi cargo los justos clamores de sus propias patrias (un auditorio, una fe, una esperanza. ..) ; de que en sus páginas hayan mirado desplegadas todas las gracias de la poesía, toda la fuerza del pensamiento de poetas y ensayistas y estadistas de cada una de estas patrias, por la independencia de Puerto Rico y por la americanización de las Guayanas y Malvinas, por ejemplo, se han levantado voces vigorosas en el *Repertorio*, sin aversión odiosa para nadie y sólo sí con un intenso amor por las causas

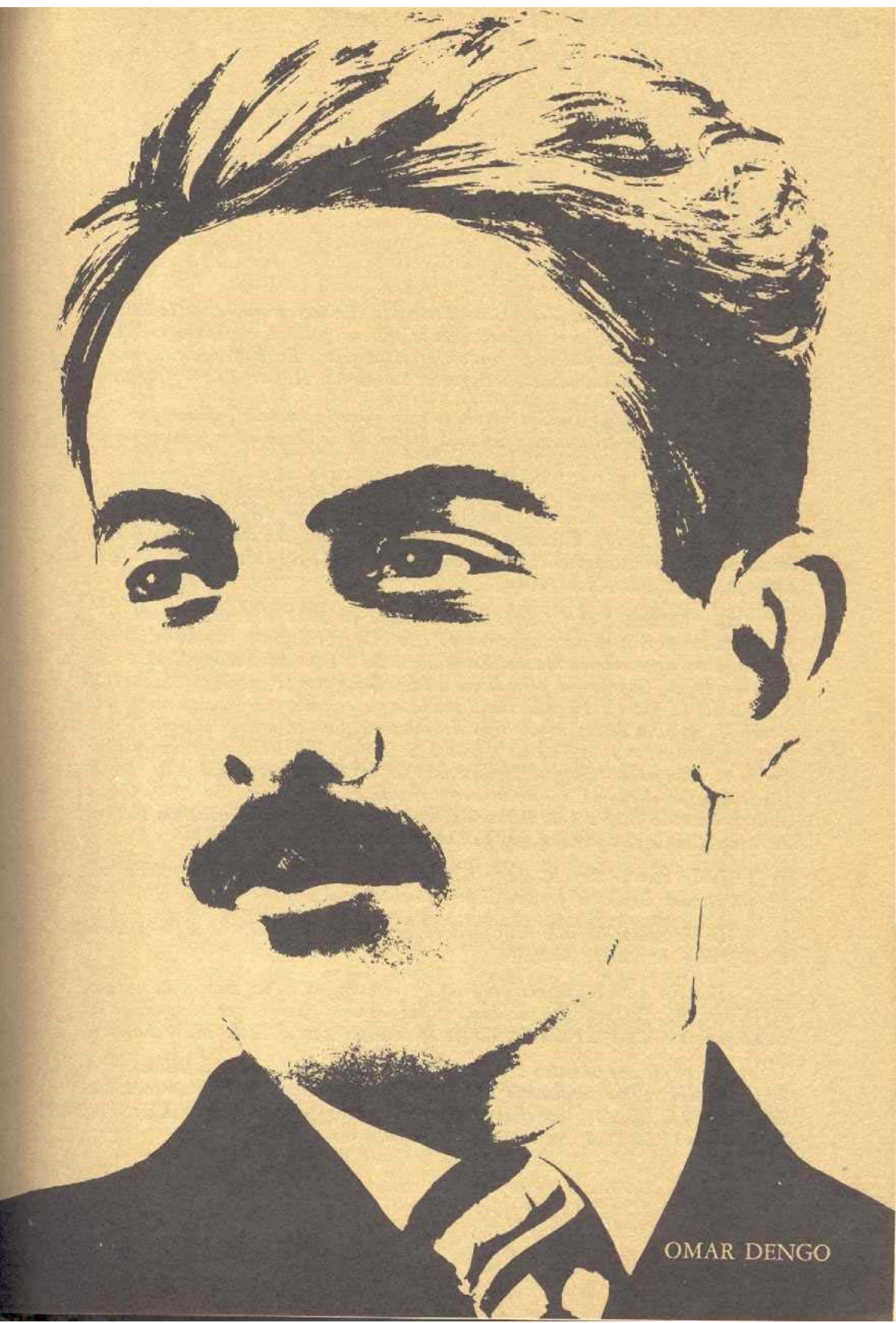
de la libertad. Patrias hemos querido ser, no meros territorios coloniales. Imperialismos, dictaduras y tiranías hallaron en la revista de que soy el editor, páginas de combate. Caídas las tiranías aquellas páginas se tornaban en motivo de júbilo y de esperanza en días mejores.

Mi experiencia de 25 años en la dirección del *Repertorio Americano*, confirma el pensamiento de que los hombres sólo se malquieren cuando no se conocen recíprocamente o cuando sólo conocen sus respectivas debilidades. Pero cuando han llegado a penetrar en las intenciones del corazón y del pensamiento y han adivinado sus virtudes, excelencias y talentos, de la admiración se pasa al afecto y a la amistad. Esto es, por el conocimiento se llega a la amistad de hombre a hombre, de pueblo a pueblo. Sólo por el amor se alcanza la unión; amor fundado en lo mejor que cada cual lleva consigo.

... en los Estados Unidos existen alrededor de X00 cátedras de literatura, historia y cultura iberoamericanas. Os estáis colocando en condiciones de conocernos bien. Por desgracia de las Universidades américo-hispanas carecen de otras tantas cátedras dedicadas a estudios de los movimientos culturales, espirituales de los Estados Unidos. (Apenas si hay una que otra dedicada a conocer los de Hispanoamérica) . Nuestra América, la que habla español y portugués, necesita institutos de cultura superior norteamericana en donde se puedan apreciar las poderosas corrientes de arte, ciencia, letras y filosofía que circulan en el organismo espiritual de los Estados Unidos.

Este mutuo conocimiento de cuanto somos -y es mucho-; esta generosa aspiración a ir juntos a la cita con nuestro común destino, nos hará invencibles. Estaremos unidos por la cultura, amasada con sangre y espíritu.

En Fernández Lobo, Mario (ed.) *Textos de lectura y comentarios*. (San José, Costa Rica: Editorial Fernández Arce, 1971), IV. pp. 103-107.



OMAR DENGO

Siempre rodeado de jóvenes, sus discípulos. En los corredores de la Escuela Normal, enseñando con aire socrático. En la tribuna política, clamando contra el interés mercantilista de poderosos consorcios extranjeros. En el periódico, comentando las noticias, inspirándose en Lugones, Sarmiento, Hostos, Rodó y Martí.

En su juventud, rebeldía y vehemencia. Quería renovar política y socialmente al país. La delincuencia infantil y juvenil lo llevaron a pensar en la educación.

Omar Dengo nació en San José en 1888. A los veinte años ya era un periodista beligerante. Sanción (1908), se llamó el primer periódico que dirigió. Luego El Rayo (1909), Cultura (1910), en el que dio gran importancia al problema obrero: los Anales del Ateneo de Costa Rica (1913), la Revista de Educación (1915), y, La Obra (1918).

Con Carmen Lira y García Monge fundó en 1912 el centro "Germinal", entusiasmado por la educación de los obreros. Organizó junto con otros intelectuales, la primera celebración en Costa Rica del "Día del Trabajo", el 1º de mayo de 1913. Concilió el periodismo y la política con la enseñanza. En 1915, al fundarse la Escuela Normal fue llamado a desempeñar varias cátedras en esa escuela formadora de un nuevo tipo de maestro. En ese mismo año viajó para observar y estudiar a los Estados Unidos. Se consagró al trabajo inspirador dentro de la Educación. Durante la dictadura de los Tinoco renunció a sus cargos públicos y fue al campo a enseñar como simple maestro rural. En 1919, García Monge, entonces Ministro de Educación, lo nombró director de la Escuela Normal de Costa Rica, la cual encauzó hasta su muerte en 1928.

junto con Brenes Mesén y García Monge, Dengo formó la tríade más importante del idealismo espiritualista costarricense.

La Asamblea Legislativa lo declaró Benemérito de la Patria según Decreto N° 973 de 6 de octubre de 1969.

Escribió a menudo para periódicos y revistas, en el Repertorio Americano, especialmente. Sus artículos de ideas y sus ensayos fueron quedando dispersos hasta que en 1929-1930 García Monge los recogió con el título Meditaciones.

En ellos, este maestro en la cátedra, en el periodismo, en la tribuna y en la plaza pública, fue sutilizando su búsqueda en persecución de lo esencial; tras la educación el Hombre, tras el Hombre el Universo, y en el Universo, Dios.

MIRA Y PASA

HAGAMOS política, aprendamos a hacerla del modo adecuado a las exigencias espirituales de nuestros tiempos. Hay una nobilísima forma de hacerla que consiste simplemente en ampliar, ennobleciéndolo, el significado de una común expresión de pobre apariencia: formar opinión. Aprendamos y contribuyamos a formar opinión. A favorecer y estimular todas las actitudes, situaciones, oportunidades, propicias al desarrollo e intercambio y aún al choque de las opiniones, que es decir, a la independencia y majestad de su vida. Colaborar en la formación de corrientes de opinión, promover y facilitar su encauzamiento, ya defendiendo, ya combatiendo opiniones. Combatir también es un modo de ahondar y limpiar los cauces, y combatir hidalgamente, el modo mejor. Opinar, auxiliar al florecimiento y la fructificación de las opiniones. Esta tan humilde norma de una política, conduce a la organización y manifestación de lo que de veras cabe llamar conciencia social, asiento y yacimiento de aspiraciones e ideales de civilización, sin las cuales carece de contenido, dentro del mundo, la vida de un pueblo.

Vivimos en país todavía instintivo, con algo de horda, donde es imperioso aprender a pensar, cumplir "el deber moral de ser inteligente". País expuesto a que el hambre, el miedo y la ignorancia, lo despeñen en el oprobioso entusiasmo del 27 de enero [de 1917],* -símbolo ya de la carencia de civismo, tanto en la muchedumbre menesterosa de luz y de pan, como en el orondo primate sin virtudes públicas. Porque no habremos de imputarle a un pueblo el crimen de lesa civilización en que sólo alcanzó a ser inconsciente encubridor de sus guías más ilustres: Cincinatos de arcilla. Mas, si no la responsabilidad de ése, sí conserva

El 27 de enero de 1917. Golpe de Estado perpetrado por militares. Costa Rica vivía un estado de incertidumbre. El pueblo vitoreó a Federico Tinoco como el político capaz de "salvar al país". La vida institucional de Costa Rica sufrió quebrantos porque Tinoco condujo al país a una tiranía, que duró escasos 18 meses. El mismo pueblo que lo aclamó, se amotinó en agosto de 1919 y lo obligó a dimitir.

inalterada la capacidad de encubrir acaso otros mayores, que no dejarán de amenazarlo desde la conciencia de los hombres que cometieron aquél. Ahora bien, de tal capacidad sólo redime la luz, freno de oro a la boca procaz de la democracia, que dijera Lugones, y que nosotros diremos prueba del fuego donde hombres y pueblos se purifican. Opinar, pues, iluminar, consumir el instinto, como un aceite, para que vierta de las entrañas luz de redención, de conciencia, -ya que ésta es verdad aún en el error, como puede ser justicia la venganza cuando el acero tiranícida liberta a un pueblo.

Opinar, en cierto sentido, esto es la civilización. Un conjunto de opiniones: esto es su historia. Opinar y enseñar a opinar: tal la función de la Escuela, de la Iglesia, de la Ciencia, etc. Diversas formas y objetivos de la opinión, mas ésta en lo hondo, como un estrato subterráneo que todo lo asocia y lo comunica con una necesidad vital del Universo. Opinión que es dogma, opinión que es conducta, opinión que es amor, que es fe, pero todo opinión.

Si bien queremos aludir a algo más sencillo, elemental, digamos: la opinión que damos a propósito de cuanto ocurre a nuestro alrededor. La cotidiana opinión sobre todos los temas, irreflexiva o meditada, ignara o docta, airada, tímida o desleal. Suele ser loca de atar y la condenan los moralistas, la desdeñan los pensadores, la excluyen los sabios, pero no obstante nutre pródigamente a morales, ciencias y filosofías. Por ella se asciende, pues, y alto, ya que elevándose nos eleva; y aunque por ella se desciende también, no sólo puede arrastrarnos al abismo sino libertarnos del peligro de las cumbres cuando las fustiga la tempestad. De las cimas nos baja en caballo alado.

Opinar, pues, y prodigar alfalfa de opiniones, a la voracidad aborregada de la callejera opinión, que hartándose de luz querrá devorar estrellas y aprenderá a comer margaritas.

Contribuyamos a formar opiniones, es decir, interesémonos, actuemos, vitalicemos nuestra relación con nosotros, con los hombres, con las cosas. Como lo dice la palabra de la brillante renovación española: ¡preocupémonos!! Es lo que urgentemente importa, porque ello centra el núcleo en torno del cual van agrupándose y coordinándose para ascender unos tras otros los estados de conciencia, las ideas y doctrinas, fuentes de las instituciones. Si como debemos, queremos hacer política, construir civismo, preocupémonos de cuanto atañe al país, a quien tampoco puede serle indiferente nada de lo humano.

Preocuparse así es gobernar, dirigir, desde donde más conviene hacerlo, desde fuera, para que los gobiernos lleguen a gobernar desde fuera también, es decir, desde la opinión. Toda opinión, aún la rudimentaria, puede contribuir a gobernar. La indiferencia y la frialdad son heréticas y pecaminosas. La admonición dantesca, magistralmente citada ha poco, en realidad expresa: ¡Comprende y triunfa! Mira, pero con afán de clarividencia; y pasa, pero en un vuelo angélico sobre las llamaradas del infierno, que a ratos parecen surgir de tu mismo corazón...

Cultivemos con amor, como una manera de ejercer la ciudadanía, el desenvolvimiento de la opinión pública.



RÓMULO TOVAR

"Recio y solitario", así lo calificó un comentarista de la obra de quienes se atrevieron a enfrentarse al terco provincialismo nacional. "La pluma del Tovar peleador estuvo al servicio del liberalismo, hoy tan de capa caída era una sociedad cada minuto más reaccionaria" -ha escrito León Pacheco.

Don Rómulo se preocupó inútilmente porque la nacionalidad costarricense echara raíces propias en un terreno movedizo y socarrón. Por ello, desesperó en la búsqueda de un alma nacional. "Es lástima que Rómulo Tovar, que poseía una cultura auténtica, un pensamiento lógico y una pluma era que la reciedumbre era hermana gemela de la agudeza limpia, no hubiera vivido sus últimos años entre nosotros para analizar, como solo él sabía hacerlo, esta realidad cuya esencia parece ser, por los vientos que la atizan, una anarquía reaccionaria cuando no atrabiliaria".

Nació en San José en 1883. Estudió Derecho y por muchos años fue profesor de enseñanza media, en la Escuela Normal de Costa Rica y en la Escuela de Derecho. Hacia 1912 se preocupó por la educación de los obreros; de ahí su invaluable concurso en el centro "Germinal". En 1908 se inició en el periodismo combatiente. Dirigió el Pabellón Rojo. Pasó a La Prensa, a La Nueva Prensa y a La Tribuna. Tuvo una memorable polémica con José Santos Chocano cuando este poeta vino a Costa Rica. Publicaba cuentos y ensayos -alternándolos con sus libros- especialmente en El Foro, La apoca y Repertorio Americano.

Su espíritu universal buscaba raíces en la civilización occidental. "Fue un lector aprovechado de los grandes ensayista. ¡ ingleses, de los nítidos pensadores franceses e italianos y de ellos sacó, como la abeja de Montaigne, el licor transparente de su prosa y de su doctrina".

Durante sus últimos años residió en California, Estados Unidos. Allí murió en 1970.

Su fe en la escuela como constructora del espíritu nacional fue profunda. Creyó en el porvenir de América con raigambre de Martí y de Rodó: "Este desear una nueva América es para nosotros como un arrepentimiento instintivo y como la advertencia de nuestra salvación. Queremos ahora comenzar a vivir, comenzar a vivir de nuestras propias fuerzas, de la sustancia de nuestro propio continente, de la luz de la inteligencia americana".

Ahora hay que meditar su «Exhortación patriótica» que es una "buena guía para rectificar ideas hechas, los prejuicios cotidianos de un país donde todos saben leer sin leer, donde todos piensan sin pensar, donde la historia se está convirtiendo en histeria".

EXHORTACIÓN PATRIÓTICA

(Hecha a los estudiantes del Liceo de Costa Rica y de la Escuela Normal en el 99 aniversario de nuestra Independencia).

ESTÉ presente ante ustedes en este momento el genio majestuoso de la patria y sea él, también, el que dé fuerza y virtud a mis palabras y aliente, a su vez, con altísimas ideas el pensamiento de ustedes, quienes representan la reserva permanente de energías de donde la República saca sus mejores impulsos para vivir, mayor fe en sus destinos y una intención más firme de mantenerse cerca de los intereses ideales de la civilización.

En este día nos toca a nosotros celebrar el rito de este culto solemne de la libertad, que es la religión por excelencia del hombre, y respecto de la cual América parece ser un nuevo altar. La libertad es el enigma de este continente, y el hombre americano debe sentirse orgulloso de pertenecer a una raza a quien la Providencia puso el sello de esta divina y superior empresa. Ser libre es como la fórmula natural de nuestro pensamiento, palabras tan sagradas como las que han podido servir, alguna vez, para dictarle un nuevo evangelio a la humanidad.

En Costa Rica, esa expresión tiene en este bronce* un signo, en las hazañas que él conmemora, una leyenda; en los hombres que han contribuido a realizar el sentido de la libertad en el espíritu nacional -con el ejemplo de sus vidas, con su acción cívica, con su fe profunda e inalterable en el bien de la República- los servidores de una noble idea. Y en ustedes, la posibilidad de hacer de este culto una fuerza moral efectiva y creadora de la nación. Ustedes no son solamente los guardianes o los héroes futuros de la libertad nacional, sino la sustancia en donde florece, la libertad, divinidad eternamente joven.

* Ver nota página 147.

El valor de esta obra mayestática, jóvenes, puede ser superior a vuestras propias energías, a vuestra inteligencia y aun a vuestras esperanzas. Pero es necesario elevarse audazmente, como los mancebos bravíos y batalladores de la palestra helénica, por encima de estas limitaciones para penetrar en el fondo sagrado de los hechos que los convoca delante de este bronce severo. Por otra parte, es de almas robustas y propio de genios valerosos, poner sobre la voluntad empresas grandes, superiores a los recursos comunes del hombre.

Nos dieron los abuelos la libertad, serenos y sin vano orgullo, como cosa preciosa y difícil, más que como un regalo como una obligación, la de amarla, la de servirla, la de conservarla. La consagraron en América la sangre de una raza, el arrebato épico de los héroes, las palabras robustas de los grandes del Continente. La defendieron aquí nuestros modestos padres, honrados de haberla heredado, deseosos de vivirla ilustremente, temerosos de perderla, y es ahora el tesoro que nosotros celamos y a quien queremos dar entusiasmo y fidelidad, fortaleza y excelencia para mantenerla, no sólo como la divinidad protectora de América, sino como la ilusión de todo hombre que en cualquier parte del mundo se sienta aún esclavo de algún injusto poder.

No es hora de pensar en discordias ni en peligros, ni en amenazas. Es hora de pensar en que somos libres y en que queremos dignificar esta verdad alentando en nosotros el sentimiento sincero de que la libertad constituye el patrimonio de nuestra vida. Nacimos para vivir en esta libertad, como otros pueblos nacieron para otros fines igualmente grandes. No podemos perderla mientras no querramos perderla, y no la perderemos, mientras le demos por asiento un corazón varonil, una voluntad fuerte y una vida ajena a debilidades y reproches. Sólo un sentimiento de flaqueza moral nos hará incapaces de sostenerla sobre nuestra frente; una vida oscura y reprehensible tendría que hacernos comprender que no tenemos derecho a vivirla en nuestro espíritu. La libertad tiene que significar para ustedes la posesión íntegra de la virtud de la

vida. No conviene equivocarse con respecto a esto para no correr el riesgo de aparecer como desleales a su sentido. Yo no hablo de una libertad exclusivamente política ni de una libertad meramente civil. Hablo de lo que podría ser el fondo verdadero de la libertad, la prontitud de nuestra inteligencia para comprender el bien cierto del hombre, la resistencia de nuestra voluntad para servir fielmente a empresa humana gloriosa, la iluminación de nuestro espíritu para amar todo cuanto es grande sobre la tierra y todo lo que pueda constituir para nosotros una patria ilustre: el trabajo noble, la industria honrada, la institución sabia, el hombre justo, la ciencia activa, la belleza alimentadora del genio, y la justicia. No debemos equivocarnos sobre lo externo de las cosas, ni pensar que cumplimos con nuestro deber haciendo ciudades, proclamando principios, dictando leyes o desarrollando empresas. Todas estas cosas tienen que ser vanas cuando no vienen del fondo mismo del espíritu del hombre, o mejor dicho, del espíritu de la nación y ellas, en cambio, sirven a la patria cuando responden al anhelo de la sociedad o del ciudadano de consagrarse cada vez más lealmente a las exigencias de los intereses sagrados del mundo. Esta es la gran virtud de la patria del hombre, quien quiera que él sea y donde quiera que ella esté. Porque en donde haya un grupo de hombres que trabajen con liberal espíritu por darle realidad a las aspiraciones superiores del mundo, allí hay una patria en donde pueden plantar su tienda y sentirse tranquilos todos los hombres de la tierra. La patria no puede ser otra cosa que centro activo de civilización y la civilización es la virtud del mundo.

También estas horas son grandes por el poder de iniciación que tienen para el individuo. Saber libertarse de errores y prevenciones, saber independizarse de instintos torpes, saber libertarse de las tinieblas que llenan nuestro corazón o nuestra inteligencia, es una manera de trabajar en nuestro provecho y de darle algo de lo nuestro a la república. Orientar nuestra vida hacia nuevos senderos, fortalecerla con nuevas energías, elevarla hacia nuevas resoluciones, es una forma de renovar el alma nacional. Es necesario, jóvenes, crear en nosotros el hombre y

por su virtud, crear desde su seno recóndito a la patria: la patria y la humanidad no son otra cosa que la expresión de nuestro espíritu: viven del esfuerzo moral del hombre, de su nobleza o de su majestad interior, crecen de la sustancia de su alma y se alimentan del resplandor de su inteligencia. El hombre puede decir que es leal a sí mismo cuando él tiene plena conciencia de su valor como una fuerza de mundo, como un ciudadano de su república.

Así resulta esta hora como algo íntimo nuestro. De este momento presente tenemos derecho a esperar una nueva forma ideal de la patria, así como tenemos derecho a esperar la revelación de una nueva conciencia de nuestra propia vida, tal vez despertar a la vida o a una forma más gloriosa de la vida. Aprovechemos esta hora para evocar lo que hay de mejor en nosotros, sea nuestra devoción artística, sea nuestro genio activo, sea nuestra vocación humilde, y hagamos de todo esto un nuevo espíritu nacional y tengamos así una patria no para vivir de egoísmos, no para sacrificarnos en aras de intereses falsos e infecundos. Hagamos una patria para los ideales civilizadores de la tierra, para comprender y amar lo que todos los hombres hacen dignamente por el bien de la vida.

Delante de ustedes se habla de estas cosas con fe, con unción y hasta con valentía: ustedes son la vida de la república, la reserva de una nueva voluntad nacional: mientras la nación conserve juventudes propias, su nombre será siempre sagrado, su bandera venerada, su territorio asilo del hombre libre.

Elevemos nuestro corazón, valerosamente, como en un rito antiguo y terrible.

Llenémonos de cierto solemne furor; sintámonos como poseídos por los dioses y juremos aquí, sobre la tierra palpitante de nuestra patria, que hemos venido a rendir un homenaje a los que siempre fueron fieles a la libertad costarricense; que hemos venido a protestar que respetaremos las instituciones de la república en cuanto ellas son la expresión

justa de su virtud, y juremos que hemos de vivir siempre en nobleza de espíritu, dándole nuestra inteligencia y consagrando a ella una vida viril.

Limpiemos nuestro ánimo de odios -si los hubiere- y digamos solemnemente que queremos la libertad de nuestra vida individual como queremos la libertad de nuestra patria, la libertad de América y la libertad de todos los hombres.

Y que los dioses protejan nuestros designios en contra de todas aquellas fuerzas que quieran oponerse a la realización del anhelo que constituye el poder por excelencia de nuestra vida: ¡ser libres!



RAFAEL
CARDONA

"¡Cuánto me hubiera gustado poder consagrar mis esfuerzos directos, en materia de trabajo intelectual, a mi patria chica! Pero yo tengo en la planta de los pies la señal del andariego, que en la tradición (le hindúes y chinos está sefaalada por un lunar grande, y estaba en mi destino el voluntario destierro en busca del pan de cada día. Sin embargo, pienso que Costa Rica tiene muchos valores dignos y sólidos, que pueden sostener el peso específico de su cultura entre el oleaje de veleidades que empuja al mundo hacia las tiranías planas y horizontales. Y me consuelo viendo cómo la obra que sembré, crece y se afirma..." -tal expresa Rafael Cardona en una carta a su amigo Joaquín Vargas Coto era junio de 1950.

Nacido en San José en 1893, Rafael Cardona, ejerció el profesorado en el Liceo de Costa Rica, En 1914 ganó la Flor Natural en los Juegos Florales Centroamericanos. Su poema «Las piedras preciosas» lo colocó en primera fila en la poesía modernista costarricense.

En 1921 partió para México. Salvo leves paréntesis en su tierra y en Guatemala, ha sido infatigable periodista de Excelsior, El Demócrata y La Prensa, para los cuales escribía los editoriales. Colaboró frecuentemente en Repertorio Americano. En los periódicos citados, Cardona ha ido dejando gran cantidad de ensayos que habrán de recogerse algún día, esperamos muy pronto.

En 1928, García Monge le publicó su libro de ensayos El sentido trágico del Quijote, en el que, analizando el momento transitivo de la sociedad contemporánea, cree que "aún está lejana la realización de una sociedad por el amor, tal vez calcada en el profético verbo de Pablo y la celestial locura de Don Quijote".

Más tarde vendrán otros poemarios, casi siempre en alejandrinos perfectos, eruditos, hermosos, cabal primor de verbo y verso. Su obra poética ha sido muy elogiada en México por personalidades como Alfonso Méndez Plantarte, Alfonso Reyes y José Vasconcelos,

"Rafael Cardona, como hombre y periodista ha estado siempre de parte de las reformas sociales, que buscan el mejoramiento de las masas, la mayor ilustración del individuo y el más culto ambiente de libertad. Combatió la dictadura del proletariado en América y no se dio nunca el lujo de otros vates que usan lengua bífida para uso de los proletarios en armas" expresa el periodista guatemalteco G. Martínez Nolasco.

En 1968, el Club de Periodistas de México le hizo el homenaje de condecorarlo con Diploma y Medalla de Oro "Francisco Zarco".

IBEROAMERICANISMO POSITIVO

ENTRE las grandes dificultades que se presentan al cultivador del ideal iberoamericanista, figura a nuestro juicio en primer término el mismo temperamento del ciudadano indoespañol, despojado casi por entero de aquella sistemática voluntariedad que da proporción inmediata a todo esbozo ideológico. Influencia de sangre y de historia, de lenguaje y de cultura, sin exceptuar las climatéricas, hacen de todos nuestros pueblos teoremas de ensueño y de fantasía; nos movemos en un mundo de milenarias tendencias, de impulsiones vagas y contradictorias, de sistemas de acción ajenos y de simulaciones peligrosas; la naturaleza en que vivimos, de sugerencias épicas y de sugerencias colosales, nos resulta, cuando tratamos de materias filosóficas, casi un enemigo: su feracidad y su esplendor imprimen al entendimiento rumbos inextricables y meandros innúmeros; nos es sumamente difícil seguir la línea recta del cerebro sajón y para llegar a una conclusión cualquiera hemos de seguir el hilo caprichoso de grandes series evocativas; esto, que es una virtud en las esferas del arte, tanto que el arte de todos los tiempos ha sido "mediterráneo" según la sugerencia de Ruskin, resulta un signo de impotencia cuando penetramos en el ambiente real de la tierra, en aquel que se nutre de cosas corporales y como decimos hoy, "económicas". Flotan en nuestra atmósfera mental, como en un océano sin orillas, los restos de una catástrofe en que se anegaron civilizaciones enteras; la conquista de España nos dio por herencia este desconcierto intelectual y moral en que nos agitamos, y al propio tiempo nos legó su facultad de superar obstáculos; la esclavitud colonial nos inyectó algunas gotas de sangre doliente y primitiva en que corre un amargor de servidumbre, y por último, el universalismo de hoy, traído por el espíritu de la investigación científica, agujeronea en nosotros el ansia de una expresión en que se fundan para siempre la armonía moral y la actividad práctica. Cada una de estas corrientes, perfectamente seccionada por los etnólogos y profesores de racialismo, parece hasta ahora completamente irreduc-

tibie y ajena a toda fusión; sin embargo, hay en su sustancia algo que hace suponer la unidad del hombre futuro, como veremos luego.

Cuando Bunge estudiaba el fenómeno político de nuestras naciones de Hispanoamérica, concluyó por manifestar un pesimismo que tal vez tenía fundamento real en la acritud del momento histórico; somos para él una raza híbrida, en que alternan los elementos síquicos del negro degradado y la arrogancia inepta del español medioeval. Nuestra política era una resultante de este temperamento apasionado y lánguido, enemigo del orden y del trabajo austero, y el caciquismo una especie de pináculo moral que resumía el carácter de las comunidades. Los sabios, cuando sólo se sirven del microscopio y del auxilio clínico, reducen el espacio de su visión tanto como lo profundizan; y así Bunge, que expresaba una incontrovertible verdad, no supo ver sino nuestros defectos y no pudo levantarse a aquel sano optimismo que se empuja sobre el presente con la mirada hacia el porvenir. ¿Es necesario añadir que cuantos han tocado el tema, se han afiliado, intuitiva o conscientemente a la tesis de Bunge?

Hay, no obstante, algo más que la ciencia, el hombre mismo, que la perfecciona y la produce, y una simple mirada al pasado bastará para probarnos que desde el principio de los tiempos, desde que hay memoria humana, se ve al hombre buscando al hombre, con el deseo de completarse. Esto no fue posible *en* la antigüedad, y a cada tentativa de unión el dominio de la espada se impuso; estas grandes marejadas de pueblos, de civilizaciones enteras golpeando unas contra otras y haciendo resonar el orbe con *el* retumbo de las armas y con *el* trueno de los cantos épicos, buscaban sin saberlo esos reflujos vastísimos de cuya reacción quedan siempre algunos restos de vida espiritual, como de las mareas quedan en las playas los amontonamientos de animales desconocidos y de elementos preciosos. Es indudable que la guerra ha sido un recurso de compenetración, y que nuestras civilizaciones han brotado, como una sangre generosa, del filo de la espada; si la moral del siglo

exige que este recurso desaparezca, es porque vamos pasando ya los dominios de la fuerza y comenzamos a entrever los reinos de la justicia.

Nosotros los hispanoamericanos venimos a sellar el pacto de alianza del mundo y somos el punto de encuentro de toda la historia. Llevamos en la sangre todos los gérmenes del espíritu antiguo y es indudable que representamos el porvenir. Por eso mismo estamos recibiendo, en fabulosos y encontrados choques, todas las ondas del imperialismo contemporáneo; las sacudidas históricas de ayer, las agitaciones del presente, los sueños de dominio de extranjeras razas, todo conjura, al parecer, en nuestra contra; ahora somos el campo de Agramante donde se libra la gran batalla, y de las enconadas persecuciones de la brega sólo sentimos el trepidar de los carros y los gritos de ambición. Nuestras nacionalidades se ven envueltas y asechadas por todos los intereses y por todos los sortilegios: dijérase que vivimos sobre una tromba. La decadencia de Oriente -me refiero al aspecto activo y material-, y por otra parte el apogeo de la cultura europea, indican evidentemente que para continuar la obra del mundo, el designio del Gran Constructor -no hablo masónicamente-, es indispensable este Nuevo Mundo americano, todavía semisalvaje y virginal, henchido con todas las gracias de una leyenda formidable.

He aquí, pues, que ese Designio nos coloca en el marco más grande de la historia. Somos débiles y andamos a tientas; nuestras repúblicas son apenas esbozos, lineamientos de lo que será; nuestros espíritus, asimismo, son llamas trémulas, agitadas por soplos encontrados. A esta orfandad moral se une la orfandad física; toda la civilización actual -de la cual estamos casi al margen- se precipita sobre los pueblos hispanoamericanos para imponerles el modelo de su concepción política y espiritual; y esta civilización, que está desorientada, nos amenaza con la herencia de su desconcierto síquico y con la implantación de su sistema cosmológico general.

¿Cómo nos encuentra el alborear de esta lucha? ¡Totalmente hundidos en el quijotismo lírico, completamente henchidos del gusto secular, miliario acaso, por los librotres y la metafísica! Nuestra actitud no es la del Aquiles homérico, confinado por un enojo a la popa de su convexa nave; es la actitud de un desertor, que en el exilio se entretiene en cantar a Fílida y grabar madrigales en los troncos selváticos. Mientras Europa y los Estados Unidos marchan rápidamente hacia simplificaciones de sus sistemas, hacia urgencias de acción cada vez más material y concreta, nosotros espigamos todavía en las páginas amarillentas del viejo pensar, confiados en que la justicia por la justicia misma pondrá en nuestra frente el óleo de la liberación comunal, sin esfuerzo alguno de parte nuestra. ¿Por qué la Providencia ha puesto en los más débiles hombros la más pesada carga?

Nuestro excesivo individualismo en materia política, que forma tan denunciado contraste con nuestra debilidad moral, ha dado ya pábulo al espíritu conquistador del anglosajón y ya comenzamos a arrepentirnos de nuestro aislamiento social. La democracia hispanoamericana ha sido hasta hoy, con muy relativas y momentáneas excepciones, una comedia sanguinaria, una sucesión de imitaciones importadas que no se ajustan al temperamento egoísta de la mayoría de estos pueblos; hemos desarrollado una política de nombres y figuras, y del cacique primitivo hemos hecho bustos presidenciales; el sufragio, el derecho privado, la enseñanza, la diplomacia, el comercio, la filosofía y la religión, todo ha sido materia de extorsiones y de impudicias; muchos gobiernos de América, surgidos por la imposición de nombres, han llegado al poder con un legajo de deudas subrepticias bajo el brazo, deudas que suponen siempre jirones de la soberanía y contratos vergonzosos de plazo indefinido. De esta manera, aquellos hilos de acción opresora que eran en principio delgados como telas de araña, han ido robusteciéndose hasta convertirse en cuerdas de ahorcado. Merced a estos vicios políticos, el imperialismo norteamericano, que era en sus comienzos un mero filibusterismo de buscadores de oro, se ha transformado, depurándose, hasta un

protección oficial), ponen de relieve, con cuidado sumo, los defectos característicos del pueblo y del gobierno norteamericano; casi nunca se ve en los libros que llevan intenciones de defensa racial, un recuento siquiera sumario de las grandes virtudes de aquella poderosa nación, árbitro hoy de los destinos del mundo, aunque incapaz del futuro. Esto resulta desastroso para nosotros mismos, pues nos deja en perfecta ignorancia de lo que es realmente positivo en el hombre. Conocer y señalar los errores del rival o del enemigo no nos hace adelantar un paso hacia su conocimiento, pues el error, según es valedero entre filósofos, es sólo la parte negativa y ajena al hombre real, que ha nacido para la verdad. Mientras procedemos de esa manera, ellos son más sabios y justos que nosotros, y estudian detenidamente nuestro carácter y nuestros fines: por eso nos penetran mejor. Nos estudian sin pasiones, con la calma y el método científico, sin tomar en consideración nuestras pasiones ni nuestros odios. La democracia contemporánea, que resulta desastrosa para el tipo indolatino por su espíritu irreverente, agitador y tornadizo, es en los Estados Unidos una forma de gobierno casi perfecta, en donde la ley ha adquirido un carácter sagrado y una aplicación invariable, aun al aplicarse al extranjero. Su política descansa en el trabajo, la producción y la educación: por eso no se hace violenta y acrática sino evolutiva y armónica. Se ha dicho que su gobierno es en verdad una plutocracia, quizá con la idea de reducir su majestad y su importancia: sin embargo, la experiencia de su vida, la felicidad de su pueblo y su poder en el mundo, nos dicen que esta plutocracia tiene su razón de ser, al menos inmediata, y que responde muy bien a los fines nacionales. Es una plutocracia expansiva, metódica, diríamos purista, que luego de llenar los deberes internos de la producción se hace centrífuga y educadora, fomentando, no sólo en el interior del país sino en todo el continente, centros de estudios, como la Institución Rockefeller que mejora práctica y teóricamente las condiciones de vida de los pueblos tropicales. Ahí se paga al genio del arte y de la ciencia, se estimula a los inteligentes y el individuo tiene un campo ílmite de experiencias, protegido

por leyes inquebrantables: y es imposible que reinando estas condiciones el resultado no sea la prosperidad, la alegría y la fuerza.

No parece sino que se me ha encargado una apología del pueblo americano; mas estimo llegada la hora de abandonar el sistema negativo de combate y de asumir los modos y características de estudio de aquel temperamento, si es que deseamos conocer en qué descansa su fuerza. Soy de los que sienten alguna repugnancia por los oradores, excelentes hipnotistas que hablan al público como los faquires indios domestican culebras. Roma comenzó su perdición por los oradores. Indiferentes a la razón, al comedimiento y a la sinceridad, sólo veían su propia sombra actuando en la multitud estremecida; y a tanto se atrevió su narcisismo palabrero que se hacían acompañar de un flautista, a fin de que el ritmo musical les dictase la inflexión de la voz y la postura pedante. Por eso prefiero la verdad, enemiga de velos como la luz, y la sencillez, amiga de lo bello.

España y los nuevos pueblos del continente hispanoamericano, tienen problemas afines que resolver. Esta afinidad, que en el plano puramente ideal y teórico, acaso romántico, se basa en el espíritu histórico exclusivamente, con sus predicados de lenguaje y semejanzas psicológicas, se resuelve en una sola ecuación social estrictamente económica, por desgracia cubierta de un espeso follaje lírico: son estas naciones las que han permanecido al margen del dominio imperialista, no tanto por virtudes ingénitas ni desplegadas cuanto por su incapacidad material de acometer empresas de ese género. La crítica poco juiciosa, un tanto folletinesca, exalta el pasado esplendor, la decadencia de la fe en el comunismo espiritual, y algunas otras migas de aspecto fantasista; pero en verdad, la única quimera digna de seguirse en los actuales momentos de predominio, es la reconstrucción económica, la producción de capital y el incremento del trabajo constituido a base de gobierno rígido, emanado de la conciencia pública y de la voluntad general. Para eso es indispensable educar a las masas en el conocimiento de la ley, e impri-

mirles un impulso hacia la obediencia de las instituciones: que éstas sean conservadoras o avanzadas hacia el radicalismo izquierdo, es secundario puesto que siempre habrá tiempo para reformar; lo esencial es la imposición de la ley a toda costa y la purificación de los elementos de gobierno. En una palabra, debe comenzarse por educar el excesivo individualismo racial para producir unidad colectivista. Los sistemas patrióticos que tienden a producir exaltaciones por el pasado, no sirven para nada: lo único que prueban es que el hijo llora la grandeza del padre por incapacidad absoluta de igualarlo.

¿Seremos capaces de afrontar semejante problema? Nuestras jóvenes nacionalidades han podido asimilar, en el decurso de un insignificante siglo, todas las ideas humanas, desde el Zend Avesta al *Gobierno Constitucional* de Wilson, desde el sistema del mundo de Copérnico a las excogitaciones de Einstein, todo ello teóricamente al menos; no nos causan sorpresa los movimientos sociales que modifican actualmente el antiguo sentir sociológico ni creemos imposible conseguir la unidad político-espiritual del mundo de habla española: a todo nos atrevemos y todo lo deseamos: preparamos, indudablemente, el porvenir, en tanto que las culturas de hoy, la norteamericana como la europea, están ya en el cenit de su fuerza y de su gloria, sin que les sea posible mantener en su apogeo la línea recta de la vitalidad, puesto que las leyes, como los hombres, se manifiestan en círculos de ascensión y descenso.

Hemos llegado, entonces, al milagro de nuestra debilidad. Carecemos de las fuerzas de hoy, mas nos esperan las potencias de mañana: somos, en una palabra, niños que se preparan, y aunque turbulentos y poco voluntariosos, estamos ciertos de que en el seno de América ha de fundirse la personalidad más pura que verá la especie. No nos será posible extirpar del todo la influencia de las razas nórdicas, pues toda verdadera selección implica una mezcolanza de todos los factores en una sola expresión; pero es seguro que, si la obra de saneamiento in-

telectual y moral se lleva a cabo con la mira de salvar el tipo interno de la raza y su brillante lenguaje, nos habremos puesto en condiciones de perpetuación en el porvenir.

Quienes desean conservar, como en las civilizaciones de antaño, tipos y expresiones de cultura inconfundibles, padecen un error gravísimo, incompatible en la actualidad con las manifestaciones de universalismo evidentes: en efecto, todo tiende en nuestros días a universalizar, a generar algo así como una catolicidad social.

Prueba irrefutable de estos primeros éxitos de universalización es la obra argentina: a los espíritus escandalizados, que se ahogan en la gota de agua del minuto histórico, Sarmiento y Alberdi responden con la Argentina actual: ni la unidad política ni social sufrió mengua ni receso algunos con la inmersión del extranjerismo en su patria: antes bien, de aquella hornaza de purificación y de ensanche brotó, como un milagro de púgiles fuerzas, ese carro admirable de riqueza y de cultura que todos contemplamos con creciente afecto. El italiano y el español de ayer se sienten tan argentinos como el gaucho de las pampas, y la república ha obtenido una base material tan duradera y respetable como la unidad de propósitos que informa su actividad. Cumplida esta primera fórmula de excelente política, de acuerdo con la divisa "gobernar es poblar", el celo principal de los gobiernos de América debería ser la obra educacional, sobre cuya aplicación corren hoy tan encontrados pareceres y distingos.

Todos esos fastuosos éxitos que vemos reflejarse en el industrialismo anglosajón, toda esa enorme potencia que nos abrumba y reduce a la total dependencia económica, tiene sus raíces en las distribuciones metódicas del trabajo cuanto en la ideología general de aquellos pueblos: la escuela está tan íntima y estrechamente ligada a la vida cotidiana, tan insolutas son las relaciones entre la universidad y la acción social, que el estudiante, al penetrar en la vida, no sufre ese

desconcierto del hombre teórico al ponerse en contacto con el fin práctico de sus estudios. En nuestros sistemas de educación abunda todavía el idealismo exagerado, el abstraccionismo metafísico. Aquella definición platónica de que la educación es el medio más apto para alcanzar la belleza, ha producido no pocos contrasentidos: algunos educadores, al propagarla, han caído irremisiblemente en el misticismo, en ese campo de realizaciones espirituales que disuelve la virtud esencial de la belleza: la corporeidad y la naturalidad. Pero ese mismo principio, aplicado por los profesores de los Estados Unidos -influidos de la idea central de Comenius y de Froebel- ha generado una realización práctica y tangible de lo bello común, al extremo de crear una juventud atlética que piensa y acciona y cuyo ambiente se distribuye entre los campos de juego, los gimnasios y las salas de estudio. Este espíritu de unidad en el procedimiento procura que el ideal de los grandes maestros encarne decididamente y se objetive en la vida nacional. ¿Qué hacen todavía los inspiradores del latinismo novelesco? En lugar de afrontar la vida tal como se presenta y mirar hacia el porvenir de nuestros países, pregonan el retorno hacia los antiguos cánones sociales, hacia el predominio y resurrección de las jerarquías políticas que mantuvieron el orden social a sangre y fuego durante siglos. Una de las características de nuestros hombres superiores es el orgullo, un olimpismo intelectual heredado por la sangre y por el estudio: en cuanto creen haber realizado su inteligencia, reaparece el antiguo individualismo aristocrático, inasible en su desdén satánico por las multitudes que se agitan entre sirtes y marañas. Por oposición, el grande hombre nórdico encuentra su propia realización en el servicio del pueblo: se funde en él y coopera en su desenvolvimiento; la soledad y el reposo le parecen vacíos de sentido y consume su existencia como el pabilo de una lámpara: dando luz. Este y no otro es el secreto de toda democracia bien constituida. La democracia es, como doctrina al menos, lo más viable que el hombre haya podido organizar; ella funde, en su aspiración unitaria, las conquistas del mundo griego con el sueño cristiano de la redención por la simpatía

y la equidad. Que la pasión de los hombres suba o baje en torno de su concepción ideal no es cosa que afecte al ideal mismo; apenas prueba la incapacidad del hombre para acercarse positivamente a aquello mismo que concibe. El comunismo radical ruso es quizá la hipóbole del sistema democrático y sólo por una confianza absoluta en el futuro puede enunciársele actualmente. Por desgracia, este comunismo ha desterrado de su sistema la unidad moral interna, cuya base descansa en el sentimiento religioso, y así transforma en un frío maquinismo utilitario las relaciones de vida entre los hombres. Todos los sistemas políticos han querido ser un fin en sí mismos; la democracia, algo menos presuntuosa y más de acuerdo con la naturaleza cambiante del individuo, no pretende ser sino un medio para facilitar la realización intelectual de las masas, y como medio que se cumple admirablemente su cometido. Jamás ha sentido el inundo una inquietud parecida a la que se experimenta en nuestros días, y nunca se ha contemplado semejante despertar cívico y moral en las conciencias.

Parece indispensable, pues, una coordinación de principios en vista de las resistencias que debemos presentar a las fuerzas absorbentes del mundo extranjero. O bien nos reducimos a la absoluta y concreta realidad de las cuestiones sociales con miras a propagar el afianzamiento de la soberanía hispanoamericana, o bien sucumbimos ante los más aptos, ante esa mentalidad anglosajona cuyo instinto práctico parece seguir las huellas de la naturaleza, especialmente del árbol, al cual imita en su crecimiento, hundiendo primero sólidas raíces y echando luego sus brotes a la luz como un anhelo de florecimiento. Tal como nosotros estamos hoy, desligados del suelo y con inspiraciones idealistas predominantes, nos será imposible evitar la declinación del espíritu racial y el advenimiento de un dominio extranjero en el Continente.

He aquí, sintéticamente expuestos, los puntos básicos de resistencia continental: primero, creación de una política tendiente a crear espíritu de orden y conocimiento de la ley, y encaminada sobre todo a

afectar las nacionalidades de habla española de América en conjunto: segundo, modificación sustancial de los sistemas educativos e intromisión de todos los elementos prácticos que unan y suelden la vida con la escuela; y tercero, depuración del sentimiento religioso, hoy estancado y negativo merced a la influencia del catolicismo medioeval. Este es otro punto de importancia trascendente. Los pueblos, como matrices de creación espiritual, no serán nunca conducidos por la razón sino por el sentimiento; y de ahí proviene la fuerza incontrastable del fenómeno religioso en ellos. Mas, ¿qué ha hecho la Iglesia de este sentimiento? Una costumbre inmóvil, incapaz de renovación alguna, un hábito inveterado de falsa y lánguida contemplación que apaga en el hombre todo sentimiento de lucha. La doctrina de Cristo, que es para los protestantes una cuestión ética de carácter volitivo, energético, es para el catolicismo un problema de contemplación, de especulación, de metafísica. Y así, mientras los pueblos nórdicos aplican la fuerza religiosa a la construcción de una sociedad rica, exageradamente activa y alegre, nosotros tendemos, consciente o inconscientemente, al quietismo intelectual, al marasmo ético. La religión, si ha de ser considerada como causa eficiente de liberación, no debe ni puede estar en pugna con el desarrollo material de las naciones; ha de estimular, por el contrario, la circulación de las savias renovadoras del organismo social. Así lo entendieron todos los grandes reformadores de la educación, como Froebel, Comenio, Fichte, Emerson, etc. La escuela norteamericana es una expresión altísima de esa ética religiosa. Y los resultados están a la vista del mundo.

Si de algo han de servirnos las lecciones de la historia, volvamos un momento los ojos al mundo Oriental, a la India. Este pueblo poderoso y vetusto, que ha infuido sobre todas las civilizaciones, ha sido sometido a la conquista diversas veces, en razón de su descuido total de la cosa pública. Este descuido está en las bases mismas de su doctrina religiosa, emanada de las corrientes védica y budista. La aspiración de las clases directoras se ha cifrado en la más radical pasión metafísica; poseídos del pensamiento de lo eterno, los pueblos como el sacerdocio

han caído en una quietud extática que ha reducido considerablemente su visión de las cosas inmediatas; el sentimiento de la patria, que es tan vivo en los pueblos jóvenes, se ha desvanecido, casi totalmente, de suerte que no fue difícil al imperialismo inglés posesionarse de aquel suelo sagrado, tan rico de leyendas y recursos naturales. Mahatma Ghandi, el propulsor del nacionalismo hindú, ha intentado una gigantesca restauración de aquel país, y aunque ha sumado una serie de éxitos notables en sus primeros intentos, la fuente del ardor patriótico está casi extinta en el pueblo, tanto por la carencia de un ideal concreto cuanto porque las líneas étnicas necesarias a toda fuerza nuclear han desaparecido con la mezcla de razas y de principios.

Este ideal concreto, perfectamente definido, sumiso a los dictados de una voluntad muy despierta, es lo que nos falta, y esta ausencia nos puede poner en las circunstancias de la India si una devoción verdadera no educa y disciplina nuestras facultades intelectuales y morales. El dilema se presenta con toda la acritud de una amenaza inminente y categórica: ¿deseamos nuestra supervivencia en el concierto de las naciones? No hay sino un camino, prepararnos por la educación de la voluntad y por el constante sacrificio. ¿Deseamos perpetuar el antiguo sentir latinista, esto es, ser los representantes del ideal quijotesco y metafísico? Pues entonces ¡a ceder el campo a los adaptados, aunque estos adaptados sean a nuestros ojos hordas bárbaras! Una vez despojados de nuestra soberanía cívica seremos una casta sometida, que pasará por ciudades florecientes su viejo cansancio del mundo, muy semejantes a esos predicadores de Oriente que evangelizan bajo los bambúes de los jardines urbanos, mientras pasan ante sus ojos indiferentes los hermanos esclavizados y miserables.

Henos aquí, pues, colocados en presencia del dilema shakespiariano: ser o no ser, y ante el otro, de D'Annunzio: renovarse o morir. ¿Qué esperamos de nuestros poderes de intuición literaria? ¿Qué de nuestra naturaleza verbosa, de nuestras elocuencias teatrales? ¿Vamos

a arreglar el mundo con discursos y la patria con poemas? Bien, muy bien están estos veneros de vida espiritual una vez afianzada la soberanía política; pero, existiendo una labor de construcción práctica y material que llenar, faltándonos la cohesión constitucional y el instinto de resistencia, no debemos cifrar todos nuestros anhelos en la vida contemplativa. ¿De dónde, pues, nos viene todo ese acervo de literatura inmortal sino de la libertad? ¿La Grecia de Platón y de Esquilo, no tuvo por cuna el escudo de las Termópilas y el hacha de Salamina? ¿No fue necesario a Roma templarse en las jornadas de Oriente para adquirir un Cicerón y soportar a un Augusto para obtener un Virgilio? La grandeza moral de los hombres, como de las naciones, surge de su liberación política: sobre ella descansa lo mejor de la dignidad humana; la capacidad para la lucha es siempre un signo de la capacidad para el pensamiento. Hoy, cierto misticismo asegura que estas civilizaciones han sido bárbaras, no sin alguna razón; pero, ¿conoce el hombre otro camino en su desenvolvimiento que el de la lucha, sugerida por el instinto de crecimiento y de perfección? Cristo, que ha sido el Cordero del mundo, nos da la clave de la realización personal: "He venido al mundo para meter espada", dice; y él mismo, para encontrar la gloria absoluta, se entrega a la lucha más áspera y desigual de que haya memoria.

No trato aquí de exclusiones, ni de conquistas por la espada, ni de incrementar odios. Soy de los que piensan que no tenemos nunca más enemigos que nosotros mismos y que en nuestras debilidades descansan los éxitos ajenos. Por eso he señalado al comienzo de este esquema los errores de nuestra naturaleza mental, las zonas negativas de nuestro espíritu y nuestros arraigados prejuicios. Por otra parte, sé y creo que poseemos recursos síquicos y materiales suficientes, acaso envidiables, para emprender aquella obra colosal que soñó el genio imponderable de Bolívar: la unidad de Hispanoamérica, y si no hablo de ellos es porque prefiero señalar los errores comunes que exaltar las virtudes generales: siempre es más interesante tratar aquí de lo que se olvida o se ignora que de lo que sabe y recuerda.

He tratado de abrazar, hasta ahora, el aspecto general de las condiciones psicológicas que privan en el Continente respecto de la doctrina iberoamericanista, sin pretender, por supuesto, presentar una tesis concluyente en relación al asunto, demasiado vasto y complicado para que una simple observación pueda materializar las aspiraciones de sus núcleos; ningún hombre puede, por extenso y vigoroso que sea su nombre, hacer otra cosa que sugerir caminos y expurgar el ánimo de los pueblos en beneficio de las ideas; sólo a los hombres de espada, que cada día van siendo más raros, les es dado apresurar por la fuerza la indeclinable lentitud del tiempo y congregar a los pueblos bajo un estandarte y bajo una ley; y aun estos tienen la desventaja de que cuentan sólo con lo fortuito y fundan, por consecuencia, comunidades que se disuelven tan luego como el lazo de su energía se desata en la muerte. Este es el ejemplo de la historia: tal como estamos hechos, de un barro deleznable y de un corazón prejuicioso, sólo nos queda por imperio real sobre la vida el recurso de alimentar el fuego sagrado de la esperanza, inoculando en las generaciones algo de nuestro entendimiento y de nuestra voluntad, a fin de formar un reservorio de ideales y de energías, que, acumuladas por el tiempo, por el examen y la repetición, lleguen a cargarse de la dinamita necesaria para que se concreten en hechos. El hombre de nuestro tiempo, con pocas excepciones, tiene por distintivo la sed de aquellos ideales inmediatos, es decir, de pronta y segura realización; raras veces se ve a grupos escogidos laborar por ideas que necesitan siglos de paciencia y de amor para cristalizar; y sin embargo, los únicos ideales que llegan a ejercer algún dominio visible en el hombre y el mundo, son aquellos que han venido rodando de generación en generación, trasmitidos por el libro y las tradiciones, semejantes a aquellas antorchas inextinguibles que los corredores griegos se entregaron de mano en mano desde las almenas de Troya hasta el palacio de Agamenón en Argos.

El ideal iberoamericanista tiene este carácter sagrado; pero sobre él ha caído desde hace tiempo una pesada atmósfera de indiferencia

que acaso está en relación con la labor incierta o puramente idealista de sus propugnadores. En vano, por medio de numerosos congresos y ceremonias ha puesto aceite en la tea; cada país de Hispanoamérica ha seguido su política propia, a menudo díscola, en razón de esos pequeños ideales que significan el control económico del momento y a que he aludido en líneas anteriores. Cuando un gobierno renovador se propuso desprenderse del pasado en aquello que tiene de negativo, las demás naciones, por influencias extrañas, aprovecharon el momento para expresar sus sentimientos contrarios, aunque estas declaraciones traigan a la postre la antipatía gregaria de los demás países. ¿Es patriótico obstruir la política de las naciones hermanas con sugerencias oportunistas, a sabiendas de que los resultados de una gestión semejante pueden traer complicaciones graves al país? Sólo un respeto profundo de las cuestiones locales de cada pueblo puede establecer la tolerancia necesaria al ideal de una unión positiva de la voluntad internacional.

Estamos en presencia de la universal reacción de las razas. Mientras Europa ha entrado en el cuarto menguante de su luna y resbala por la pendiente de su declinación moral, Rusia y Oriente comienzan a organizarse. Ya existe positivamente el pan-eslavismo, tan admirablemente denunciado por Mauricio Muret, se siente la actividad del pan-islamismo y en general del pan-orientalismo. Una sacudida, como de zarpa mitológica, extremece al inundo actual: la China y la India han sido incendiadas por la evangelización comunista, y la Persia, el Afghán y el Africa lo mismo que el Japón se preparan a la resistencia racial [por los mismos medios adoptados por el imperialismo europeo]: ¿hemos de quedar los hispanoamericanos ociosos y negativos en este momento decisivo de la historia, sin resolver los problemas que directamente nos competen y personalmente nos atañen? ¿No hacemos gala de estar ligados a la vida por el doble lazo de la sangre y de la lengua y por la comunidad de intereses? Por esto creo de suprema importancia que [se] emprenda una cruzada más directa sobre el individuo, una cruzada de carácter educacional que revele, ante todo, las condiciones

existentes del internacionalismo y la psicología del problema político actual, aunque ello pueda lastimar el interés inmediato de algunos gobiernos del Continente, afanados en mantener en el plano puramente literario las aspiraciones raciales del nuevo mundo. Mas, quiéranlo o no, esos gobiernos no podrán impedir que el espíritu de los nuevos tiempos se manifieste, arrollando con los arraigados prejuicios de la política religiosa y dando una expresión inconfundible al tipo americano de habla española. Lo quiere así no sólo el deseo de los hombres, que va y viene, sino la fuerza misma de los hechos espirituales y la enseñanza de la historia, fecunda en demostraciones de este género.

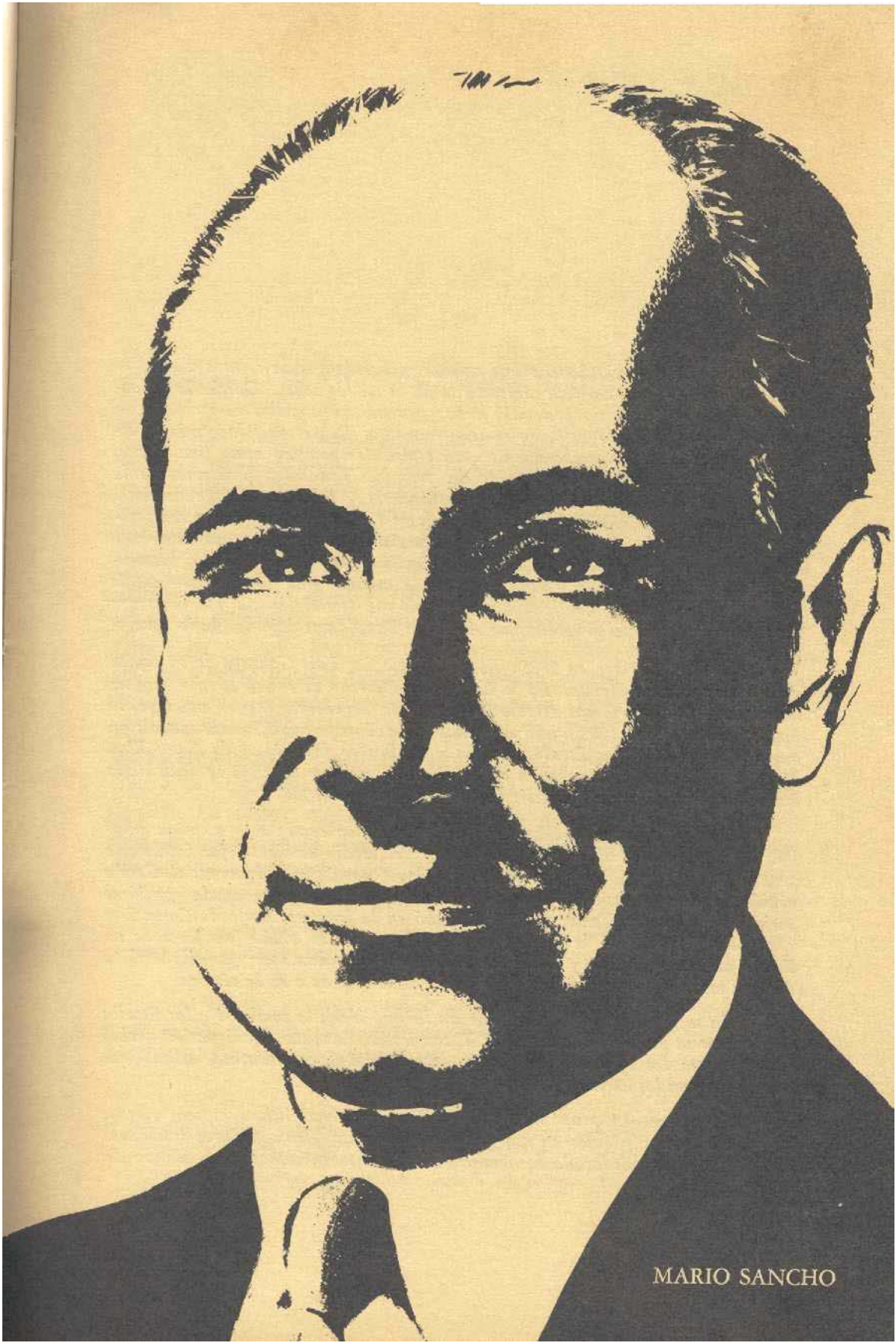
Para terminar, diré dos palabras sobre España. No la llamaré glorioso tronco de nuestra vida, ni solar de nuestros mayores, según fórmula y uso. Me limitaré a expresar lo que pienso, muy individualmente, de ella. Después de infundir su sangre y su espíritu a todo un continente, España se siente joven. Esta longevidad recuerda la del genio, el cual es casi siempre apto para manosear todo un siglo. Por desgracia, influye en ella todavía el pensamiento exegético de una vieja doctrina, poco adaptable a nuestro siglo. Su cultura, con las excepciones de sus grupos renovadores, es aun una especie de primor medioeval: se reduce muchas veces a una cuestión de mnemotecnía maquina, y carece de ese ardor evangélico que se embriaga en la prédica constante. A las ideas les sucede a veces, según dice Guyau, que se duermen en marcha, como los soldados de César; mas llega un día, el día de la gran batalla, en que despiertan de golpe, como explosivos, e iluminan todo el horizonte.

Para el logro de una unificación de verdad, me parece indispensable que la relación de estos pueblos con España sea realmente mutua y la influencia correlativa. Si he de ser sincero, creo que a pesar de nuestra mocedad podría aprender algo de nosotros, aunque fuera el vicio de los revoluciones. Esto tiene el mérito de agitar el ambiente y desperezar las energías. Las revoluciones son como los terremotos: una calamidad natural de aspecto negativo: destruyen solamente; pero tienen

la ventaja de que remueven la tierra y echan por el suelo los materiales inservibles. Un pícaro de mi país creía sinceramente en la bondad de los incendios; según él, los más bellos edificios reemplazaban a los viejos casones, y la ciudad ganaba en aspecto y en circulación de moneda fuerte. Si este inmoral apotegma se traslada a lo impersonal de un ardor patriótico, se hace valedero. Cualquier gran libro, cualquier gran hecho, son, al propio tiempo que revelaciones, revoluciones. La paz a todo trance es una fórmula de la cobardía, y no hay nada menos interesante para un corazón generoso que vivir en Arcadia. Este principio, que por su barbarie parece indio, es, en realidad, muy español: es cervantino. Don Quijote abandona la paz solariega y se echa al mundo, para dar cintarazos contra el medio. No puede decirse que respeta las instituciones: las tolera, pero inicia en la agonía del mundo medioeval una nueva caballería del Pensamiento, francamente revolucionaria, basada en la equidad de principios y en el amor humano. España, compendiada por Cervantes en su evangelio quijotesco de la acción desinteresada, es revolucionaria; pero hay en ella todavía una casta de hombres que dirige la unidad política y que trabaja arduamente en demostrar la locura del héroe cervantino, con el objeto de apartar al pueblo de esta visión de la sociedad depurada de vividores y traficantes. Ábrase el Quijote con veneradoras manos, y construya el lector un paralelo entre su vida milagrosa y la existencia atormentada y áspera de Pablo, y se verá que el mismo ardor profético cunde en una y otra, la misma sed de justicia y armonía humanas, los mismos desvelos y quebrantos y glorias: los dos preparan la disolución del Estado imperial, del régimen de la fuerza y de las leyes exclusivistas.

De esta mutua influencia de que hablaba, se obtendría una mejor comprensión de las necesidades comunes y de los sueños del porvenir; y es, después de todo, el único puente de tránsito feliz que podemos tender sobre el mar. El alejamiento actual, que por fortuna parece ir reduciéndose, no es tanto físico como mental: si no se establecen corrientes de identidad muy prácticas y definidas, si no se procede a la

disciplina de éstos y de aquel pueblo por medio de una interpretación renovadora de las ideas de educación y de religión, los discursos y ceremonias de estilo en esta clase de racialismos no harán más que aumentar en un acto la tradicional comedia del latinismo contemporáneo. Es, con valor y justicia, lo que tenía por decir, y ya lo he dicho.



MARIO SANCHO

"Era la de Mario Sancho una cultura modelada por la cultura misma, es decir, de valor íntimo, derivado cínicamente de la sed de saber. Odiaba la pedantería y la simulación y no pretendió nunca penetrar en aquellos campos que no eran afines con su ideología o con su temperamento. Su personalidad tenía aspectos desconcertantes. Su temperamento y su espíritu respondían como fina antena, a todas las vibraciones e inquietudes del mundo. Todos los problemas de la humanidad pesaban sobre él, sobre su inteligencia y sobre su sistema nervioso, en un milagro de solidaridad humana que, desgraciadamente muy pocos comprendimos y apreciamos. Había en él desolados periodos anímicos de pesimismo y, a veces también, deslumbramientos de fe y optimismo pero la fuerza de su personalidad -que tenía algo de Voltaire y algo de nuestro gran Jovellanos- surgía siempre con brillantez, manifestándose a veces con terrible ironía y a veces con suavidades de raso", tal el retrato que Abelardo Bonilla nos dejó de Mario Sancho.

Nació en Cartago en 1889. En el Colegio San Luis Gonzaga de su ciudad natal obtuvo su bachillerato, En la Escuela de Derecho demostró talento para las leyes, pero no concluyó sus estudios. Su espíritu en choque con el ambiente, lo hizo rebelarse y en 1909 viajó a Francia. En Europa vivió muchos años; ya maduro, también en los Estados Unidos y en Boston fue cónsul de Costa Rica. Más tarde, encargado de negocios en México. Al regresar en 1933 se dedicó a la enseñanza en el Colegio San Luis Gonzaga. Murió en 1948.

Su mentalidad unamuniana casi siempre estuvo contra esto y contra aquello. En su juventud, al sentir el choque con el medio ambiente, fue intolerante para la tontería, para la injusticia, para el lugar común y la ignorancia. Recién venido de Europa decidió viajar a Nicaragua y a El Salvador donde ejerció el periodismo. Por sus ideales libertarias luchó en la frontera Norte de Costa Rica contra los Tinoco. Por la libertad luchó siempre con su pluma, en favor de un Estado mejor organizado y de los más altos principios humanos; por ella también dio una modalidad especial a sus enseñanzas en la tribuna o en la cátedra.

En sus arios mozos, imbuido de un lirismo idealista combatió a los Estados Unidos por su política expansionista. Y con ironía, sarcasmo e indignación quebró lanzas contra los lugares comunes de la mentalidad costarricense, actitud que se vigorizó con los araos.

Su ensayo «A propósito de la civilización maquinística» es una muestra de sus numerosas páginas en que justificó ya en su plena madurez intelectual, el espíritu emprendedor de los "millonarios" norteamericanos y su sentido del maquinismo.

A PROPÓSITO DE LA CIVILIZACIÓN MAQUINISTICA

HE leído con mucho interés los artículos [de Modesto Martínez],* y quiero felicitarlo y decirle que me parece muy loable su propósito de hacernos pensar a los costarricenses en el futuro del país con visión clara de los peligros a la vez que prudente optimismo de las posibilidades. El agorero de desgracias *o calamity howler*, como le llaman aquí, que se pasa la vida buscando en el cielo los signos de tempestad, no es el hombre que nos conviene más a nosotros, ya inclinados al pesimismo por naturaleza y educación, sino más bien el observador avisado que contempla las cosas como son. Todo cuanto [él] dice sobre nuestro problema agrario es verdad, pero una de esas verdades en que pocos quieren parar mientes. Pareciera que su misma evidencia nos releva de pensar en ello, y me temo que tenga que machacar mucho tiempo en hierro frío para interesarnos en un asunto tan vital a la economía nacional. Leyéndolo recordaré un libro de autor español, *La sangre de la raza*, publicado hace bastante tiempo, que trata de estos mismos tópicos: absentismo, métodos rutinarios, condición de los campesinos, ineptitud de parte del patrón a veces, mala voluntad de parte del trabajador casi siempre, etc. Bastaría cambiar el nombre de Extremadura por el de Costa Rica para obtener el mismo cuadro que pinta de mano maestra.

Lo que más me simpatiza de sus escritos es el empeño de hacerles ganas a los jóvenes para que se dediquen al campo. Realmente el campo es lo mejor que tenemos allí, y no se necesita venir, como en mi

Modesto Martínez (1894-1947), periodista costarricense que vivió muchos años en los Estados Unidos. Entusiasta agricultor y enamorado de la naturaleza trató, como periodista, asuntos políticos y económicos y ternas agrícolas y sobre las costumbres de los campesinos. Escribía artículos con diversos seudónimos. En 1929 publicó *Héroe del campo*.

caso, de un abolengo de agricultores para reconocer las ventajas de la vida que cantó fray Luis sobre el existir angustioso de nuestros centros urbanos.

Tal vez [se] sepa que mi padre fue un cafetalero de los primeros y de los más emprendedores de su tiempo, y que cuatro de mis hermanos han sido fieles a la tradición familiar, habiendo formado uno de ellos, a costa de largo esfuerzo, una finca modelo en su género, con un hatillo de ganado de los mejores del país. Yo, desgraciadamente, hice lo de Don Quijote, esto es, vendí mi hacienda para comprar libros e irme de aventura por el mundo. No sabría decir lo mucho que me arrepiento ahora de tal locura, y pienso que confesando mi error públicamente, al modo de los penitentes de la Edad Media, tal vez pudiera evitar a otros el caer en él y hacérmelo así perdonar, ya que no me es dado volver como el hijo pródigo a la casa paterna y decir: "Padre, pecado he contra el cielo y contra ti. Ya no soy digno de ser llamado tu hijo, ruégote tenerme como a uno de tus jornaleros".

Sin embargo, hay veces que pienso que, después de todo, no soy tan culpable de mi yerro si se considera las influencias del medio y lo poco que ayuda nuestra escuela a despertar y desarrollar gusto por la agricultura y por destruir el concepto pueril que existe respecto a las carreras profesionales consideradas superiores y de más viso que aquélla, concepto que heredamos de la vieja España donde el atraso y la rutina en las labores del campo llevaban a pensar que para ejecutarlas no se necesitaban sesos ni hacía falta saber nada, y era por tanto el hijo tardo el que se quedaba atendiendo la heredad mientras el despierto iba a graduarse de médico, abogado o cura. Allá, como entre nosotros, el agricultor de pocas luces que había podido a fuerza de privaciones allegar algún dinero, era el más ansioso de evitarle a su hijo esas experiencias y de encaminarlo hacia los colegios de leyes o de medicina. Por mucho que haya cambiado el criterio de la gente en la apreciación de estas cosas, el prejuicio persiste todavía, aun sin darnos mucha cuenta

de ello, y pocos son entre nosotros los que pudiendo dar carrera a un hijo lo prefieren cultivador de los campos o ganadero, a doctor o licenciado. Siempre recordaré con la sorpresa y admiración que le oí decir un día a Alfredo Volio, cuando estábamos en Nicaragua, que él deseaba que su muchacho fuera agricultor y no tuviera nunca nada que ver con papeles y leguleyos. Este no es el caso frecuente en Costa Rica, y por un Alfredo Volio hay muchos dueños de fincas y negocios importantes que, en vez de interesar a sus hijos en esas fincas o negocios, ansían verlos coronados de las bonitas académicas aumentando el número ya inmenso de nuestros galenos y papinianos.

Pienso que una campaña intensa por medio de la escuela y del periódico, en el sentido de dignificar y hacer atractiva la agricultura, sería más eficaz que las alharacas acerca de la necesidad de cerrar la Escuela de Derecho, las cuales no pasarán nunca de producir ruido. Si los diarios publicaran menos cosas de política y dedicaran siquiera una columna a divulgar conocimientos agrícolas, y si el maestro o el libro de texto de las instituciones de enseñanza primaria contribuyesen por su lado a formar la mentalidad del niño en el amor y cultivo de la tierra, que es la forma más útil y más noble del patriotismo, el país ganaría unos cuantos agricultores más, y siempre nos quedarían bastantes doctores y abogados que velasen por nuestra salud y nuestra hacienda.

Muy interesante me parece también lo que [Modesto Martínez] dice de la pasión del americano por los negocios, que allí se achaca siempre a insaciable codicia de dinero. Al europeo, formado en una vieja tradición de cultura que lo capacita para el disfrute del ocio noble que dijo Rodó, y al latinoamericano, que sigue en esto y en muchas otras cosas servilmente la ideología del europeo, se les hace difícil entender el afán perenne en que vive esta gente. Las tonterías que se han escrito sobre el afarismo yanqui serían bastantes para llenar muchos volúmenes, pero ya no contentan más que a los espíritus superficiales o dominados de odios y prejuicios de raza.

El americano trabaja todo el día, y aun para divertirse pone tanto y a veces más esfuerzo que para trabajar, no porque le domine la avidez de las ganancias, sino porque, igual que los niños, no encuentra placer más que en la acción. Si se le quita de su negocio no sabe cómo entretenerse y se siente perdido. Es demasiado sanguíneo y muy poco imaginativo para satisfacerse fabricando castillos en el aire, arte del cual somos maestros consumados los latinos, y necesita moverse y afanarse todo el tiempo, pues ignora en general el placer de la conversación o el encanto de la soledad y del sosiego en que se deleitan las viejas sociedades. Le falta, en una palabra, vida interior. Esta característica, sumada a las urgencias de una sociedad industrializada y comercializada hasta el exceso, explica la decadencia de la vida de hogar en este país. El restorán, la panadería, la *delicatessen*, sustituyen la cocina familiar. El americano apenas para en su casa, entre otras razones porque no sabe estar solo, y cuando por alguna razón no puede escapar de ella en su automóvil, tiene que poner a andar el radio para huir de sí mismo embriagándose de ruido. El *honre, sweet home* es para él únicamente una tonada sentimental que se canta en Nochebuena.

Después de los negocios, la otra pasión del americano es el *short*. Con ella nace, crece, vive y llega a viejo. Ni aun de estudiante logra ningún otro interés suplantarla, y es por esto que el atletismo ocupa puesto prominente en el currículum de las universidades, las cuales cifran gran orgullo en sus *teams* de *fo otball*, remo y boxeo, y ponen un interés intenso en los *matches* entre ellos concertados.

¡Y qué decir del entusiasmo público por el *base-ball*, *cuyos finals* son acontecimientos que aquí se siguen más apasionadamente que entre nosotros una elección presidencial! Para darse cuenta del delirio deportivo de estos hombres, no hay más que verles cuando compran un periódico para leer en el tren o en el tranvía. Puede apostarse, sin temor de equivocarse, que van a abrirlo en la página de *sports*.

Todo esto resulta natural en medio de una civilización maquinística cuyo Dios tiene un nombre: el dinamismo. El americano sacrifica en sus altares viviendo en perpetuo movimiento, al revés del yogui de la India que adora a su Dios en la inmovilidad. Su literatura, su música, están como su vida, llenas de acción, o mejor dicho, son todo acción. ¿Qué es el *jazz* sino el frenesí de la danza, y qué *los movies* sino un sustituto del movimiento con que calmar a ratos su ardor de moverse, y qué la novela americana (salvo las excepciones que confirman la regla) sino un relato de empresas y aventuras? Un libro de examen psicológico o de pura delectación artística le resulta incomprensible, como a nosotros sus *stor ies* trafagonas, sus ritmos espasmódicos o sus bailes gimnásticos.

Es natural, pues, que la industria y el comercio le apasione y se entregue a ellos con furor y no quiera, como [Modesto Martínez observa, retirarse de la vida activa ni aun cuando ya esté viejo y chocho.

Sabido es que los capitanes de la industria, de la banca y del comercio de este país son individuos especializados, unilaterales, al contrario de lo que pasa en Europa donde casi todo el mundo tiene una cultura general, de tal suerte que puede decirse que el humanismo allá está diluido en la atmósfera, mientras que aquí sólo se encuentra en forma concentrada entre profesores, clérigos, escritores. Si a estos hombres del hierro, del carbón, del aceite, etc., se les ve fuera de su provincia, resultan las más veces de una mediocridad desesperante. La mayor parte de *esos* capitanes de la industria y del comercio que no quieren retirarse de los negocios, siguen yendo a sus oficinas porque se aburrirían en sus casas, y *esto* les da la ilusión de la energía y de la actividad.

Yo suelo estas tardes de verano observar a nuestros vecinos. Son gente buena y seria que lleva lo que aquí se llama *a quiet life*. No bien llegan de sus trabajos se ponen a cortar o regar el césped, a sembrar flores, a hacer algo, no importa qué, si es que no salen disparados en sus autos hacia alguna cancha de *tennis* o algún campo de *golf*.

Yo también suelo cuidar personalmente mi *lawn*, pues que aquí, para los que tenemos pocos medios, el consejo de Cándido es imperativo: *il faut cultiver son jardin*; además de que me han prescrito el ejercicio como benéfico a la digestión y a los nervios. Pero luego que he cortado la yerba gusto de sentarme descansadamente a verla crecer otra vez, a rumiar recuerdos o a ver pasar las nubes. ¡Tres ocupaciones indignas y casi criminales en los Estados Unidos!

No sé qué piensen nuestros vecinos de mis hábitos sedentarios. Quizá los interpreten como una forma benigna de la malaria del trópico, pues ellos son sanos de alma y de cuerpo y no saben de otro microbio del sueño que el que produce la *sleeping sickness* entre los negros de África.

¡Dichosa gente!, me digo con envidia. Son prósperos, enérgicos, saludables, alegres, dispuestos siempre a trabajar con la alegría con que otros se divierten y a divertirse con el mismo ardor con que trabajan; no poseen casi pasado que les pese sobre sus espíritus simplistas, directos, acometedores; ven la vida como un juego en el cual la fuerza y la destreza dan el triunfo; tienen de todo un concepto realístico, sin complicaciones ni distingos estorbosos; no sienten ansiedades metafísicas ni preocupaciones culturales que no sirvan un objeto de inmediata utilidad; han rodeado su existencia del *comfort* que antes era privilegio de unos pocos; han sorprendido al mundo con la organización prodigiosa de sus industrias y el poder incontestable de sus banqueros; han impuesto en todas partes sus métodos, y en algunas algo más que sus métodos; son dueños en fin del oro del mundo y serán los amos del porvenir. Europa tiembla ante ellos por sus mercados y por los principios básicos de su civilización y comienza a darse cuenta de la posibilidad de convertirse algún día en el *playground* de estos *enfants terribles*, a quienes Víctor Hugo les regaló en su infancia las estrellas, pero a quienes les pareció mejor cogerse la tierra.

Sí, gran pueblo, me digo, pero luego pienso que esta civilización, asombrosa en su aspecto material, no es bastante a satisfacer mi alma

fiel a los ideales de la cultura antigua, y que a estos hombres, aunque parezca que lo tienen todo, les falta algo, no por imponderable menos esencial a la vida del espíritu. Después de todo, tal vez André Siegfried tenga razón y sea ésta "una sociedad materialística organizada para producir cosas más bien que individuos".

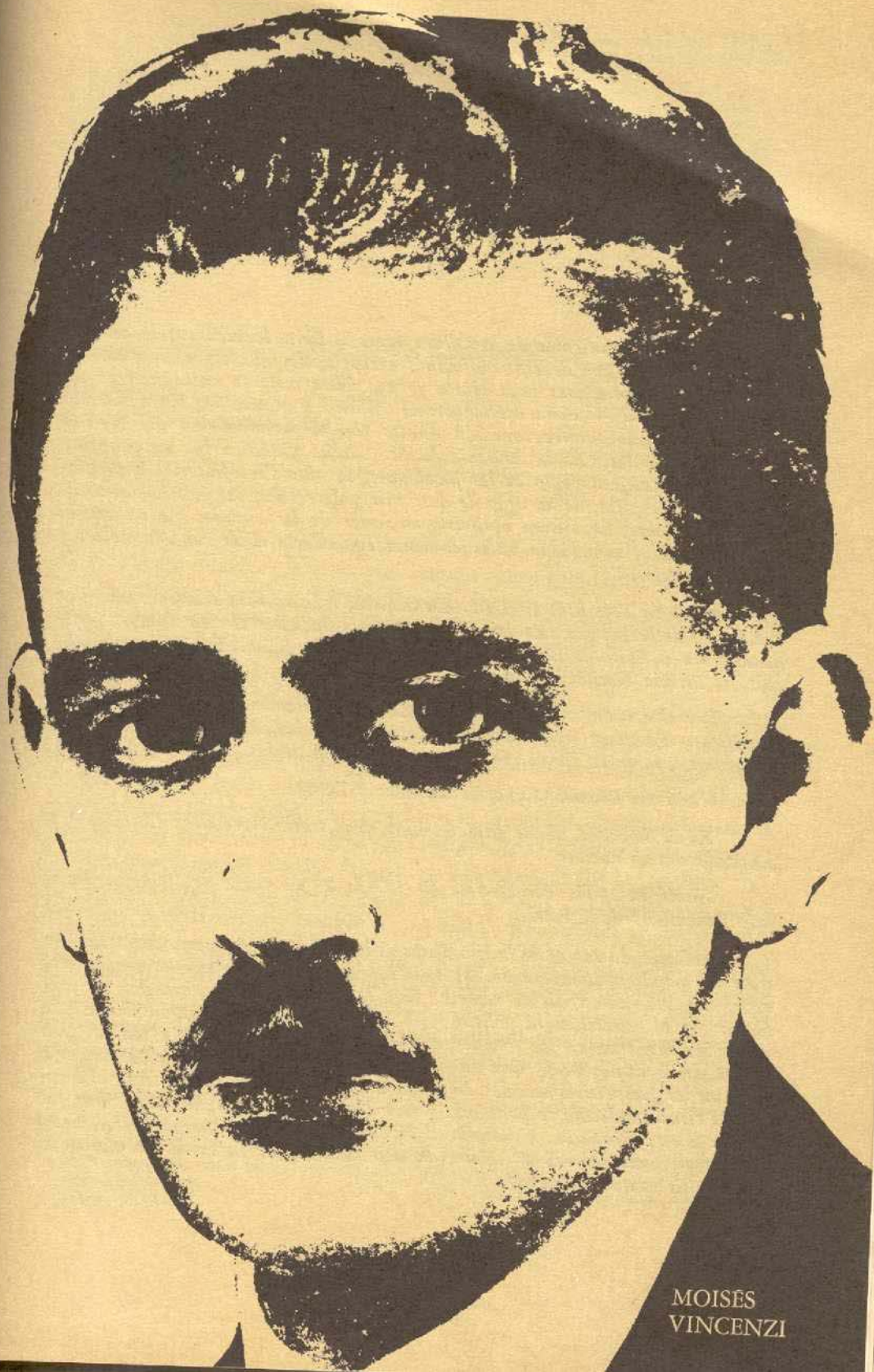
Este es uno de tantos problemas que preocupan desde hace tiempo a los hombres de pensamiento en los Estados Unidos, quienes ven el riesgo de que los métodos de *mass production* y *standardization* acaben por *estandarizar no sólo* el producto sino al productor y volverle poco menos que un autómatas, y convienen con el agudo observador francés que he nombrado antes, en que no todo estriba en que cada persona tenga una casa, un baño y un carro, para formar un gran pueblo.

El sistema industrial preconizado por Ford será muy bueno para abaratar la producción y ponerla al alcance de las masas, realizándose de ese modo el ideal igualitario que presidió el nacimiento de esta gran democracia, pero malo, muy malo, en el sentido de que la especialización extrema que entraña no deja al obrero y al artista campo de ejercitar su iniciativa, y concluirá por matar la genialidad individualista a que debemos tantas cosas bellas del buen tiempo antiguo.

No faltan, sin embargo, defensores de esta edad técnica, aun entre las clases intelectuales, que se rían de las protestas contra la máquina omnipotente y omnipresente como de sensiblerías pasadas de moda. Pero sin necesidad de caer en los romanticismos que llevan a algunos a encender velas de cera en sus *soirées* y a renegar de la electricidad, cuyos usos prodigiosos han redimido al hombre moderno del afán y la fatiga y le sirven como ningún Ariel o genio de la mitología sirvió a ningún héroe antiguo, se puede sentir recelos de que el hombre pierda de vista el objetivo verdadero de su misión en el mundo y olvide su naturaleza superior en el regodeo de una vida, si bien admirable bajo su aspecto material, desentendida casi por entero de los grandes intereses del espíritu.

El Presidente Lowell contrastaba hace poco en un discurso a los profesores de Harvard el ejemplo de Atenas y Cartago, esto es, de la modestia ática y del poderío púnico, y les prevenía, no tanto a ellos cuanto a los que viven fuera de las Universidades, atareados en los negocios, de dar demasiada importancia al dinero y al modo de hacerlo y muy poco al arte y a las cosas al parecer inútiles de la cultura desinteresada de fines utilitaristas. ¿No se corre el riesgo, decía, de que dentro de diez, quince, o veinte siglos, cuando Nueva York no sea más que un nombre o un montón de escombros, el excavador estudioso de sus ruinas se sorprenda de lo poco que quede de su antigua riqueza y poderío; y que se repita una vez más en la historia el desencanto del arqueólogo moderno en presencia de las ruinas de Cartago?

Después de todo, ¿no será verdad lo que se ha dicho de que es la estatua la que salva a la ciudad, y de que son sólo el arte, la ciencia, los productos del espíritu, y no la fortuna perecedera, los que redimen a los hombres del olvido?



MOISES
VINCENZI

"Luchador infatigable de la cultura desde el libro, la prensa y la cátedra, es Moisés Vincenzi uno de esos individuos excepcionales que esporádicamente se producen en las sociedades cuyo Norte y cuya única meta se encuentran en un horizonte espiritual -señala acertadamente Alberto F. Cañas-. Nada interesó a Vincenzi que no tuviera conexión directa con el mejoramiento del espíritu humano, que es decir de la humanidad. Si su obra didáctica fue un constante empeño por el mejoramiento de las juventudes, su obra filosófica está impregnada, de principio a fin, de un afán de descubrir y de resaltar las más nobles cualidades del hombre, de ajetreo optimista en busca de las virtudes, de un anhelo de lograr para la humanidad un nivel moral equivalente al de sus más nobles y grandes ejemplares".

Nació en Tres Ríos en 1895. Dedicó casi toda su vida a la docencia. Fue Académico de la Lengua. En sus últimos años se dedicó a escribir ensayos periódicos con el título de Bandera Blanca en La Prensa Libre. En 1962 se le concedió el Premio Nacional Magón.

Fue el escritor costarricense que más sistemáticamente trabajó sobre temas filosóficos. Ferviente admirador de Nietzsche, le dedicó dos libros. Su obra ensayística reunida en libros sobrepasa los cincuenta títulos.

Viajó por México, Cuba, El Salvador y Europa.

En El Salvador, donde enseñó, existe una Escuela Normal en Chalatenango bautizada con su nombre.

Murió en 1964. Por Decreto No. 587 de 23 de marzo de 1964 fue declarado Benemérito de la Patria.

Además de sus ensayos filosóficos, Vincenzi dejó una serie estimable que trata del mundo contemporáneo. Su tesis fundamental es que nuestro tiempo está experimentando una crisis de valores. Bajo la luz de esta tesis, examina los problemas de la educación, la política y la cultura. Asienta la responsabilidad de esta crisis moderna en las grandes naciones, y no por su poderío militar, sino por el de la inteligencia. Con su desarrollo fenomenal, la ciencia ha venido a dominar las perspectivas morales, llegando a aniquilarlas. En vez de servir al hombre, la ciencia cada día se pone más y más dominante. De algún modo "hay que sujetar a esta ciencia. .. y ponerla al servicio exclusivo del hombre libre, sano, creador y grande de verdad". Tal es la tesis fundamental de su ensayo «La moral en la crisis contemporánea».

LA MORAL EN LA CRISIS CONTEMPORÁNEA

*Carta prólogo para
el Dr. Emilio Valverde Vega*

1

UNA carta para Ud., a manera de prólogo para este libro dedicado a *La moral en la crisis del mundo contemporáneo*, tiene una sencilla explicación. Alfredo Castro Fernández* fue, en cierta larga época, desde que estuve con él en París, el puente espiritual que me unía a esa Francia inagotable situada entre las dos grandes guerras. Y Ud., el sendero, un poco sinuoso y abrupto, que me condujo de la mano, a la posterior, la de esa gente que se desarrolló entre la primera y la segunda y ha tenido su completo desarrollo después entre el tumulto de la crisis más grande que ha producido el mundo en su lucha por el dominio de los bajos planos de la vida, en menoscabo de las fuerzas espirituales. Ud. me habló de el orden y la justicia de Georges Bernanos, poniendo en mis manos el libro de Gaëtan Picón sobre el *Panorama de la literatura francesa actual*. De André Malraux, de su humanismo universal. Del arte poética de Aragón. De la entrega de Antoine de Saint-Exupéry. De Sartre no, porque ya lo había frecuentado yo con cierto agrado polémico que me da gusto recordar, por la resistencia que oponen su ideario y su arte magníficamente desviados en mi opinión. De Camus, por su rebelión frente al desorden moral de la época. De Bretón, el bárbaro. De Jean Paulhan, cuando nos informa de la literatura en estado salvaje. De toda la Francia contemporánea y de la clásica. Y en

Alfredo Castro Fernández (1889-1966), autor dramático costarricense. Desde muy joven se trasladó a Francia, donde hizo sus estudios. Su cultura fue vastísima. Escribió 15 obras dramáticas, que redactó en francés. Moisés Vincenzi escribió uno de sus mejores ensayos sobre *El teatro de Alfredo Castro Fernández*. (San José, Costa Rica, Trejos, 1957).

cuanto a este último aspecto también Ud. me habló del clasicismo de Benda, con muy señalada repugnancia que hubo de determinar, para mí, su posición revolucionaria frente al viejo orden.

Con nadie hablé tanto de esa Francia maravillosa, en estos últimos años, que con Ud., potencialmente encerrado en una isla de encantamiento artístico e ideológico que ninguno le conoce mejor que yo, si Ud. me excusa la pretensión. Y ha de excusármela en un país nuevo, donde no existe ni el remedo de una peña literaria como no sea la ronda ambigua y heterogénea de un mísero Parnaso de parque, en el enorme silencio intelectual del trópico. Por eso mismo, esos dos contactos -el de Alfredo Castro y el suyo-, cada uno en su época, en su momento psicológico un tanto improvisado y fugaz-, han tenido para mí el valor de un ambiente francés de rancio y de nuevo abolengo, que he absorbido con una desesperada ansia de conocimiento, por los dos conductos: el racional, tan venido a menos; y el intuitivo, que las últimas filosofías han puesto de moda desde Husserl en Alemania y Bergson en Francia.

¿Cómo es posible -me he preguntado- que ese fermento inmenso de ideas que representa el arte francés y el pensamiento francés, que he deglutido al través de Uds., para decirlo en forma dura y áspera, no sea responsable, en gran parte, de la crisis moral contemporánea?

La posición directriz de Francia en estas materias la ha hecho, a mis ojos, tan admirable como peligrosa en la función social de la vida moderna. Cuando lo mejor se tambalea, el mundo entero tiembla. Y por eso mismo como una fuente imprescindible de examen de esta crisis, el conocimiento de esa Francia que admiramos todos, muchas veces con asombro. Pero en mi caso, no sin reservas como ha de advertirse en el curso de esta obra.

Mi querido Emilio, a Ud. le debo gran parte de mi visión actual de Francia. Y aunque la amo tanto como Ud., muchas veces la

veo en forma distinta a la suya. Y esto es muy griego y muy francés a un tiempo. Cada griego vio la vida y el mundo, con sus propios ojos. Y cada francés lo mismo.

Francia sigue siendo una maestra de lo bueno, de lo excelente y de lo malo. Y no poca responsabilidad le cabe -en particular en cuanto al arte plástico se refiere y a la literatura- del desorden que el mundo ha acogido sin mayores protestas.

Ya verá Ud. cómo, sin aludir muchas veces a las fuentes de ese desorden que esta obra combate, el lector habrá de adivinarlas en varias de sus páginas. De todas suertes, tanto Ud. como yo, somos devotos de esta Grecia moderna que tanto sabe enseñar cuando quiere hacerlo y aún cuando no lo desea.

Quiero expresarle, mi querido amigo, mi disgusto por la influencia directa o indirecta -directa la de Gide, por ejemplo-, que ha sufrido, en estos últimos tiempos en particular, nuestra Francia, de parte del inmoralismo de Nietzsche. De su amoralismo, poco menos. Este inmoralismo ha metido un gran desconcierto entre los *espíritus fuertes* de Francia: los que hacen o pretenden hacer obra original negando todo el pasado normativo acaso de los mejores escritores y artistas que ha tenido el mundo.

No es que todo el pasado debe repetirse. Pero en lo pasado están vivas las raíces del presente y de él absorben acaso más de un ochenta por ciento de su fuerza creadora, los hombres más originales y, por esto mismo, más estables. Un Goethe, por ejemplo; o un Shakespeare. ¿Hasta qué punto pueden negar los escritores más avisados de la Francia contemporánea, la obra de esos dos genios? Lo mismo ocurre en la arquitectura, en la pintura, en la música. Un Alain es un pigmeo a la par

de ellos. Y no importa que Picón nos diga: "Si Valéry, Gide y Claudel son entre nosotros la esencia viva del clasicismo". ¿Gide, según eso, nietzscheano y clásico a la vez? Y no importa que el autor del *Origen de la tragedia* sea clásico también y por confesión propia, cuando afirma que todos somos clásicos y románticos a la vez. La influencia anti-clásica de Gide derivada de Nietzsche, es un elemento nuevo en la literatura francesa contemporánea, excitante para la originalidad en el campo de la audacia y de la aventura espiritual, pero propicia al desorden de la filosofía artística de la época, cuyo cetro está, en muy buena parte, en Francia.

El "divorcio de las generaciones" de que nos habla Picón en su obra ya citada, se debe al afán de originalidad que empieza por negarlo todo, especialmente en la Francia de hoy, sin recoger la parte de herencia que se le debe, por ejemplo, a Montaigne, al mismo clasicón y no por eso menos maravilloso Descartes; a los grandes autores del siglo XVIII y a no pocos de los posteriores, para no hablar de la constelación inmensa que viene desde La Pléyade hasta nuestros días.

El pasado de Francia es tan grande, que nos produce serias sospechas la renovación gigantesca que propician sus revolucionarios actuales. Por eso me conmovió el *Olimpio* de André Maurois, que saca de las cenizas al primer poeta de Francia, en medio de no pocas ruinas del mayor número de sus obras.

No todo lo que niega la literatura revolucionaria actual de Francia, es negable. Y porque niega demasiado en arte, en filosofía y en conducta, se ha producido, en el mundo entero, una actitud falsa frente al pasado y al presente. En lo moral, por ejemplo, la crisis producida es de tal magnitud, que hasta las normas viejas más repugnantes y más fanáticas, llegan a alcanzar una peligrosa actualidad justificable.

La revolución artística y filosófica habla como si el hombre hubiera cambiado de figura y de naturaleza íntima, hasta el punto de ser

otra cosa. Los griegos nos enseñaron que el cuerpo humano es una lección eterna de armonía y de belleza. Habla como si la vida en común fuera posible detrás de un orden -abierto o cerrado en moral-. Habla como si la convivencia ética fuera un dudoso tópico de polémica casuística. Habla, en fin, de lo que no puede variarse sin destruir a la Humanidad misma, siendo así que todos vivimos en la inteligencia de que la comunidad moral es un orden indestructible.

Además de Nietzsche -ese genio que tanto admiro en otros aspectos*- , se nos ha metido en Francia el mal gusto de cierta literatura alemana, que disgustó también a Goethe en su tiempo. La prosa de Proust, por ejemplo, ya no tiene la transparencia y la claridad del estilo francés, todavía vivo por suerte, en tantos escritores de hoy. No hay para qué señalar casos concretos de este fenómeno.

Confunden algunos el estilo claro con el ingenuo y el simple. Y, no obstante, siguen admirando *los Pensamientos* de Pascal y las *Confesiones* de Juan Jacobo. Y no existe quien no lea con gusto los *Ensayos* de Montaigne. Y quien no sonría disfrutando del estilo maravilloso de Voltaire, francés para siempre, es decir, bello para siempre.

Los más revolucionarios de estos escritores verdaderamente franceses, no negaron un orden social, aunque combatieran a las escuelas conservadoras de su época. Y por eso no produjeron una crisis tan peligrosa como la de estos días. Peleaban, de un modo o de otro, por la justicia, por el equilibrio filosófico de la vida y no se lanzaron nunca por el despeñadero de negar todo el pasado del arte, de la filosofía, de la moral.

* Vincenzi dedicó, en 1930, a Nietzsche un ensayo que marca un hito de un nuevo período de su obra ensayística. Lo consideró como un catalizador violento porque obliga a "hacer examen de conciencia y tener que optar entre cerrarlo cautamente y mentirse, o replantearse acremente el sentido de la realidad de la existencia".

El tiempo es uno y continuo, en cierto sentido: tanto vale lo pasado como lo presente y lo futuro, para el desarrollo de la existencia. Y por eso un Tomasso Marinetti que lanza al fuego todos los museos, todo el pasado, ignora totalmente lo que es la fusión del devenir con la eternidad.

III

Como Ud. ve, ni tesis es la de que la mayor responsabilidad de la crisis moral contemporánea es la de las grandes naciones, no por su poderío militar, sino por el de la inteligencia. Una inteligencia que, naturalmente, se proyecta en una o en otra dirección. Si Francia es en lo literario una potencia de primera magnitud, los Estados Unidos de Norte América, en lo que a la industria se refiere, ocupa el primer lugar del mundo. Rusia es un gigante que despierta y pone en juego, en lo político, un empirismo fantástico y una filosofía materialista que presiona, en forma terrible, sobre los viejos valores de la cultura, aunque su teoría vaya por un lado y su práctica por otro. Queda en pie un aspecto moral respetable de la influencia rusa: el planteo del ineludible problema social, aunque lo desfigure históricamente a cada paso. Esto es, queda en pie un optimismo social en que más tarde puede alojarse un nuevo orden moral, de acuerdo con otras filosofías.

En lo que respecta a la industria norteamericana, hemos de convenir en que se dicen cosas absurdas que reclaman aclaraciones más hondas y más discretas. Se habla del "hombre tornillo" norteamericano, en forma legítima. Pero no es correcto quejarse de la máquina que lo produce, puesto que sin esa máquina volveríamos al mundo primitivo de Rousseau. Es necesario que el "hombre tornillo" desaparezca, pero que, a su vez, la máquina siga progresando a todo vuelo. Sustituyamos al hombre autómatas moderno, por la misma máquina. De esta manera, los obreros trabajarán menos y podrán dedicarse al cultivo espiritual, la mayor parte del tiempo.

La técnica que esclaviza es detestable; la que liberta, una gloria de la ciencia, del arte, de la conducta.

Se ha de convenir, por tanto, que la técnica no ha recorrido el camino suficiente para que se ponga al servicio de la libertad, del descanso, del ejercicio moral del espíritu. Y mientras no lo haga, su influencia es inmoral, completamente indeseable, porque este orden moral es la base misma de la vida.

La ciencia se mueve tan velozmente a la par del verdadero espíritu de orden, que éste apenas si tiene tiempo de percatarse de los problemas de desequilibrio que establece en el mundo. La ciencia, de esta suerte, domina las perspectivas morales, las rebasa y las aniquila. Es una amenaza tan grande, que un solo hombre puede provocar, contra toda moral, la destrucción del globo, en pocas horas.

Hay que sujetar a esta ciencia de algún modo y ponerla al servicio exclusivo del hombre libre, sano, creador y grande de verdad. Todo lo que va contra este propósito, mi querido amigo, es lo que produce la gran crisis contemporánea. El problema es sencillo en apariencia: la moral debe ocupar el primer sitio; el arte el segundo; la filosofía, el tercero y la ciencia el cuarto. De lo contrario, todos los valores constituyen un fibroma inextricable, un espantoso desorden, como está ocurriendo en la actualidad. En pocas palabras, hace falta *orden* en las alturas del pensamiento.

Y nada esclaviza más al ser humano que el peligro de la guerra; que la producción en serie de bombas y cohetes atómicos; que la máquina desbocada sobre los mismos obreros que la producen.

La máquina ha de servir mejor dentro de algunos años, en las potencias industriales y en el mundo entero. El "hombre tornillo" desaparecerá a cambio de uno culto integralmente.

El pensamiento ya está clamando por el orden. En los Estados Unidos se pide descanso para el obrero y una vida mejor para él.

Apenas es creíble que se esté en peligro de una tercera guerra mundial. La locura colectiva de ciertos líderes, no es otra cosa que eso: locura. El mundo está a un paso de la locura. Basta, para darse buena cuenta de eso, pensar un instante en los efectos del primer día, no más, de esa guerra.

Esa técnica es un juego de locos morales. Y en ellos reside, precisamente, la mayor responsabilidad de la crisis contemporánea.

Sería interesantísimo abrir una encuesta entre los escritores franceses, pidiéndoles su opinión sobre la falta de orden del arte actual, de la técnica actual, de la educación actual. Y pasarla a Inglaterra, a Italia, a España, a Rusia -si les dieran libertad de decir lo que piensan-. Otro tanto ocurriría, por lo interesante de los resultados, si se abriera otra encuesta en los Estados Unidos del Norte en que se solicitara juicio sobre la vida unilateral del "hombre tornillo" de sus fábricas. Sobre la educación especializada exclusiva; sobre la técnica desbocada.

Francia, Inglaterra, Italia, España, Rusia, los Estados Unidos del Norte, tienen que revisar su mentalidad, si se desea que desaparezca esta amenaza de la crisis del mundo. Las otras naciones, pequeñas o grandes también, no harían más que seguir el camino del hombre nuevo que se necesita para vivir dentro de los términos de una paz creadora y fecunda, en lo material tanto como en lo espiritual.

IV

Las naciones más poderosas son las más responsables de la crisis contemporánea en material moral, esto es, en el aspecto básico de la vida. Mientras la intención del hombre desconozca el claro camino de lo que

podríamos llamar, sin complicaciones místicas, la magia blanca, la crisis parcial o total, se presenta. El desorden lo absorbe todo y todo lo acaba.

La buena intención, la noble intención y la santa intención, constituyen la escala mágica del ascenso a la victoria dentro del ambiente de la libertad, del espíritu creador, de cuanto afirma la existencia pasajera o no, del hombre. Porque si todo acabara con la muerte corporal, aun así el orden sería el ambiente de la vida. En este caso la moral sería menos densa y carecería del buen sentido que han de tener, en el fondo, todas las cosas. Pero si vamos de tránsito, de mundo en mundo, de plano en plano, la buena intención, la noble intención, la santa intención, se llenan de una inconcebible fuerza que nadie puede detener en resultados inimaginables para la gente vulgar, para el hermano menor, para el ignorante y para el perdido.

La experiencia del hombre culto que conoce las diversas perspectivas de esta escala, está inmersa dentro de una luz tan concreta en lo íntimo, como un pedrusco de la calle para el simple viajero. El loco moral que pone en peligro la integridad de la vida, en cualquier forma, ni siquiera sospecha el fenómeno y basta advertir sus propósitos de destrucción y de muerte, para comprenderlo.

Los alieanados logran regularmente el poder: el uso que hacen de su fuerza los denuncia como salvajes y como ignorantes. Por eso es que la crisis contemporánea se ha agravado en esta forma.

No existe verdadera sabiduría en el asesinato de la libertad. En un mundo de esclavos de la ciencia y de la técnica. La buena intención, la noble intención, la santa intención, reclaman un *mínimum vital* para todos los hombres: salud, trabajo razonable, descanso inteligente y nutrido de sana alegría. Esa escala reclama orden en el desarrollo vital, puesto allí en la misma forma en que está constituido el átomo con sus partes innumerables. Y la célula y el órgano y el hombre entero. Y

nuestra Galaxia y todas las Galaxias. Por eso es que lo que no está en orden, lo busca afanosamente o perece en el camino, desde el átomo hasta la estrella lejana.

Muchos millones de hombres están apiñados al pie de esa escala, por instinto, bajo su sombra, sin lograr el alcance del primer peldaño. Tarea de la escuela es mostrarla a la luz, a los ojos de poderosos ignorantes y de criaturas sencillas y perdidas en el vasto camino. Tarea del hombre culto de verdad, si los buenos maestros no aparecen en suficiente número, en las grandes ciudades o en las pequeñas aldeas..

Hace falta, por eso, el hombre culto, antípoda del miserable hombre máquina que amenaza al mundo con la muerte, cada día que pasa, con mayores recursos de una ciencia ciega y estúpida.

En suma: la buena intención, la noble intención, la santa intención, son los caminos de la gran magia blanca que pide orden en el pensamiento de los grandes pueblos y sencilla y sostenida dedicación al amor, de cada uno de todos nosotros.

V

¿Precede siempre el pensamiento a la acción? La respuesta es muy difícil si definimos el pensamiento como el creador de todas las cosas. En ese caso el pensamiento divino no podría ser alcanzado por la mente del hombre y la incógnita quedaría en pie.

Descendiendo a nuestro propio ámbito humano la respuesta no es fácil, pero sí mucho menos inaccesible. En efecto la acción o los hechos generales se producen sin medida alguna, antes de que el pensamiento se produzca. Y, a la vez, nuestro pensamiento organiza su juego activo, con sus mismos recursos. En consecuencia, la acción precede al pensamiento y el pensamiento a la acción.

La historia es el resultado de este juego paradójico en que la responsabilidad humana de cuanto ocurre, se restringe al hombre que piensa, frente a todo lo demás que lo condiciona. Es, hasta cierto punto, mínima, en comparación con las infinitas fuerzas de la naturaleza que le imponen a la humanidad modos de pensar ajenos a la captación propia de sus ideas.

Nuestro propósito no es el de esclarecer el problema a que nos hemos venido refiriendo, sino el de movernos solamente en "el mundo de opinión" a que se refería el eléata. Ya en este campo, que tiene gran trascendencia para el comercio social de la vida humana, la crisis del pensamiento contemporáneo nos plantea innumerables problemas que pueden aclarar, para nosotros, en qué sitio están alimentándose las raíces de esa crisis, que abarca todas las disciplinas de nuestra inteligencia, tanto en lo que se refiere a la civilización como a la cultura, a lo material como a lo espiritual.

El intelectualismo casi exclusivo ha predominado desde la época de Hornero hasta nuestros días. Casi, porque Dionysos -el entusiasmo, la embriaguez mental y la intuición y la voluntad de vivir fuera de toda norma apolínea, intelectualista--- ha seguido los pasos de Apolo, desde el movimiento órfico de la antigüedad, hasta Bergson y Husserl. No obstante, el sentido de la medida en el arte, en la matemática y en la vida íntima, y social, le ha dado un carácter sustantivo a nuestro modo de ser y, lo que es más significativo, a nuestra conducta, a nuestra moral.

Si observamos con cuidado este hecho, habremos de comprender que el pensamiento moderno sufre un desequilibrio, en cuanto lo constituye la tradicional actitud apolínea, frente al desorden de la embriaguez dionisiaca de las grandes guerras mundiales.

Pero, ¿produjeron esas guerras los filósofos dionisiacos al modo de Schopenhauer y de Nietzsche? ¿O *La crítica de la razón pura* de Kant, con sus antinomias y *La lógica* de Hegel con las suyas?

Por otra parte, el pesimismo contemporáneo se apoya en el filisteísmo de la época, para denunciarlo como una sustantiva derrota del impulso espiritual que mantiene la esperanza del hombre y la fe en que, a pesar de este universo inexplicable, la verdad es mejor que la suposición pirrónica de que todo es malo en la vida. Acusa a las escuelas del pensamiento espiritual, por servir tan sólo a los intereses económicos de sus oficiantes. Y aunque esto fuera una verdad general, nosotros sostenemos que un quince por ciento de los mantenedores de la fe, es capaz de salvarlas si se trabaja en el "rearme moral" del mundo, propagando la nueva divisa de tiempos nuevos, que tal vez puedan salvarnos del desorden y de la final catástrofe de esta crisis.

Es decir que se hace suponer que este filisteísmo, tiene que ver algo con la sustancia de la verdadera doctrina cristiana, ajena a este Beocia que comercia con la fe y quiebra el orden moral fundamentalmente. La moral verdadera es una cosa; los fenicios que la desvirtúan, otra.

No nos referimos a los falsificadores de un lado o de otro: los inculpamos a todos, por quebrar la moral cristiana en nombre de Cristo. Y darle oportunidad al materialista y al ateo, para atacar a esa moral, por su culpa exclusiva.

Inferimos, por tanto, que no sólo las más poderosas naciones tienen la culpa, en el orden político, de esta crisis. La tienen, además, los falsos espiritualistas que viven de la prédica de la fe y desconocen el sacrificio sagrado de la caridad. Que predicán y no cumplen lo que dicen.

Nos interesa muchísimo más, la dialéctica de los hechos, para convencer, desde el círculo de una moral cerrada, al pueblo, de la necesidad que existe de vivir un orden moral. O desde el amplio huerto de una moral abierta a todos los rumbos, de que toda persona debe entregarse al retorno del equilibrio íntimo, si se desea salir victoriosos de la encrucijada histórica de la crisis contemporánea.

Las grandes naciones, todas las órdenes religiosas del mundo, las universidades de toda la tierra y los colegios y todo género de instituciones, deben darse cuenta de que tenemos que resolver un problema que nos atañe a todos: el de retornar al orden moral si deseamos sobrevivir, de un modo o de otro, en lo material y en lo espiritual, en el decurso de las próximas décadas.

Sostengo la tesis de que la responsabilidad de la crisis contemporánea en todos los órdenes de la vida y del pensamiento, les corresponde a las grandes naciones, de igual manera que los grandes avances del mundo se deben a ellas. Por eso nos interesa saber qué piensan esos grupos de sí mismos, en estos momentos en que la agitación política es el signo más visible de esta crisis.

En el libro *El espíritu europeo* se nos ofrece una exposición, en oportunidades conversada, sobre lo que es el espíritu de Europa occidental. Intervienen en este gran diálogo Julián Marías, que nos habla en el prólogo, "sobre Europa"; Julien Benda, acerca de "la conciencia de la unidad europea"; Francesco Flora, acerca del "espíritu europeo, espíritu universal"; Jean R. de Salis, trata sobre lo que él entiende que es "la realidad histórica europea"; Jean Guéhenno nos ofrece su opinión sobre el "humanismo militante"; Denis de Rougemont nos da sus ideas sobre la "Europa o el equilibrio de las tensiones"; Georg Lukacs un tratado sintético sobre los "caracteres de lo europeo"; Stephen Spencer nos expone su opinión sobre el "porvenir de Europa desde su presente"; Georges Bernanos habla, en cambio, acerca de la "Europa libre, Europa cristiana"; y Karl Jaspers se pregunta: "¿Qué es Europa?"

Estos pequeños intentos de crítica medular sobre el origen de Europa, su presente y su porvenir son mucho más interesantes en lo particular que en lo general. Estos notables escritores y filósofos no han logrado, sin embargo, una visión de conjunto que nos satisfaga a fondo sobre el gran problema del espíritu europeo, en crisis en la actualidad.

M. Guéhenno pone el acento en la política y nos dice: "La política es nuestro destino". Jaspers contesta que esa frase recuerda a Napoleón y que se puede aceptar. Pero que el objeto de él no es la política sino el espíritu europeo en sí mismo. No sabemos hasta qué punto la política carezca de espíritu. O si la política no sea otra cosa que un fenómeno cualquiera, tal vez periférico, de ese espíritu. En nuestro modo de ver toda acción en que intervenga la inteligencia del hombre queda comprendida en el espíritu. Y si la política, como dice Ortega, "es un mal, pero un mal necesario", bien se puede afirmar que es un mal reflejo del espíritu humano, por más necesario que sea.

M. de Salis nos ha trazado las líneas fundamentales de la historia de Europa. Y en concepto de Jaspers no ha podido reducirlas al encierro de la unidad, que, en nuestro concepto no existe. La historia es un río, un torrente que fluye en espacios imprecisos y en tiempos imprevisibles. Algo así como el río de Heráclito. Y en este caso como lo apunta el mismo Jaspers, la situación es inevitable.

M. Lukacs considera a la historia como una línea clara y unívoca, en contraposición al pensamiento ya expuesto de M. de Salis, a M. Lukacs no le interesa mucho el detalle de los estudios históricos. Y por eso afirma, según Jaspers, que "puesto que se sabe el todo, con el todo es suficiente".

Nos dice Jaspers: "La primera línea de historiadores va desde Ranke, por Burckhardt, hasta Max Weber. Puede servir de ejemplo, justamente, de este modo de estudiar la historia, que queda medida, concreta, próxima a los acontecimientos particulares de cada momento y llena de reserva respecto a las generalizaciones, pues no se olvida jamás la multiplicidad de factores reales comparados con los estudiados". Citaré, a este respecto, una frase de Max Weber. Con ayuda de minuciosas investigaciones estadísticas, históricas, investigaciones de erudito, había señalado una relación causal entre el desenvolvimiento de

las concepciones reformadas y las del capitalismo. Interrogado un día sobre la importancia de este factor dijo: "Estoy seguro que aquí hay un factor causal. Si hay uno sólo no lo sé, porque he estudiado ese factor, pero no puedo saber si he estudiado todos los factores. ¿Qué si es importante ... ? No lo sé, yo lo tengo por tal".

Es un párrafo que acusa una gran indecisión en la crisis del pensamiento europeo.

Acude Karl Jaspers a la concepción hegeliana del todo. Apunta contra Hegel que no se puede tener una noción clara y distinta del todo, puesto que estamos dentro de él mismo. Y que a pesar de la grandeza de pensamiento hegeliano, hay que admitir que cuando nos habla de este todo, nos escamotea la visión real de las cosas.

A estas alturas podemos afirmar que de lo que se trata es de la tensión que opera entre el racionalismo clásico de un Benda por ejemplo y el irracionalismo de ciertas tendencias actuales de la filosofía. Creemos que las nociones de devenir y de eternidad son muy oscuras actualmente. Pero que pueden enriquecerse, aunque no agotarse, si salimos del círculo vicioso de estas tensiones entre el racionalismo clásico y el irracionalismo moderno.

Encontrarnos en el mismo Hegel el asiento de lo que podríamos llamar la nueva razón: sus antinomias, más ricas en sentido que las mismas de Kant.

Razonamos sobre el devenir y la eternidad, siempre dentro de la razón clásica de lo no contradictorio, sin tomar en cuenta que esa razón clásica está siendo superada, de un lado por la realidad histórica, irracional y bárbara casi siempre; y por el otro lado por el campo teórico en que los miembros de una misma área cultural, no logran entenderse nunca, tal como ocurre en la Europa actual, ni aun dentro de los problemas más simples.

Hay que admitir que la crisis contemporánea es, de un modo directo o indirecto, un efecto de la crisis de la razón clásica. En tanto no se llegue a un acuerdo para establecer con normas aceptables, una razón práctica nueva, más rica en contenido. Y por otra parte, una razón teórica más amplia, la crisis del pensamiento seguirá produciendo la crisis de la moral, que es el ámbito más sensible del desconcierto contemporáneo.

M. Denis de Rougemont nos sitúa a Europa entre Rusia y América, como si América no fuera su propia hija. Aísla a Europa desprendiendo de su propia casa, a su hija mayor, que es, de un modo o de otro la única forma que tiene Europa de proyectarse en el espacio y en el tiempo, renovándose y recreándose, tal y como está ocurriendo en estos momentos.

No hay manera de desligar ciertas corrientes culturales de una zona unívoca en el fondo, como la que constituye el Occidente con Europa. De este modo las corrientes americanas revitalizan con mil reflejos a Europa, en tanto este viejo continente corresponde con su flujo histórico al desarrollo de América. No hay manera de resolver los problemas europeos aislando al viejo continente, del nuevo.

Parece que estos pensadores no se han dado cuenta de que la crisis no podrá resolver sus conflictos en forma parcial, puesto que la velocidad está intentando redondear al mundo de acuerdo con su propia curvatura. Rusia tampoco podrá resolver el problema en forma parcial. Ni la América. Ni el Asia. Hablar del espíritu europeo como de un cerco cerrado es cosa anacrónica. Por eso creemos que la tarea de determinar el espíritu europeo es cosa útil para uso particular de los europeos, pero no para tomarlo como un elemento de resolución de la crisis contemporánea que es global en sus causas y ha de serlo también, en sus efectos esféricos.

Nunca se había producido el fenómeno de una cultura mundial y por eso los instrumentos críticos para juzgarla han de ser diferentes a los de las culturas particulares que ya conocemos. Parece ser que una parte inicial de la tarea de este nuevo campo crítico, consiste en hacer una gran labor de coordinación entre el espíritu asiático, el europeo y el americano. Todo egoísmo nacionalista y hasta continental, constituye un estorbo de primera clase para la unificación esférica de la cultura.

Estamos seguros de que tanto Europa como el Asia constituirán elementos básicos de este fenómeno unificativo. Y de que todo lo que tienen que hacer los pensadores del mundo entero es sacudir el nacionalismo provinciano que encierra a tantos, en holocausto a una vida mejor en el mundo entero, sin restricciones de ninguna clase,

Contra este afán provinciano de los "espíritus continentales", está el reto de la esfericidad cultural que espera el mundo. Sabemos que es algo atrevido hablar del "afán provinciano" de una Europa tan cultivada y tan sabia. Cuando leímos *El espíritu europeo* presentado por Julián Marías; y *El hombre y la cultura en el siglo XX*, prologado por Laín Entralgo -lo mejor de España residente en ese país-, en ambos casos, nos aterró la falta de coordinación de temas, desarrollos y propósitos que se desprende de los participantes del gran coloquio de pensadores europeos que componen ambas obras.

Marcel Griaule nos conduce al descubrimiento del hombre negro, presentándolo no como a un salvaje, sino como a un hombre diferente, con el ánimo que aparearlo al europeo. Mucho aprendimos de este intento, en diferentes formas. Por otra parte, el judío Henri Baruk nos ofrece algunas rápidas notas sobre "El problema de la personalidad humana". Notas de tipo científico que no definen una posición concreta aceptable, a pesar de la seriedad con que el autor trata el tema. Nos preguntamos al final: ¿En qué sentido es espiritualista un autor que

pone en crisis la existencia de la personalidad? Después, Maurice Merleau Ponty hace un excelente examen del "Hombre y la adversidad", que tanto lo seduce a Ud., mi estimado Emilio. Pero nos ha dejado perplejos, porque no aparece en su filosofía del devenir, una orientación para el espíritu europeo. Y eso es lo que buscamos en este coloquio: normas en devenir, si Ud. quiere, porque sin orden normativo no puede resolverse el inmenso desorden de la crisis contemporánea. En nuestro concepto, no nos bastan Marx, Freud, ni Merleau Ponty, para orientar a Europa hacia determinaciones más creadoras que las actuales. Y a veces no solo no nos bastan, sino que, en cierto sentido, nos sobran: en aquellos en que han metido al mundo en zozobra, dentro de un pesimismo de una vida que está aquí, puesta para crear.

Mientras Merleau insiste sobre la idea de historia, Ortega sobre la idea de la vida. Y a nosotros nos ha parecido que ambas insistencias son, en el fondo, la misma cosa, puesto que no hay historia sin vida, ni vida sin historia. En esto estoy de acuerdo con el comentario de Jean Wahl.

Se mezclan en este gran coloquio -en que la adusta Europa piensa-, católicos, librepensadores, siquiátras, racionalistas, irraciona- listas, pesimistas y optimistas de toda clase. Han querido entenderse. No obstante, cada uno ha dicho lo suyo y muy bien por cierto. Mas en conjunto, todo eso explica la crisis del pensamiento europeo, más que la guerra misma que la ha provocado.

Nosotros preguntamos: ¿Es posible hacer un cuadro normativo para combatir, no solo la crisis europea, sino además la de todo el mundo, después de estudiar las diversas tendencias de los mejores escritores, artistas y filósofos del viejo mundo?

No es posible porque en ellos mismos vive la indecisión, la complejidad de los motivos y la angustia de esta misma crisis. Por eso

decimos que el pensamiento europeo -el mejor de todos- está en crisis y más se inclina por la negación de la vida que por su afirmación.

No somos partidarios del optimismo ingenuo, pero menos, mucho menos de cualquier pesimismo. Vale más embarcarse con los que trabajan y sueñan, que con los que renuncian a la afirmación de la vida. Esta vida que está aquí y ahora, como una floración creativa del mundo y que reclama, en virtud de su propio origen, la actitud creadora, dolorosa o alegre, pero creadora siempre.

Y si es cierto, como lo hemos sostenido, que las grandes naciones son las grandes responsables de esta crisis, Europa lo es más que cualquier otra parte del mundo.

Por otra parte hemos buceado el pensamiento europeo actual en cuanto a las artes se refiere, aunque en forma muy rápida, para establecer nuestra posición: la de que el espíritu europeo no es uno, en el sentido amplio de un establecimiento de normas más o menos fijas, que den la impresión de algo constructivo y estable. Y esta circunstancia es propia de las grandes crisis. Esto no quiere decir que el pensamiento de un pueblo deba ser uniforme, ni mucho menos. Pero las diversas culturas más o menos estables tienen un ambiente propio, si no definido al modo de un axioma matemático, por lo menos dándole al momento histórico un color propio -en devenir, naturalmente, pero bien claro y distinto-. Se advierte ese ambiente en la cultura egipcia, en la China antigua, en la India, en las culturas mesopotámicas, en Grecia, en la vieja Roma. Se advierte en la cultura maya y en la incaica, hasta el punto de que constituyen una especie de islas espirituales, bastante definibles. Eso no ocurre en la Europa de hoy, que busca afanosa, por medio de sus grandes pensadores, *su espíritu propio*.

Las oposiciones de los griegos antiguos eran concretas, sólidas, serias. Todas tenían su razón de ser. Parménides se oponía claramente

a Heráclito. Los sofistas, a Pitágoras. Los discípulos de Sócrates -los menores- en cierto modo se definieron con claridad ante él. Platón se opuso a Sócrates, aceptándolo primero y trascendiéndolo después. Aristóteles le dio de coces a su maestro Platón. Todo esto ocurría con una nitidez mediterránea, que alentaba a discrepar en términos más a menos definidos y concretos.

La Europa de ahora es casi ininteligible. Sobre el ambiente cristalizado del cristianismo, se alza un desorden que no logra emularlo ni superarlo. Lo nuevo -el materialismo existencialista y aún el espiritualista-, no ha logrado asentarse sólidamente sobre esa gran plataforma cristalizada. Una filosofía que no admite más que el devenir destructor y angustiado siempre, sin trascenderse a sí mismo, no encuentra normas concretas para una civilización bien definida, al modo antiguo. ¿Se trata de un adelanto en que la flexibilidad de pensar es su punto de apoyo?

La crisis se manifiesta en el momento mismo en que desaparece un orden resistente cualquiera: una moral, cerrada o abierta, que se extienda tanto al arte como a la ciencia, o a la filosofía y la conducta. Sin orden no se va a ninguna parte. Cuando se afirma -Spengler y los existencialistas ateos- que dentro de cincuenta años sus ideas mismas desaparecen en la nada, en ese momento, sin quererlo, han cavado su propia fosa.

Antiguamente se pensaba en algo casi común a todos: en que era preciso imaginar la existencia de la eternidad, para hablar con solidez de las cosas. El devenir de Heráclito estaba supeditado a lo eterno. Este filósofo la aceptó cuando sostuvo que había algo que no cambiaba: la ley de cambio. Por sutil que sea este pensamiento revela algo más que una péfida astucia: la intuición de un hecho sobre el cual debe descansar el orden material y espiritual de las cosas y de la vida.

Mientras Europa no conjugue el devenir con la eternidad, la crisis continuará en pie para todo el mundo, porque Europa manda en esta materia, en Occidente.

En cuanto al *arte* se refiere, la misma cosa ocurre. El resultado de un gran coloquio entre grandes pensadores europeos, nos ofrece esta misma actitud crítica.

Sobre *La divagación de las artes*, nos habla, en primer término, G. Torrente Ballester; Jean Cassou, acerca de *La situación del arte contemporáneo*; Ernest Ansermet discurre con idéntica inclinación hacia lo caótico, a pesar de su bello estilo francés, claro como el agua; insiste Thierry Maulnier sobre esta situación del arte actual; y nos habla Max-Pol Fouchet sobre el mismo sentido del arte contemporáneo en debate; Adolphe Portmann nos induce a pensar sobre el arte en la vida del hombre. Y así, sin variar mucho, ya que se trata de un careo de ideas sobre el arte moderno, Elio Vittorini nos pregunta si el artista debe comprometerse, porque a estas horas no ha llegado a saber que la libertad más absoluta es el ambiente natural del artista, más que de ningún otro hombre. Por eso Charles Morgan nos trataba el tema de la independencia de los escritores, como si se pudiera poner en duda.

Los principios eternos del arte los ofrece el cuerpo humano. Bien pronto lo descubrieron los griegos. Pero esos principios no nos obligan a pintar, esculpir o sonar el piano, exactamente a la manera de los antiguos. Ese margen de libertad es el camino para la nueva creación y es inmenso. Saltarse las normas esenciales equivale a anular lo normativo eterno que persiste, por ese mismo, en el Universo.

Si cada hombre es sincero consigo mismo, será original siempre. La prueba es la de que el caso de Platón no se repetirá nunca. Ni el de Uds., ni el nuestro. Pero las normas eternas que hacen permanente el arte de Shakespeare y de Homero, no se transgreden sin provocar el caos. Queremos una Europa nueva, pero permanente a la vez. Flexible pero inquebrantable.

La atorad en la crisis contemporánea. (San José, Costa Rica: Imprenta Trejos, 1963), pp. 3-27.



LEÓN PACHECO

Elogiado por brillantes pensadores franceses e hispanoamericanos, León Pacheco convivió en París con la juventud vanguardista: Miguel Angel Asturias, Arturo Uslar Pietri, el abate Farras, Alfonso Reyes y entonces fue considerado como una de las más fundadas esperanzas de nuestra joven América. Se dedicaba entonces a los estudios filosóficos y literarios, "Dotado de una gran capacidad de abstracción, tiene el don de repensar con toda naturalidad las substanciales realidades del arte y la literatura", al decir de Pierre Bonaldi.

Nació en Tres Ríos en 1900. Hizo sus primeros estudios en la Escuela Juan Rudín de San José y obtuvo el bachillerato en el Liceo de Costa Rica. Partió a Europa en 1919 y se radicó en París, donde estudió en la Facultad de Letras en la Sorbona. Luego se consagró al periodismo y fue secretario de Enrique Gómez Carrillo.

En 1932 regresó a Costa Rica. Enseñó francés, castellano y literaturas clásicas en el Colegio Superior de Señoritas y en el Liceo de Costa Rica. Al fundarse la Universidad de Costa Rica figuró en el personal de la Facultad de Bellas Artes como profesor de estética. También fue miembro de la Facultad de Letras y Filosofía y como profesor de literatura latinoamericana y francesa en la de Ciencias y Letras.

Ha colaborado en las siguientes publicaciones; director de corresponsales de La Razón de Buenos Aires, en Europa; corresponsal de Diario de la Marina y de Bohemia, de La Habana desde que se fundó esta revista en 1928, en París. El Universal de Caracas; El Tiempo de Bogotá, Novedades de México, ABC de Madrid. Jefe de la sección latinoamericana de L'Intransigeant, y Revue de L'Amérique Latine, París; Cuadernos Americanos México; Repertorio Americano, Brecha y Combate, Costa Rica. Fundó en París, con Enrique Gómez Carrillo, Parisina. Con el colombiano Miguel Santiago Valencia, La Revista Universal. Con el español Amadeo Legua, Ahora, revista de vanguardia.

En 1965 se le nombró embajador en Francia. Miembro de la Academia Costarricense de la Lengua correspondiente de la Real Academia Española. Profesor honorario de la Universidad de Costa Rica.

Sus libros El hilo de Ariadna y Tres ensayos apasionados le han valido el Premio Nacional Aquileo J. Echeverría, en la rama de ensayo, en 1965 y 1968.

Su ensayo «En busca de una definición» es prueba de su sentimiento americanista en el presente momento tan lleno de convulsiones.

EN BUSCA DE UNA DEFINICIÓN

HAY unas páginas de don Víctor Guardia Quirós* en que se siente la tristeza por el bien estético no cumplido, porque la vida fue más urgente que el espíritu. Estas páginas las constituyen una serie de consejos a los jóvenes sobre el arte de actuar y de pensar. Más de actuar que de pensar. El espíritu que el escritor revela en ellas es un tanto escéptico, una especie de cansancio del oficio de pensar y un grito de angustia frente a los nuevos problemas que se le planteaban a las nuevas generaciones de ese entonces. Su actitud recuerda el examen de conciencia de Ernesto Renán en su libro *El porvenir de la ciencia*, que fue escrito hacia 1848 y publicado después de la guerra franco-prusiana de 1870. Es una mezcla sabiamente dosificada de elegancia y pesimismo. "Y consagremos la libertad de conciencia, en su máximo -dice don Víctor- como el primer jalón del hombre nuevo". Pero luego agrega: "No podrá ser hombre nuevo quien por adelantado no se despoje de la intolerancia del credo, la que no es otra cosa, en suma, que la propia regresiva tiranía de conciencia en que gestó el emblema de la Cruz". ¿Sintió don Víctor Guardia Quirós toda la tragedia que se acercaba, sustentada por los fanatismos más regresivos que el hombre ha concebido a través de la historia? Quizás de estas reflexiones premonitorias que expone a un grupo de jóvenes latinoamericanos que se reunieron en San José en 1933 para discutir los problemas del momento, provenga su escepticismo de buena ley en hombre acostumbrado a manejar las leyes que rigen necesariamente las relaciones de las sociedades humanas. El último consejo que les da a los jóvenes son estas reflexiones que parecen dirigidas más bien a su escepticismo irredimible: "La guerra, la opresión, podrán transformarse en su estilo de

Víctor Guardia Quirós. (1879-1962). Jurista y periodista costarricense. Su artículo «El hombre nuevo» (*Repertorio Americano*, Tomo 26, N° 20, p. 315. Mayo 27 de 1933) fue destinado a un grupo de estudiantes universitarios de varios países que se reunieron en Costa Rica. Pacheco reflexiona en este ensayo sobre algunos conceptos del artículo de Guardia Quirós.

concepción y modalidad; pero han de sobrevivir como la mala yerba, a los mejores propósitos de extirpación por el tallo".

No se trata, sin embargo, de que la claridad de pensamiento como la claridad vital sean fuerzas que conduzcan a la negación de la esperanza humana. No, de ninguna manera. Muy por el contrario. Llegan siempre a la afirmación de la conciencia. Quizás sea la monotonía cotidiana de la vida, que decía el humorista, la que induzca al escepticismo, esta enfermedad tan nuestra que el novelista argentino Manuel Gálvez llama "el mal metafísico". Tal vez sea el comercio con los demás hombres. Puede ser también el confrontamiento con la propia inutilidad de la inteligencia, cuando ésta se encara desafiante a los problemas humanos que por humanos no necesitan solución. Dichosamente para el escritor existe el bien supremo de la lengua que es el cordón umbilical que lo une a Dios. Las ideas pueden fenecer, pero el pensamiento encarnado en el ritmo del verbo no puede perecer, porque el hombre es eterno en el verbo. Dios creó el inundo de la nada, mas cuando la luz apareció, la claridad le dio forma a esta extraña creación, tan misteriosa y tan real, en que todos vamos pareciendo, a brincos y a saltos. San Juan dice que "en el principio ya era el Verbo".

Desde el siglo XVIII, y aun antes, la influencia francesa en las letras españolas ha sido importante. Esta influencia fue menor en Latinoamérica debido a la dependencia colonial que como toda dependencia es siempre limitación. Sin embargo, ya desde mediados del siglo XVIII comienza Europa, sobre todo Francia, por medio de las misiones científicas, a abrirles los ojos a nuestros humanistas sobre múltiples posibilidades continentales hasta entonces ignoradas. Sería inútil preguntarse si la poetisa mexicana sor Juana Inés de la Cruz leyó a los clásicos franceses del siglo XVII, sobre todo a Descartes y a Pascal. Pero si la poetisa los desconoció es indudable que sí los frecuentó don Carlos de Sigüenza y Góngora, el sabio sobrino de don Luis de Góngora, que por entonces vivía y profesaba en México. Sin embargo, en el extraordinario pensa-

miento de la poetisa se trasluce el racionalismo pascaliano y aun el método cartesiano en su *Respuesta a sor Filotea*, documento único de la literatura latinoamericana que Alfonso Reyes coloca al lado de *La introducción al método de Leonardo de Vinci* de Paul Valéry.

Pero es cuando los primeros viajeros latinoamericanos dirigen sus pasos hacia Europa, a través de España, por supuesto, cuando en realidad comienza a sentirse la influencia del viejo inundo. España tiene un siglo XVIII casi estéril, y hacemos esta afirmación no en un sentido peyorativo, sino pensando en la grandeza universal del milagro artístico y humano de sus siglos XVI y XVII. Las dinastías gobernantes en España y Francia están entonces unidas por un pacto de familia que hace factible el contrabando, por las aduanas del espíritu, con tanta intensidad como el que se hace de mercaderías por las fronteras geográficas que separan y unen a ambas naciones. No se puede negar que Miguel de Montaigne, con su espíritu de tolerancia, está muchas veces presente en las páginas del padre Feijoo. Tampoco se puede negar que don Diego de Torres Villaroel leyó los capítulos apasionantes de *Las memorias* del Cardenal de Retz. Y que don Gaspar Melchor de Jovellanos se inspira en las primeras teorías económicas de los franceses e ingleses para escribir su brillante *Informe sobre la Ley Agraria*. Por estos caminos del contrabando más o menos tolerado del pensamiento europeo se escurrieron nuestros escritores del siglo XVIII.

Los jesuitas humanistas que dieron con sus huesos y su sabiduría en Europa después de la expulsión de la Orden decretada por Carlos III en 1767, ayudaron en este trabajo de formación americana. Su labor fue doble. Pusieron en contacto a América con Europa, una América nostálgica, triste, es cierto, a pesar de la importancia que le dieron a las rigurosas obras científicas que escribieron en sus retiros de las Universidades italianas. Además, siguieron soñando con sus países de allende el océano, pues estos jesuitas eran auténticos latinoamericanos. Alfonso Reyes dice, al comentar el hecho exclusivo de la expulsión de los jesui-

tas mexicanos: "Por lo pronto, el destierro de los jesuitas deja a la sociedad americana sin tutores espirituales. Pero si el conocimiento particular, técnico, carece en adelante de armonía y de sistema, y marcha como un orden disperso, ni ello es particular a México, ni se debe solo al destierro de los jesuitas. Es un fenómeno general de la cultura europea. Destruídos los antiguos cuadros, el conjunto se fragmenta a modo de rompecabezas, en tanto que el liberalismo científico obtiene una nueva organización. Esta, por desgracia, resultará efímera o muy distante aun de la meta, según lo sabemos por las catástrofes bélicas del siglo XX. En ella se liquida el olvido de los fines éticos, en medio de una pasmosa aceleración de las técnicas".

Sea como fuere, este hecho trascendental de nuestro desarrollo intelectual demuestra ya un contagio del espíritu de orden del europeo en las labores del hombre americano. Lástima grande fue que los jesuitas, en su lucha apasionada contra las medidas drásticas de Carlos III, en la que comprendieron la superstición de la lengua castellana, no escribieran sus interesantísimos libros sobre América en su idioma materno, sino que echaran mano del latín y del italiano para exponer su gran mensaje humanístico y americano. Sin embargo, hubo una excepción entre ellos, la de un jesuita que escribió sus puntos de vista revolucionarios en castellano. Pero el pensamiento de este jesuita chileno, el padre Pablo Vizcardo y Guzmán, es un pensamiento político que se enfrenta a la realidad española del momento y alienta la dinámica de los movimientos iniciales de la Independencia latinoamericana. El historiador mexicano don Carlos Pereyra ha llamado a la *Carta a los españoles americanos*, escrita en 1799, "el primer manifiesto de la independencia latinoamericana". En sus frases ampulosas y en sus pensamientos generosos se siente ya el tufo penetrante de las ideas de los enciclopedistas que van modelando desde entonces la armazón de nuestras actuales democracias. Es con este documento en mano que el general venezolano Francisco de Miranda, viejo veterano de la Revolución Francesa, se presenta en el Ministerio de Relaciones Exteriores de Londres para pedirle

al jefe del gobierno de su Majestad Británica, Sir William Pitt, apoyo para iniciar las Guerras de Independencia. Pero Miranda era demasiado europeo, quizás demasiado parisiense, para entender esta jungla política de nuestra América en que predominan el machete y el instinto. Este drama intelectual de que fue víctima el precursor de nuestra Independencia, es el que mi distinguido amigo el escritor ecuatoriano Gonzalo Zaldumbide llama "las vicisitudes del descastamiento".

En la acción no hay tiempo para pensar: el sudor del soldado enturbia sus ojos y compenetra su espíritu de pestilencias. Sobre todo cuando se es soldado de un ejército latinoamericano, montonera insigne e incorregible. Pero no otra cosa son todos los ejércitos: montoneras técnicas o montoneras primitivas. El fin justifica los medios: y el fin de todo soldado es la muerte anónima por una idea abstracta cuando no por un fanatismo sobornable. ¡Cómo deben haber maldecido a los dioses homéricos los soldados que Ulises encerró en su famoso caballo de madera en nada diferente del Clavileño de don Quijote y Sancho! Sólo que don Quijote y Sancho soñaron cerca de las estrellas, y los griegos de Ulises se asfixiaron con sus propias miserias y hediondeces físicas en el vientre del primitivo artefacto de la estrategia militar.

Hacemos esta vaga divagación porque durante la época de las Guerras de Independencia, América vivió plenamente su vitalidad de Continente del tercer día de la creación, mientras sus hombres representativos planeaban sus acciones en función de las ideas políticas de ingleses y franceses. Solo el Dr. Mariano Moreno, en la Argentina, recuerda a Jovellanos en su *Representación*. El verbo de Simón Bolívar es el de un convencional con algo de profético. La lengua de Bolívar es pura, brillante, electriza y se adentra espontáneamente en las entrañas tibias de América. Andando los años le hará eco el verbo de José Martí, tan americano como el suyo, pero en el cual, a pesar de sus audacias modernistas, se siente el jadeo auténtico de la más bella lengua castellana. Nunca hemos podido explicarnos por qué los estudiosos de la ge-

neración del 98 no incorporan a José Martí entre sus más señalados representantes, desde el punto de vista literario. El pensamiento de Martí, aunque antiespañol por razones históricas, tiene la modernidad de los mejores escritores de este renacer de España.

Otro fue el destino de Rubén Darío en el ideario estético de esta generación. En efecto, don Ramón del Valle Inclán, al estudiar desapasionadamente al poeta latinoamericano, lo considera como el legítimo forjador de la estética de los escritores de la generación del 98. ¿Se alejaba América de España, según se siente en estas manifestaciones? No, más bien se acercaba a ella al robustecer sus más auténticas virtudes y su personalidad creadora. Para llegar a este plano de "simpatías y diferencias" América se nutrió en la savia de otros países, pues sintió instintivamente que la crisis colonial estaba aun vigente, no sólo en el nuevo mundo, sino también en la Península Ibérica. Y la política tanto como la emoción rechazan el vacío: algo o alguien tenía que llenar el vacío que se estaba produciendo desde mediados del siglo XIX y que culminó con la guerra hispanonorteamericana. Ortega y Gasset, por lo demás, afirmó desde hace tiempos que Latinoamérica inició su Independencia desde el mismo instante en que, en el siglo XVI, los españoles asentaron su poderío en este vasto espacio de la tierra. Las crónicas de la Conquista, comenzando por las *Cartas de relación* de Hernán Cortés, constituyen en su esencia y en su forma un grito de rebeldía contra España, del español transplantado a América: fuerza de la personalidad contra el egoísmo de la individualidad.

Quizás la última crisis del movimiento independentista cogió más desprevenidos a los latinoamericanos que a los españoles, por aquello de que los árboles no dejan ver el bosque. El impacto ideológico de José Martí fue profundo en las conciencias de ambos lados del Atlántico, aun cuando su prédica llegaba de Nueva York, donde había establecido su cuartel general el más genial de los espíritus cubanos.

neración del 98 no incorporan a José Martí entre sus más señalados representantes, desde el punto de vista literario. El pensamiento de Martí, aunque antiespañol por razones históricas, tiene la modernidad de los mejores escritores de este renacer de España.

Otro fue el destino de Rubén Darío en el ideario estético de esta generación. En efecto, don Ramón del Valle Inclán, al estudiar desapasionadamente al poeta latinoamericano, lo considera como el legítimo forjador de la estética de los escritores de la generación del 98. ¿Se alejaba América de España, según se siente en estas manifestaciones? No, más bien se acercaba a ella al robustecer sus más auténticas virtudes y su personalidad creadora. Para llegar a este plano de "simpatías y diferencias" América se nutrió en la savia de otros países, pues sintió instintivamente que la crisis colonial estaba aun vigente, no sólo en el nuevo mundo, sino también en la Península Ibérica. Y la política tanto como la emoción rechazan el vacío: algo o alguien tenía que llenar el vacío que se estaba produciendo desde mediados del siglo XIX y que culminó con la guerra hispanonorteamericana. Ortega y Gasset, por lo demás, afirmó desde hace tiempos que Latinoamérica inició su Independencia desde el mismo instante en que, en el siglo XVI, los españoles asentaron su poderío en este vasto espacio de la tierra. Las crónicas de la Conquista, comenzando por las *Cartas de relación* de Hernán Cortés, constituyen en su esencia y en su forma un grito de rebeldía contra España, del español transplantado a América: fuerza de la personalidad contra el egoísmo de la individualidad.

Quizás la última crisis del movimiento independentista cogió más desprevenidos a los latinoamericanos que a los españoles, por aquello de que los árboles no dejan ver el bosque. El impacto ideológico de José Martí fue profundo en las conciencias de ambos lados del Atlántico, aun cuando su prédica llegaba de Nueva York, donde había establecido su cuartel general el más genial de los espíritus cubanos.

Lo importante es que a fines del siglo XIX ya Latinoamérica estaba en posesión, para devolverle el golpe al nuevo peligro que se avecinaba, de su propia lengua, de su propia emoción, de su drama exclusivo. Además, su mensaje un tanto nebuloso aún por el apresuramiento juvenil de la generosidad de sus minorías que al mismo tiempo eran sus mayorías, era un mensaje que se presentaba con el acicalamiento de las nuevas corrientes estéticas europeas. *Prosas profanas* de Rubén Darío se publica en Buenos Aires en 1896: todo el alarde de una elegancia artificial en cuya emoción se sintió, sin embargo, un aliento muy americano, que en el instante no se vio porque el libro constituía, por su forma, una verdadera revolución. El poeta había nutrido su numen, por control remoto, con la sensibilidad del simbolismo parisiense, pero la musa que guiaba sus cantos era morena como la garza de su cuento de *Azul...* Pero en 1904 Rubén Darío saluda a América, su América, con su brava y rítmica «Oda a Roosevelt»: en el escalofrío bíblico del poema tiene tiempo de tomarle el pulso al poeta de la democracia norteamericana, Walt Whitman, cuyos trancos sigue sin inmutarse hasta la eternidad. En medio del deslizarse cadencioso de sus cisnes el poeta irrumpe con su fuerza de gran americano, y las aves voluptuosas se estremecen en la tempestad que levanta su verbo indignado. Poco importa que años más tarde Rubén Darío salude a la potente nación del Norte con la «Salutación al Águila»: el zarpazo americano estaba clavado en las alas de la misma águila cuyas plumas caían sobre el mundo con movimientos simbólicos.

Los españoles pudieron refugiarse en el pasado al saltar hacia lo imprevisto que les deparaba la historia contemporánea. Los americanos no pudieron hacer lo mismo, pues sólo hubieran logrado retroceder a los siglos coloniales. Justamente los hechos de 1898 señalaban la liquidación definitiva del pasado de pueblos que trataban de liberarse, de una vez por todas, de su dependencia política, económica y social. Pero algo los unía a los españoles, por lo menos desde el punto de vista literario y de las consecuencias históricas inmediatas que ambos

presentían en las acciones futuras del país victorioso de esta guerra desigual. Esta uniformidad sensible hizo, en las disciplinas literarias, que el ensayo fuera la expresión común de ambos para reflexionar sobre ideas y emociones, no siempre comunes pero inevitablemente paralelas.

Los escritores del 98, generación española y latinoamericana de poetas y ensayistas, inician el tipo del verdadero ensayo tal como lo cultivan los otros escritores europeos, sobre todo de Francia e Inglaterra. Para los españoles Ángel Ganivet había trazado la ruta a seguir, *pues su Idearium español lo publicó en 1.896*, dos años antes del desastre. En este claro y denso ensayo, pulido en los talleres de la mejor lengua castellana por un viajero acucioso cuyo paralelo espiritual pasaba siempre por París, se presiente ya esa melancolía ancestral de la raza que don Miguel de Unamuno llama el senequismo, por no llamarla el españolismo eterno que es desgarradoramente afirmativo en el grito de don Quijote: "¡Yo sé quien soy!".

Don Eduardo Gómez de Baquero, en su estudio sobre los ensayistas de la generación del 98, dice con pleno conocimiento de causa, pensando en Ángel Ganivet: "Este anhelo de descifrar el enigma histórico, de aclarar el destino español, buscando la clave en el carácter y en la constitución social del pueblo hispano, es el sentido general de los nuevos ensayistas. Sus escritos han querido ser además de una interpretación, un examen de conciencia. El alma española se ha asomado a sí misma con un interés apasionado, buscando en lo íntimo del pasado y del carácter la respuesta a la Esfinge que le salía al paso". Pero Gómez de Baquero había explicado con anterioridad el nuevo estilo de la vida española en una línea de conducta que atañe también muy directamente a los latinoamericanos: "Las adversas guerras coloniales -dice- terminadas por la guerra con los Estados Unidos, no produjeron en España una revolución, pero sí una sacudida espiritual y un deseo de reforma y de vida nueva en los círculos intelectuales. El ambiente que se formó que, aunque no alcanzase una gran difusión, moldeó

algunas inteligencias sobresalientes, fue a la vez de culto a la voluntad y de intelectualismo; de retorno a los clásicos con sentido crítico y de un cierto cosmopolitismo curioso y atento a todas las culturas, en que la secular influencia francesa cedió el paso a otros valores como Nietzsche y los rusos, y ella se transformó, pasando a los autores más influyentes del siglo XIX, y en el siglo XVI a Montaigne, a los clásicos del gran siglo y a los resucitados como Stendhal". Así, pues, fuera de sus clásicos, los hombres de esta generación que no quisieron o no pudieron hacer una revolución, se agarraron de dos franceses contradictorios y de un alemán nihilista.

Pero también los latinoamericanos, muy avezados en los pugilatos literarios y políticos locales y provincianos, se enfrentaban a los grandes problemas universales que les atañían más de cerca, como maestros del ensayo. Es cierto que el escritor ecuatoriano don Juan Montalvo había publicado en 1873, antes del modernismo, *Los siete tratados*, tallados en la rica cantera de Montaigne; pero antes se le había ocurrido escribir *Los capítulos que se le olvidaron a Cervantes*. Curiosa mezcla de pedantería clásica y de abuso monteniano en que no cayeron ni los ensayistas españoles ni los ensayistas latinoamericanos de comienzos de este siglo.

Si los españoles contaban con el refugio en su pasado para consolarse de las pérdidas de su presente, en cambio los latinoamericanos no podían comulgar con "lo íntimo del pasado y del carácter", porque carecían de historia propia y quizás también por el impaciente deseo de construir su conciencia en la búsqueda de los problemas del presente, de su presente vital, para darle razón de ser a su pensamiento. José Enrique Rodó, el recio ensayista uruguayo, que había nutrido su espíritu en la lectura de Ernesto Renán, de Hipólito Taine, de Guyau y de los trascendentalistas norteamericanos, publica en 1900 *Ariel*. Es una oración cívica escrita en una prosa limpia y emotiva en que, con erudición helénica, le ofrece "lechuzas a Pallas Athenea", olvidando quizás el consejo

de su maestro Ernesto Renán. Pero *Ariel* es un grito americano. José Enrique Rodó trata en sus páginas de deslindar los campos entre lo sajón y lo latinoamericano, colocando a los 'norteamericanos bajo la dictadura de Calibán y a los latinoamericanos bajo la protección de Ariel, genio del aire. Poca importancia tienen los errores generosos de este príncipe del estilo y tampoco su serena agresión. *Ariel* ha sido uno de esos ensayos definidores de América por su deslinde de valores y por la elegancia de la prosa. Rodó, en estas páginas juveniles, no escribe en la genuina lengua española, escribe en un castellano universal que ostenta un fuerte colorido americano. Rodó es escritor que piensa por cuenta propia con todos los riesgos que esta actitud significaba entonces en un continente acostumbrado a obedecer: su ensayo inicia, pues, el siglo XX con un "canto de vida y esperanza". Rodó había criticado con anterioridad a Rubén Darío por su amor a la forma pura, por su falta de alma, y había auscultado en los poemas de *Prosas profanas* la influencia de los poetas franceses que habían presidido las fiestas galantes de Paul Verlaine. La suya era una especie de curación en salud. Pero antes que él el espíritu atento de don Juan Valera había adivinado este cambio de rumbo de la sensibilidad americana en su «Carta sobre *Azul* . . . » cuya publicación data de 1888. Uno criticó al poeta en americano, con pasión briosa; el otro en español escéptico, ahíto de Europa, cuyas pasiones ideológicas y sentimentales se las sabía de memoria.

Así va definiéndose Latinoamérica, es decir, alejándose nostálgicamente de España para incorporarse al mundo occidental, en marcha hacia adelante, y no en un retroceso hacia la historia que hizo posible la síntesis milagrosa de su civilización, pero en la cual no había participado sino como proveedora de materias primas. La lengua y la religión la unen indefectiblemente a España, pero de ella la separan cada vez más la raza y el pensamiento. Y esto porque no tiene historia propia, esa estafa del pasado. La verdadera historia latinoamericana es la que están haciendo sus pueblos entre hazañas pintorescas, si no fueran sangrientas, de generales folklóricos y millones de analfabetos, materia prima la más

explosiva de sus reservas: la suya es, pues, la historia de todos los pueblos que ensayan sus primeros pasos en la dimensión supersticiosa del tiempo. El niño no tiene por qué creer en los viejos: la lógica indica la posición contraria. Por eso generalmente los viejos imponen su autoridad arbitrariamente. Para hacer la historia se necesita fuerza muscular y nunca nostalgia de glorias pasadas: la historia es un "negocio" muy exclusivo de las hormonas. Los griegos caminaban cientos de kilómetros para coronar a los héroes de los juegos nacionales, y no para llorar a quienes hicieron posible el milagro del helenismo. Los griegos tenían conciencia de que ellos eran ese mismo milagro helénico. Pericles entierra a los soldados muertos en acción, pero no olvida de decirles a sus conciudadanos: "¡Ay de aquel que al comenzar una revolución piensa más en sus comienzos que *en sus* fines!".

Don Andrés Bello, que aprendió sus actitudes pragmáticas en Londres, les dio a *estos* pueblos la primera lección de cómo se escribe la historia política de un continente en ciernes: lo hizo cuando escribió su gramática. A la constitución de una gramática abstracta cuyo origen está en el pensamiento imperialista del padre Nebrija, don Andrés Bello opuso la estructura de una gramática funcional, única forma de expresión accesible para pueblos en peligro de disgregarse totalmente desde el punto de vista espiritual, pues desde el político, su fragmentación era inevitable como consecuencia del vasto mundo en que les tocaría actuar. En efecto, la *Gramática castellana* de Nebrija, que comenzó a escribir en 1.492, era "la primera gramática de lengua romance que se escribía en la Europa Humanística y fue escrita en esperanza cierta del Nuevo Mundo, aunque aún no se había navegado para descubrirlo", dice don Ramón Menéndez Pidal. Este pensamiento ambicioso, basado en las reglas ya inmutables del latín, el viejo confesor de Isabel la Católica, fray Hernando de Talavera, lo reafirma con las reflexiones que hace a su regia protectora: "Después que Vuestra Alteza meta debajo de su yugo muchos pueblos bárbaros y naciones de peregrinas lenguas, y con el vencimiento aquellos tengan necesidad de recibir las

leyes que el vencedor pone al vencido, y con ellas nuestra lengua, entonces por esta arte gramatical podrán venir en el conocimiento de ella, como agora nosotros deprendemos el arte de la lengua latina para deprender el latín". Nebrija mismo declara "estar nuestra lengua tanto en la cumbre que más se puede temer el decaimiento della que esperar la subida". Es a esta actitud imperial que don Andrés Bello responde, 350 años más tarde, oponiendo el dinamismo funcional de su tesis gramatical al estatismo de Nebrija. Aun cuando don Andrés Bello es escritor escrupuloso, preocupado siempre por la claridad del decir y la pureza castiza, le dio a su estilo el dinamismo que sus tesis gramaticales defendían en contrarréplica al sentido abstracto que los escritores del siglo XVI español le habían dado a su lengua abundante de bellezas. Solo santa Teresa tiene en sus *Cartas* el sentimiento dinámico de la lengua que hablaba su pueblo, su pueblo cotidiano, lengua que los cronistas trajeron a América, donde la abstracción cedió frente al movimiento latente de una lengua hecha, según fray Hernando de Talavera, para meter bajo el yugo "muchos pueblos bárbaros y naciones de peregrinas lenguas".

Poco importa lo que las palabras signifiquen a lo largo y a lo ancho de un vasto espacio de la tierra; lo que interesa es la función que jueguen en la expresión de la vitalidad del hombre: con este simple principio don Andrés Bello ganó la verdadera batalla de la unidad política de Latinoamérica. El suyo fue un golpe certero al espíritu dogmático en que había caído la casuística de los pensadores latinoamericanos que aún suspiraban por las delicias coloniales.

El filósofo argentino Alejandro Korn afirma, en sus reflexiones sobre el deán Funes, que en Latinoamérica el pensamiento teológico, no el escolástico, fue más bien una actitud vital que una norma filosófica. Pues bien, don Andrés Bello lleva a esta actitud vital a la técnica y al dinamismo del habla latinoamericana. El pensador mexicano, don José Vasconcelos, en su interesante *Metafísica, nos* confía que su filo-

sofía es anticallista, con lo que quiere significar su odio al general Plutarco Elías Calles, que, según él, le birló la Presidencia de la República de México. Es siempre la misma actitud vital. Siempre la acción, con algo de agresivo, frente a la contemplación. Se dijera que la Cuarta Salida de don Quijote fue hacia América, y que de esta salida no regresaría más a su querencia manchega. En América no hay molinos de viento sino vientos que mueven molinos.

Los latinoamericanos no fueron nunca buenos católicos, es decir, espíritus ecuménicos. No podían serlo porque la religión es la única tradición que une a estas tierras movedizas. Sin embargo, los latinoamericanos son profundamente cristianos por enteramente religiosos y porque, según la afirmación de Ernesto Renán, no se explica cómo no puede ser cristiano un individuo que siquiera haya conocido una vez la grandeza del mensaje de Jesús. Para el latinoamericano el sentimiento cristiano fue siempre una forma del sentimiento artístico ancestral que el español de la Conquista y la Colonia trató de frustrar desde que puso pie en tierra firme. Por lo menos el sentimiento artístico que hizo posible grandes civilizaciones como las que prosperaron en las altiplanicies de México y del Alto Perú. Don Antonio Caso, el admirable filósofo mexicano que asoma su espíritu en el apogeo del bergsonismo, escribe al respecto muy acertadamente: "En América sí que la religión se transforma en estética. Mientras que el europeo que ya no puede tener religión tiene otras salidas, el americano que no puede tener religión, y que acaso tampoco ciencia, busca un escape estético, hasta el punto de que el esteticismo *de la* intelectualidad americana parece ser actitud propia de aquellos americanos que no han podido sostener su fe religiosa enfrente de la educación europea". Mariano Picón Salas, por su parte, al estudiar el estilo barroco latinoamericano, sostiene que esta corriente estética es, en América, una frustración sentimental, es decir, una angustia del sincretismo religioso de que es actor involuntario el hombre de nuestra América.

Así, pues, para unos la acción es actitud intelectual cuyas consecuencias animan hasta la vitalidad misma de la lengua cotidiana. Para otros, la posición estética es actitud religiosa por incapacidad de ciencia y de pensamiento lógico. Para todo americano que penetre en lo más íntimo de su conciencia, la esencia de su drama total está en la búsqueda de esta definición de su ser que no es español, ni europeo, ni indígena, pero que tiene de todos estos elementos humanos el ingrediente necesario para constituir la personalidad contradictoria y curiosa que se ha revelado en todas las encrucijadas del mundo contemporáneo. El novelista chileno Joaquín Edwards Bello, en su obra *El roto*, hace decir a uno de sus personajes: "Debemos pensar y sentir en americano". Y uno se pregunta, ¿qué significa pensar y sentir en americano? De inmediato se da cuenta de que no es pensar contra España, ni contra Europa, ni contra Estados Unidos, es pensar y sentir como ya quiso hacerlo, en plena colonia, y por cierto que lo logró magistralmente, el mexicano Juan Ruiz de Alarcón, en el Madrid del siglo XVII. Discreción, medida, recato sentimental unidos a la audacia y desfachatez nacidas del complejo de resentimiento que caracteriza al latinoamericano. Algo nuevo en el abanico de sicologías colectivas que se amplía con el interés del mundo, conforme los continentes se descolonizan, fenómeno del cual Latinoamérica es precursor.

Quizás también pensar y sentir en americano sea como pensó y sintió Sarmiento su *Facundo*, que continúa siendo el más fecundo de los libros de estas latitudes: relato escrito apasionadamente con el rebenque de un gaucho de la literatura. Es también pensar y sentir con la elegancia de Rubén Darío, cuyo milagro es un hecho inexplicable en un país en que nacen, junto al más grande poeta castellano de este siglo, Augusto César Sandino, genial guerrillero, y Anastasio Somoza, cazador de hombres y fortunas: los tres son los polos contradictorios de un mismo instinto vital que se llama América. Hay una anécdota sobre Rubén Darío que impresionaba mucho a Ventura García Calderón. Se trata de la manera cómo trasladaron a Rubén Darío de su pueblo natal,

Metapa, a León de Nicaragua, cuando el poeta era apenas un niño: lo acomodaron en un zurrón colocado sobre una mula y para balancear el peso del pequeño cargamento humano lo equilibraron con otro zurrón cargado de ayotes. Aquel extraño ser, tratado como una mercadería más bajo los soles de su Nicaragua, habría de asistir andando los años, al éxtasis dionisiaco del abrazo de Leda y el Cisne. ¡Sólo en América se da el caso, en pleno siglo XIX, de la posibilidad de gozar del lúcido clasicismo del Mediterráneo en el festín sangriento del Rabinal de Achí! Quizás era esto lo que pensaba instintivamente el *roto** de Edwards Bello cuando hacía su afirmación en un cafetín de Santiago de Chile.

Ya existen síntesis literarias de esta digestión difícil de las culturas precolombinas, de la etapa colonial y de las expresiones humanas de que son personajes centrales los caudillos de la era republicana. Una de esas síntesis, quizás la más notable e importante, es la novela del guatemalteco Miguel Ángel Asturias, *Los hombres de maíz*. No es este un libro español sino un libro netamente americano. Es verdad que está escrito en un estilo barroco, de un barroquismo que recuerda a Quevedo. Miguel Ángel Asturias en su novela esencialmente religiosa, pues en ella el maíz tiene un sentido sagrado, vital -el maíz, origen del hombre americano-, logra saltar tres siglos de insensatez literaria y revivir toda la poesía del *Popol-Vuh* en una prosa moderna. Su estilo es denso con la densidad de las selvas americanas. En *Los hombres de maíz* no se entra en lo que los críticos llaman "la novela río", sino en medio del desbordamiento bíblico de una "novela lluvia", la única que puede tener vigencia en América, sobre todo en los trópicos. Coexisten en esta "novela lluvia" la poesía indígena de los poemas mayas, la austeridad española, beligerante, de las crónicas de Bernal Díaz del Castillo y la modernidad universal que tiene sus raíces en el *Ulises* de James Joyce. Después de este libro se puede afirmar que América tiene su

Roto. En Chile, individuo de la clase ínfima de la sociedad chilena. El novelista Edwards Bello le consagra una de sus más famosas novelas.

estilo literario, su emoción propia y su mensaje exclusivo. En sus páginas se salta de los siglos anteriores a la conquista, siglos de la "mentalidad heroica" que decía Vico, al siglo de "las mutaciones", según Paul Valéry. Pero la transición se realiza con una espontaneidad tan notable que los siglos de la colonia apenas si aparecen con su deformación ideológica y su casuística ordenación jurídica: ¡La ley se acata pero no se cumple!

También la República Argentina ha dado su libro definitivo, no tan importante como el de Miguel Ángel Asturias, pues las culturas autóctonas del Plata apenas si existieron. Se trata de *Don Segundo Sombra* del novelista Ricardo Güiraldes. A pesar de su tema gauchesco este libro es muy occidental, pues tiene una intención pedagógica de tipo europeo. Es además la culminación total y lógica de una literatura que dio las obras americanas más definidas del siglo XIX: la literatura gauchesca. No se le pueden disputar a *Facundo* ni a *Martín Fierro* este privilegio literario, pues en ambos libros se define un tipo muy americano, arcaizante en su lengua muy siglo XVI, pero esencialmente de esta parte del Océano Atlántico, por sus oficios y por su estilo de vida, al margen de la civilización occidental, mas no al margen de la sensibilidad lírica primitiva, orden lógico del afán vital de inmortalidad de todos los pueblos dejados a la mano de Dios.

Don Ramón del Valle Inclán, quizás cansado de las guerras carlistas, quiso hacer una síntesis de las sensibilidades española y latinoamericana en su novela *Tirano Banderas*. Es mucho más fuerte en sus páginas lo latinoamericano que lo español. Hay que abonarle a Valle Inclán que cuando escribió su novela venía de vuelta de las guerras civiles españolas que, entre cuartelazos y pronunciamientos, llenaron todo el siglo XIX de la Península. No hizo, pues, sino trasladar generales españoles a tierras americanas, donde se hallaron tan a sus anchas como en su propio solar. Por otra parte, el tema de la novela de Valle Inclán es la vertiginosa historia del tirano Lope de Aguirre, aquel extraño personaje colonial venezolano que gobernó la Isla Margarita

después de haber recorrido toda Sud América en busca de El Dorado. Este paraíso del oro se le escapó de las manos a Lope de Aguirre, como más tarde se le escaparía también de las suyas al Cándido de Voltaire: sólo que el personaje de Voltaire, después de haber disfrutado de lo que salvó de su paso por América, se refugió en su jardín para cultivarlo. El personaje de Valle Inclán se convirtió, por lógica muy americana, en tirano. Lo importante es que la literatura española tiende con esta novela de Valle Inclán su puente hacia Latinoamérica, para buscar la unión humana que no logran establecer ni los políticos ni las ideologías extrañas a la índole del temperamento pasional de ambas porciones del mundo, separadas y unidas por una misma lengua.

Y es que para llegar a la definición de un ser, de una idea, de una emoción, hay que saber primero dónde están ese ser, esa idea, esa emoción. Las luchas actuales, luchas políticas e ideológicas, tanto da, han clasificado a Latinoamérica en una de las tantas porciones geopolíticas que forman parte del tercer mundo subdesarrollado. Este estado sociológico, que les ha caído a estos pueblos como un sambenito histórico, los está obligando, y esta es su ventaja y su revancha, a buscar su ser, su ideología, su sensibilidad. Cuando esta definición humanística, el humanismo del subdesarrollo, se logre con claridad, estos pueblos podrán hombrarse con los demás pueblos, cuyo humanismo es ya moneda en influencia histórica, a la plena luz del sol. Latinoamérica no ha buscado este pugilato, como nuestros ancestros, los hombres de maíz, no pidieron a Europa que convirtiera este continente en proveedor de materias primas. A Latinoamérica se le repite en todos los tonos que es un continente subdesarrollado y está lógicamente dispuesta a desarrollarse, a fortalecer sus músculos, a aceitar su espíritu, a pensar por cuenta propia, pero también a decirle al mundo desarrollado que si la reta para la lucha antes quiere saber qué es, quién es y para qué sirve.

Los escritores que con afán heroico han ido definiendo a Latinoamérica mediante el arma sutil de la palabra hasta colocarla en un plano

universal, han sido los precursores de esta lucha de las definiciones vitales. También antes del milagro helénico fue el poeta Homero quien fascinó a los griegos y los condujo a su pleno ser. Y Walt Whitman cantó la grandeza de los Estados Unidos antes de que éstos se dieran cuenta de que tenían el más grande poeta de su raza en formación y que ellos mismos eran la gran potencia del siglo XX. Latinoamérica, gracias a sus poetas y escritores, está entreviendo la claridad en medio de la nebulosa de un amanecer cargado de esperanzas. "Sólo los que no buscan nada dice Paul Valéry- no encuentran nunca la oscuridad y afirman que no hay que exponer a los demás sino lo que éstos ya saben". El instante de la creación, sentimiento sensual y húmedo, es doloroso por oscuro e instintivo: el análisis del actual pensamiento latinoamericano proclama con claridad que ese instante ya pasó y que ha llegado la hora del alumbramiento.

La lectura de un gran escritor costarricense, don Víctor Guardia Quirós, nos ha llevado a estas reflexiones sobre lo que podríamos llamar la búsqueda de una definición. A estas actitudes conducen siempre los grandes espíritus. Y más aún cuando esos espíritus de excepción alimentan en su entraña el gusanito de la beligerancia, de la lucha, del sentimiento de pelea contra lo dogmático, lo intolerable, lo dictatorial. Además, cuando alientan el espíritu de universalidad sin el cual no hay cultura, es decir, práctica laica del culto. Si el hombre es síntesis vital de un pugilato amoroso, la cultura es síntesis de la lucha para que ese mismo hombre que nació indefenso de la batalla dionisiaca se encuentre en su propia conciencia.

En busca de una definición. (San José, Costa Rica: Trejos Hnos., 1963).



CARLOS MONGE
ALFARO

Existen distintas formas de saber: erudito y pragmático, culto y de salvación. Cada una es hija de una determinada concepción del hombre y del mundo, y desde cada una se ha forjado una cultura; pero, el problema humano ha sido tratado desde un punto de vista. Toca a la Universidad y a los estudiosos integrar esas formas de saber en la búsqueda de un saber integral con el correlativo de un hombre integral: un tipo de hombre que revele un nuevo humanismo, que debe unificar sabiduría y conocimiento" -dice Carlos Monge Alfaro. Creyente que la cultura es un proceso constante de elaboración del mundo, él ha dedicado lo mejor de su vida a dar sentido a su obra en esa tarea de buscar la meta del sentido del hombre que no es otra cosa sino el de la humanización.

nació en San José en 1909. Estudió en el Liceo de Costa Rica e hizo su formación profesional de 1929 a 1934 en el Instituto Pedagógico de Santiago de Chile. Desde 1934 hasta 1948 fue profesor de Estudios Sociales en el Liceo de Costa Rica, Colegio Superior de Señoritas, Colegio Seminario y en la Universidad de Costa Rica. Publicó la primera historia interpretativa de Costa Rica que actualmente lleva doce ediciones. Dirigió el Diario de Costa Rica (1944-1945). En 1948 fue electo decano de la Facultad de Filosofía y Letras, casi dos períodos; Secretario General de la Universidad hasta diciembre de 1961 e inmediatamente electo rector de la Universidad hasta 1970. Miembro del Consejo Superior de Educación como representante de la Universidad, desde el cual ejerció gran influencia en la educación nacional tanto en lo teórico como en lo práctico. Miembro fundador de la Academia de Geografía e Historia de Costa Rica. En la actualidad está jubilado del quehacer universitario,

En periódicos y revistas, en fascículos universitarios, en la cátedra y la tribuna, ha ido dejando una copiosa obra ensayística en la que ha querido la vinculación educación y humanismo; en que se conjugan la libertad y educación porque "el acto educativo es un acto moral y un acto de relación", moral porque existe un imperativo de respeto, de relación porque la comunicación es un diálogo, como lo ha estudiado Rafael Angel Herra.

Su ensayo «Prudencia y sabiduría en el quehacer universitario» es una prueba más de su constante preocupación por los problemas educativos y son un jalón más en su antropología pedagógica que algún día escribirá.

SABIDURÍA Y PRUDENCIA

EN EL QUEHACER UNIVERSITARIO

SÓCRATES: ¿No es cierto, en general, respecto a todo lo que el alma está dispuesta a hacer y soportar, que cuando preside la sabiduría, todo conduce a su bien; así como todo a su desgracia, si aquélla falla?

SÓCRATES: ¿Y es posible gobernar una ciudad, una casa, o cualquier otra cosa, si no se administra conforme a las reglas de la sabiduría y de la justicia?

PLATÓN, *Diálogos. Menon o de la Virtud.*

LA faena encomendada a nosotros es, posiblemente, la más noble, digna, sagrada y cuidadosa de cuantas ha imaginado el hombre al través de su historia: educar a la juventud, ofrecerle guía acertada para bucear dentro de su propio ser -a veces insondables- sus potencialidades, inclinaciones, en una palabra, ponerla en camino de descubrirse a sí misma, por auténtica torsión del alma. Calza nuestro pensamiento y actitud con el concepto de Platón, en boca de Sócrates, "Poner a la gente en mejor disposición para descubrir la verdad". El sembrador cuida de la simiente desde el momento en que la hinca en la tierra hasta que recoge la cosecha. Y vuelve a repetirse el ciclo vital en tan interesante campo del mundo biológico. El maestro, el educador, también es un sembrador, pero a diferencia del otro, siembra en el alma, y su oficio lo dirige el espíritu pues aspira a la plenitud de espíritu en los discípulos. Formar al hombre, entregarse con devoción a la paideia, es la tarea más sutil y riesgosa de cuantas hay. Cada joven es un mundo de posibilidades, de inquietudes, de sueños, de esperanzas, de contradicciones, de dichas y amargas. Penetrar en tan compleja estructura vital es cosa sagrada que exige de parte del educador sabiduría,

prudencia y sensibilidad. La ciencia ha alcanzado en las últimas décadas un espectacular desarrollo; la razón ha conducido al investigador a dar cuenta de la realidad natural, social e histórica; la aventura contemporánea advierte la capacidad de la inteligencia humana. Hay mucha distancia entre la época de los griegos y la nuestra. Sin embargo, en aquélla como en la actual el problema de educar es el mismo. Si antaño preocupó a Sócrates y a Platón exaltar el valor de la sabiduría, forma suprema de la existencia humana, hogaño es más necesario todavía: el hombre siempre hace el mismo recorrido vital, encuentra las mismas dificultades para lograr plenitud de espíritu -ahora inmerso en un mundo histórico que se ha convertido en un nuevo frente de lucha; o sea, debe dominar, controlar y dirigir sus propias creaciones para no sucumbir. La ciencia es apasionante, sus logros sitúan a la humanidad ante inauditas perspectivas, cada día es una sorpresa, un adelanto al cual hay que adaptarse. Ello estimula la inventiva y el repertorio de cosas nuevas que atraen mágicamente a las personas. La admiración excesiva por la ciencia y el entregarse a ella totalmente, olvidando lo vital, secando las raíces del ser auténtico, puede conducir al hombre a su propio hundimiento y destrucción. Las proezas de un astronauta asombran a la gente tanto o más que los fenómenos de la naturaleza: el mar, los volcanes, las tormentas. La humanidad podrá vivir con la ciencia y disfrutará de los beneficios de ésta -que son muchos e indiscutibles

Y al mencionar la palabra maestro, aludo, desde luego, a quienes tenemos la encomienda de orientar a las juventudes que llegan a nuestra Casa de Estudios, mas también a todos aquellos que en forma directa o indirecta están en relación con la formación de la juventud y de los ciudadanos en general. El profesor tiene la tendencia casi en todos los casos, a comunicar conocimientos para ampliar los horizontes culturales de los discípulos. Ello es encomiable, aspecto importante del proceso educativo. Si no lo hiciera aumentaría la legión de los ignorantes, de los ciegos con los ojos abiertos. Mas el fin último de la edu-

cación no es propiamente ese, sino formar personalidades hijas de la auténtica sustancia del individuo, orientadas hacia la sabiduría y la virtud. O sea, la información científica y la aptitud para la investigación han de rematar con una tabla de valores que dé vigencia a la vida superior. El investigador más calificado, el jurista más famoso, el historiador más profundo, no dará cuenta del espíritu tan sólo por la obra creativa original, sino, a más de eso, por la prestancia y la buena disposición de convivir con decoro, inteligencia y alto grado de civismo. Al cumplir la reforma académica diez años, dije a los jóvenes que ingresaron a primer año, entre otras cosas, lo siguiente: "La juventud ha sido en todo tiempo la más esperanzada realidad del mundo, por sus extraordinarias e inéditas potencialidades, por las sanas inquietudes que la mueven, por las aspiraciones y afán de ser que la hacen vibrar hoy con ideas, mañana con emociones. Para el educador consciente, poseedor de hondo sentido humano de su misión, la juventud es el mejor tesoro que poseen los países, la inagotable veta de donde saldrán las inteligencias y voluntades que se encargarán de llevar adelante la historia. No podría nunca un maestro quedar impasible cuando un grupo de jóvenes, como vosotros, se inicia en un nuevo ciclo o etapa escolar. ¿Qué más quisiérais descubrir por vuestra propia meditación que lo que sois; y así, llegar a ser cada uno lo que es! La gran tarea que a vosotros y a nosotros toca realizar mano a mano, corazón a corazón, inteligencia a inteligencia, es factible si forjamos aquí un ambiente de cordialidad, de respeto mutuo, de sana pasión por la cultura, de insobornable devoción por la libertad y la justicia".

Si el problema eminente es educar para la sabiduría y la prudencia; si anhelamos formar generaciones de costarricenses emocional y socialmente equilibradas, conscientes de sus posibilidades de ser, con destrezas para sacar el mayor provecho posible de su talento, los maestros encargados de esa heroica y promisoriosa misión debemos vivir y actuar también dentro de un marco en el cual la sabiduría sea el fundamento. Pero la sabiduría como la virtud, según el decir de Platón, no se en-

seña, sino que es el resultado de la manera como se conciba y entienda la vida. Yo agrego y de como actuemos con nuestros semejantes. Repito, la sabiduría no se adquiere por la cantidad de ciencia que se acumule en la mente ni las audaces investigaciones que hagan los científicos. Se trata de otra cosa: formar nuestra personalidad teniendo en mente los valores supremos del espíritu. Este [ensayo] empieza justamente con un concepto de Platón, puesto en boca de Sócrates, por medio del cual se demuestra que no es posible llevar por buen camino una empresa superior si no se conforma el gobierno a las reglas de la sabiduría y de la justicia. Educar es, en buenas cuentas, tarea de gobierno, que compete a cada profesor y a todos en general. ¿Podría influirse o ayudar a la juventud a colmar la excelencia humana, lograr elevado rango en la personalidad, si no hay maestros que tengan clara conciencia de que por encima de la ciencia está la sabiduría, la justicia, y de que la prudencia es el mejor sendero por donde conducir las almas hacia su plenitud? Esta aventura del espíritu que es educar, en la forma apuntada, es indispensable en esta época en que la juventud con facilidad puede extraviarse o perderse en el tremendo laberinto de la civilización moderna. La obra creadora del hombre al través de la historia, valga decir, de su propio despliegue, es un excelente medio para alcanzar la dignidad pedagógica referida, pero rastreando en el substrato los ideales que guiaron a la humanidad en su infinita aventura de tomar posesión de su propio ser. Más allá del dato, del hecho escueto, hay un intento de alcanzar a Dios, o sea, de vivir conforme a la sabiduría y a la justicia.

Y la sabiduría y la prudencia no sólo son indispensables en la dirección del proceso educativo, sino también en todos los actos de quienes componen el Claustro de la Universidad de Costa Rica. Así en el investigador como en el administrador. Es una manera de concebir la vida y de relacionarse con los demás. Una actitud o un comportamiento de esa índole da mesura, sentido de las proporciones y alto grado de sensatez a los profesores que se dedican a la investigación; los aparta de falsas inmodestias, evita la soberbia que tantos males ha traído a

la humanidad y a las comunidades. Se limpia el camino de farsantes, de seudo apóstoles, de creadores de dogmas y de portentos que sólo creen en lo que hacen y piensan, y mandan al infierno el pensamiento esclerótico -según ellos- de los otros. En Costa Rica -quizá por inmadurez intelectual y científica del país- y a veces en la Universidad, no se puede criticar ni poner en tela de duda -la duda metódica a que se refería Descartes- lo que algunos hacen. Ponen algunos el grito en el cielo y echan "sapos y culebras" contra los pobres cristianos que osan detener el juicio mientras comprueban las cosas. El científico debe ser modesto -no humilde, ni pobre diablo, que es distinto-, en el sentido auténtico de la palabra: es decir, no caer en vanagloria por cuanto han llovido éxitos, y debe tener clara conciencia de que nunca se termina de aprender ni de descubrir ¡que con frecuencia se cometen yerros! ¡Actitud generosa y sabia es reconocerlos!

En mi experiencia como funcionario de la Universidad, que ya es casi tan larga como la vida de la Institución, he observado un hecho curioso: las personas al discutir confunden las personas con las ideas. Si alguien disiente de una opinión con quien o quienes la enunciaron es difícil entablar un diálogo creador, fecundo, fuente de conocimientos nuevos, de progreso del pensamiento. En lugar de centrar el análisis en las ideas, la discusión se pierde con frecuencia en ataques agresivos, trayendo a cuento asuntos que nada tienen que ver con el caso. Si se deseara conquistar la verdad, el tono y el sentido de las palabras darían altura al diálogo, las soluciones a los problemas vendrían con rapidez y hondura, se conjugarían los distintos enfoques y marcharíamos todos, miembros de un cuerpo pensante, al logro de las metas y fines supremos por los cuales y para los cuales existe la Universidad. A causa del crecimiento experimentado por nuestra Casa de Estudios, que ha traído -y en buena hora- acopio de intereses y manera de pensar, urge cimentar la Institución sobre la sabiduría y la prudencia. Prudencia en el sentido de aptitud para comprender el pensamiento del otro aunque no lo compartamos, antes de hacer juicios; prudencia en el

sentido de estar dispuestos a escuchar sin enfado y con sumo respeto a quien nos critica, a hurgar en las razones o argumentos que nos salen al paso; y así, armados intelectualmente, verter criterios, o tomar posiciones, o crear actitudes valiosas. De ese modo, es posible adquirir clara conciencia de nosotros mismos, de nuestras limitaciones e ignorancia. Alcanzada la prudencia, como aspecto esencial de la vida superior, el hombre puede trascender su propio ser y conocer a los demás, o sea, aptitud para ver hacia el mundo interior y también hacia el exterior. Entonces el yo y el mundo adquieren unidad vital y de sentido.

El problema de la sabiduría es conexo con el de la libertad. Esta es nuestra más significativa posibilidad de ser, la conquista más positiva en el proceso infinito de humanización. Por eso, es el don máspreciado creado por el hombre. Al adquirirla, supera las bajas pasiones, sacude todas las esclavitudes, vive para el bien y la virtud. Decidir el mejor camino, escoger el tipo de existencia que dignifica y exalta el espíritu; darse a los demás, amar al prójimo, como lo concibió Jesús, he ahí los rasgos de una existencia creadora que trae consigo la libertad. La libertad, además, provee al hombre de objetividad, que es claridad de espíritu para conocer y ver las personas y las cosas. No es libre quien teme opinar, ni tampoco quien con desdén o desprecio rechaza la crítica o infunde temor. No es libre quien es envidioso y se cree el ombligo del mundo. La libertad es la cima del espíritu y el valor más valioso de la humanidad. Sabiduría y libertad son vertientes de un mismo proceso, de una misma existencia. Cuando esos dos poderes se tienen, lo demás viene por añadidura: ciencia, tecnología, política, etc. Lleva razón Ortega y Gasset al decir: "La realidad histórica es una anatomía jerarquizada. Así, las transformaciones de orden industrial y político, dependen de las preferencias morales y estéticas que tengan los contemporáneos. Todo ello depende de la sensación radical ante la vida".

No digo qué es primero: si la libertad o el conocimiento. Indico el camino de la libertad como la máxima decisión del ser, si aspira a

exaltar la vida. Ambos son indispensables, pues constituyen la esencia de la tarea creadora del hombre.

Pugno por una Universidad libre, no en los textos constitucionales, sino en el espíritu de sus componentes, profesores y estudiantes; por una Universidad que sea guiada por la sabiduría y la prudencia. Tales características no han de dar aliento a los seres "neutros", a los indiferentes, que ni siquiera tienen idea o vivencia del tiempo; antes bien, la Universidad debe ser una corporación que luche con ahínco, fuerza e inteligencia, sin temor, por alcanzar la verdad e impulsar, desde su predio, el lozano desenvolvimiento histórico de la nación. Sabiduría no es cobardía; ni prudencia es temor. Es comprensión de los hombres y de la época, es aptitud para actuar con acierto, con voluntad creadora.

Termino con las palabras que Sócrates dice a Menon en el citado Diálogo de Platón:

¿No es cierto, en general, respecto a todo lo que el alma está dispuesta a hacer y soportar, que cuando preside la sabiduría, todo conduce a su bien; así como todo a su desgracia, si aquella falla?



RODRIGO
FACIO

Siendo un veinteañero, Rodrigo Facio reunió un grupo de jóvenes inquietos por estudiar los problemas nacionales. Querían ellos hallar una fundamental concordancia de inspiraciones y motivos. Un gran número de preocupaciones y puntos de vista. El modo de asociar los esfuerzos que dispersamente se hacían para coordinarlos. Sentían las incitaciones de Brenes Mesén. Aún en pugna con el oficialismo, se empeñaban en introducir reformas fundamentales en las instituciones, las costumbres, la educación ...

Rodrigo Facio nació en San José en 1917. Estudió en el Liceo de Costa Rica. En 1941 se graduó de abogado en la Facultad de Derecho y ocupó en esa misma facultad la cátedra de Filosofía del Derecho. Al año siguiente se afanó por crear la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales.

Alternó la enseñanza académica con el periodismo en el Diario de Costa Rica (1944). Años más tarde, participó en la redacción de la constitución política de Costa Rica, al ser electo diputado a la Asamblea Constituyente de 1949.

En 1952 fue electo rector de la Universidad de Costa Rica, cargo que desempeñó hasta 1961. Inmediatamente fue designado Consejero Ejecutivo del Banco Interamericano de Desarrollo. Cumpliendo funciones de su cargo se encontraba en El Salvador; y murió en Metalió, Dep de junio de 1961.

A su llegada como rector comenzó "una actividad decisiva en la transformación de la Universidad; se inauguraron los estudios generales; se construyó la ciudad universitaria, y en general, se imprimió un sentido novedoso y dinámico a la educación superior. Sus discursos al inaugurar cada uno de los recintos universitarios fueron verdaderas lecciones humanistas, definiciones del oficio universitario que dieron un estilo a la educación de ese máximo centro en todo Centroamérica: más tarde propició la III Reunión Ordinaria del Consejo Superior Universitario Centroamericano (CSUCA), celebrado en San José en 1958".

"La libertad es -escribe en un ensayo- a más de un fin en sí misma, un medio, un poderoso medio para proseguir el fin interminable de la liberación humana. Un poderoso medio para llevar adelante la plena libertad espiritual, económica y social del hombre".

En su ensayo «La universidad libre» insiste en la libertad y en la cuestión de hombres unidos en una empresa común para una interpretación del devenir constante de la Patria.

UNA UNIVERSIDAD LIBRE

OPORTUNIDADES como ésta en que estudiantes, egresados, padres de familia, profesores y autoridades, nos congregamos en un ambiente diáfano de alegría y esperanzas, de triunfos y promesas, son oportunidades propicias como la que más para que quienes nos hallamos al frente de la Universidad hagamos un alto en el camino e invitemos a los demás a hacerlo, para recordar los valores fundamentales en que ella se asienta y reflexionar sobre si están siendo cumplidos a integridad o no. La rutina, los deberes acongojantes de todos los días y todas las horas, nos ocupan tanto el ánimo, que a veces nos falta el tiempo para intentar un examen de conciencia, o para otear, con amoroso cuidado, el horizonte hacia el que nos dirigimos.

Es la nuestra una Universidad tan tierna, tan sin moldes definitivos que casi parece atrevida presunción reconocerla con el mismo nombre de instituciones europeas seis o siete veces centenarias, cubiertas por el prestigio que les ha dado la participación en tantas y tantas aventuras del espíritu y de la historia, y por la densa tradición cuajada alrededor de ellas.

Sin embargo, la nuestra, con ser tan joven, tiene algo fundamental a su haber. Tiene mucho que reformar, que revisar, que mejorar, pero en sus pocos años ha sabido definirse como una institución libre, y la libertad es la condición para que el hombre, plenamente garantizado en su independencia y su dignidad individuales, pueda vivir espiritualmente, vida espiritual sin la cual la verdadera Universidad no existe.

Una Universidad puede contar con magníficas construcciones, tener formidables laboratorios, gozar de bellísimos campos de recreación y estudio, pero si falta la libertad, le estará faltando el soplo vital; será un gigante con el corazón partido.

Nuestra Universidad, joven y modesta como es, es una Universidad libre, y por libre tiene asegurado el derecho a un gran futuro como instrumento de forja de hombres y de valores.

Nuestra Universidad es libre, jurídicamente, porque su autonomía, y con ella su derecho a darse gobierno propio y a trazar su propia política, está reconocida por la Constitución Política. Pero ese aspecto legal, con ser tan importante, no es el fundamental en la definición de su libertad. Más importante es la corta pero clara tradición de respeto recíproco desarrollada en las relaciones de la Universidad con los Poderes Públicos. Más importante es la comprensión por los diversos sectores políticos e ideológicos del país, de que la actividad cultural, nacional, que aquí se realiza, no debe ser turbada por las pasiones del momento ni interferida por cálculos, propósitos o designios extraños a su naturaleza. Más importante es que todos y cada uno de los que aquí trabajamos, hagamos dejación todos los días, al atravesar sus umbrales, de nuestras banderías políticas y todas nuestras otras diferencias personales. Todo ello afianza cada vez más y más la independencia y la vida espiritual de esta casa de estudios. Y mientras ese *status* dure, y mientras ni los de fuera ni los de dentro turbemos la serenidad de la Casa con las estridencias de la política diaria o el sordo clamor de los intereses personales, existirá auténtica Universidad y, con ella, esperanzas de grandes realizaciones humanas en el nivel de la cultura superior de Costa Rica.

También la Carta Magna prescribe la libertad en la cátedra universitaria como una de las libertades esenciales de la Nación. Y también en este caso una corta pero clara tradición ha venido incorporando a la carne misma de la institución el ilustrado precepto legal. Una Universidad donde se coartara el derecho a exponer o a contradecir cualquier idea, dentro de los cánones de la mayor compostura en la palabra, sería una Universidad no más de nombre. Porque en la libérrima discusión de todas las ideas y todos los principios descansa la condición del progreso

científico, y la seguridad de que todos los hombres sean respetados en su conciencia y su dignidad individuales. Escúchense a ese respecto las palabras del Rector Malott, de la Universidad de Cornell, refiriéndose nada menos que al candente problema de si el estudio desapasionado y el análisis objetivo del marxismo, como doctrina filosófica, económica y social, puede realizarse en las aulas. Dice Malott: "Nosotros en Cornell nunca debemos sentir temor de buscar la verdad. Pero no podremos hacerlo si no somos libres de examinar a la luz del día incluso aquello que pueda ser considerado herético; ello es parte de nuestra tradición de libertad".

El día en que la Universidad estuviera al servicio de un poder político, o de una confesión religiosa, o de una tendencia antirreligiosa mutiladora de la integridad de la vida interior, o de un sectarismo doctrinario, o de una discriminación racial, o de un privilegio económico, o de una distinción social, ese día sería, pese a las brillantes apariencias y a las frases elaboradas con que se pretendiese disimularlo, el de la liquidación de la vida espiritual creadora en la institución y, por ende, el de ella misma.

Hablamos, es claro, de la Universidad pública, nacional, socializada, de nuestros días -aunque ése es también el esquema general de la Universidad privada norteamericana- colocada ella en un escenario de arduos problemas económicos, sociales y técnicos, cuya resolución requiere la más absoluta y acertada libertad para investigar, para criticar, para replantar y formular, y en cuyo estudio se espera y se exige unánimemente que participe, casi con papeles rectores, esa misma Universidad.

Otros tiempos ha habido en que la complejidad del medio no era tanta y en que, muy especialmente, no se esperaba de la Universidad semejante decisiva participación en los problemas terrenos. En esos tiempos, de máxima preocupación teológica, sí pudo trabajar la Universidad, y hacerlo con brillantez indiscutible, dentro de una concepción filosófica exclusiva y excluyente,

La propia pequeña Costa Rica tuvo, aunque sin brillantez por cierto, algo de ese estilo, y hay razones históricas especiales, razones de la época y del medio, para explicar el *status* de la Pontificia Universidad de Santo Tomás que, a mediados del siglo XIX, fuera el antecedente de la actual Universidad de Costa Rica.

Como prolongación tardía e incompleta de la Universidad colonial latinoamericana, la de Santo Tomás, fundada en 1843 bajo los auspicios del Doctor Angélico, fue declarada diez años después Pontificia por el Papa Pío IX, resultando de tal declaración, entre otras cosas, la obligación para la institución de ceñir su enseñanza en todos los ramos "a las Doctrinas de la Fe y la Moral Cristiana", la facultad para el obispo de velar sobre "la conducta religiosa y moral de todos los que componen la misma Universidad", y la obligación para los profesores y los graduados de hacer ante el mismo obispo "la profesión de Fe". Era la misma condición que en sus tiempos coloniales tuvieron todas las Universidades latinoamericanas. Pero ya en el siglo XIX el sistema se mostró estéril, y la Universidad de Santo Tomás, después de llevar una existencia incolora y vegetativa, se extinguió como se extinguen las cosas que carecen de fuerza interior, "fue científica y naturalmente destruida", como dijo algunos años después don Mauro Fernández.* El decreto de 1888 la declaró clausurada, "mientras las condiciones sociales del país no permitan la creación de una Universidad como elemento corporativo, con la organización que a sus funciones corresponde". Es decir, el esquema colonial resultaba ya en la época muy desvitalizado, pero el esquema moderno, nacional, público, autónomo, resultaba aún muy prematuro para una sociedad pobre, de escasos doscientos mil habitantes, que acababa apenas de comenzar a organizar su ciclo de Segunda Enseñanza; sabiamente el legislador recomendaba quedar a la espera de que las condiciones sociales del país maduraran,

Ver página 98.

para crear una Universidad "con la organización que a sus funciones corresponde".

Hay quienes han condenado la clausura de la Universidad decimonona; más constructivo, dicen, habría sido proceder a reformarla de acuerdo con el nuevo espíritu de la época. Realmente es difícil fallar en el asunto, mas viendo las cosas retrospectivamente, hay buenas razones para considerar conveniente la clausura. En primer lugar, porque la falta de recursos habría hecho que la Universidad reformada, cualquiera que hubiere sido el espíritu de la reforma, fuese una institución con todas las limitaciones en calidad y excelencia que fatalmente resultan de la escasez de medios materiales. Era mejor esperar a que, incluso en este aspecto de las finanzas, "maduraran las condiciones sociales del país". En segundo lugar, porque la reforma en los años ochentas hubiera necesariamente sido de carácter liberal en el sentido histórico del término, es decir, antirreligioso, o cuando menos, arreligioso, y habría traído luchas y producido reacciones en el seno de la institución que posiblemente habría costado muchos años y muchos esfuerzos superar, quién sabe si para no poder llegar a lograr nunca la tónica de libertad, serenidad espiritual, reconocimiento del valor de lo religioso, respeto recíproco, y tolerancia para todas las ideas, de la que la Universidad restablecida en 1940 se envanece con razón y disfruta con provecho. Las condiciones sociales del país, en este aspecto, han madurado a tal punto en el lapso de setenta años, que ya hoy no se explicarían las luchas de entonces, ni la intolerancia religiosa de los unos, ni la intolerancia antirreligiosa de los otros; y para la actual Universidad ha sido una ventaja no tener su pasado hundido, y tal vez marcado por el fuego de esas luchas.

Y en tercer lugar, si la Universidad hubiera continuado existiendo hacia los fines del siglo XIX, habría sido con una independencia muy reducida, si no con ninguna, sumergida en las luchas políticas del momento y constantemente interferida por el Estado, ya que el crecimiento

de éste en la Costa Rica del siglo XIX fue en el sentido de la centralización, del presidencialismo agudo. Teniendo que esperar para restablecerse la maduración de las condiciones sociales del país, la Universidad ganó también en este punto, pues se la restableció cuando la tendencia del Estado costarricense a crecer administrativa e institucionalmente en forma descentralizada, tendencia iniciada en 1914, había ya progresado definitivamente en intensidad, en extensión y en aceptación por parte de la opinión pública. Posiblemente le hubiese costado mucho ganar su autonomía, saliendo poco a poco del fondo de una situación de aguda dependencia gubernamental, tal como la que privó ya, en la mayor parte de su existencia, en la propia Universidad de Santo Tomás; y nos inclinamos a creer que, en todo caso, nunca la hubiera logrado tan completa e integral como la goza ahora.

Su pasado mismo, pues, o quizás mejor, su falta de pasado, su falta de un pasado paupérrimo, candente de luchas religiosas y caracterizado por una endémica sujeción política, asegura para la Universidad de Costa Rica su futuro como institución progresista, independiente y tolerante, valga decir, libre.

Libre es, pues, la Universidad de Costa Rica; abierta a todas las tendencias; receptiva de todas las inquietudes filosóficas, científicas o sociales; respetuosa de todas las ideas. Y no aceptará nunca más calificativo que ese: el de libre. Entiéndase bien: el de libre, no el de liberal con su histórica connotación irreligiosa.

Y dentro de esa condición de libertad está realizando su misión; la Universidad, al ser restablecida, surgió -como lo sabemos bien- con el problema de su reforma planteado: lo de 1940, con ser muy importante, fue solo congregación de las escuelas profesionales que venían operando independientemente y adición de otras nuevas, y el elemento profesionalista quedó preponderando a expensas de los propósitos de formación humana, de investigación científica y de servicio a la comunidad.

Podría tal vez narrarse así la corta historia de los estudios superiores en Costa Rica:

Un primer episodio, de 1843 a 1888, con la prolongación un tanto estéril del esquema de la Universidad colonial, tardíamente reproducido en la pobre y más abandonada de las antiguas colonias españolas. Esa época se confunde por cierto con los comienzos del desenvolvimiento y extensión de la educación primaria, que ya había descubierto su vocación democrática desde antes de la Independencia, cuando los Ayuntamientos enseñaban, sin distinción social alguna, a leer y a escribir, a contar, y los rudimentos de la Doctrina Cristiana.

Un segundo momento: la sustitución de la Universidad Pontificia por unas pocas escuelas profesionales, que prepararon una *élite* dirigente de enorme brillo intelectual y gran capacidad política, mientras continuaba silenciosamente propagándose la enseñanza primaria y adquiría conciencia y comenzaba su desarrollo la secundaria. En esta etapa, la cultura popular, la cultura en sentido horizontal, se expande y comienza a trabajar la levadura del civismo costarricense.

Un tercer momento: la Universidad restablecida como conjunto de escuelas profesionales antiguas y nuevas, con unidad tan sólo formal, y un tanto desconectada de la comunidad; pero restablecida -y esto es lo importante, como hemos venido afirmándolo, porque es la condición de todo auténtico movimiento creador- como una institución libre. Esta etapa coincide con la crisis de adaptación de la segunda enseñanza a una sociedad más grande, más compleja y más exigente. Por una curiosa asimetría de la Historia Nacional, la preparación para estudios superiores deja de ser la función única de la Segunda Enseñanza en los momentos en que el país vuelve a contar con una institución de esta clase de estudios, y queda planteado así el problema de reformar esa etapa de la enseñanza para que pueda cumplir múltiples fines sociales, junto con el de lograr su coordinación efectiva con el ciclo universitario.

Y la cuarta época es la que, con un impulso inagotable y arrebatador, porque se genera en esa condición de libertad y se nutre en necesidades del espíritu y de la comunidad ... La época de una Universidad concebida, no como simple agregado de partes distintas, sino como unidad orgánica y funcional; sin el agrietamiento producido por los feudalismos profesionales ni la brecha abierta por la absurda dicotomía de hombres de ciencia y hombres de letras; convencida de que su misión fundamental es la formación de hombres, de generaciones; inspiradora de altos ideales éticos; participante de la angustia de los problemas nacionales y obsesionada por la idea de contribuir, desde ángulos científicos, a procurarles solución; estimulante de las grandes vocaciones nacionales e individuales; preocupada por el desarrollo de las Ciencias y las Letras; creadora de conciencia social en las juventudes; fomentadora del espíritu de servicio. Una Universidad así es la que queremos. Una Universidad así es la que pretendemos estar comenzando a crear en esta, la presente etapa de su historia.

Y al hacerlo así no vamos empujados por un capricho, ni siquiera guiados por una teoría. Respondemos simplemente al llamado de la Patria en esta hora de ahora.

Resulta, para desasosiego de algunos, que Costa Rica se está haciendo grande o, quizás mejor dicho, que está alcanzando un grado de crecimiento tal que, súbitamente, nos percatamos de que ideas, instituciones, modos de actuar y sentir, a que el país se hallaba habituado, comienzan a quedarle chicos. La aldea como que se despereza y busca convertirse en ciudad. Las calles no son ya suficientes para el tránsito de vehículos motorizados. El agua ya no alcanza para alimentar las nuevas barriadas. La fuerza eléctrica resulta escasa ante las demandas hogareñas e industriales. La política se sale de las manos de los grupos privilegiados. Los sindicatos les plantean nuevos problemas a las gerencias. Las mujeres buscan tomar sitios de trabajo, de influencia o de comando al lado del hombre. El capital se demuestra

insuficiente para satisfacer los nuevos proyectos de producción. Los bancos no dan abasto, ni aun manejados con criterio público, para responder a la creciente demanda de crédito. El agricultor quiere consejo técnico y maquinaria; el empresario, la racionalización de su empresa; el obrero, hogar propio; el empleado público, estabilidad; todos, educación para sus hijos y medicinas baratas. Escuelas y colegios no bastan para recoger los millares de niños y jóvenes que desean estudiar. Puertos, aeropuertos y aduanas están congestionados, Las imprentas se hallan atascadas en tanto quedan inéditos cientos de trabajos valiosos. El campo quiere gozar las ventajas de la civilización. El mundo externo se acerca a nuestras fronteras en forma de presiones, propaganda, inducciones y requerimientos. La administración estatal centralizada resulta impotente para responder a las exigencias colectivas. La administración descentralizada o autónoma demanda expertos, nuevos métodos, gente preparada. Se quiere conocer, conservar y explotar mejor los recursos de la tierra. Se quiere garantizarle mayor eficiencia y dotar de mayor dignidad al trabajo humano.

Y el fenómeno no es sólo de una población que crece -y la nuestra crece con mayor intensidad que cualquiera otra en la América- sino también de un pueblo que despierta, crea necesidades, exige su satisfacción, y se organiza para garantizarlo.

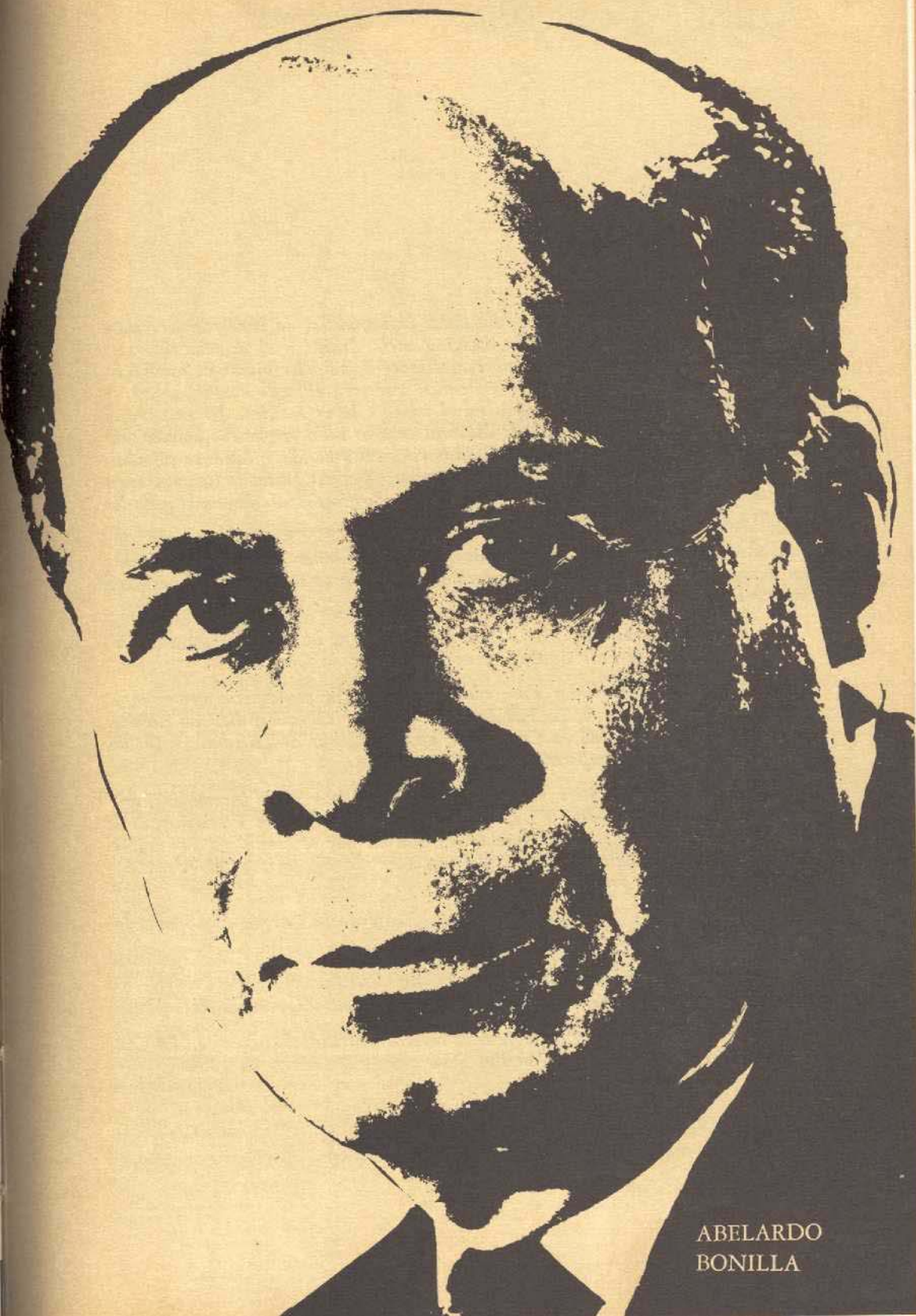
Ante el desmesurado fenómeno de insurgencia democrática, y en tanto unos cuantos suspiran sin remedio por "la Costa Rica de ayer", la Universidad tiene obligadamente que transformarse, como Universidad del pueblo, para el pueblo y por el pueblo, que es, para contribuir a crear el espíritu, el ambiente, la energía, la preparación y los instrumentos con los cuales tratar de darles satisfacción a tan múltiples y acongojantes problemas y, a la vez, de evitar que tal satisfacción se realice con mengua de los valores supremos del espíritu y culmine en un grosero y torpe materialismo. A ella le corresponde esa tarea junto con otras instituciones; pero a ella más que a ninguna otra en cuanto es formadora de hom-

bres y señaladora de valores. El éxito con que las otras instituciones puedan hacerle frente a la grandiosa revolución pacífica, en gran medida depende del éxito que la Universidad tenga para formar hombres capaces, serios y enérgicos, inspirados en altos ideales éticos de servicio y humanidad, dotados de incuestionable fortaleza moral y de una insobornable dignidad personal. El éxito depende de la institución a la que no interesan sólo los medios, sino también y fundamentalmente los fines.

Jóvenes universitarios, vosotros seréis los representantes de la Universidad en todo sitio adonde vayáis, en toda función que desempeñéis: os confundiréis espiritualmente con ella.

Esa, vuestra responsabilidad fundamental para con estos muros: conduciros siempre de tal manera virtuosa, constructiva y noble, que con cada uno de vuestros actos y cada una de vuestras palabras estéis llevando de honor y de satisfacción a la Universidad de Costa Rica que, esta noche, emocionada pero regocijadamente, os ve partir, como en las bellas palabras de Neruda, llevando prendida una aurora en cada sien.. .

Dos discursos del Rector; 1954 y 1955. (San José, Costa Rica: Editorial Universitaria, 1956), pp. 5-16.



ABELARDO
BONILLA

A quienes lo conocimos en las aulas universitarias de hace más de veinte años. nos llamó poderosamente la atención verlo dedicado al estudio del alma nacional y a la formación del hombre americano actual. Le oímos entonces muchas ideas que desarrolló después en varios ensayos. Fijando textos, lugares y fechas pudimos penetrar más y más en el inundo de la Estética, del cual era él gran conocedor. A don Abelardo le debemos ensayos valiosos que son aportaciones de primera mano respecto a la historia de nuestra cultura. Sus trabajos se caracterizan por la claridad de los hitos que va fijando, y por ser frutos de un verdadero maestro en la investigación, en el juicio y en la clasificación de las obras y de los diversos períodos culturales.

Muchos adquirimos la sensación profunda de estar junto a un sabio y a un buen hombre, típicamente serio, pero en cuyos labios se dibujaba el contentamiento de su espíritu.

Nació en Cartago en 2898. Hizo sus estudios en las escuelas de esa ciudad, en el Colegio de San Luis Gonzaga y en la Facultad de Derecho.

Ejerció el periodismo muy cerca de treinta años, especialmente en el Diario de Costa Rica y en La Nación. Fue profesor en la Facultad de Ciencias y Letras de la Universidad de Costa Rica, en las cátedras de Literatura Española, Estética y Literatura Comparada.

En el campo político fue diputado y Presidente de la Asamblea Legislativa durante dos períodos; Vicepresidente de la República y Presidente de la República con carácter interino durante los días en que se reunió en San José el Segundo Congreso Extraordinario Interamericano de Filosofía (julio de 1961) que también le tocó presidir.

Fue miembro de la Academia Costarricense de la Lengua correspondiente de la Real Academia Española.

Por la notable labor de difusión en sus distintas actividades, el gobierno de España le otorgó la Gran Cruz de la Orden de Don Alfonso X, El Sabio.

En El Salvador ganó dos concursos centroamericanos de filosofía. En Costa Rica, recibió el premio "Eloy González Frías" en 1957. Murió en 1969.

A13EL Y CAIN EN EL SER HISTÓRICO
DE LA NACIÓN COSTARRICENSE

EXISTE hoy en Costa Rica como en todos los países cultos, aunque en todos sea necesariamente preocupación de minoría, un interés creciente por conocer más profundamente el ser de la nación, que hasta ahora sólo nos ha sido dado en su exterioridad por los ensayos históricos y sociológicos. Priva la impresión, no siempre razonada pero intuitivamente certera, de que en el trasfondo de nuestra historia nacional, tal como ha sido trazada corrientemente, queda una penumbra de grandes posibilidades hasta la cual no han penetrado los métodos usuales de investigación.

El propósito de este ensayo es aportar una contribución a ese interés creciente, desde una posición -una actitud más bien nueva-, contribución que juzgamos más fértil y de más ricas posibilidades, por el punto de vista desde el cual enfocamos el problema histórico, siempre que esta introducción al tema tenga la fortuna de madurar y concretarse posteriormente en estudios más vastos y de mayor rigor.

Expondremos brevemente el punto de partida y el método de nuestro empeño.

La nación es, en primer lugar, un hecho vital y, en consecuencia, histórico. Es, además, un fenómeno social, político y económico. Estos tres últimos aspectos -lo externo y cambiante han sido hasta ahora las rutas principales del historiador, que olvida, en su preocupación documental, el plano profundo de la vida o lo capta únicamente y de modo fragmentario en las biografías o en períodos aislados de la existencia de los pueblos.

La historia, tratada en esta forma, nos da imágenes de superficie, inertes, como las que proporciona la placa fotográfica corriente y muy

diversas sin duda a las que podría proporcionar -es una metáfora que no carece de probabilidades- una pantalla de fluoroscopia que nos revelara la interioridad viva del ser histórico.

La comprensión y vivencia del hecho nacional no se obtendrán nunca desde el punto de vista de los aspectos externos, porque éstos son únicamente manifestaciones parciales de una realidad más profunda: la vida auténtica de la nación costarricense, para la cual, como para todas las sociedades humanas, vivir es la necesidad inexorable de determinación, en un estado común y hacia un destino común.

¿Existe esta condición colectiva en Costa Rica? Es evidente que en nuestra nacionalidad faltan muchos nexos de tipo social. No es solamente el predominio del individualismo lo que nos caracteriza. No existe un dogma nacional. No hay intención ni propósitos comunes y los valores, inexistentes o muy esfumados, no han llegado todavía a imprimir su dinamismo en la marcha de la nación.

Es indispensable explorar y fijar las causas de esta realidad.

Durante los tres siglos del coloniaje, que constituyeron nuestro período de formación nacional, no se consiguió formar una ciudad. Es este un hecho fundamental y determinante en nuestro ser histórico.

Cartago, el mayor núcleo de población y sede de los gobernadores, no fue una ciudad. Su magnitud física y humana era mínima; su acción directora y centralizadora se debía exclusivamente a que era el principal asiento de la raza blanca; carecía de medios de trabajo y sus gentes buscaron en los siglos XVII y XVIII la expansión rural y la disgregación, primero hacia el Atlántico y después hacia las regiones occidentales. Y no para fundar nuevos núcleos de convivencia sino para aislarse en sus haciendas. Varias fundaciones iniciales desaparecieron y fue dura y en gran parte estéril la lucha de las autoridades por congregar a los

colonos en los primeros centros de población: Villa Vieja, Villa Nueva de la Boca del Monte y Villa Hermosa,* hitos que señalaron la formación de nuestra democracia rural y que consolidaron la herencia individualista española.

En los orígenes del individualismo español, además de la mezcla original de razas, se ha apuntado como causa principal la de la dureza y aridez del suelo peninsular, que impide el crecimiento de la población y obliga al hombre a un esfuerzo personal exagerado que no halla compensación en el rendimiento. Esta circunstancia, por la pobreza y las condiciones económicas generales, fue aún más grave en Costa Rica y sus hombres por la ausencia de la ciudad y de sus medios de cultura-desarrollaron a través de varias generaciones una individualidad fuerte y agreste, externa o de continente, sin el contenido espiritual de la personalidad. El español, pueblo de acción, desvió hacia la guerra el exceso de energía. El costarricense, mínimo en número, pobre y aislado, se concentró en la tierra y en la intimidad huraña del yo, de un yo en lucha como lo veremos más adelante.

Por la naturaleza del suelo y porque la ganadería fue la primera actividad de los colonos españoles, fue el nuestro originalmente un pueblo de pastores, que se vio impelido más tarde a serlo de labradores, mas no por vocación, sino porque la esclavitud de los indios y de los negros le presentaba la posibilidad de progresar con poco esfuerzo. La democracia rural y el patriarcalismo no fueron nunca construcciones de la razón ni decantación de un proceso histórico, sino raíz vital de un modo de ser íntimo del costarricense. Este es el punto de partida hacia una vivencia de nuestro ser histórico.

3 Villa Vieja, Villa *Nueva de la Boca del Monte* y Villa Hermosa, nombres con que se conocieron durante la Colonia las actuales ciudades de Heredia, San José y Alajuela, respectivamente.

El relato del Génesis, psicológicamente profundo, nos da en Abel el tipo humano del pastor, soñador y poco afanoso, incapaz de esfuerzo y de tomar la vida en sentido activo, y nos ofrece en Caín -el hermano mayor y responsable- el arquetipo del labrador, del hombre de acción, dominado por la envidia. Abel muere a manos de Caín y éste, cansado de las faenas de la tierra, funda la ciudad de Henoch. La historia nada sabe sobre esta ciudad, el primer intento de los hombres por superar las formas de vida familiar y tribal y el primer movimiento hacia un convenio de carácter colectivo y político, pero es muy probable, que el propósito de unidad y dirección que movió a Caín encontrara fuertes resistencias de los labradores y, especialmente, de los pastores.

Ciudad y campo, entonces como hoy, no son únicamente dos planos de coexistencia sino dos distintas concepciones de la vida que tienen una base histórica y que, además, determinan la estructura de una nación. Durante el proceso formativo colonial dominó el campo en Costa Rica y no fue sino en el siglo XIX cuando, por obra del mayor desarrollo económico y del espíritu liberal, se inició en San José la consolidación de la ciudad y con ella la del Estado, pero predominando en ellos un espíritu campesino, el de Abel, que se ha manifestado hasta hoy en individualismo, libertad y actitud negativa para todas las formas de asociación y de empresa colectiva. Alguna vez será necesario estudiar lo que significó la afirmación de la ciudad, la de San José principalmente, en la evolución política y cultural del país.

Ahora no tratamos el problema sociológico. No son las diferencias o el desequilibrio entre ciudad y campo los que nos interesan, puesto que las consecuencias que de ellos se derivarán, nos mantendrían siempre en la superficie del problema. Es necesario penetrar en el fondo de la cuestión y tratar de llegar a una estructura de conexiones históricas desde la clave misma de tal estructura, que es el individuo, arquitecto de la conciencia nacional. Sus defectos y sus grandezas, lo que ha realizado aislada o colectivamente, pueden revelarnos lo presente y abrirnos

nuevas perspectivas para lo futuro. El tema del Génesis, desarrollado en nuestro tiempo por la filosofía existencial, nos proporciona un amplio campo de análisis, en cuanto abarca el problema del aislamiento, el de *el otro* y el de las relaciones interhumanas.

Los existencialistas contemporáneos no encuentran relación posible, cordial y plena, entre el *yo* y *el otro*, en cuanto el yo es siempre sujeto y centro del universo, lo que sitúa al hombre en soledad irrenunciable y hace teóricamente imposible toda auténtica vida social. El *otro* es para el *yo* un objeto, es decir, un sistema de experiencias que está fuera de su alcance. La vida social provoca inevitablemente el choque, y sospechamos que en *el otro*, objeto, *hay* también un yo que es a su vez y en su intimidad sujeto; sujeto que nos invade, que rompe nuestra libertad y nos hace sentir la fuerza y la problemática de la vida ajena. En esta lucha constante el *yo* se empeña en devolver la acción aprehensora, liberándose de la condición de objeto y tratando de mantener a *el otro* en su condición de objeto. Los resultados posibles de la relación pueden ser la indiferencia, la envidia, el odio o el amor.

En pueblos de tradición secular en la vida colectiva o en pueblos de profundo sentido religioso, las relaciones interhumanas, sin llegar a la relación absoluta, se acercan a ella por el imperativo de lo que Heidegger [llama] *mitsein* (*ser con* otro) y la facilitan por los medios internos y externos de comunicación social: lengua, religión, identidad de intereses, empresas comunes y unidad política.

En pueblos jóvenes -y sobre todo en los que se han formado en las difíciles condiciones del costarricense- la relación es mínima y el choque más fuerte y definido. El hombre se ha recluso en su intimidad mucho más que en otros pueblos por espíritu de defensa, y los resultados del conflicto entre hombre y hombre han sido la indiferencia

y la envidia, dos rasgos que se han señalado muchas veces, pero que no se han estudiado seriamente en sus causas y efectos.

La indiferencia -la más pobre actitud del hombre- ha moldeado a la nación en un material blando de formas desdibujadas y ha sido causante de la ausencia de sensibilidad característica de nuestro pueblo. Ser indiferente es situarse al margen del espíritu y de los grandes problemas humanos; es limitarse a tener una imagen óptica del mundo, eliminando las dimensiones de profundidad; es desconocer, por necesidad o egoísmo, el riquísimo tesoro de las relaciones entre el yo y el mundo, del que se acendran la existencia auténtica, la inquietud religiosa y la emoción de la belleza. Nuestros estudiosos se han preguntado por qué carecemos de un arte popular en la esfera de lo lírico; por qué no se reconocen categorías intelectuales ni se respetan los valores individuales, con excepción de los políticos; por qué ante las obras más serias adopta el costarricense medio la actitud burlesca que llamamos "choteo" y por qué encuentran los más elevados propósitos una atmósfera de escepticismo y no filosófico ciertamente. La respuesta no ofrece dudas si la derivamos del concepto ontológico de indiferencia que hemos expuesto.

La envidia no es un vicio local, puesto que ha enfermado el alma del hombre desde los primeros tiempos, pero en los pueblos de acentuado individualismo actúa sin los efectos de estímulo que puede tener y se convierte en una destructora fuerza negativa. El *yo* no soporta la invasión de *el otro y*, sin la personalidad suficiente para superarlo o sin la humildad necesaria para elevarlo hacia el amor, se encastilla en el egoísmo y toma el camino de la envidia que conduce al odio. Intenta recobrar su libertad y se somete a una esclavitud mayor, la que envenenó el alma de Caín. Visible -y bien diríamos palpable- es la volición individual y colectiva del costarricense a igualar a todos; a cortar, por todos los medios que estén a su alcance, el vuelo de los mejores y a negar, sin conocerlos, los valores ajenos. La murmuración despiadada

es el tema favorito de nuestras tertulias mundanas, en las que todo motivo elevado se halla *in partibus infidelium*. No existe en el costarricense medio, por desconocimiento de su propia intimidad, una autovaloración: se valoran mirando a los demás e inquiriendo afanosamente el juicio que les merece a los demás, pero al mismo tiempo juzgando a éstos desde su propia y supuesta superioridad. De aquí que cualquier alteración de estas relaciones niveladoras, en perjuicio de su egoísmo, lo subleve y lo haga creer ingenuamente que se intenta situarlo ante una falsificación de valores.

Nada revela mejor la interioridad de un pueblo que sus espectáculos y aficiones favoritos, en los que salen a la superficie móviles y reacciones que en los momentos de quietud se mantienen ocultos. La intimidad espiritual del ateniense se manifestaba en las Panateneas, la del romano en el circo. Verdad es que no toleraríamos las sangrientas exhibiciones del Coliseo, pero estamos muy cerca de los juegos de fuerzas menores del circo, en que el *yo* encuentra un escape sin compromiso y se acepta colectivamente a *el otro* -colectiva y provisionalmente- porque no invade nuestra individualidad sino que la exalta, reflejándola en él.

La política, el fútbol -para citar dos espectáculos predilectos del costarricense- y el afán inmoderado de riqueza material (no en cuanto la riqueza es aspiración justa para satisfacer necesidades vitales, sino en cuanto es espectáculo para los demás e intento de dominio egoísta), tienen mucho de circo y han creado categorías sociales que se respetan sobre las de la dignidad, el saber y el arte: la de los altos funcionarios oficiales, la de las "estrellas" deportivas y la de los ricos. Categorías, desde luego, que son ocasionales y que se destruyen cuando pasa la función.

La política, no en su significación superior sino en su carácter circense, es --como el fútbol, como los juegos de gallos, los toros o el cine- una forma de catarsis de la presión histórica y actual a que está sometido el *yo* en su aislamiento y es en ella, o en menor escala en las canchas de fútbol, donde se concreta la única emoción colectiva y superficial de los costarricenses.

No sería completo el análisis si únicamente consideráramos los defectos, la acción de Caín. Abel ha tenido y tiene una proyección importante en nuestra vida nacional.

El individualismo, aunque no dé grandes personalidades sino como excepción, ha tenido la virtud de librarnos del gregarismo socialista y de conservar ciertas conquistas democráticas. La emoción colectiva de tipo político de que antes hablamos, ha abandonado muchas veces la posición personalista y frívola para penetrar en las aguas profundas. La Campaña Nacional de 1856 y las reacciones del pueblo en 1889 y en 1948* demuestran que hay realidades, y sobre todo posibilidades brillantes, en los momentos decisivos en que el destino ha hecho un llamado a la conciencia nacional.

Por otra parte, el costarricense se ha librado quizás más que otros pueblos de la abstracción de las ideas generales, acostumbrándose a ob-

Reacciones del pueblo en 1889 y 1948. El 7 de noviembre de 1889 el pueblo costarricense se movilizó no para dar un golpe de estado ni una "asonada" sino con el propósito de hacer respetar la libertad de elegir.

En 1948 el pueblo -estudiantes, profesores, abogados, médicos y campesinos-, se levantó en armas porque la Asamblea Legislativa había desconocido el triunfo del candidato de oposición, el periodista Otilio Ulate, para el mandato presidencial de 1948-1952. José Figueres jefeo las rápidas acciones militares. Este movimiento defendió dos grandes principios de la tradición democrática costarricense: la tradición civilista y el respeto a la libre elección mediante comicios, fuera de toda presión del gobierno.

jetivarlas en el hombre. Esto implica necesariamente una poda de disciplina mental, pero aleja del racionalismo e impide caer en el dominio inconsciente de las masas y del no menos inconsciente del Estado absoluto.

Finalmente, el espíritu de Abel se conserva en el sentido patriarcal y pastoril de nuestro pueblo. La vida inauténtica, individualmente, es desolada, vacía e insoportable. Generalizada en la colectividad, elude los grandes problemas y economiza la tragedia en que éstos se resuelven. En el fondo de las aguas no somos distintos a la mayoría de los humanos. En la superficie, por compensación y conformidad, ofrecemos la apariencia de los lagos serenos y atrayentes.

Pueden ser enmendadas y rectificadas muchas cosas, todas las que no están en la naturaleza misma de lo humano y en la tremenda soledad angustiosa del hombre ante lo infinito y ante su destino. La comprensión vital de la realidad histórica de nuestro ser, la educación y la voluntad son tres rutas directas hacia ese propósito.

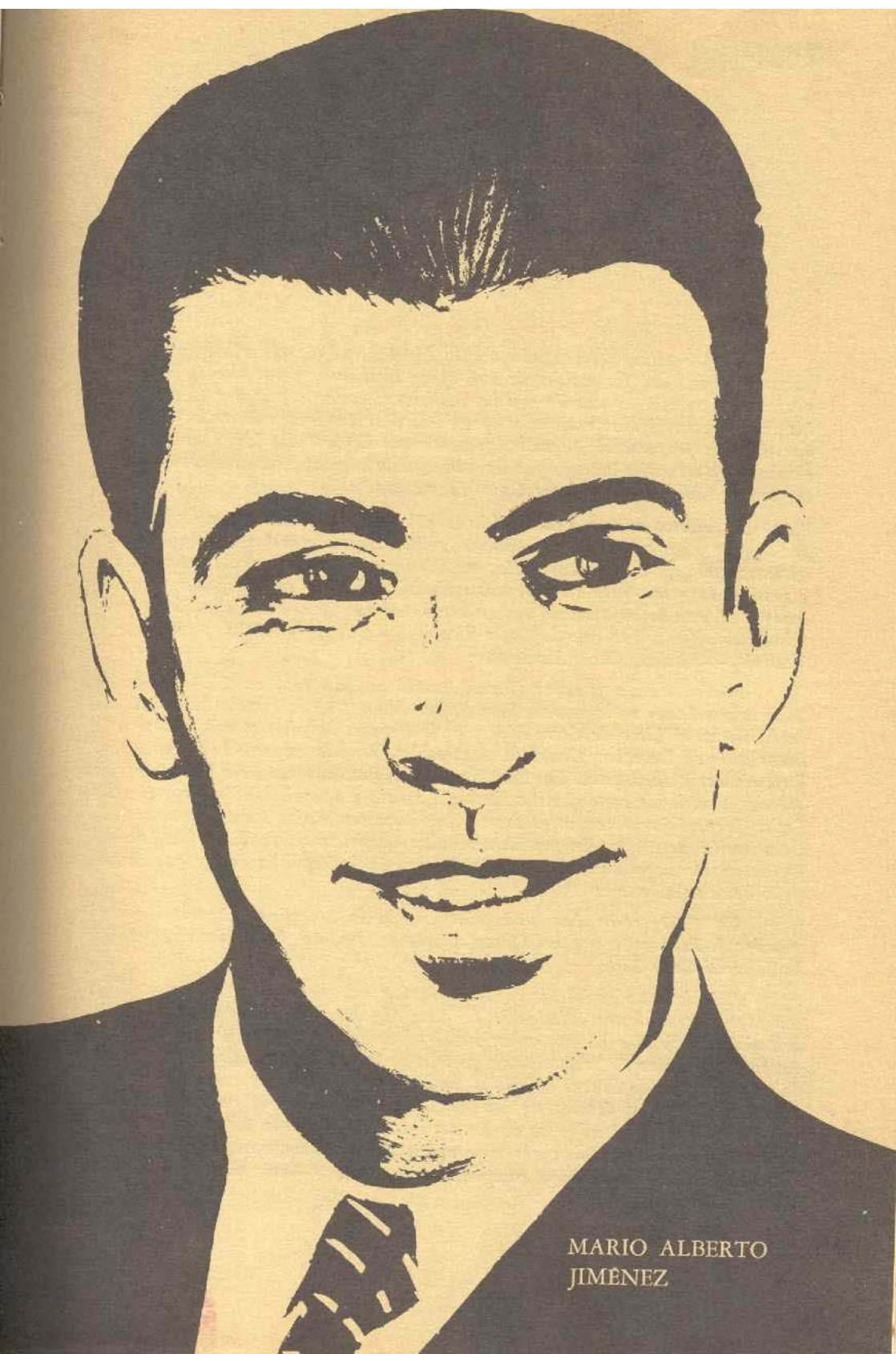
Las vías formativas del costarricense tienen que ser corregidas de las desviaciones en que hoy se hallan. La educación pública -una de nuestras mejores realizaciones cuando no se había "modernizado"- está hoy empeñada en problemas puramente metodológicos, por los cuales comienza a olvidar sus fines. La religión se limita a una enseñanza formal y externa, que no se diferencia de la enseñanza elemental y práctica de cualquier ciencia positiva. Carecemos casi por completo de una educación filosófica y, principalmente, de una educación estética que curen el mal ya crónico de la insensibilidad para los grandes valores del espíritu. Nos falta adquirir y llevar a la práctica un concepto claro y adecuado de las relaciones sociales, es decir, resolver el problema esencial de nuestro tiempo: el del individuo en la colectividad.

"El hombre en colectividad no es el hombre con el hombre. No se libra a la persona de su aislamiento unciéndolo a otras vidas", dice el filósofo Martín Buber en su profunda obra *¿Qué es el hombre?*, al someter a juicio tanto al individualismo como al socialismo, defendiendo la tesis de que sólo entre personas auténticas puede darse una relación auténtica.

El ser fundamental de un pueblo no puede darse ni en el individualismo ingenuo, en el que hemos vivido los costarricenses, ni en el colectivismo doctrinario, al que se nos quiere lanzar. Ambos extremos son abstracciones, lo mismo en lo filosófico que en lo político: "El individuo es un hecho de la existencia en la medida en que entra en relaciones vivas con otros individuos; la colectividad es un hecho de existencia en la medida en que se edifica con unidades vivas de relación". El pensador judío, como término a la lucha entre el *yo y el otro* y como base de una convivencia social libre y auténtica, propone la solución ontológica del *entre*, que ahora comienzan a estudiar la filosofía y la sociología contemporáneas.

Una evolución en el campo social, un nuevo rumbo en la marcha de nuestra comunidad hacia su destino, no pueden surgir de acciones, programas externos y exclusivamente políticos. La base sólida de toda empresa constructiva en ese sentido debe ser eminentemente cultural. Su técnica y sus fines tienen que derivar de una comprensión filosófica, vivencia y razón en procesos complementarios, del ser histórico de la nación.

En *Brecha* 1(7): 9-11. Marzo de 1957.



MARIO ALBERTO
JIMENEZ

Siempre estuvo preocupado por la libertad individual. Analizó, a veces, nuestra realidad con los moldes de una época idealizada, y por ello rechazaba lo moderno, si no iba de acuerdo con las tradiciones costarricenses por él aceptadas. Idealizó algunas figuras nacionales, pero criticó costumbres y actitudes negativas que, aún sin proponérselo, aquellas fomentaron. Expresó sus ideas con una fina ironía y con un estilo ameno, que las mantendrán vívidas durante mucho tiempo. Así nos lo sintetiza el profesor Oscar Montanaro.

En efecto, en sus cuatro últimos años, Mario Alberto fue "ofreciendo por la prensa sus críticas y sus opiniones sobre diversos aspectos de la vida costarricense: política, idioma, educación, tradiciones e innovaciones, alabando a veces y fustigando otras, pero siempre sustentándolas con un criterio culto y equilibrado". Y esta inconformidad era un eterno añorar "por una Costa Rica que él mismo no vivió y que ante la Costa Rica suya, la (le su juventud y madurez, él idealizó" -concluye Oscar Monianaro,

Mario Alberto Jiménez Quesada nació en San José en 1911. Cursó la primera enseñanza en la escuela Juan Rafael Mora y en la escuela Metodista. Se bachilleró en el Liceo de Costa Rica y en la Universidad de Costa Rica obtuvo la licenciatura en Derecho. Ocupó la vicepresidencia en la empresa Lehmann y Cía. Después abrió su bufete. En 1948 fue electo constituyente para "mantener las grandes tradiciones costarricenses de paz, justicia y ecuanimidad", como él solía decir. Preparó junto con otros cuatro constituyentes, varios tomos en torno a la Constitución de 1949. En sus últimos años ejerció su profesión y fue jefe del Departamento Legal de la Contraloría General de la República, cargo que desempeñó hasta su muerte en 1961.

En 1962, como homenaje póstumo, se le otorgó el Premio Nacional Aquileo J. Echeverría por sus Obras completas, que, en dos volúmenes, publicó la Editorial Costa Rica.

"Hablabla varios idiomas; inglés, francés, alemán y últimamente estudiaba italiano. Era un lector infatigable de obras de derecho, filosofía, arte, ciencia, historia. Dibujaba a pluma; coleccionaba obrar de arte; practicaba la fotografía retratando paisajes y escenas típicas; gustaba de la música, pero, sobre todo, aseaba la naturaleza 'en la belleza y fealdad de las cosas', la luz que cambiaba, el cielo azul, las flores, los árboles, los animales, las montañas, que no se cansaba de recorrer y admirar, el sol y los horizontes infinitos. Valiente, liberal en la verdadera acepción de la palabra, sin temores metafísicos, bondadoso, erguido ante la vida, su actitud fue siempre comprensiva y estoica" -nos cuenta su hermana Claudia María.

LOS TICOS Y LA MÁSCARA

DESPUFS de muchos años de ausencia como caricaturista ha reaparecido Paco Hernández bajo el seudónimo de "Seringa". Nadie ha saludado su retorno a pesar de que cuando se escriba la historia de nuestro humor, Paco Hernández merecerá entre los dibujantes el primer puesto por la gracia espontánea de sus garabatos y el acierto de sus chistes, que ofrecen muy buena síntesis del carácter costarricense. Su última caricatura es el diálogo de un turista con un *concho*.

El *macho*+ dice:

-Gusta mucho carnaval de Costa Rica. Yo volver otro diciembre.

Y el *patillo*§ contesta:

-Cuando guste, macho. Puede venir en cualquier tiempo. ¡Aquí todo el tiempo es carnaval!

Esto es exacto. Sí señores, los trescientos sesenta y cinco días del año y trescientos sesenta y seis si es bisiesto, vivimos en perpetua mascarada. Somos el país de la ilusión. Pero pareciera que de este venturoso y progresivo fenómeno nacional muchos no se dan cuenta o si se dan no les parece todavía suficiente y a menudo leemos artículos y gacetillas abogando para que en Costa Rica se introduzca la sana costumbre del carnaval, esto es, que a una señal dada todos nos pongamos antifaz y vestidos de pierrot, de arlequín o de turco salgamos por esas calles tirándonos confetti y serpentinas. Desde luego, la idea les encanta

Concho. adj. y sust. Campesino; paleta, ignorante. Hipocorístico de Concepción, nombre común entre el pueblo.

Macho. adj. Todo extranjero de color blanco, de ojos claros y cabellos rubios. Es el equivalente costarricense del gringo de otros países de Hispanoamérica.

Paulo. adj. y sust. Campesino.

a quienes piensan que la mejor industria nacional sería transformarnos en un país de operetas para vendernos todos al turismo. Esto no es nuevo; desde años cada año oigo lo mismo. He visto muchos intentos para aclimatarnos al carnaval y después del fracaso las lamentaciones, doliéndose de que los *ticos** no sepamos y no querramos divertirnos como en los buenos tiempos de París y de Venecia. Estos regaños son injustificados. Hace muchos años, tal vez más de cien, ya los franceses (y Francia es el país de donde vino toda la literatura romántica del carnaval) decían: "El carnaval ha muerto; rezad por él". Pero algunos *ticos* no quieren rezar sino resucitarlo y se empeñan en crearnos la costumbre cuando en Francia y en Italia (el país natal de los carnavales) la costumbre se extinguió y sus resabios son ridículos.

Olvidan igualmente los que tanto echan de menos esos hábitos entre nosotros, que el verdadero sentido de los carnavales europeos, estuvo unido a la religión. Todas esas locuras provienen de las bacanales y de las saturnales de los paganos, locuras que pasaron luego a los cristianos, los cuales hacían sus carnavales desde el día de la Epifanía hasta la víspera del miércoles de ceniza. Parece que los españoles no fueron muy dados a copiar los carnavales al puro estilo francés o italiano y de ahí que el rey Momo no hubiese podido hacernos con facilidad súbditos suyos, mientras que conservarnos intacta nuestra hispanidad que era mucha por lo poco de indio y menos de negro que teníamos. Recuerdo perfectamente que antes, en mi infancia y aún en tiempos de muchacho, el costarricense era reacio para disfrazarse. Costaba. Ni los más humildes, ni aun los niños, se exponían al ridículo poniéndose siquiera esos sombreritos de cotillón que ahora abundan en las calles de San José y no faltan en las fiestas plebeyas y también elegantes. Teníamos un sentido racial de la dignidad muy castellano. Los extranjeros nos encontraban "profundamente quietos". San José era una ciudad de per-

Tico. adj. y sust. Natural de Costa Rica, por ser éste muy aficionado al uso de los diminutivos con este sufijo: poquitito, tantico, mamitica, chiquitico, etc.

sonas severas, altivas y nadie se prestaba para divertir al prójimo meneando las caderas y pintarrajeándose la cara. Era la llamada tristeza costarricense. De pronto eso cambió y dimos en lo contrario. ¿Será que nos hemos antillanizado? Creo más bien que nos sajonizamos. Nuestros pedagogos han tenido su buena parte en ese cambio. La escuela costarricense ha hecho poderíos por enseñarnos a disfrazarnos y a vivir en un clima de ilusión. No hay día del año que no veamos las parvadas de escolares disfrazados de holandeses, gitanos, hadas, enanitos, brujas, pieles rojas, gatos, conejos ... ¿Y cuál es el niño favorito de la maestra? Aquel que por su aspecto se presta mejor para hacer el papel de príncipe azul en las representaciones escolares. Esta tendencia general no es contradictoria con el propósito de implantar las mascaradas. Todo lo contrario, es coadyuvante. Lo contradictorio es que nos desvivimos por implantar el carnaval cuando, como ha dicho el humorista, todo el año es carnaval en Costa Rica. Carnaval es hacer loco y todo el tiempo hacemos loco. Carnaval es vivir sin otras preocupaciones que la del *foot ball*. Carnaval es nuestra enseñanza pública con sus paradas cívicas en las que escuelas y colegios marchan contorsionándose con bandas y atavíos circenses. Carnaval son los *boy scouts* dirigiendo el tránsito. Carnaval son los matrimonios con *best man*, mejor amiga, cupidos y damas vestidas de malva, rosa y celeste. Carnaval son las "primeras comuniones" en masa, llenas de detalles teatrales donde naufraga el candor de los niños y se pierde el simbolismo del acto. Carnaval son nuestros torneos para elegir reina de belleza. Carnaval es el falso folklore que se propicia oficialmente propagandeando trajes y [danzas] regionales que nunca usaron ni nunca bailaron nuestros "labriegos sencillos", más que sencillos alicaídos. La carne de los costarricenses se ofrece a la tentación de los extranjeros en prospectos y afiches, ataviada con trajes multicolores como si fuéramos un país de gitanos. Carnavales son nuestros bachilleratos. Carnaval son los colegios particulares donde sus empresarios, educandos y padres de familia gozan engañándose mutuamente sobre la preparación de sus hijos. Carnaval son los treinta y un días completos de diciembre,

con la ducha continua de villancicos y de confetti en la Avenida Central, con la dieta de manzanas y uvas californianas, con su embrollo de personajes contradictorios y en competencia: san Nicolás, el Niño Dios, los Reyes Magos y los altos dignatarios de los Poderes Públicos repartiendo juguetes en medio de un *molote** infantil. No sólo los hombres nos disfrazamos sino que también disfrazamos nuestra naturaleza tropical. Como hadas las elegantes señoras de los clubes florales van por todo derramando su nieve artificial. El mismo Niño Dios debe asombrarse de verse aquí rodeado de tanto reno y de tantos pinos germánicos, él que era casi beduino. Carnaval ...

Pero esa es nuestra virtud nacional, volverlo todo fiesta y sainete. Que el rey Momo se venga con nosotros. Que definitivamente abandone los países donde hay majaderos preocupados en plantearse problemas éticos, estéticos, científicos, filosóficos, políticos o económicos. Momo tendría aquí su reino, perdón, su república. Él siempre ha sido un buen compinche de los políticos, de los mercaderes y de los teólogos, gente toda cuya misión es hacernos felices aquí en la tierra como en el cielo. Que a Costa Rica se le cambie el nombre por Costa Alegre. Que el extranjero sepa que este es el país del cascabel. Por supuesto, no olviden que si nos inundamos de muchos centroamericanos arriesga a aguársenos la dulzura del carácter. Ojalá que al Instituto de Turismo no se le vaya de la mano.

El sentido de nuestras llamadas "fiestas cívicas" y con las cuales nos acostumbramos a cerrar un año y abrir otro, fácil es de explicar. No había en Costa Rica diversiones de ninguna clase y la monotonía de vida tan pobre y triste reclamaba alguna variación, algún escape. Las "fiestas" fueron nuestro carnaval; durante ellas de hecho y de derecho se podía hacer un poco de loco sin ser criticado. De derecho, porque ciertos excesos estaban cuasi legalizados, como la "trompada

Molote: barullo, tumulto, ruido, confusión, desorden, mezcla de gentes y cosas.

libre", esto es, que a nadie se detenía ni multaba por arriarle a otro de mojicones. Antes era común en el año oír entre querellantes decirse: "esto lo arreglamos en las fiestas"; "en las fletas nos veremos" . . . etc. También hubo su tiempo de "guaro libre"*. el Estado instalaba frente a la Fábrica Nacional barriles de aguardiente y sírvase gratis y a discreción lo que quiera. El juego fue hasta hace poco igualmente libre. San José se convertía en un Monte Carlo. Aún gente muy joven recordará haber visto en la Plaza González Víquez a hombres y mujeres mezclados sin distinción de clases ni de edades jugar casi frenéticos el día con la noche. Esta suspensión o interrupción de ciertos aspectos del derecho es o era, una de las verdaderas curiosidades nacionales. O mejor, "las fiestas" tenían su derecho consuetudinario propio y diferente. Esta tolerancia era carnaval. Un carnaval en mucho a la española, y de ahí los indispensables toros jugados por quienes quisiera en promiscuidad, como decía el costumbrista, "los de chaqué o de chaqueta" y nunca con participación de diestros profesionales. Un carnaval en que nadie se ridiculizaba a sí mismo y menos al prójimo; recuérdese, "trompada libre". Todo lo contrario, la tendencia característica era exaltar la vanidad y demostrar guapeza y varonilidad.

Los artesanos gustaban de pasearse con sus amigas en carruajes descubiertos y adornados. Iban aquéllas provocativas como "en calesa pidiendo guerra". Los distinguidos aprovechaban para sacar a relucir cabalgaduras y aperos y demostrarse jinetes con majeza. El *topen* que acabamos de ver en estos días recordó algo de ese temperamento; el público se entusiasma todavía al paso de ticos de pura cepa montados con todas las de ley.

Guaro, nombre popular dei aguardiente de caña. Antes, con motivo de los festejos populares de fin de año, se acostumbraba obsequiar guaro.

• *Topen*. Desfile o cabalgata para declarar inauguradas las fiestas populares de fin de año.

Los toros fueron antaño otro pretexto para demostrar bizarria ante la feminidad salerosa. La plaza no era esta de hoy rebosante de chusma cruel, sucia y cobarde.

Si los venecianos y los franceses para flirtear se ponían antifaz, los ticos galanteaban a la española caracoleando caballos y sacándole suertes al toro. Así era nuestra alegría y nuestra erótica. Hoy nos zangoloteamos como negros y gritamos como mejicanos. Perdimos lo nuestro, inclusive el difícil grito de guerra y de jarana llamado el "güüpipía".* Los pedagogos dijeron que era mejor cambiarlo por los *cheers* anglosajones.

En las "fiestas" había una nota de franca mascarada, pero sólo una nota: los llamados "disfraces" o "mantudos". t Eran estos una cuadrilla de individuos de humilde condición que se alquilaban profesionalmente para recorrer las calles caracterizando figuras tradicionales y siempre las mismas: el Diablo, a veces acompañado de la señora diabla, porque nada obliga a Lucifer a ser célibe como Dios. El Viejo de la Vejiga, la Muerte, el Torito con comparsas de torerillos, unos cuantos cabezones y atrás cerrando el grupo, el imprescindible matrimonio de gigantes. Marchaban y danzaban los disfraces entre la algazara de cohetes y músicas de pasos dobles.

Me faltan datos, pero todos los indicios están porque esas cuadrillas eran de origen o inspiración muy colonial. El Diablo y la Muerte recordaban un tema del medievo. Los cabezones y gigantes, a Aragón.

El Diablo, naturalmente cruel, corría fueteano inmisericorde a chiquillos despavoridos y a muchachos atrevidos que le jalaban el rabo.

Güüpipía. interj. Es el grito característico de nuestros campesinos para expresar alegría, entusiasmo,

Mantudo. adj. y sust. Máscara o disfraz que sale en las mojigangas.

Solía este *cuijen* * extralimitarse en su fuero satánico y se ponía tan grosero que más de una vez vi a un enojado padre de familia trompearlo o llamar a la policía para que lo metiera en cintura. Era una caracterización excelente. No lo digo yo, lo dicen los Calvert (*A year o f Costa Rican Natural History*). Vieron una de esas cuadrillas en Cartago y el Diablo los impresionó. Verdaderamente terrorífico, llevaba inmensas y ásperas alas de murciélago.

Hacían muy bien los ticos de antes en sacar el Diablo. Era un acto de justicia. P-1 tiene derecho preferente para lucir en toda mascarada, no por decorativo sino porque, como se le ha debidamente reconocido, en la historia de este mundo él fue el primero en disfrazarse para engañar a Eva vestido de serpiente. Satanás es el gran inventor de disfraces. Honrémoslo restituyéndole su rango a la par de Momo.

El Viejo de la Vejiga también golpeaba, pero su vejiga inflada de buey o de cerdo era menos lesiva.

La zarabanda del torito embistiendo a diestra y siniestra y sorteado por la chiquillería la recuerdo como un motivo de Goya. Todo esto fue destruido -incomprensión o ignorancia- por los organizadores, y de aquella cuadrilla sólo restan unos pobres cabezones repetidos, toscos e insulsos, cuya única gracia es alzarse la ropa o rascarse.

Los artistas costarricenses nunca tuvieron ojo para nuestros "disfraces". Prefieren escenas de circos europeos; Lautrec no tuvo oportunidad de conocer los "mantudos" ticos. La excepción fue Cano . de Castro. Repetidas veces, en compañía de su esposa francesa, fuimos detrás de estos temas.

Cuijen, adj. y sust. (voz azteca *cuixin*, gavián). Por tener esta ave color ceniciento salpicado de pintitas negras, se aplica sólo a las aves. También se le dice *cuijen* al Diablo.

Mucho podría agregarse sobre nuestras "fiestas". Me limitaré a una observación final. Esas "fiestas" tenían una fibra sadista muy claramente manifestada, desde luego, en las corridas de toros. En ella la muerte no es macabra sino grotesca. Sadismo era el fueite del diablo. La trompada libre. También las aguas perfumadas y enchiladas con que, durante las hoy desaparecidas retretas,* en un indiscutible carnaval, damas y caballeros se cegaban por placer. Sadismo es el confetti en los ojos y gargantas. Recuérdese que hace muy poco no más la policía tuvo que impedir que los niños en los recreos+ se dieran brutalmente con chilillos. §

Se ha meditado poco o nada sobre esta necesidad nuestra de maltrato en las "fiestas" para comenzar sosegados el Año Nuevo.

Sean estas notas tan aburridas sólo para recordar que muy a nuestra manera, pero que siempre, tuvimos carnaval si carnaval es hacer loco para tranquilizar la carne. La diferencia con los europeos no está en la ausencia del antifaz. La verdadera diferencia es que ellos después de sus excesos "se borraban los pecados" pintarrajándose en la frente una cruz con ceniza para, piadosos, comenzar la Semana Santa.

En Obras completas. (San José, Costa Rica: Editorial Costa Rica, 1962), tomo 1, pp. 235-243-

Retretas: f. Concierto público en parques, ejecutado en las primeras horas de la noche.

+ *Recreos.* m. Concierto ejecutado de día en algún parque. Se llama así por diferenciarlo de la *retreta*, que es nocturna.

Chilillo. in'. Látigo, azote, fueite.



LUIS BARAHONA
JIMENEZ

En los últimos años se ha dedicado a animar y divulgar el ideario del Partido Demócrata Cristiano; a estimular la presencia de nuevas ideas políticas y de nuevas inquietudes que sustentan elementos representativos de la juventud costarricense; a estudiar el pensamiento político en Costa Rica y a ofrecer sus ensayos "a todos aquellos que de una u otra manera sienten la preocupación de nuestro pasado y más aún, de nuestro futuro, por creer que así estoy sirviendo a la comunidad de la que formo parte y a las agrupaciones políticas que tratan honestamente de mejorar las condiciones de vida de los costarricenses, valiéndome ya de una o de otra ideología para propugnar el cambio que tanto necesita el país". -tal escribe en el prólogo de su último libro.

Luis Barahona nació en Cartago en 1908. Su vida profesional es la siguiente: Licenciado en Filosofía y Letras por la Universidad de Costa Rica; se doctoró en Filosofía en la Universidad de Madrid (1959). De 1949 a 1955 fue profesor de Metafísica e Historia de la Filosofía Antigua en la Universidad de Costa Rica; Agregado Cultural en Madrid, de 1955 a 1959; Profesor de Filosofía, nuevamente, en la Universidad de Costa Rica desde 1960.

Sus ensayos están dispersos en revistas extranjeras y en periódicos nacionales: Surco, La República y Diario de Costa Rica, especialmente.

Se ha destacado por su constante interés en analizar el carácter costarricense. En sus últimos ensayos ha dado mayor énfasis al papel del cristianismo en la sociedad y ha examinado las variantes costarricenses del individualismo, el pragmatismo, el caudillismo, el anarquismo p el cristianismo.

Piensa que es imprescindible un cambio renovador de la sociedad costarricense en que se reestructuren sus bases por el amor y la fraternidad. Habla del cristianismo como la solución para los problemas que afronta el hombre de nuestra época. Y ha propuesto en Anatomía patriótica (1970) las reformas necesarias para alcanzar los ideales de una sociedad ideal.

En su ensayo incluido escrito especialmente para esta antología- reitera algunas de estas ideas.

TRES NOTAS SOBRE EL CARÁCTER COSTARRICENSE

Inédito

NO es cosa nueva la curiosidad por conocer el carácter, y si ello fuera posible, el ser mismo de los pueblos y de las naciones. Los historiadores antiguos hablan de griegos, romanos y bárbaros distinguiéndolos por sus aptitudes y defectos como cuando dicen que los griegos eran sabios y falaces, los hispanos violentos y fuertes, los francos feroces y los fenicios famosos por la llamada mala fe púnica: se diría que hay en cada pueblo unas constantes psicológicas que permiten identificarlos al través de la Historia. Sin embargo, es necesario dejar previamente establecido que tales constantes no son inmutables, como si se tratara de fuerzas fatales involucradas en la sangre, sino disposiciones o aptitudes creadas por el hombre en contacto con los problemas históricos que se van presentando, los cuales pueden variar a lo largo de los siglos con el cambio de los factores que los provocan. No debemos olvidar que los pueblos están sujetos indirectamente al indeterminismo, en su forma relativa, nunca absoluta, de la libertad de los individuos y que por la misma razón bien puede apartarse la conducta colectiva de las constantes históricas modificándose ésta en aspectos esenciales.

Hechas estas observaciones a manera de introducción, podemos preguntarnos ahora por las cualidades más definidas del carácter nacional toda vez que estando ya en las postrimerías de este siglo veinte, es de suponer que en las largas centurias vividas, tres en la época colonial y dos en la independiente, hayan madurado algunas características peculiares por medio de las cuales podamos inducir los rasgos prototípicos del pueblo costarricense. Para adaptar esta exposición a las dimensiones de la presente obra contraeré todas las cuestiones relativas al modo de ser del pueblo costarricense a sólo tres notas fundamentales, haciendo la observación de que las conclusiones que puedan derivarse

de tales premisas habrán de ser sometidas posteriormente a nuevos ensayos interpretativos con base en observaciones más amplias y profundas.

1. EL CONFORMISMO

Los antecedentes históricos que han operado de algún modo en la configuración del carácter nacional hay que rastrearlos, en primer lugar, a través de la época colonial. Sabemos que nuestra tierra, rica en muchos aspectos potenciales, no fue, sin embargo, un paraíso al estilo de los que pinta la novela pastoril francesa del siglo dieciocho. El conquistador tuvo que luchar tesoneramente más con el machete y el arado de palo que con la espada para poder arrebatar a la selva el pedazo de tierra laborable que habría de servirle para radicarse y sobrevivir. Dos siglos después del descubrimiento y la conquista las gentes vivían en chozas, vestían harapos de mastate * y se alimentaban con una dieta muy pobre en vitaminas y calorías, pues por lo general la base de sus comidas era el maíz. A esta pobreza casi primitiva de los primeros pobladores del país hay que agregar los desastres causados por la naturaleza, las invasiones de los piratas y la dureza misma del régimen colonial, no obstante ser ésta una de las provincias más afortunadas por la bondad y moderación de sus gobernadores que en vez de enriquecerse salían pobres y con deudas.

Aquella dureza de vida, aquella postración económica y cultural del país en la época colonial era la única herencia que se transmitían, generación tras generación tanto los hidalgos de "gotera" como se les

* *Mastate*, m. (Nahuatl: *maxilali*, paño que entrando en la horcajadura o entrepiernas, cubre las partes verendas). Por metonimia tela fabricada con la corteza fibrosa del burío (*Apeiba Tibourbou*) o de otros árboles.

Gotera. *Los que* vivían en los alrededores, cercanías, afueras de una población principal.

llamaba, como los menestrales y labriegos. Un común rasero de miserias y pobreza medía lo alto y lo bajo con lo que fue surgiendo cierto sentimiento igualitario que, con el correr del tiempo, habría de favorecer el establecimiento de una sociedad en la que predominase, al menos en sus mejores tiempos, un espíritu democrático y fraternal.

Por otro lado el culto a la Virgen de los fñgeles, originado en la veneración de la pequeña estatua de piedra que según la tradición, oficialmente sostenida en forma documental por el historiador monseñor Sanabria, fue encontrada por la mestiza Juana Pereira en la Puebla de los Pardos* el año 1635, sirvió para unir a cholos y pardos con criollos, por obra y gracia de aquellos rasgos mestizos bellamente esculpidos en la piedra del milagro.

El cristianismo traído por el español desde sus principios constituyó uno de los ingredientes básicos de la vida moral del pueblo criollo. El mestizo, el indio y el esclavo negro oyeron y entendieron a su manera la "doctrina" y la combinaron con sus propias creencias de cuya mezcla vino a salir un cristianismo 'vernáculo', mitad superstición, mitad religión cristiana, tal como lo conocemos hasta el día de hoy, con algunas leves variantes. El culto secular de la "Negrita", tal como lo siente y lo practica el pueblo, es el símbolo y como la expresión de este mestizaje religioso que ha venido conformando el alma nacional en sus varios aspectos.

Puebla de los Pardos. Barrio aledaño a Cartago, en el sector oriental, donde vivían durante la Colonia-, los mulatos y cholos. Según la tradición, en 1635, la mestiza Juana Pereira encontró la imagen de la Virgen de los Angeles, declarada Patrona de Costa Rica. El pueblo costarricense da cariñosamente el nombre de Negrita, a la Virgen de los Angeles por ser su imagen de piel morena. (Ver "La Negrita' por Pío J. Víquez y 'Leyenda de la aparición de la Virgen de los Angeles" en *Leyendas de Costa Rica*, compiladas por Víctor Lizano (San José, Costa Rica: Soley y Valverde, 1941), pp. 74-75 y 78-79. Monseñor Víctor Manuel Sanabria dedicó un tomo a la investigación histórica de la Virgen de los Angeles: *Documenta histórica; Beatae Manan Virginis Angelorum; Reipublicas Costa Rica principales Patronae.* (San José, Costa Rica: Atenea, 1945).

Fue así como aquellas gentes, sometidas a tantas privaciones, encerradas dentro del marco estrecho de nuestras cordilleras, desprovistas de los halagos de la cultura que por entonces disfrutaban otras provincias del vasto imperio español, amasaron el barro oscuro de la historia con esfuerzo más que heroico, animadas por el espíritu inquebrantable del conquistador, y, sobre todo, por la fe que enseña a sacar fuerzas de flaqueza en la esperanza de ver algún día, siquiera sea en la morada de los justos, el premio a tantos sudores y trabajos.

Pero las duras aristas del conquistador se van suavizando lentamente al recibir con el mestizaje los callados influjos del alma india, pasando así del heroísmo combativo e indomable de los primeros tiempos al espíritu resignado y conformista que vemos aparecer a finales de la época colonial y que va a acentuarse en el siglo diecinueve.

El conformismo en lo religioso equivale al fatalismo, en lo social al conservatismo y en lo político a la auto marginación dentro del proceso democrático. Un conjunto de ideas supersticiosas mezcladas caprichosamente con las doctrinas cristianas han condicionado de tal manera la conducta del costarricense medio que fácilmente viene a quedar preso en las redes del pesimismo, convencido de que es vano todo empeño por salir de la pobre condición en que se nace ya que todo está predeterminado para siempre, conforme lo razona nuestro refranero cuando dice que "el que nació para torcido del cielo le llueven los cachos" o el "que nació para olote, aunque llueva no echa granos".* De aquí proviene ese tono de mansedumbre, de sumisión ante todos los infortunios, esa indiferencia con que vemos venir sobre nosotros los problemas más acuciantes sin que se despierte en nosotros el ancestro heroico para dar la batalla a los enemigos inveterados del bienestar y desarrollo de la patria.

Refranes pesimistas para expresar la inutilidad de emprender grandes obras. *Torcido*; pp. y sust. Infortunado, de mala suerte. *Olote* (nahuatl *olotl*, relacionado sin duda con *yollotl*; corazón), La parte leñosa de la mazorca del maíz, en la cual están engastados los granos.

El conformismo cuasifatalista que en la primera época de nuestra historia no era tal, sino noble resignación que no abatía el espíritu sino que más bien ayudaba a poner buena cara a las inclemencias de la vida, al cabo ha venido a empobrecer las reservas éticas del pueblo costarricense, como se nota en la falta de un estilo o talante moral definido que nos libre de caer ante las sollicitaciones del placer y de la codicia, sobre todo en estos tiempos en que la civilización pone en el mercado todos los instrumentos necesarios para acuñar nuestra existencia en el más craso hedonismo, con el consiguiente debilitamiento de la voluntad y la pérdida u obnubilación de los valores morales.

Del conformismo se pasa fácilmente al fatalismo y de éste a su consecuencia natural, la apatía. No se trata, desde luego, de la apatía estoica, virtud positiva que supone dignidad para soportar toda clase de infortunios. Nuestra apatía es negativa en cuanto implica el abandono de los intereses de la persona, de los intereses de la comunidad en que se vive y del bien común nacional. La experiencia confirma hasta dónde este conformismo, esta apatía ha llegado a ser un distintivo nacional. Con todo no es difícil encontrar, a Dios gracias, personas que se desviven por el bien público, gentes que sienten la necesidad de pelear a favor de las causas justas, verdaderos quijotes que tiran del carro para sacarlo del atascadero. Son minoría, pero gracias a ellas vamos tirando hacia delante, en busca de un destino histórico que de ningún modo hemos de alcanzar; en ellos opera todavía el temple ético del costarricense chapado a la antigua; ellos son la excepción, pero actúan como la levadura en la masa preparando el crecimiento histórico de un pueblo que es necesario salvar, aun cuando sea a costas de los mayores sacrificios.

II. LA TOLERANCIA

Hacia el año 1821, año de la Independencia, la sociedad costarricense apenas si empieza a configurarse en sus cuadros elementales,

a saber, una población mestiza, con un alto grado de sangre española, suficiente para servir de base a un pequeño estado con voluntad de asumir las responsabilidades de gobernar un territorio desbrozado y apto para alimentar una población laboriosa, una religión que, aunque no siempre bien asimilada, contiene en sí valores morales suficientes para dar un profundo contenido espiritual a la conducta individual, a las relaciones sociales, a la legislación que habrá de normar la vida de los ciudadanos, de las instituciones y de la República, y, finalmente, una minoría constituida por las pocas familias que habían tenido en sus manos el gobierno español colonial, descendientes de conquistadores y gobernadores o bien por los pocos costarricenses que habían realizado estudios en las universidades de León de Nicaragua o en San Carlos de Guatemala.

El estallido de la Independencia que produjo alzamientos violentos en otros lugares del Imperio español aquí no dejó rastros de sangre ni significó grandes sacrificios. Fue necesario llegar a la Campaña Nacional* contra los filibusteros para que los costarricenses cobrasen conciencia del inmenso valor de la herencia recibida con el acta de la Independencia de 1821. En efecto, esta guerra cuyos orígenes hay que buscarlos en acontecimientos externos, en manera alguna promovidos por nuestro país, produjo una verdadera conmoción moral y cívica al agitar el sentimiento religioso y el amor al terruño nativo hasta el punto de que el país, respondiendo tanto a las encendidas y fervorosas proclamas del obispo Llorente como a las del presidente Mora, acudió a defender las instituciones, la soberanía nacional ultrajada y las tradiciones más respetables haciendo gala de heroísmo, de abnegación, de sobriedad, de fraternidad, de celo patriótico, de paciencia ante la adversidad traída por la terrible peste del cólera, sin que por ello decayera el entusiasmo, el valor y la constancia, volviendo a empuñar las armas

* Ver nota página 147 y 149.

en una segunda campaña contra el invasor que dio por resultado la victoria, liquidando al enemigo toda posibilidad de establecer un estado esclavista en nuestro suelo.

Hemos de ver en esta campaña contra el filibustero la ocasión y el estímulo para que se manifestara por primera vez el sentido patriótico, la fraternidad de la familia costarricense, ayudándose en todas formas para superar los sufrimientos, restañar las heridas dejadas por la guerra y procurar poner en práctica los sentimientos de caridad cristiana, olvidándose de las viejas rencillas localistas que habían sido causa de la llamada Guerra de la Liga.* Pero el mejor hallazgo, la mayor compensación a tantos trabajos y sufrimientos que logró aquella generación de combatientes fue el descubrimiento de que algo, "lo nuestro", la patria había cobrado conciencia de sí en sus propios corazones, en aquellos sentimientos nobles que les habían movido a empuñar el arma, a soportar la desigualdad militar con el enemigo, a no desmayar ante los estragos de la peste y, finalmente, a escribir páginas de gloria en la naciente historia nacional. De entonces para acá podemos hablar de la vivencia de la libertad como de un ingrediente nacional del ser de los costarricenses. La patria ya no es un conjunto de hombres bien o mal organizados dentro de una estructura política de poder, sino una fuerza espiritual que traspasa y vivifica todo y que da aliento para llevar adelante, por encima de todo género de obstáculos que se interpongan, la obra de la protección, defensa y acrecentamiento de los valores de todo orden que constituyen la nacionalidad costarricense.

Guerra de la Liga. En 1823, tras una breve revuelta, Gregorio José Ramírez trasladó la capital del Estado a San José. En 1833 se dictó la Ley de la Ambulancia, según la cual el gobierno estaría 4 años en cada una de las principales ciudades: San José, Alajuela, Cartago y Heredia. Al tomar el poder, en 1835, Braulio Carrillo decidió establecer la capital en el Llano de El Murciélago (hoy San Juan de Tibás). Los políticos provincianos formaron una Liga constituida por delegados de las tres poblaciones disconformes con el gobierno de Carrillo, a quien pedían que dejase el mando. Entre setiembre y octubre de 1835, se produjeron escaramuzas y guerrillas y los "ligueros" fueron vencidos. Braulio Carrillo, tomó la resolución de establecer definitivamente la capital de Costa Rica en San José. (Ver Fernández Guardia, Ricardo. *La guerra de la Liga.* San José, Costa Rica: Librería Atenea, 1.950).

La libertad tiene, pues, para la generación del 56, el sentido de una vivencia religiosa, patriótica y política. En primer lugar la libertad como vivencia religiosa o sea como sentimiento de que se nace, se vive y se muere dentro de una fe heredada en nuestros padres y que nadie, ni nada puede apartarnos de ella sin nuestro pleno consentimiento. La vivencia patriótica o política de la libertad tal como la vivieron los combatientes del cincuenta y seis no era cosa que el sentido de la independencia y soberanía del Estado costarricense, el convencimiento de que era inadmisibles la pretensión de un grupo de facinerosos de someternos por la fuerza para la realización de sus pretensiones. El costarricense de entonces ama la libertad y la quiere para poder regirse por sus propias leyes y escoger a sus propios gobernantes. Esto supone que ya se ha asimilado en lo esencial la prédica liberal y se está en el camino de darle forma al gobierno democrático de acuerdo con la independencia nacional.

La generación siguiente a la que hizo la guerra se va a encargar de saturar al país con la idea liberal, ponderando los beneficios que habrán de seguirse del implantamiento de la democracia liberal, sobre todo si se logran las conquistas que propugnan como ideales todavía no alcanzados. Este nuevo orden tan prometedor, mezcla de liberalismo y positivismo, no será posible sin una adecuada ilustración, por eso los líderes políticos de entonces insistieron en toda oportunidad en la necesidad de educar al soberano para capacitarlo debidamente a fin de que pudiera disfrutar de las libertades políticas que se le brindaban correspondiendo con un alto sentido del deber cívico. Tenemos ya dos factores importantes que desde entonces habrán de modelar el carácter nacional: la idea de la democracia liberal y el valor de la educación como medio de mejoramiento individual, social y político.

Ya al final del siglo diecinueve se pasa de la propaganda demoliberal a la elaboración del modelo jurídico en el que habrán de cristalizar el idealismo liberal ortodoxo cíclica la primera época y el es-

píritu práctico del costarricense. Así viene la reforma liberal del 89 y de los primeros lustros del siglo veinte.

Todo este esfuerzo, verdaderamente colosal para un pueblo tan pequeño como era Costa Rica en la segunda mitad del siglo pasado, dio como fruto la consolidación definitiva de nuestra Independencia y la amalgama de ideas políticas venidas de fuera con el pragmatismo criollo, productos de la sabiduría que el costarricense había ido atesorando en largos siglos de luchas y miserias, de exaltaciones y abatimientos. Fue así como se configuró una de las características más felices del alma nacional: la tolerancia.

*El tico** es tolerante, rehuye los extremismos, tiende a situarse en una línea media, tanto en orden a las decisiones que debe tomar en el plano individual como en el político. Los extremismos llegan a provocar en unos, temor, en otros, burla, "choteo", en otros franca hostilidad. Pero con todo, nos toleramos sin que nuestros odios culminen en furor destructivo, en venganza fría y calculada o en el crimen político. Algunos llaman a esto indiferencia, mera apatía o desgano por las cosas valiosas, pacifismo burgués que sólo sirve para perpetuar un régimen de explotación del hombre por el hombre. Otros consideran que este espíritu tolerante en el fondo es el resultado de una educación bien asimilada, madurez política de un pueblo que tiene fe en sus instituciones y sólo espera que mediante el ejercicio de la libertad bien entendida se alcancen todos los objetivos políticos, sociales, económicos y culturales necesarios para el engrandecimiento del país, y, sobre todo para el desarrollo pleno del pueblo costarricense, sin necesidad de caer en ninguno de los extremos, de la derecha o de la izquierda, que hoy se ofrecen como soluciones radicales para todos los males que padecemos.

Al hablar de tolerancia podemos también hablar de "liberalismo a la tica" como de una sola y misma cosa. Se trata, en buena parte, del

Ver nota página 104.

viejo fermento hispanocristiano que permite ver en todo hombre a un semejante, con las mismas posibilidades de pecado y de gracia, de miseria y grandeza. El sentimiento de la igualdad de todos los hombres, cuanto más si éstos han tenido que pasar por las mismas pruebas, como es nuestro caso, predispone al diálogo, a la comprensión y a la tolerancia. Sobre estas convicciones y experiencias históricas vino posteriormente a operar el ideario demoliberal, importado principalmente de Francia. Libertad, igualdad y fraternidad eran tres vivencias que ya estaban en el corazón de nuestro pueblo: sólo faltaba elevarlas a la categoría de derechos consagrados en la carta magna para que surtieran su efecto político. De la mezcla de tales principios y de la interpretación de los mismos dada por el genio nacional surgió un liberalismo "vernáculo" que, con ligeras variantes, es el mismo que hoy practicamos y que regula tanto nuestra vida hogareña como nuestras relaciones sociales, económicas y políticas. Diremos, para terminar este punto, que en el fondo de nuestra tolerancia hay toda una cosmovisión o enfoque global de la vida que nos permite interpretar la existencia como un equilibrio de tendencias sostenido por la prudencia sin excluir los cambios necesarios para el mejoramiento del hombre. El toque está en poder salir de esta época de crisis tan aguda en que vivimos sin necesidad de elaborar una cosmovisión nueva y sobre todo opuesta en sus postulados a la que hemos creado al través de nuestra historia. Sólo el porvenir nos dirá si somos capaces de seguir conciliando la libertad con los cambios imperiosos que impone el desarrollo de los pueblos, tal como lo hicieron nuestros bisabuelos. Confiemos en que así habrá de ser.

111. EL INDIVIDUALISMO

El conquistador era el prototipo del hombre que fía en sus fuerzas, en su tenacidad y capacidad heroica para sobreponerse a todas las dificultades. Esta seguridad en sí mismo, este señorío, a veces des-

orbitado, le permitieron llevar adelante las hazañas más descomunales, rayanas en la fábula y superiores a las aventuras de los libros de caballería, incluyendo las de aquel loco sublime, el ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha, un caballero frustrado por no haber podido dar el salto al Nuevo Mundo. El español propende a ser una excepción, un ser privilegiado en el sentido de vivir como si tuviese un fuero o código privado; de aquí su arbitrariedad, su sentido de la justicia y de la equidad, y, más allá, su benevolencia, su envidia y su tendencia a constituir círculos o minorías selectas. Hemos visto cómo al través de los siglos las virtudes hispanas se han ido despotenciando en algunos aspectos, en tanto que en otros casos han sido sustituidas por otras. En el caso de nuestro individualismo sobreviven algunas notas del ancestro peninsular, una de ellas, muy positiva, es la benevolencia. Se trata de una inclinación o propensión a dejarnos ganar por los primeros sentimientos que nos inspiran las personas que tratamos por primera vez, movidos por simpatía y buena voluntad. Por eso suele decirse que el *tico* es acogedor, agradable y es cierto, sobre todo si lo comparamos con otros pueblos que se muestran huraños e inamistosos al principio. Con todo, esta actitud inicial no conduce normalmente a una mayor profundización de los sentimientos de tal manera que permita la consolidación de una amistad cordial, franca y capaz de llegar a la entrega desinteresada; nuestras relaciones sociales se caracterizan por su superficialidad, rara vez logran superar las pruebas con que la vida las acrisola y vigoriza.

Otro carácter que persiste en nuestro individualismo y que indudablemente tiene sus raíces en el talante español es la tendencia a imponer el propio capricho. Para lograrlo se recurre a mil tretas legales en las que somos muy hábiles o bien dejamos que pase el tiempo para ver si la autoridad actúa, cosa que rara vez ocurre debido a la incuria con que se manejan los asuntos públicos. De aquí proviene el que a veces se confunda esta arbitrariedad con una tendencia al anarquismo en sus varias formas. Una cosa es el capricho, sobre todo cuando éste es sinónimo de la "real gana" española, en la que ciertamente puede

con justeza apreciarse una de las fuentes del anarquismo auténtico y otra es el mero capricho o la "gana", típicamente tropical, o sea el dejarse llevar de los impulsos vegetativos de la pereza. Aquí impera cierto desgano o apatía, tal como la caracterizamos ya, pero no una altiva rebeldía en contra de la norma establecida, o del poder legítimamente constituido. El costarricense se somete mansamente a la ley cuando ésta se hace sentir, pero actúa como si no existiera cuando se trata de su propio provecho, es decir, en materia de negocios, de contratos y de herencias. También se acusa mucha arbitrariedad en el campo de las relaciones humanas cuando éstas vienen reguladas por reglamentos oficiales o particulares; en estos casos imperan los sentimientos de simpatía o el interés sobre las normas de justicia y equidad.

Llegamos ahora al carácter propio del individualismo criollo, tal como ha venido a quedar conformado en nuestros días, tanto en el aspecto moral, como en el económico, en el social y en el político. Veamos estas notas por separado.

El aspecto moral de nuestro individualismo tiende, más que a promover los valores de la personalidad por la defensa de los propios derechos, a cerrarse y condenarse en un frío egoísmo que sólo tiene los ojos puestos en la posesión y disfrute de bienes materiales y de placeres meramente sensibles. Aquella sobriedad de nuestros antepasados, de que nos habla tan elegantemente Mario Sancho en sus *Memorias*, es difícil verla en nuestros días. Hoy se propende a creer que el valor de las personas reside en un poder adquisitivo, sin importar mucho los medios con que se logró tal poder. Se teme a la alienación material ocasionada por la pobreza, pero no se repara en la alienación moral que impone la riqueza. Se va perdiendo, pues, la sensibilidad para sentir los valores morales, lo que equivale a un progresivo enfeudamiento de la voluntad, a una disminución de la libertad interior, con lo que paulatinamente el costarricense acaba por aburguesarse, convirtiéndose en un individuo desprovisto de aquella generosidad, de aquel desprendi-

miento y señorío que adornaba a las gentes de antaño, siquiera fuera en dignidad con que sabían soportar la pobreza y en el desprendimiento con que se deshacían de los bienes terrenales, entregando con frecuencia, sus bienes para obras de caridad.

En el aspecto social el costarricense es acogedor, de modales sencillos, afables, de espíritu conciliador y tolerante. Con tales prendas es lógico que la vida de relación transcurra por un cauce normal, disfrutándose de sosiego y paz, tanto en el círculo de la vida hogareña, como en el ámbito de la nación entera.

En Costa Rica no existen clases sociales; habría que hablar más bien de clases económicas, como ocurre en todos los países de Latinoamérica, a saber, la de los ricos y la de los pobres, porque la mal llamada clase media, tanto por su capacidad económica, como por sus gustos y formas de vida hay que involucrarla dentro de la clase rica. Si exceptuamos los momentos de congoja nacional ocasionados por desastres naturales, guerra o cualesquiera otros tipos de emergencia en los cuales el costarricense da muestras de generosidad, de fraternidad cristiana, en el proceso de la vida cotidiana vive con el pensamiento puesto casi exclusivamente en los asuntos propios o de su familia, mostrando gran indiferencia a los problemas del prójimo y, sobre todo, a los de la comunidad, sea esta municipal, provincial o nacional. Quizá ha contribuido a esto el tipo de educación recibida, la formación escolar basada en programas concebidos dentro de un marco ideológico eminentemente liberal y capitalista, y, desde luego, la formación dentro del hogar y en el templo. Podrá haber también otros factores como el aislamiento a que por siglos nos condenó una mala organización colonial, hoy ya felizmente superado por las nuevas vías de comunicación, pero lo cierto es que en lo social es donde más se nota nuestro individualismo, tan falto de cooperación para toda obra que implique solidaridad y sacrificio. El ciudadano se ha acostumbrado a que el Estado resuelva todos los problemas, proporcione los medios para el sostenimiento de toda clase de institu-

reos, favoreciendo el desarrollo de un individualismo político que empieza por buscar toda clase de garantías para las inversiones, para la propiedad privada, mediante el control del poder político y acaba por absorber todos los medios que coadyuven al sostenimiento del régimen, desde la educación pública en sus diversos grados, hasta la universidad, desde el implantamiento de un mercado libre, plenamente competitivo y sin controles que defiendan al consumidor, hasta la estrangulación de las garantías laborales.

La política de corte liberal en Costa Rica es un sistema en el que el individuo teóricamente disfruta de todas las libertades y puede escalar todas las cumbres valido de su esfuerzo personal, para eso le capacita la educación recibida y las leyes del país. En la realidad ocurre algo muy distinto, el individuo es un simple átomo, una débil voz que se enfrenta a los poderes del Estado sin encontrar apoyo, defensa y protección en los organismos intermedios de la sociedad, porque éstos no existen o no funcionan a causa de un régimen centralizado que impide el normal funcionamiento del pluralismo social. Este mismo individualismo hace que cada cuatro años los figurones políticos, inflados con el poder que les confiere el triunfo en las urnas electorales, generalmente desprovistos de auténticos valores personales, tratan de imponer las nuevas fórmulas improvisadas. Por medio de tales arbitrios pretenden resolver los problemas del país, para lo cual es frecuente que destruyan, si así lo dicta la conveniencia de los partidos, parte de la obra positiva dejada por el gobierno anterior, empezando por destituir los empleados de filiación política contraria a la del partido victorioso, si bien en los últimos años este mal se ha atenuado un poco, gracias al régimen del servicio civil, pero todavía existen muchos medios para burlar la ley.

El sistema tradicional de la política costarricense ha modelado un tipo de ciudadano indiferente a los verdaderos problemas políticos de la nación; ésta es una de las causas de que no prosperen los partidos políticos con mentalidad nueva, con ideales de justicia social, sobre todo

cuando éstos claman por cambios estructurales rápidos, acordes con las necesidades más apremiantes. Entonces vemos cómo la apatía se convierte en temor que es hábilmente explotado por los demagogos, utilizando el argumento especioso de que los enemigos de las instituciones democráticas amenazan con destruir el "orden establecido", entendiéndose el régimen de explotación capitalista que nos gobierna sin interrupción desde la constitución de la República.

En el extranjero se nos aprecia por nuestra preocupación cultural -"una nación que tiene más maestros que soldados"-, por el sentido de nuestra hospitalidad, por nuestro pacifismo, por la estabilidad de nuestras instituciones, por nuestra armonía religiosa, por nuestro amplio espíritu de tolerancia y por la belleza de nuestras mujeres. Es el clisé que, con el correr de los años, ha estereotipado el extranjero que viene a nuestro país atraído por la dulzura del clima y por las ventajas que ofrece el cambio de moneda. En todo esto no ha mediado para nada la propaganda turística que apenas si hasta ahora empieza a organizarse en muy pequeña escala, de manera que bien podemos aceptar que hay un fondo de verdad en estos elogios. Pero una cosa es el elogio cortés y hasta diplomático de quien, después de permanecer una temporada entre nosotros, se despide alabando en forma hiperbólica las virtudes y escamoteando los defectos y vicios observados, y otra la verdadera realidad que constantemente nos sale al paso a quienes nacimos, vivimos y moriremos, así lo quiera Dios, en este bendito solar patrio.

Son muchas las notas y matices que contribuyen a completar las líneas características del costarricense; así podríamos hablar de su sentido del humor, del chiste, en su doble forma popular y culta; de su alegría algo recatada que culmina en el *güüpipía** campesino, tan celebrado en otro tiempo por la trusa de Aquileo;+ el aprecio por la cultura que se

Ver nota página 290.

† Aquileo J. Echeverría (1866-1909), el poeta nacional, como lo llamó Rubén Darío, escribió un romancero costumbrista titulado *Concherías*

nota por el desarrollo de la enseñanza en todos los planos; la religiosidad, un poco debilitada en los últimos tiempos, pero que se manifiesta en las situaciones límites con toda su autenticidad y en formas un tanto sensuales en las funciones del culto y en los homenajes que se le tributan anualmente a la *Negruta* y en épocas de congoja nacional. Pero también hay que agregar, por más que duela, nuestra falta de coraje para las empresas riesgosas, el creciente espíritu de lucro, el sensualismo erótico que estimula la prostitución en forma creciente, el alcoholismo, fomentado desde la altura por el Estado y promovida en forma inmoral por la propaganda, el contrabando, el robo y el chantaje, así como las mil formas de burlar las leyes fiscales del país. Con estos vicios y estas virtudes nos presentamos ante el mundo para que conozca nuestro verdadero rostro y no la máscara diseñada por ahí para engañar bobos y seguir utilizando el opio de "la eterna primavera", "la Suiza de Centroamérica", "el mejor café del mundo" y "la belleza de nuestras mujeres". No es posible aprisionar el ser nacional en unos cuantos conceptos o trazos magistrales, cuanto más que no existe, como lo indicaba al principio, tal ser nacional. Existe sí un modo de ser, de vivir, de actuar, de sufrir, de cantar, de luchar y de pecar del pueblo costarricense que nos permite fijar de tiempo en tiempo sus caracteres distintivos, sus rasgos más salientes, en el sobrentendido de que, según sea el ritmo histórico de su existencia, tales rasgos pueden variar no sólo en aspectos anecdóticos sino en sus estructuras más profundas.

Haría falta agregar que en estos momentos asistimos a un verdadero cambio de perspectivas, sobre todo entre la juventud, la cual empieza a tomar conciencia de su situación en la Historia, de su importancia como fuerza de cambio, de la realidad nacional y del futuro que la espera. Es cierto que se trata por ahora de un ligero brote, pero no se deben menospreciar las posibilidades que indiscutiblemente se le presentan a las nuevas generaciones en el momento actual, tanto en nuestro país como en el resto de Latinoamérica y del mundo. Hemos llegado a un punto en que, por primera vez, los jóvenes cuentan con

medios suficientes de información para hacerse una idea clara de los problemas básicos de la sociedad y de la cultura de nuestro tiempo, así como de las posibilidades que tienen para hacer valer su poder creador en el proceso de cambio porque atraviesa la sociedad contemporánea, si bien, hay que reconocer que si no se establece un diálogo amplio y comprensivo con la generación de sus padres y si no se comparten las responsabilidades, tal poder creador puede convertirse en un poder simplemente destructor. De cualquier modo debemos admitir que, en un plazo no muy lejano, estas fuerzas nuevas habrán de introducir muchas variantes de fondo en el complejo estructural que actualmente integra la imagen y el ser del hombre costarricense, tanto en sus aspectos ético-religiosos, como en los sociales, políticos, económicos y estéticos.

Como nota final, ya que me he referido a los factores estéticos del pueblo costarricense, cabe hacer la observación de que hoy carecemos de un verdadero folklore. Ha desaparecido, con los cambios socio-económicos de los últimos cincuenta años, el *concho** con su indumentaria, su habla y sus costumbres; la tracción automotriz ha desplazado la carreta y con ella aquellas vistosas y bellas decoraciones que constituían, junto con la guaría moradat y el punto guanacasteco,§ las notas folklóricas más destacadas de nuestro pueblo. Hoy se propende en algunos países de nuestro continente, que sienten la necesidad de exaltar los valores propios como medio para lograr algún día la floración de una cultura nacional auténtica y no meramente importada, a favorecer y estimular las creaciones del genio nativo que se esconde en los repliegues inconscientes del alma nacional. Creo que ha llegado la hora de que las autoridades competentes comprendan la importancia de una labor deliberada y plenamente consciente que tienda a orientar y dirigir el talento natural de nuestros campesinos y de los pocos aborígenes que

Ver nota página 285.

f *Guaria morada* (*Cattleya Skinneri*). Orquídea, declarada flor nacional de Costa Rica.

§ *Punto guanacasteco*, considerado el baile regional representativo del espíritu costarricense.

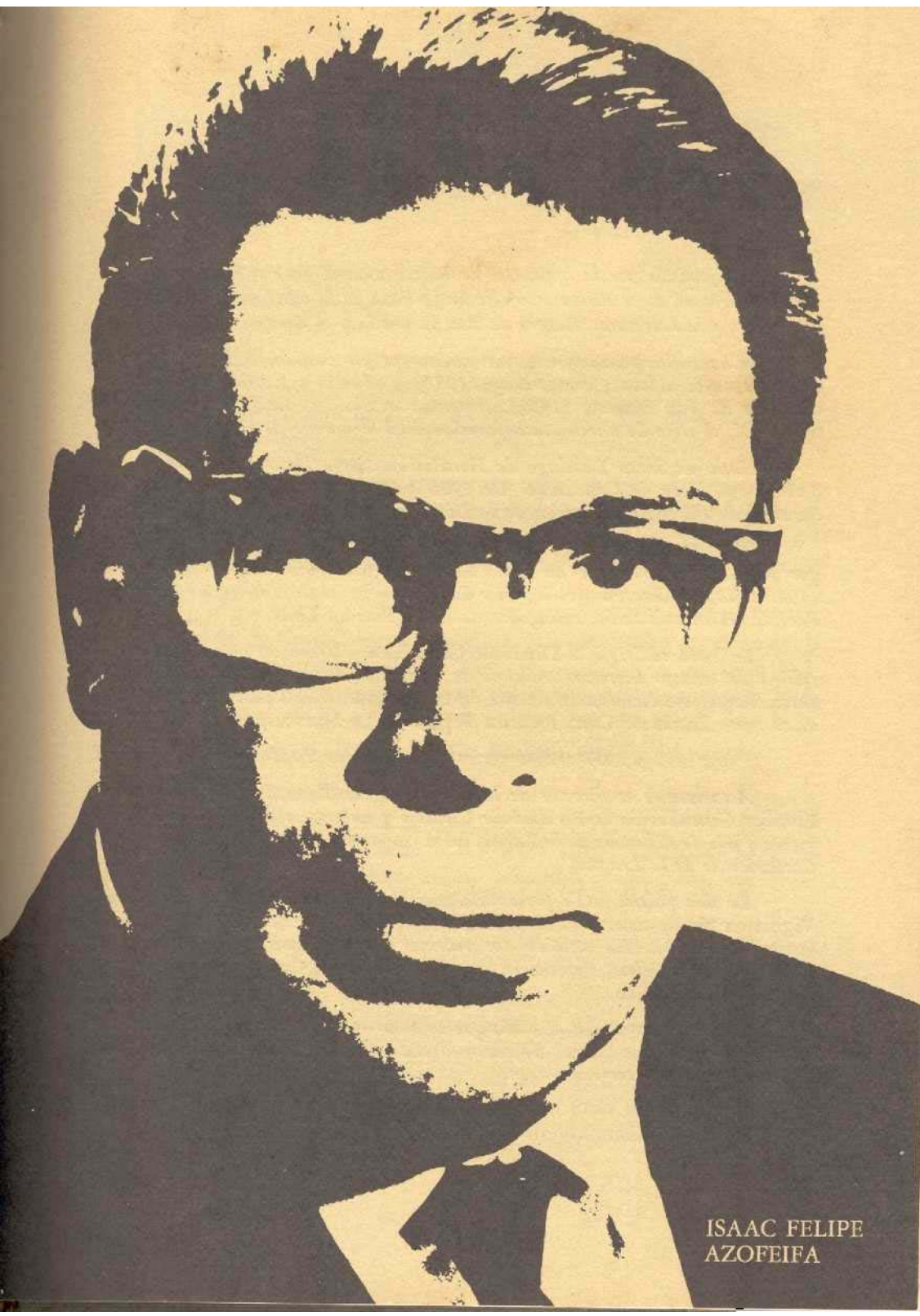
sobreviven casi olvidados en nuestras selvas. El folklore no se crea por decreto, ni se improvisa, pues no se trata de hacer folklore, sino de poner las condiciones para que, raspando un poco el falso barniz de una cultura mal asimilada, el pueblo vuelva a ser pueblo creándose a sí mismo, haciéndose a sí mismo mediante unas formas de vida y de belleza que sean la expresión de su propio sentir. Sin folklore no hay renovación artística posible, sobre todo en un pueblo que ha sido pobre en este tipo de manifestaciones y que se encuentra expuesto a una verdadera invasión de ideas, doctrinas, modas, gustos y modelos de vida venidos de todos puntos de la rosa de los vientos. Es necesario ponerse a la tarea de recrear nuestra cultura desde su base, peleando por lo nuestro con amor, con sentido de responsabilidad, con verdadera devoción. Día vendrá en que, al cabo, podamos mostrar ante el mundo el fruto maduro de una expresión cultural verdaderamente nacional, por lo menos en el campo del arte que se alimenta en el subsuelo fecundo de la realidad humana.

En una apreciación global y comprensiva del modo de ser de la gente costarricense, con miras a destacar sus rasgos más característicos, es menester hacer acopio de datos históricos, de análisis serios para ver, no sólo cómo supo conducirse en las varias situaciones que le deparó su destino, cómo se comportó ante las exigencias de cada época, sino ante todo, si respondió al reto de los tiempos con la altura que los mismos querían. Sólo cuando los progresos de las ciencias históricas en nuestra patria nos permitan completar el cuadro armonioso de las distintas épocas, podremos estar en capacidad de retomar el problema que aquí se ha esbozado para buscar de nuevo las líneas fundamentales que estructuran nuestro ser histórico, y, por su medio, la idiosincrasia de nuestra nación. Pero de todos es sabido el estado en que se encuentra, no sólo la investigación histórica, sino el estudio de la realidad social, económica, educativa y cultural de Costa Rica. Hasta tanto no se emprenda muy en serio este trabajo no podremos ofrecer más que ensayos de interpretación, quizá bien dirigidos, pero no siempre acertados.

Hemos de aspirar, mientras tanto, a que la historia futura no repita los errores del pasado, es decir, a que nuestro pueblo, dirigido por gobernantes y líderes responsables y conscientes de su misión para con la patria, sepan guiarlos por senderos ciertos, sin engaños, con su corazón siempre dispuesto a infundir en el ánimo de los costarricenses una fe inquebrantable en su destino, en sus posibilidades de desarrollo, en lo que él es capaz de realizar por sí mismo, si se le aconseja bien y se le ayuda. "Lo tico permanente", los valores auténticos que hemos sabido encarnar en los cortos años de nuestra vida independiente, deben inspirar los esfuerzos venideros si queremos entrar con paso firme en el período histórico que se avecina, tan pronto hayamos superado la crisis en que hoy nos encontramos. Todos los vicios o defectos que hemos contraído es necesario ser pasados por la criba de la sana crítica para que, percatándose de los mismos, podamos extirparlos, cultivando las virtudes contrarias, olvidando el fatalismo perezoso que, echado a la sombra de nuestras florestas, deja podar lo más grande y dorado de nuestras espigas. La patria espera de nosotros la elaboración de grandes designios colectivos que nos permitan trabajar unidos desterrando, en lo posible el bajo espíritu de lucro, el individualismo egoísta para acelerar la marcha de la historia y corregir las desviaciones, los estancamientos e interrupciones que la mala fe, la ignorancia y el espíritu de rutina han interpuesto a nuestro paso.

El bienestar, el desarrollo total del hombre costarricense es el designio grandioso que se presenta a las miradas de las nuevas generaciones como programa de acción, como meta de sus ansias revolucionarias. Si un pueblo es lo que quiere ser, despleguemos todas las energías de que somos capaces para escribir la historia de nuestros altos destinos. Tenemos muchas virtudes, muchas conquistas realizadas en el camino de nuestro engrandecimiento, sólo necesitamos voluntad, fe e imaginación para esculpir los rasgos más nobles de nuestro ser en el granito que está allí esperando nuestra decisión creadora.

Somos un pueblo joven y, si de los jóvenes es el futuro, bien podemos asegurar que el siglo veintiuno nos encontrará en pleno proceso de expansión espiritual y cultural, en un afanoso reajuste de todos los valores que habrán de ser puestos al servicio de la promoción integral del pueblo costarricense. Pongamos mano a la obra.



ISAAC FELIPE
AZOFEIFA

A guijoneado por la inquietud de buscar nuestra propia, íntima, razón de ser costarricenses, Isaac Felipe Azofeifa ha luchado en la enseñanza, la política, el periodismo y la literatura. Dentro de esta, la poesía y el ensayo.

Se ha vuelto para interrogarnos nuestro propio destino, según sus palabras. Tal sus ensayos «Liceo y democracia» (1937) y «Teoría y práctica en la reforma educativa de don Mauro» (1955). Intentan explicar el trasfondo cultural del siglo XIX, el siglo de nuestra incorporación vital al mundo de la cultura europea.

Nació en Santo Domingo de Heredia en 1909. Hizo sus estudios secundarios en el Liceo de Costa Rica. De 1929 a 1934, en la Universidad de Chile, Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación.

Profesor de sicología y literatura en el Liceo de Costa Rica hasta 1948 en que pasó a la Universidad de Costa Rica. Fue Secretario General de la ANDE (1946-1948) y Director de Segunda Enseñanza en el Ministerio de Educación Pública. Años más tarde, embajador de Costa Rica en Chile.

En 1944 codirigió el Diario de Costa Rica y le dio un robustecimiento al cultivo del ensayo literario. Aún no se han recogido sus ensayos dispersos en Surco, Repertorio Americano, Revista de la Universidad de Costa Rica y en periódicos como Diario de Costa Rica, La República, La Nación y Universidad.

Entre 1952 y 1957 realizó varios viajes por los Estados Unidos y Europa.

Actualmente es director de la cátedra de castellano del Departamento de Estudios Generales de la Facultad de Ciencias y Letras; subdirector del Departamento y jefe de redacción de la Revista de la Universidad. Pertenecer a la Academia Costarricense de la Lengua.

Su obra poética está representada por cinco títulos; Trunca unidad (1958), Vigilia en pie de muerte (1961), Canción (1964), Estaciones (1964) y Días y territorios (1969). Ha recibido dos veces el Premio Aquileo J. Echeverría, en 1964 y 1969; el Primer Premio de poesía del Certamen Centroamericano de Literatura, El Salvador, en 1961.

Incluimos su ensayo «La isla que somos» --escrito especialmente para esta antología-- en el que intenta, de nuevo, destacar algunas de las virtudes y algunos de los defectos del ser costarricense.

LA ISLA QUE SOMOS

Inédito

EL costarricense que viaja y el extranjero que nos visita, hacen la misma frase. "Esta es una isla en el mundo". Pero este país no es una isla, no una tierra en medio del mar, sino una nación, un país hecho de sustancia distinta de los demás que componen el mundo.

Por lo pronto, está situado en esa zona en que el Istmo centroamericano se adelgaza más y más descendiendo hacia la cintura del Continente donde el Canal de Panamá muestra su herida abierta. El nombre del país es paradójal, pues su vida no está en las costas, que las tiene en ambos océanos. Y estas costas son las más pobres y abandonadas.

La vida de Costa Rica se concentra y se desarrolla en el encierro de un valle intermontano o Meseta Central, nombre con que está bautizado en las geografías escolares. Es un valle de apenas veinte kilómetros de ancho por sesenta de largo, a mil metros de altura, circundado de cerros y volcanes, a cien kilómetros de cada una de las costas.

Más allá de esta Meseta existen llanuras extensas, bosques vírgenes, fértiles hondonadas, ríos caudalosos, lagunas ricas en pesca, y en la [linde de](#) los dos mares, playas para el ocio, y costas desoladas y bahías para contrabandistas, y tierras bajas, húmedas, rica presa del neo-colonialismo de las compañías bananeras.

Más de la mitad de la población del país vive encerrada en el refugio amable de la Meseta. Cuando el costarricense habla de su tierra está pensando en la que va del volcán Irazú a los cerros del Aguacate; del volcán Poás a los cerros de Bustamante. Aquí, junto con la capital del país, a sólo 15 o 20 kilómetros las demás, se agrupan las de cuatro provincias. Las tres restantes, periféricas, no cuentan. El costarricense las visita como turista y los políticos también. Pero es que hay razón: toda la historia del país durante tres siglos de coloniaje español y siglo

y medio republicano se desenvuelven primero en el escenario de bosques, plantaciones de tabaco, campos de trigo, siembras de caña, y luego, desplazando aquellos cultivos, a partir del siglo XIX, todo ocurre sobre el fondo verde del cafetal, fundamento económico de la oligarquía de costumbres rurales, republicana, liberal, chata, miope y de vuelo corto que ha gobernado el país. Campesinos, en fin, con un miedo esencial a la aventura de las ideas y a la aventura del progreso. En la Meseta se equilibran, se atemperan y contrarrestan la humedad caliente de la zona atlántica y la sequía ardorosa del territorio abierto al Océano Pacífico. Así logra este valle un clima dulzón en que el barómetro marca todo el año los veintiún grados de permanente frescura primaveral; en el cielo durante seis meses exhiben las nubes una espectacular *mise en scène*; y otros seis se acomodan como compacto rebaño para el ordeño diario de la lluvia, y que es una lluvia con horario fijo. Pero la humedad hincha las maderas, enmohece cuanto se guarda, hace crecer hongos en todos los rincones, descompone y pudre velozmente la materia orgánica, hace germinar las semillas en los lugares más absurdos, y establece para el goce de la mirada y la calina de la sensibilidad, el color verdeazul del paisaje, que enerva y adormece como un aroma venenoso.

Desconfiado y astuto como un montañés; cortés pero tímido; trabajador sin constancia, buscando el provecho fácil de su esfuerzo; campesino egoísta pero bondadoso, cazurro siempre, vive aquí un pueblo que no ha sido ni miserable ni inmensamente rico; ni guerrero ni sumiso; ni servil ni rebelde; independiente sin guerra de independencia; liberado del coloniaje español por virtud de un oficio llegado de Guatemala un día de octubre de 1821, en que se le hacía saber que desde el 15 de Setiembre. .. En suma, un pueblo sin sentido trágico de la existencia. Un pueblo sin héroes, y que si alcanza a tenerlos, los destruye o los olvida, que es otro modo de destruir. El conductor de la lucha victoriosa del año de 1856 contra los negreros sureños encabezados por William Walker,* el que salva a Centroamérica con su loca de-

* Ver nota página 149.

cisión de enfrentar a los mercenarios un pueblo desarmado y sin experiencia guerrera, ese mismo acaba fusilado* apenas cuatro años después por los comerciantes de la capital, alguno de ellos incluso pariente del ajusticiado. El líder de la lucha contra la tiranía de los dieciocho meses, de los hermanos Tinoco, Rogelio Fernández Güell, + asesinado por esbirros y no muerto por soldados, sólo tiene ofrecido a su memoria el nombre de una avenida, la Avenida Central de San José, que en la Grúa de Teléfonos y en los avisos de los Ministerios de Gobierno aparece como Avenida Cero. El soldado adolescentes que muere bajo las balas del invasor norteamericano, cuando logra prender llama al mesón -cuartel del enemigo- apenas viene a ser una figura humana para animar fiestas escolares. El máximo héroe de nuestra cultura, Mauro Fernández, reformador de la enseñanza, enérgico propulsor de la escuela democrática, igualitaria, liberal, alcanza un día a tener un hermoso monumento que es destruido por las turbas y nunca se vuelve a levantar; por el contrario, su nombre azuza siempre el sentimiento de revancha de los católicos conservadores que han logrado sepultarlo en el olvido con la bovina aquiescencia del profesorado costarricense, católico, de-

Se refiere al Presidente Juan Rafael Mora Porras, fusilado el 30 de setiembre de 1860, en Puntarenas.

Rogelio Fernández Güell (1868-1918). Periodista: que combatió el régimen de los Tinoco contra el cual encabezó un movimiento revolucionario improvisado por su idealismo, que fracasó. Fue asesinado en 1918.

Soldado adolescente. Juan Santamaría, el héroe epónimo de Costa Rica. Era el tamborcillo del ejército costarricense que combatía al filibustero William Walker. En la batalla del 11 de abril de 1856 incendió el edificio donde se encontraban las fuerzas filibusteras, y gana con el sacrificio de su vida los laureles de héroe nacional. Al ofrecerse como voluntario para la hazaña dijo: "Yo iré, pero les encargo que no se olviden de mi madre". (Relato de José María Bonilla. *Costa Rica Ilustrada*, 15 de mayo de 1891; reproducido en Dobles Segreda, Luis. *El libro del héroe*. (San José, Costa Rica: Imprenta Lehmann, 1926), p. 95. En Alajuela, su ciudad natal, se le levantó en 1891 un monumento que se considera como una especie de santuario del patriotismo costarricense.

Mauro Fernández. Ver página 98.

mocrático y patrioter. Los creadores de nuestro Estado, Ramírez y Carrillo,* han sufrido también la pena de la desmemoria, de desacato valorativo, al que el hombre costarricense condena a sus grandes creadores, como si, incapaz de hombrearse por estimación de sí mismo, con las cimas humanas de su cultura, las condenara por oscuro rencor de una sociedad de medianías al purgatorio de los frustrados. Así, es evidente que somos un pueblo sin sentimiento heroico de la existencia. Un pueblo feliz, contento de vivir bobaliconamente el sainete sin hieles de su historia, anclado en el mar de verdura de su Meseta Central, como una isla.

Resulta entonces que somos un pueblo que sufre de pueril satisfacción de sí mismo. Su insularidad -hallazgo verbal de un joven escritor-, le pone a cubierto de deprimentes sentimientos de minusvalía. Por esto mismo tiene un goce ingenuo y generalmente un poco grosero, aldeano, del humor. No se hizo para él la cara trágica ni el discurso complejo de la vida, del mundo. Es optimista. Le gusta la anarquía, la informalidad, el desorden, que confunde con la libertad. Por esto le

Ramírez y Carrillo.

Gregorio José Ramírez (1796-1823). Exponente de la causa liberal y republicana que estructuró el Estado de Costa Rica en 1821. En su calidad de Representante por Alajuela suscribió el Pacto de Concordia. Luchó contra las ideas imperialistas de clase y porque se respetaran los deseos del pueblo a participar libremente en la política. En 1823 se vio improvisado jefe militar. A su nombre "hasta el indio pusilánime se había hecho un feroz guerrero" -declaró Santos Lombardo-. Vencedor de la batalla de Ochomogo; a causa de este triunfo, se trasladó la capital a San José. Durante diez días ejerció el mando con drasticidad mientras los Ayuntamientos y las Asambleas populares reorganizaban al Estado. Enseñó el respeto que se debe a la opinión pública y a las instituciones garantes del orden y de la libertad. Fue desinteresado y gran patriota. Se le conoce como el "Restaurador de nuestra Independencia".

Braulio Carrillo (1800-1845). Hombre enérgico y dinámico. Había estudiado leyes. Jefe de Estado de 1835 a 1842. Verdaderas transformaciones se produjeron en esta época. Como estadista estructuró el Estado costarricense y logró la unidad nacional y sacar a Costa Rica de la anarquía y de la desarticulación. En 1838 declaró que "Costa Rica asumía la plenitud de su soberanía y formaba un Estado libre e independiente". En 1841 dio un paso torpe; se declaró Jefe vitalicio y, en 1842, fue derrocado. Murió asesinado en 1845, en El Salvador. Fue declarado Benemérito de la Patria en 1971. (Véase Francisco M. Iglesias, *Braulio Carrillo; Tributo patrio*. San José, Costa Rica: Editorial Costa Rica, 1971).

carga el orden, la disciplina, la jerarquía. Cuando aparece uno de esos caracteres que ordenan, disciplinan, jerarquizan, lo admira, pero no lo imita. Por esto mismo confunde todos los valores o mejor, no le preocupa carecer de una escala de estos. Todo lo contrario, la mejor actitud es negarlos, decapitarlos con el choteo, con la risa mostrenca del resentido, del desconfiado, del tímido, del oscuro vengador de su propia incapacidad de grandeza. Por esto viene a ser su humor, broma pueril y burda o choteo. Ambas se juntan en aquel acto universitario de unos jóvenes introduciendo un caballo en la sala de clases, o haciendo explotar petardos en el local de la Facultad.

Como ni la historia de su cultura, ni su educación como sistema de propósitos le ofrece una valiosa imagen de sí mismo como hombre o como nación, carece de impulsos y de metas; de ambiciosas a las cuales aplicar su voluntad. Todo lo contrario, no le importa tener poco, hacer a medias lo que se propuso, con tal de ahorrar esfuerzos. Bien está la abundancia, la riqueza, si la buena suerte ayuda, nunca con el sacrificio de los buenos ratos de ocio, nunca corriendo sin aliento en busca de las cosas. El europeo que vemos amasando una fortuna habiendo llegado al país "en alpargatas", "con una mano adelante y otra atrás", -según la realista expresión de nuestro pueblo ' no mueve a envidia a nadie, ni a emulación. ¿Crear riqueza, levantar con enormes esfuerzos una empresa productiva, sacrificando horas de sueño, de ocio, de diversión, de charla, de comida? Sólo pensar que nuestro empeño ha de servir mejor a nuestros descendientes que a nosotros mismos, nos desalienta, nos quita el ánimo. Buscamos el éxito rápido, seguro, pero sin esfuerzo, aunque nuestro provecho sea limitado: tenemos sicología de pulperos, se ha dicho. Pero el pulpero es generalmente también un campesino con santo horror al ingrato trabajo de la tierra.

Lo que nos duele de todo esto es la cantidad de vida humana creadora, sensible, abierta al don de ser y crecer, digna de mejor destino, que se pierde en un país al cual, como a este, le brotó el narcisismo

idiota, la autocontemplación vacía, ya en los tempranos días de la independencia. Apenas habían pasado veinte años de este suceso y ya un extranjero, en periódico satírico de la época, se burla de la opinión vanidosa que tiene de sí mismo este país: único en el mundo -se dice- por sus bellas mujeres, su excelente clima, su riqueza bien distribuida, su paz arcádica. Pero si en algún momento antes esta insularidad y este narcisismo fueron útiles, significaron algo, ahora, al cumplirse los primeros ciento cincuenta años de autonomía política, (inminente ya un gran cambio en el mundo, determinado por el sentido solidario de la conducta humana y el reencuentro de sí mismo en la comunidad en la cual el hombre participa), estará bien que consideremos algunos de los datos más visibles en el haber y el debe del capital con que nuestra nacionalidad va a asociarse a la gran empresa de nuestro tiempo.

En el fondo, el resorte anímico más evidente de esta conducta, del carácter que venimos describiendo, es la insolidaridad, el egoísmo, la mutilación del sentido social de la existencia. El origen de este persistente rasgo está lejos en el tiempo, pero es claro. Los que han perseguido su estudio, todos, citan una y otra vez las frases desoladas de los gobernadores de esta Provincia de la Corona española: *"Esta provincia está apartada de todo el comercio de vuestros reinos, y así se crían por estos montes sin ver otras gentes ni comunicarlos"*. (Informe del gobernador Chaves y Mendoza al Rey. 26 de abril de 1648). En 1719, la capital de la provincia, Cartago, con todo y su escudo de armas y su título regio de "Muy noble y leal ciudad", sólo alcanza a ser para el gobernador don Diego de la Haya Fernández* el más lamentable sitio del mundo americano: *"En medio de las pocas casas con que se halla esta ciudad, son muchos menos los vecinos que la habitan por tener sus haciendas en el campo en los coartarnos de ella, en las que ordinaria-*

Diego de la Haya Fernández (1675-X1739). Gobernó a Costa Rica de 1718 a 1727. De gran cultura y espíritu progresista e ilustrado. (Ver Chacón de Umaña, Luz Alba. *Don Diego de la Haya Fernández* . San José, Costa Rica' Editorial Costa Rica, 1967),

mente residen por la suma pobreza del país, pues pasan de trescientas familias las que están en los campos, en casas de paja ... y solamente vienen a la ciudad en los días festivos a oír misa siendo cierto que en los demás días apenas se hallan diez o doce hombres ... La moneda corriente es el grano de cacao, sin que se conozca el real de plata en lo presente en toda ella, ni haberse podido descubrir de donde tuvo derivación el título de Costa Rica siendo tan sumamente pobre. .. razón porque cada vecino es preciso haya de sembrar y criar lo que ha de consumir y gastar en su casa al año,, habiendo de ejecutar esto mismo el gobernador, porque de lo contrario pereciera ..." Veinte años después, un nuevo gobernador agrega otros datos a este cuadro de miseria: "*No hay escuela de niños, las calles están indignas, desempedradas, los vagabundos abundan, la ociosidad crece, la unión de los pobres para sus sementeras, para que el trabajo les sea más tolerable, no se excita, los ríos no tienen puentes ..."* Todavía en 1803, y en 1809, el gobernador Tomás de Acosta* nos revela que prevalece la situación denunciada desde 1648. -¡Un siglo y medio en que no ha pasado nada!-: "... de lo dicho se deduce que así por la pobreza de esta provincia como por su ningún comercio ... *no se hacer ni pueden hacerse abundantes siembras de los frutos de que es susceptible, porque el labrador, el artesano, el comerciante, el noble y el plebeyo, todos hacen sementera de lo que han menester para el sustento de sus familias"*, En una palabra, aislamiento del país, extrema pobreza generalizada, que elimina los estamentos sociales; aislamiento de todos entre sí, metidos cada uno en su hacienda, en su casa, en miseria; y en consecuencia, abandono de todo interés por la vida colectiva, en comunidad: ni escuelas, ni calles, ni estímulos al trabajo individual ni menos al colectivo, ni interés por

Don Tomás de Acosta (1748-1821). Fue uno de los gobernadores de Costa Rica más progresistas. (1796-1810). Auténtico ilustrado. Se le tiene como el verdadero introductor del café en Costa Rica. Un cantón de la provincia de San José fue bautizado en su honor. (Ver Estrada M., Ligia \I. *La Costa Rica de don Tomás de Acosta*, San José, Costa Rica: Editorial Costa Rica, 1966).

la suerte de la ciudad, del grupo. Nada más allá de *mi* casa, *mi* hacienda, *mi* familia.

Si ya es síntoma grave que en 1648 se describa una sociedad paupérrima, es catastrófico que en 1809 la situación sea la misma, si se considera que tal cosa ocurre en el mismo momento en que las colonias españolas están conmoviéndose por el ascenso de la nueva clase, los criollos, ricos y poderosos, prontos a sacudir el pesado yugo de servidumbre económica a que los tiene sometidos la *Madre España*. Ah, pero es que en todas partes de América había encontrado el español lo que buscaba: minas para explotar, indios para trabajarlas. En nuestro miserable país, en cambio, nobles y plebeyos, -se lamentan los gobernadores-, acabaron por dedicarse a trabajar toda la tierra, y se volvieron labradores los señores. Hasta el burócrata gobernador se ve obligado a "*criar y sembrar lo que había de gastar y consumir todo el año, pues de lo contrario pereciera*". En una palabra, aquí la evolución identificó a todos en el mismo nivel de miseria. Miseria material, que acarrea la miseria cultural. Posiblemente lo que diferenciaba a algunos de todos los demás era su rango burocrático. Y quizá de aquí deriva el prestigio que esta ocupación estéril gana entre los costarricenses. ¡La estampa de perdonavidas que exhiben hogaño algunos de nuestros burócratas! Pero de ahí también la indiferencia, la desconfianza de nuestro pueblo hacia el valor de los estamentos militares, y su poquísimo respeto y frío reconocimiento de las jerarquías sociales. Mas, también, sobre todo, su insolidaridad, su utilitarismo egoísta, y sus hábitos de pobre con su orgullo de pobre pero sin amos. Ni la costumbre del boato, ni la insolencia nobiliaria del español, ni el ánimo guerrero u opresivo contra el indio, ni la condición humillante de las masas esclavizadas, aunque sí hubo como era usual en la época, servicio de esclavos indios y negros hasta bien entrado el siglo XIX. No pudo establecerse la gran tradición religiosa, política, cultural, a la española, con ostentación de borlas y vestiduras, de grados y prebendas, de las catedrales barrocas, de los salones coloniales, de la universidad medieval, vivientes en virreinos y capitanías

la sentencia de muerte contra el sedicioso realista español Zamora, ni a Gregorio José Ramírez durante su dictadura relámpago de diez días, ni a Braulio Carrillo, durante su enérgica administración, para suscribir penas de confinamiento y deportación contra los enemigos de la independencia del nuevo Estado, Aquí también se polarizó la lucha entre patriotas y realistas o imperialistas; pero la lucha, en fin de cuentas, fue incruenta. Los intereses económicos y de clase, sí existían, pero el grupo de los conservadores era débil, y si obtenía éxitos en la triquiñuela política alguna vez, salía siempre derrotado cuando tenía que enfrentarse a las armas y la decisión de los líderes liberales.

En realidad, las actitudes de unos y otros, eran más bien atizadas y puestas al rojo por influencias foráneas. Los viejos costarricenses no sentían arder las pasiones feroces que mantenían en estado de anarquía permanente a los demás países. Por esto las batallas campales terminaban las más de las veces en sainetes. También por esto, desde el principio, todos aquellos hombres, formados en el pensamiento de la Ilustración, agitaban sólo una mágica palabra: las luces, el conocimiento racional. No se había terminado todavía el año 21, y ya estaba listo el que con riguroso lenguaje del siglo XVIII se llama *Pacto social fundamental interino de Costa Rica*, también llamado de significativo modo, *Pacto de Concordia*. Los corazones juntos, aunque las ideas sean distintas. Y luego, inmediatamente, a fundar escuelas. La situación en que el nuevo Estado democrático hallaba la cultura del pueblo, requería cuidados urgentes. Un licenciado elocuente, culto, intrigante, republicano indeciso, ambicioso y hábil político, nicaragüense por más señas,*

Se refiere al bachiller Rafael Francisco Osejo, primer rector de la Casa de Enseñanza Santo Tomás, Primer profesor de filosofía en Costa Rica. El liberalismo costarricense surgió con Osejo como abanderado. Autor de las primeras obras didácticas escritas en nuestro país. (Ver Zelaya G., Chester. *El bachiller don Rafael Francisco Osejo*. San José, Costa Rica: Editorial Costa Rica, 1971). Y, Láscaris C., Constantino. *Desarrollo de las ideas filosóficas en Costa Rica*. (San José, Costa Rica: Editorial Costa Rica, 1964), pp. 50-58.

parece que hizo por esas fechas un juicio amargo sobre el estado de cultura en que los próceres iban a afrontar las responsabilidades de la independencia. *"El costarricense es ignorante por costumbre"*, En la joven ciudad de Alajuela apenas había seis personas que supieran leer. El nuevo régimen requería el rápido establecimiento de escuelas. Y así fue como este país vio asociarse milagrosa y dramáticamente, a la idea democrática, y al sentimiento de la libertad, la doctrina de la educación para todos. No arrastraba el país el fardo y farrago de una tradición cultural asociada al dominio de una clase. La escuela fue de esta manera pensada de una vez como escuela de todos, para todos, sin distinciones, sin discriminaciones por razón del nacimiento o la fortuna. De aquí parte la forja de nuestra democracia en la sala de clases. Apenas empieza a ejercer el poder el primer Jefe de Estado, y ya está ahí el proyecto de establecer casas de enseñanza en todos los municipios; escribe: "En vano se decreta la libertad de los pueblos, la libertad de los individuos, la responsabilidad de los funcionarios, la división de los poderes, la igualdad, propiedad y seguridad. En vano se establece el Cuerpo Legislativo, si no se crían ciudadanos hábiles para el caso; ni Corte de justicia, ni Poder Ejecutivo, si no hay individuos de qué componerlos y si en la masa de los pueblos de cuyas opiniones depende el acierto de aquellos, no se riega anticipadamente la semilla de las luces, que las han de producir". Y así echa a andar por la historia un nuevo Estado en el mundo. Bajo el signo de progreso de la escuela, que pronto será declarada común, gratuita y obligatoria en su nivel primario o elemental. Pobre pero libre; aislado, pero dispuesto a ganar su relación con las riquezas del mundo manejando un producto milagrosamente aparecido con la independencia: el café; ignorante, en fin, pero con la voluntad de levantarse como empresa cultural moderna, en nombre del pueblo.

Durante esta primera mitad del siglo XIX, tan decisiva para el destino de nuestra historia, va a nacer y va a llegar a determinar las características esenciales de nuestra cultura y de nuestra política una oligarquía agraria mercantil, una especie de burguesía rural imbuida

primero del racionalismo dieciochesco y luego del positivismo y utilitarismo del siglo XIX. Hay que imaginarse a aquellos políticos de la primera mitad del siglo pasado en un trabajo como este: hacer o escuchar largos racionios o fogosos discursos en que se expone por todo lo largo la filosofía política del momento; leer los más recientes acuerdos del gobierno federal;* o leer los tratados políticos de los franceses, de los ingleses, de algún español, sobre las formas de gobierno y sus diferencias; o comentar las noticias que llegan de los demás países americanos, que mezclan nombres de generales rebeldes, presidentes depuestos, traidores ejecutados ... En la sobria sala del Ayuntamiento empieza luego la labor de legislar para un país sin tradición intelectual ninguna. Están empezando a crearla. Todo en frío, en abstracto. Sólo la resistencia de algunos curas a aceptar los nuevos principios; o la actitud recalcitrante de algunos aristócratas de Cartago, levanta obstáculos doctrinarios prontamente abatidos. Es tiempo de definición de principios. A propósito de cada suceso, problema, obstáculo o duda, se esgrime una larga y especiosa argumentación doctrinaria. Los que gobiernan aplican un extraordinario poder de intuición política, pero también mantienen bien afinados los cauces lógicos de su pensamiento. Por el origen de su cultura en el siglo XVIII y por la naturaleza de las actividades económicas a que viven entregados, esta burguesía naciente trae consigo una actitud eminentemente racionalista; su lengua es conceptual, y su estilo de gobierno estrictamente legalista. De este principio viene el estilo memorialesco de nuestra cultura, su formalismo jurídico y nuestra expresión hasta hoy en manos de abogados, leguleyos y sofistas. Recordemos, a propósito, que de la vieja Universidad de Santo Tomás, al cabo sobrevivió solamente la Facultad de Leyes junto a la Escuela de Farmacia. El farmacéutico es la primera instancia médica en nuestros pueblos. Pero es la presencia del licenciado en leyes y no la del general,

Costa Rica estuvo incorporada a la República Federal de Centro América, de 1824 a 1838. (Ver Facio, Rodrigo. *La Federación de Centro América; sus antecedentes, su vida y su disolución*. San José, Costa Rica: ESAPAC, 1957).

en nuestra historia, la que forja un país profundamente respetuoso de la ley y del poder civil. Y por encima de todo, está la importancia que para gobernantes y gobernados adquiere la educación, la escuela, que evoluciona dentro de ese mismo carácter, -escolástico y formal-hasta hoy.

A fines del siglo XIX, una generación joven, de ideología liberal, rigurosamente laica, irrumpe en nuestra historia, resuelta a modernizar el Estado, que arrastraba muchas vejeces coloniales. Mientras otros trabajan en distintos campos, el reformador liberal de nuestra enseñanza, don Mauro Fernández, planeará sustituir de cuajo la decrepita Universidad de Santo Tomás, por otra, dentro de la modernidad de un Instituto Politécnico. Era el momento mayor del positivismo, y don Mauro leía a Spencer, Stuart Mill, Comte. También es el momento de mayor despliegue de la poderosa oligarquía cafetalera. La misma que construye un monumento a su propia grandeza en el fastuoso edificio del Teatro Nacional: bronces, mármoles, terciopelos, espejos rococó de candelabros y pinturas, en medio de una aldea chata, de misérrimo aspecto, polvorienta, que es la San José de fines de siglo. Esa misma miope oligarquía asentada sobre el oro verde de sus cafetales, cuyos hijos podían darse el gusto de hacer sus carreras en las universidades europeas, se olvidó de la de Santo Tomás, y de la de don Mauro. Y así fue como durante cincuenta y tantos años en esta historiada democracia el hijo del pueblo apenas tuvo la posibilidad de asistir a una escuela primaria generalizada, ciertamente democrática y a un liceo que sólo abría camino a estudios universitarios que le estaban vedados por su misma pobreza. La insistencia de la clase dominante en mantener un ambiente de sencillez y trato campechano, oculta al mismo tiempo una actitud de profunda desconfianza de las ideas foráneas. Se atiene a sus propios prejuicios, costumbres, modo de sentir y pensar, dentro de un contexto socio-cultural de inmovilismo que se aprecia en nuestra historia política llena de vacía retórica y fórmulas recurrentes. Lo mismo se aprecia en la literatura y el arte, generalmente adocenados, -aunque

dades de la educación. Con la derogatoria de las leyes llamadas liberales, que mantenían la escuela primaria y la enseñanza media bajo control del Estado, crece la enseñanza privada. La industria y el comercio en agudo desarrollo, generan una nueva clase gerencial, ambiciosa, sin principios, sin escrúpulos, dirigida sólo por la moral utilitaria. La educación privada en manos de religiosos tiende a fijar jerarquías económico-sociales. La nueva burguesía empresarial adopta un estilo ultra-conservador, apenas moderado por su moral pro-americana y liberaloide. Las contradicciones de la nueva situación del país generan desempleo, miseria, desnutrición, analfabetismo, aguda crisis habitacional, inflación, carestía, delincuencia. Desaparece la antigua fisonomía de nuestras ciudades, en las cuales veíamos en otro tiempo, al lado de la casita del obrero, del pequeño comerciante, del maestro, la casona, sobria y acogedora, del gamonal, del hombre de empresa, del profesional de fortuna. Ahora, crecen los barrios residenciales, exclusivos, se elevan los grandes edificios de bancos, tiendas, oficinas de monopolios privados, y se construyen en los suburbios las ciudades-satélite o "ciudadelas", complejos habitacionales para una clase media baja de burócratas mal pagados, maestros y obreros, y los barrios pobres son cada vez más ruinosos, y se ocultan por caminos imposibles los hacinamientos miserables de los tugurios y los ranchos campesinos. Los partidos políticos tradicionales, cuya diferencia no está en la doctrina sino en el hombre y el grupo que le hace rueda, -"argolla" se llama a esto en el dialecto político costarricense-, se muestran incapaces para encarar los nuevos problemas. Recientemente, un ciudadano ha hecho caudal político con el demagógico grito de lucha contra la miseria extrema, y la masa campesina miserable y la urbana paupérrima han corrido a darle su apoyo. La masa, el pueblo, sin conciencia de sus problemas lo sigue esperando todo de la providencia encarnada en el político de turno, sin apenas idea de su situación de víctima dentro de una sociedad capitalista que administra el orden y la tranquilidad en beneficio de quien posee el poder económico. Todos los medios publicitarios sirven a esos intereses.

En la universidad, tímidamente, se desenvuelve ya un pensamiento crítico de esa situación político-social explosiva cuyas consecuencias se adivinan. Pero a veces, los mismos medios de comunicación al servicio del sistema imperante, intuyen el peligro. Uno de los periódicos más influyentes en la opinión pública, acaba de decir en su página editorial unas cosas significativas: "... Y son pocos los que protestan. Quizá, piensan algunos, en estos casos no se desquicia el régimen democrático. Al contrario, se fortalece. Quizá, opinan otros, la muerte de la democracia y el germen de la violencia provienen de fuera, nunca de dentro. De acuerdo con este modo de sentir y de opinar se creará que los enemigos de la democracia son solo los extremistas, no los falsos apóstoles de la democracia, aunque estos creen poseer patente de corso". El editorial se produjo a raíz de una resolución arbitraria de los políticos de la Asamblea Legislativa.

Las voces de alerta, los gritos de protesta, ciertamente inorgánicos y débiles todavía, no inquietan a nadie. El costarricense de hoy como el de ayer, se asoma al mundo por la ventana apenas entreabierta de los medios de comunicación sometidos a los intereses de poderosos anunciantes. Como en ellos se le trasmite una imagen a la medida de lo que el Gran jefe le interesa que se conozca en este mundo de tercera clase y como ha sido educado para sentir que vive en un país sin problemas, que hay que mantener aislado de la locura del mundo, nuestro hombre sigue durmiendo tranquilo el sueño de sentirse inmune al desconcierto del siglo, gozando del aire fresco, -"*aire acondicionado*", dicen las guías de turismo-, de esta isla fantasmal que es nuestra Meseta.

Repertorio bibliográfico
del ensayo costarricense

AGUILAR MACHADO, ALEJANDRO. *La esencia del hombre y de lo humano*. San José, Costa Rica: Imp. Tormo, 1953.

Historicismo o metafísica. San José, Costa Rica: Editorial Aurora Social, 1950.

Miscelánea. San José, Costa Rica: Editorial Aurora Social, 1958.

Opiniones y discursos. San José, Costa Rica: Imp. Alsina, 1929.

Reflexiones sobre la muerte. San José, Costa Rica: Ediciones Repertorio Americano, 1950.

Su voz en mí: la inmortalidad y otros ensayos. San José, Costa Rica: Imprenta Tormo, 1961-1965.

ALBERTAZZI AVENDAÑO, JOSÉ. *Frente a otros horizontes, crónicas y atisbos*. San José, Costa Rica: Imp. Lehmann, 1962.

Palabras al viento. San José, Costa Rica, s.p.i., 1936.

-- *Refugio espiritual*. San José, Costa Rica, Imp. J. Arias, 1937.

ALVARADO QUIRÓS, ALEJANDRO. *Bocetos*. San José, Costa Rica: Falcó y Borrásé, 1917.

Bric a brac. San José, Costa Rica: Imp. Alsina, 1914.

La democracia: una conferencia y varios ensayos. San José, Costa Rica: Trejos Hnos., 1939-

— *Nuestra tierra prometida*. San José, Costa Rica: Trejos Hnos., 1925.

Prosa romántica. San José, Costa Rica: Imp. Alsina, 1933.

Ya se oyen los claros clarines. San José, Costa Rica: Lehmann, 1943.

BARAHONA, LUIS. *Anatomía Patriótica*. San José, Costa Rica. Departamento de Publicaciones de la Universidad de Costa Rica, 1970.

Glosas del Quijote. San José, Costa Rica: Imp. Tormo, 1943.

El gran incógnito: visión interna del campesino costarricense. San José, Costa Rica: Editorial Universidad de Costa Rica, 1953.

El pensamiento político en Costa Rica. San José, Costa Rica: Editorial Fernández Arce, 1971.

Primeros contactos con la filosofía y antropología filosófica griega. San José, Costa Rica: Editorial Aurora Social, 1952.

El ser hispanoamericano. Madrid: Graf. Urbina, 1959.

BONILLA, ABELARDO. *América y el pensamiento poético de Rubén Darío*. San José, Costa Rica: Editorial Costa Rica, 1968.

Conocimiento, verdad y belleza. San Salvador, El Salvador: Ministerio de Cultura, Departamento Editorial, 1958.

— *Crisis del humanismo*. San José, Costa Rica: s.p.i., 1934.

Estilística del lenguaje costarricense. San José, Costa Rica: Departamento de Publicaciones de la Universidad de Costa Rica, 1967.

BRENES MESÉN, ROBERTO. *Canto de las horas*. San José, Costa Rica: Colección Ariel, 1911.

Categorías literarias. San José, Costa Rica: García Monge, editor, 1923.

--- *Crítica americana*. San José, Costa Rica: Ediciones El Convivio, 1936.

Dante, filosofía, poesía. San José, Costa Rica: Trejos Hnos. 1945.

Himnos de Akhnaton y Cantar de los cantares: antología amorosa 'le Palestina. San José, Costa Rica: Ediciones El Convivio, 1946.

Metafísica de la materia. San José, Costa Rica: Lehmann, 1917.

El misticismo como instrumento de investigación de la verdad. San José, Costa Rica: Biblioteca Repertorio Americano, 1921.

- BRENES MESÉN, ROBERTO. *El político*. San José, Costa Rica: Borrás Hnos., 1942.
- *La voluntad de los microorganismos*. San José, Costa Rica: Imp. Alsina, 1905.
- CALZADA BOLANDI, JORGE. *Meditemos*. San José, Costa Rica: Imprenta Vargas, 1962.
- *Orientación*. San José, Costa Rica: Imp. Atenea, 1950.
- Semillero*. San José, Costa Rica: Imp. Atenea, 1952.
- Vistazos*, San José, Costa Rica, Imp. Borrás Hnos., 1961.
- CAÑAS, VICTOR MANUEL. *El caso Vincenzi*. San José, Costa Rica: Trejos Hnos., 1935.
- --- . *La lámpara perpetua: ensayo en busca de una verdad trascendental*, San José, Costa Rica: Imp. Tormo, 1937.
- CARDONA, RAFAEL. *El sentido trágico del Quijote.- acotaciones y guijoteos*. San José, Costa Rica: Ediciones El Convivio, 1928.
- CARDONA PEÑA, ALFREDO. *Pablo Neruda y otros ensayos*. México: Ediciones de Andrea, 1955.
- - . *Recreo sobre las letras*. San Salvador: Ministerio de Educación, Departamento Editorial, 1961.
- Semblanzas mexicanas: artistas y escritores del México actual*, México, Biblioteca Mínima Mexicana, [1955].
- CENTENO GÜELL, FERNANDO. *Ensayos poemáticos*, 2 ed. México, Editorial América Nueva, 1961.
- Vendimia de Juan el solitario: ensayo poemático*. San José, Costa Rica: Centro Médico Cultural, 1960.
- CORDERO, JOSÉ ABDULIO. *El ser de la nacionalidad costarricense*. Madrid: Editorial Tridente, 1964.

- CORTES CHACÓN, RAFAEL. *El pensamiento de Omar Dengo en la educación costarricense*. San José, Costa Rica: Imp. Vargas, 1956.
- DENGO, OMAR. *Escritos y discursos*. San José, Costa Rica: Ministerio de Educación Pública, 1961.
- ESTRADA, RAFAEL. *Sobre los estudios estéticos*. San José, Costa Rica, Imp. Alsina, 1926.
- FACIO, RODRIGO. 2 [i.e. dos discursos: 1954-1955]. San José, Costa Rica: Trejos Hnos., 1956.
- — — *Estudio sobre economía costarricense*. San José, Costa Rica: Editorial Surco, 1942.
- *La Federación de Centroamérica: sus antecedentes, su vida y su disolución*. San José, Costa Rica: ESAPAC, 1957.
- FERRERO-ACOSTA, LUIS. *Amighetti, grabador*. San José, Costa Rica: Editorial Don Quijote, 1967.
- *Andrés Bello en Costa Rica*. San José, Costa Rica: Ministerio de Educación Pública, 1962.
- *Arbol de recuerdos*. San José, Costa Rica: Editorial Don Quijote, 1968.
- *Brenes Mesén, prosista.' notas de asedio*. San José, Costa Rica: Trejos Hnos., 1964.
- *La clara voz de García Monge*. Pról. de Luis Alberto Sánchez. San José, Costa Rica: Editorial Don Quijote, 1963.
- *Enrique Echandi: vida y obra*. San José, Costa Rica: Editorial Don Quijote, 1963.
- *Homenaje al profesor José J. Sánchez*. San José, Costa Rica: Ediciones de Revista de Agricultura, 1958.
- (ed.) *Maestros de juventudes. Brenes Mesén. García Monge*. San José, Costa Rica: Editorial Don Quijote, 1971.
- *Manuel de Jesús Jiménez*. San José, Costa Rica: Editorial Don Quijote, 1963.
- — — *La poesía folklórica costarricense*. San José, Costa Rica: Trejos Hnos., 1964.

- GAMBOA, EMMA. *La función de la educación de acuerdo con la naturaleza del hombre*. San José, Costa Rica: Trejos Hnos., 1958.
- . *John Dewey y una filosofía de la libertad*. San José, Costa Rica: Trejos Hnos., 1958.
- . *Omar Dengo*. San José, Costa Rica: Universidad de Costa Rica, 1967.
- GARCÍA MONGE, JOAQUÍN. *Homenaje al Benemérito de la Patria maestro don Joaquín García Monge*. San José, Costa Rica: Ministerio de Educación Pública, 1958.
(Separata de *Educación*, 4(11)1-60. Noviembre-diciembre, 1958).
- GONZÁLEZ FEO, MARIO. *Nibil*. 2 v. San José, Costa Rica: Lehmann, 1961-1967.
- GONZÁLEZ FLORES, LUIS FELIPE. *La obra cultural de don Miguel Obregón*. San José, Costa Rica: Imprenta Nacional, 1935.
- . *Omar Dengo. apuntes para una silueta psicológica*. San José, Costa Rica: Imprenta Nacional, 1930.
- GONZÁLEZ RUCAVADO, CLAUDIO. *Ensayo sobre moral y política*. San José, Costa Rica: Imp. Alsina, 1911.
- GUIER, ENRIQUE. *El general Morazán*. San José, Costa Rica: Lehmann, 1963.
- JIMÉNEZ, MAX. *Ensayos*. Pról. de Joaquín García Monge. San José, Costa Rica: Ediciones El Convivio, 1927.
- JIMÉNEZ QUESADA, MARIO ALBERTO. *Obras completas, 2 v.* San José, Costa Rica: Editorial Costa Rica, 1962.
- JINESTA, CARLOS. *Braulio Carrillo y su tiempo*. San José, Costa Rica: Imp. La Tribuna, 1940.
- . *Bronces de México*. México, D.F., Imp. Veracruz, 1949.
- . *Evocación de Hidalgo*. México: s.p.i., 1951.
- . *La gran ciudad, de 1943 a 1956*. México: s.p.i., 1957.
- . *Rubén Darío en Costa Rica*. México: s.p.i., 1944.

- JINESTA, RICARDO y LUIS CRUZ MEZA. *Sándalo, armonía social. Salvación de los presos.* San José, Costa Rica: Imp. Alsina, 1915.
- KOBERG, MAX. *El verdadero orden social.* San José, Costa Rica: Editorial Letras Nacionales, 1944.
La fuerza de los mejores. San José, Costa Rica: Lehmann, 1969.
- MARTIN, ERNESTO. *Discursos y conferencias.* San José, Costa Rica: Imp. Gutenberg, 1930.
- MELLNDEZ CHAVERRI, CARLOS. *El presbítero y doctor don José Matías Delgado, en la forja de la nacionalidad centroamericana. El Salvador: Ministerio de Educación Pública, Dirección general de publicaciones, 1962.*
La Ilustración en el Antiguo Reino de Guatemala. San José, Costa Rica: Educa, 1971.
Un héroe olvidado: don Luis Pacheco Bertora. San José, Costa Rica: Imp. Tormo, 1958.
- MONGE ALFARO, CARLOS. *Educación y desarrollo humano.* Pról. de Jean Labbens. San Pedro de Montes de Oca, Costa Rica: Universidad de Costa Rica, 1965.
En torno a algunos problemas de la educación y de la comunidad. San José, Costa Rica: Universidad de Costa Rica, 1968.
Tradición y renovación de la Universidad. San José, Costa Rica: Universidad de Costa Rica, 1967.
Tres discursos. San José, Costa Rica: Universidad de Costa Rica, 1966.
La universidad contemporánea. San José, Costa Rica: Universidad de Costa Rica, 1970.
- NAVARRO BOLANDI, HUGO. *La generación del 48 [i.e. cuarenta y ocho], juicio histórico-político sobre la democracia costarricense.* México, D.F.: Ediciones Humanismo, 1957.
- NÚÑEZ, FRANCISCO MARTA. *Rocinante y Rucio: dos tesis.* San José, Costa Rica: Lehmann, 1965.

OLARTE, TEODORO. *Filosofía actual y humanismo*. San José, Costa Rica: Editorial Costa Rica, 1961.

OREAMUNO, YOLANDA. *A lo largo del corto camino*. San José, Costa Rica: Editorial Costa Rica, 1961.

PACHECO, LEÓN. *En busca de una definición*. San José, Costa Rica : Trejos Hnos., 1963.

----- *Ensayo sobre Gonzalo Zaldumbide. La Habana*: Ediciones Cuba Contemporánea, s.f.e.

. *Ensayo sobre Rafael Cardona*. San José, Costa Rica: Imprenta Greñas, 1919.

. *Filosofía de la crítica: ¡Moisés Vincenzi, su personalidad crítica*, San José, Costa Rica: Imp. Greñas, 1920.

. *El hilo de Ariadna*. San José, Costa Rica: Editorial Costa Rica, 1965.

--. *Meditaciones al margen de ~i-vos de Proteo*. San José, Costa Rica: Lehmann, 1918.

Once maestros franceses. Santiago de Chile: Ed. Zig Zag, s.f.e.

Personalidad literaria de Ventura García Calderón. San José, Costa Rica: Ediciones Repertorio Americano, 1921.

--. *Tres ensayos apasionados: Vallejo, Unamuno, Camus*. San José, Costa Rica: Editorial Costa Rica, 1968.

PERALTA, HERNÁN G. *Costa Rica y la fundación de la república*. San José, Costa Rica: Imp. Española, 1948.

. *El Pacto de Concordia: orígenes del derecho constitucional de Costa Rica*. San José, Costa Rica: Imp. Atenea, 1952.

. *El 3 [i.e. tres] de junio de 1850 [i.e. mil ochocientos cincuenta]*. San José, Costa Rica: Imp. Española, 1950.

. *Vidas costarricenses: don Rafael Yglesias*, San José, Costa Rica: Editorial Costa Rica, 1968.

PICADO TWIGHT, CLODOMIRO. *Pasteur y Metchnikoff*. San José, Costa Rica: Biblioteca del Repertorio Americano, 1921.

- PICADO, TEODORO. *Estudios históricos*. San José, Costa Rica: Imp. La Tribuna, 1947.
- RAMOS, LILIA. *Donde renace la esperanza*. San José, Costa Rica: Ediciones Elite, 1963.
- Marian Anderson*. San José, Costa Rica: Imp. La República, 1953.
- Mensaje en claridad inefable*. San José, Costa Rica: Lehmann, 1969.
- El santo enamorado de los humildes*. San José, Costa Rica: Ministerio de Educación Pública, 1961.
- RODRIGUEZ VEGA, EUGENIO. *Los días de don Ricardo*. San José, Costa Rica: Editorial Costa Rica, 1971.
- ROJAS VINCENZI, RICARDO. *Crítica literaria*. San José, Costa Rica: Borrásé Hnos., 1929.
- Flores de almendro*. San José, Costa Rica: Imp. Trejos, 1927.
- Mosaicos: vida y obra de Luis Dobles Segreda*. San José, Costa Rica: Imp. Trejos, 1927.
- La tragedia de escribir alta filosofía en lengua castellana*. Pról. de Luis Eduardo Nieto Caballero. San José, Costa Rica: Trejos Hnos., 1930.
- SÁENZ, VICENTE. *Actualidad y elogio de don Juan Montalvo*. México: Sociedad Bolivariana de México, 1946.
- América hoy como ayer*, México: Editorial América Nueva, 1955.
- El grito de Dolores y otros ensayos*. México: Editorial América Nueva, 1959.
- Morelos y Bolívar*. San Salvador: Ministerio de Cultura, Departamento Editorial, 1956.
- Vidas ejemplares hispanoamericanas*. Morelos, Bolívar, Morazán, Montalvo, Martí. México: Editorial América Nueva, 1961.
- SANABRIA, VICTOR MANUEL. *El magisterio de la iglesia y la cuestión social*. San José, Costa Rica: Lehmann, 1941.

- SANCHO, MARIO. *Costa Rica, Suiza centroamericana*. San José, Costa Rica: Imp. La Tribuna, 1935.
- . *El doctor Ferraz y su influencia en la educación y cultura del país*. San José, Costa Rica: Imp. La Tribuna, 1934.
- . *La joven literatura nicaragüense*. San José, Costa Rica: Imprenta Alsina, 1919.
- . *Memorias*. San José, Costa Rica: Editorial Costa Rica, 1962.
- . *Palabras de ayer y consideraciones actuales*: San José, Costa Rica: Imp. Alsina, 1912.
- . *El pueblo español*. San José, Costa Rica: Imp. Española, 1937.
- . *Viajes y lecturas*. San José, Costa Rica: Ediciones El Convivio, 1933.
- — — . *Vicisitudes de la democracia en América*. San José, Costa Rica: Trejos Hnos., 1944.
- SOTELA, ROGELIO. *Apología del dolor*. San José, Costa Rica: Imp. La Tribuna, 1929.
- . *Motivos literarios*. San José, Costa Rica: Imp. Gutenberg, 1934.
- . *Recogimiento*. San José, Costa Rica: Biblioteca Repertorio Americano, 1922.
- TOVAR, ROMULO. *De Atenas y de la Filosofía; exhortaciones a los jóvenes*. San José, Costa Rica: García Monge, editor, 1920.
- . *Don Mauro y el problema escolar costarricense*. San José, Costa Rica: Imp. Alsina, 1913.
- . *Exhortación patriótica*. San José, Costa Rica: Imp. Alsina, 1920.
- . *Hércules y los pastores*. San José, Costa Rica: Imp. Alsina, 1914.
- — — . *Un discurso y una campaña*. San José, Costa Rica: Imp. María v. de Lines, 1928.
- TREJOS, JUAN. *La doctrina del eterno retorno y los avances de la ciencia*, Madrid: Ediciones Iberoamericanas, 1964.
- . *Temas de nuestro tiempo*. San José, Costa Rica: Trejos Hnos., 1954.

- VINCENZI, MOISÉS. *El hombre-máquina: ensayo sobre el desconcierto de la civilización contemporánea*. San José, Costa Rica: Imp. Lehmann, 1938.
- El hombre y el cosmos*. San José, Costa Rica: Imp. Lehmann, 1961.
- . *Hombres de América: Octavio Méndez Pereira*. Panamá: s.p.i., 1936.
- . *Humanismo y barbarie*. San José, Costa Rica: Imp. Trejos, 1963.
- Los ídolos del teatro; ensayo de inspección estética teatral*. San José, Costa Rica: Trejos Hnos., 1957.
- Mensaje a los jóvenes yanquis*. San José, Costa Rica: Ediciones Repertorio Americano, 1926.
- Mi segunda dimensión*. Pról. de José Vasconcelos. San José, Costa Rica: Trejos Hnos., 1928.
- . *Mis primeros ensayos; prueba de una filosofía personal*. San José, Costa Rica: Imp. Lehmann, 1917.
- La moral en la crisis contemporánea*. San José, Costa Rica: Trejos Hnos., 1963.
- La nueva razón*. San José, Costa Rica: Imp. Nacional, 1932.
- *Principios de crítica: Roberto Brenes Mesén y sus obras*. San José, Costa Rica: Imp. Minerva, 1918.
- Psicología del líder*. San José, Costa Rica: Imp. Lehmann, 1938.
- Principios de crítica filosófica*. París: Éditions Le Livre Libre, 1928.
- *Ruinas y leyendas: metafísica de la unidad*. San José, Costa Rica: Imp. Minerva, 1921.
- El teatro de H. Alfredo Castro Fernández*. San José, Costa Rica: Trejos Hnos., 1957.
- Valores fundamentales de la razón*. San José, Costa Rica: Imp. Falcó, 1919.
- Vida, arte y filosofía*. San José, Costa Rica: s.p.i., 1943.
- Vida ejemplar del general don Francisco Menéndez: mensaje a los políticos de América*. San Salvador: Editorial Ahora, 1955.

ZAMBRANA, ANTONIO. *El secreto de oro*. San José, Costa Rica: Colección Ariel, 1911.

Ideas de estética, literatura y elocuencia. San José, Costa Rica: Tipografía Nacional, 1896.

-. *La poesía de la historia*. San José, Costa Rica: Imprenta Española, 1900.

. *Prensa y tribuna*. Quito, Ecuador: s.p.i., 1912.

A

- ACOSTA (Tomás de), 325.
AGUILAR B. (Oscar), 88.
AGUILAR MACHADO (Alejandro), 65, 337.
AGUIRRE (Lope de, llamado El Tirano), 246.
ALAIN (Emile-Auguste Chartier), 209.
ALARCÓN, (Juan Ruiz de), [v. Ruiz de Alarcón, Juan].
ALBERDI (Juan Bautista), 183.
ALBERTAZZI AVENDAÑO (José), 55, 337.
ALIGHIERI (Dante), 338.
ALONSO (Martín), 22.
ALVARADO (Felipe J.), 138.
ALVARADO (José Antonio), 28.
ALVARADO QUIRÓS (Alejandro), 46, 337.
ANSERMET (Erneste), 228.
ARAGON (Louis), 207.
ARROYO (Víctor Manuel), 68.
ASTURIAS (Miguel Ángel), 52, 245, 246.
AUGUSTO, 188.
AZOFEIFA (Isaac Felipe), 58, 66, 68, 71, 80, 98, 318.
AZORIN (José Martínez Ruiz), 15, 51.

B

- BACON (Roger), 133.
BAKUNIN (Mikhail), 40.
BARAHONA JIMÉNEZ (Luis), 58, 62, 71, 82, 85, 110, 254, 338.
BARUK (Henri), 224.
BELLO (Andrés), 21, 51, 52, 61, 241, 242, 340.
BENDA (Julien), 208, 220, 222.
BENTHAM (Jeremy), 94.
BERGSON (Henri), 208, 217, 218.
BERNANOS (Georges), 207, 220.
BLANCO FOMBONA (Rufino), 53.
BODE (Boyd H.), 126.
BOLIVAR (Simón), 40, 51, 55, 156, 188, 235.
BONAPARTE (Napoleón), 138, 221.
BONILLA (Abelardo), 38, 63, 64, 67, 68, 71, 79, 85, 110, 272, 338.
BOUTROUX (Emil), 41.
BRENES MESEN (Roberto), 35, 40, 42, 44, 45, 46, 50, 52, 53, 57, 61, 64, 70, 71, 72, 83, 110, 118, 160, 338, 340.
BRETON (André), 207.
BUBER (Martín), 282.
BUNGE (Carlos Octavio), 176.
BURCKHARDT, (Jakob), 221.

C

CALZADA BOLANDI (Jorge), 67, 339.
CALVERT (Amelia S.), 291.
CALLES (Plutarco Elías), 243.
CAMUS (Albert), 207.
CAÑAS (Alberto F.), 58, 63, 206.
CAÑAS (Víctor Manuel), 55, 339.
CARDONA (Rafael), 54, 56, 70, 71, 77, 82, 84, 174, 339, 343.
CARDONA PEÑA (Alfredo), 65, 68, 339.
CARLOS III (Rey de España), 233, 234.
CARRIER BELLEUSE (Louis-Robert), 147*n*.
CARRILLO (Braulio), 30, 61, 301*n*., 322*n*., 327, 341.
CARVAJAL, (María Isabel) [v. Lira, Carmen].
CASO (Antonio), 156, 243.
CASSOU (Jean), 228.
CASTELAR (Emilio), 98.
CASTRO (Cano de), 291.
CASTRO FERNANDEZ (H. Alfredo), 207, 208.
CASTRO MADRIZ (José María), 31*ss*., 94.
CENTENO GÜELL (Fernando), 65, 339.
CERVANTES (Miguel de), 192, 239.

CICERÓN (Marco Tulio), 188.
CLAUDEL (Paul), 210.
COLÓN (Cristóbal), 112.
COMENIUS (Jan Amos Komensky), 184, 186.
COMTE (Auguste), 331.
COPÉRNICO (Nicolás), 182.
CORDERO (José Abdulio), 63, 339.
CORTES (Hernán), 236.
CORTÉS (Rafael), 67, 340.
CRISTO, 112, 186, 188, 219, 243, 256.
CRUZ (Sor Juana Inés de la), 232.

CH

CHACÓN DE UMAÑA (Luz Alba), 324*n*.
CHAN RODRIGUEZ (Eugenio), 66.
CHANNING (William Ellery), 123.
CHAVES Y MENDOZA (Juan), 324.
CHOCANO (José Santos), 166.

D

D'ANNUNZIO (Gabriele), 187.
DANTE ALIGHIERI [v. Alighieri, Dante].
DARIO, RUBÉN (Félix Rubén García Sarmiento), 27, 28, 37, 38, 51, 61, 65, 94, 98, 118, 156, 236, 237, 240, 310*n*., 338, 341.
DELGADO (padre José Matías), 60.

DENGO (Omar), 35, 47, 48, 50, 61, 67, 70, 71, 73, 84, 160, 340, 341.
DENGO DE VARGAS (María Eugenia), 89.
DESCARTES (René), 210, 232, 255.
DIAZ DE VIVAR (Ruy, llamado El Cid), 179.
DILTHEY (Wilhelm), 65.
DOBLES SEGREDA (Luis), 47, 55, 321n.
DOCTOR ANGÉLICO, [Y. Santo Tomás de Aquino].
D'ORS (Eugenio de), 5.1.
DRYDEN (John), 21.

E

ECHANDI (Enrique), 61, 340.
ECHEVERRIA (Aquileo J.), 68, 310.
EDWARDS BELLO (Joaquín), 244, 245.
EINSTEIN (Albert), 182.
EMERSON (Ralph Waldo), 40, 51, 154, 156, 186.
ESQUILO, 188.
ESTRADA (Rafael), 55, 340.
ESTRADA M. (Ligia M.), 325n.

F

FACIO (Rodrigo), 58, 60, 71, 74, 85, 259, 330n., 340.
FEIJOO (Benito Jerónimo), 233.

FERNÁNDEZ (Guido), 67, 68.
FERNÁNDEZ (Mauro), 36, 46, 49, 66, 98, 264, 321, 331, 332.
FERNÁNDEZ FERRAZ (Valeriano), 34, 35.
FERNÁNDEZ GUARDIA (Ricardo), 30192.
FERNÁNDEZ GÜELL (Rogelio), 321.
FERNÁNDEZ LOBO (Mario), 158.
FERRERO-ACOSTA (Luis), 7, 61, 67, 88, 89, 340.
FERRY (Jules), 98.
FICHTE (Johann Gottlieb), 186.
FIGUERES (José), 58, 66, 280n.
FLORA (Francesco), 220.
FORD (Henry), 203.
FOUCHET (Max-Pol), 228.
FRANK (Waldo), 51, 88, 154, 156.
FRANKLIN (Benjamín), 154.
FREUD (Sigmund), 225.
FROEBEL (Friedrich Wilhelm August), 184, 186.
FUNES (Gregorio, llamado el Deán Funes), 242.

G

GACHÉ (Paul), 63.
GÁLVEZ (Manuel), 232.
GAMBOA (Emma), 66, 341.
GANDHI (Mohandas Karamchad), 187.

- GANIVET (Ángel), 238.
GARCÍA CALDERÓN (Ventura),
54, 244, 343.
GARCÍA MONGE (Joaquín), 29,
35, 40, 42, 43, 47, 50, 52, 61, 70,
71, 72, 75, 76, 78, 84, 110, 146,
160, 340, 341.
GARNIER (José Fabio) , 47.
GAVIDIA (Francisco), 37.
GEORGE (Henri), 154.
GIDE (André), 209, 210.
GINER DE LOS RÍOS (Francisco),
98.
GOETHE (Johann Wolfgang), 209,
211.
GÓMEZ DE BAQUERO (Eduardo),
238.
GÓNGORA Y ARGOTE (Luis de),
232.
GONZÁLEZ FEO (Mario), 67, 341.
GONZÁLEZ FLORES (Alfredo), 48.
GONZÁLEZ FLORES (Luis Felipe),
47, 341.
GONZÁLEZ FRÍAS (Eloy), 67.
GONZÁLEZ PRADA (Manuel),
156.
GONZÁLEZ RUCAVADO (Clau-
dio), 45, 341.
GONZÁLEZ VIQUEZ (Cleto), 48.
GRANT (Ulysses), 154.
GREÑAS (Alfredo), 37.
GRIAULE (Marcel), 224.
GUARDIA (Víctor de la), 28.
GUARDIA QUIRÓS (Víctor), 231,
248.
GUÉHENNO (Jean), 220, 221.
GUIER (Enrique), 341.
GUIER (Jorge Enrique) , 68.
GÚIRALDES (Ricardo), 246.
GUTIÉRREZ (Carlos José), 63.
GUTIÉRREZ CARRANZA (Clau-
dio), 63.
GUYAU (Jean-Marie) , 191, 239.
- H
- HAYA DE LA TORRE (Víctor
Raúl), 57, 156.
HAYA (Diego de la), 324.
HEGEL (Georg Wilhelm Friedrich),
217, 222.
HENRÍQUEZ UREÑA (Pedro), 51,
71, 89, 156.
HERNÁNDEZ (Paco), 285.
HERÁCLITO DE EFESO , 218, 221,
227.
HIDALGO Y COSTILLA (Miguel),
61, 156.
HOMERO, 228, 248.
HOSTOS (Eugenio María de), 51,
160.
HUGO (Víctor), 202.
HUMBOLDT (Alexander von), 68.
HUSSERL (Edmund), 208, 217, 218.

I

INGENIEROS (José), 156, 157, 160.
 ISABEL LA CATÓLICA (Reina de España), 241.

J

JASPERS (Karl), 220, 221, 222.
 JEFFERSON (Tomás), 1.55.
 JEREZ (Máximo), 35.
 JESÚS, [v. Cristo].
 JIMÉNEZ (Jesús), 34.
 JIMÉNEZ (Manuel de Jesús), 61, 88, 340.
 JIMÉNEZ (Mario Alberto), 63, 68, 71, 80, 284, 341.
 JIMÉNEZ (Juan h.ón), 8_
 JIMÉNEZ ALPÍZAR (Octavio), 55.
 JIMÉNEZ HUETE (Max), 55, 341.
 JIMÉNEZ OREAMUNO (Ricardo), 39, 48.
 JIMÉNEZ ROJAS (Elías), 47.
 JINESTA (Carlos), 61, 341.
 JOVELLANOS (Gaspar Melchor), 233.
 JOYCE (James), 245.
 JUAN DEL CAMINO, [v. Jiménez Alpízar, Octavio].

K

KANT (Immanuel), 217, 222.
 KANTOR (Harry), 66.

KOBERG (Max), 66, 342.

KORN (Alejandro), 242.

KROPOTKIN (Peter Alekseevich), 40.

L

LABBENS (Jean), 59, 90, 342.
 LAÍN ENTRALGO (Pedro), 224.
 LÁSCARIS C. (Constantino), 65, 68, 89, 328n.
 LEHMANN MERZ (Antonio), 7.
 LEÓN (fray Luis de), 198.
 LEON XIII (Papa), 49.
 LINCOLN (Abraham), 154.
 LIRA (Carmen), 47, 48, 160.
 LIZANO (Víctor), 297n.
 LOMBARDO (José de los Santos), 322n.
 LONGFELLOW (Henri Wadsworth), 154.
 LOPE DE AGUIRRE [v. Aguirre, Lope de, llamado El Tirano].
 LOPEZ-IBOR (Juan José), 63, 90.
 LUGONES (Leopoldo), 156, 162.
 LUKACS (George), 220, 221.

LL

LLORENTE Y LA FUENTE (Anselmo), 300.

M

MACAYA LAHMANN (Enrique), 63.

MACEO (Antonio), 27.

MALAVASSI VARGAS (Guillermo), 68.

MALOTT (Rector de la Universidad de Cornell), 263.

MALRAUX (André), 207.

MANN (Horace), 154.

MAQUIAVELO (Niccoló Machiavelli), 128, 138.

MARTAS (Julián), 19, 220, 224.

MARIE (Adolphe), 35.

MARÍN CAÑAS (José), 68.

MARINETTI (Tomasso), 212.

MARTÍ (José), 27, 28, 38, 40, 51, 61, 71, 110, 149, 154, 156, 160, 166, 235, 236.

MARTÍNEZ (José Luis), 18, 20, 22.

MARTÍNEZ (Modesto), 197, 199.

MARX (Karl), 225.

MASFERRER (Alberto), 37.

MAULNIER (Thierry), 228.

MAUROIS (André), 210.

MÉDICIS (los), 133.

MÉDIZ BOLIO (Antonio), 53.

MELÉNDEZ (Carlos), 60, 68, 342.

MENDELEYEFF (Dimitri Ivanovich), 124.

MÉNDEZ PEREIRA (Octavio), 53.

MENÉNDEZ (Francisco), 53.

MENÉNDEZ PIDAL (Ramón), 241.

MERCIER (Cardenal Desiré), 49.

MERLEAU-PONTY (Maurice), 225.

METCHNIKOFF (Elías), 55, 343.

MILL (Stuart), 94, 331.

MIRANDA (Francisco de), 156, 234, 235.

MISTRAL, Gabriela (Lucila Godoy Alcayaga), 51, 156.

MONGE (Luis Alberto), 58.

MONGE ALFARO (Carlos), 58, 59, 63, ⁷¹, 73, 81, 85, 250, 342.

MONTAIGNE (Michel de), 18, 166, 210, 211, 233, 239.

MONTALVO (Juan), 55, 156, 239.

MONTANARO (Oscar), 284.

MONTEALEGRE (José María), 60.

MONTESQUIEU (Charles Louis de Secondat, barón de), 30.

MONTÚFAR (Lorenzo), 35.

MORA FERNÁNDEZ (Juan), 28, 327, 328.

MORA PORRAS (Juan Rafael), 300, *321n*.

MORELOS (José María), 55, 156.

MORENO (Mariano), 235.

MORET (Segismundo), 98.

MORGEN (Charles), 228.

MURILLO (Roberto), 68.

MURET (Maurice), 190.

N

- NAPOLEÓN, [v. Bonaparte, Napoleón].
NAVARRO BOLANDI (Hugo), 67, 342.
NEBRIJA (Elio Antonio de), 241, 242.
NERUDA, Pablo (Neftalí Reyes), 52, 65, 270, 33.9.
NIETZSCHE (Frierich), 53, 209, 210, NÚÑEZ, (Francisco María), 61, 342.

O

- ODUBER (Daniel), 58.
O'HIGGINS (Bernardo), 156.
OLARTE (Teodoro), 68, 343.
OREAMUNO (Yolanda), 65, 332n., 342.
ORTEGA Y GASSET (José), 15, 21, 49, 51, 221, 225, 236, 256.
OSEJO (Rafael Francisco), 28, 31, 328n.

P

- PACHECO (León), 32, 47, 50, 53, 54, 63, 64, 68, 71, 77, 83, 84, 166, 230, 343.
PARMPNIDES DE ELEA, 226.

- PASCAL (Blaise), 232.
PASTEUR (Louis), 55, 343.
PAULHAN (Jean), 207.
PERALTA (Hernán G.), 61, 88, 343.
PERALTA (José María de), 61.
PEREIRA (Juana), 297.
PEREYRA (Carlos), 234.
PERIER (Philippe), 63.
PICADO (Teodoro), 118, 344.
PICADO TWIGHT (Clodomiro), 47, 55, 343.
PICON (Gaëtan), 207, 210.
PICÓN SALAS (Mariano), 2L, 87, 243,
PIO IX (Papa), 264.
PITÁGORAS, 227.
PITT (Sir William), 235.
PITTIER (Henri), 35.
PLATÓN, 40, 41, 188, 227, 228, 251, 252, 253, 257.
POPE (Alexander), 21.
PORMANN (Adolphe), 228.
PROTÁGORAS, 218.
PROUST (Marcel), 211.

Q

- QUEVEDO Y VILLEGAS (Francisco de), 245.

R

- RAMÍREZ (Gregorio José), 301n., 322n., 327, 328.
- RAMOS (Lilia), 68, 344.
- RANKE (Leopold von), 221.
- RENÁN (Joseph-Ernest), 40, 46, 231, 239, 240, 243.
- RETZ (Cardenal ,Jean-Francois-Paul de Gondi), 233.
- REYES (Alfonso), 8, 16, 17, 50, 51, 71, 89, 156, 233.
- ROBB (James Willis), 87.
- RODO (José Enrique), 40, 42, 51, 71, 75, 160, 199, 239, 240.
- RODRÍGUEZ (Cristián), . 68.
- RODRÍGUEZ VEGA (Eugenio), 58, 63, 344.
- ROJAS VINCENZI (Ricardo), 55, 344.
- ROOSEVELT (Teodoro), 257.
- ROUGEMONT (Denis de), 220, 223.
- ROUSSEAU (Jean-Jacques), 54, 211, 212.
- ROVINSKI (Samuel), 68.
- RUDÍN (Juan), 35.
- RUIZ DE ALARCÓN (Juan), 244.
- RUSKIN (Johnn), 40, 175.
- RUSSELL (Bertrand), 51.

S

- SAN AGUSTÍN, 120, 128.
- SAN MARTÍN (José de), 156.
- SAN PABLO (Saulo de Tarso), 192.
- SANTA TERESA DE ÁVILA, 242.
- SANTO TOMÁS DE AQUINO**, 264.
- SÁENZ (Guido), 68.
- SÁENZ (Vicente), 55, 344.
- SAINT-EXUPÉRY (Antoine de), 207.
- SALAZAR NAVARRETE (José Manuel), 68.
- SALMERON (Nicolás), 98.
- SALIS (R. de), 220, 221.
- SANABRIA (Victor Manuel), 297n, 344.
- SÁNCHEZ MEJÍAS (Alvaro), 68.
- SANCHO (Mario), 46, 50, 56, 61, 62, 70, 71, 76, 84, 110, 196, 306, 345.
- SANDINO (Augusto César), 244.
- SANTAMARÍA (Juan), 61, 321n.
- SARMIENTO (Domingo Faustino), 40, 51, 71, 154, 156, 160, 183, 244.
- SARTRE (Jean Paul), 207.
- SCHOPENHAUER (Arthur), 217.
- SHAKESPEARE (William), 133, 209, 228.

VINCENZI (Moisés), 47, 53, 54,
64, 70, 71, 72, 74, 81, 82, 86,
206, 343, 346.

VINCI (Leonardo da), 233.

VIQUEZ (Pío J.), 27, 38, 102, 297n.

VIRGILIO MARÓN (Plubio), 188,

VIZCARDO Y GUZMÁN (Pablo),
234.

VOLIO (Alfredo), 199.

VOLIO (Julian), 33, 88, 94.

VOLTAIRE (Francois-Marie Arouet),
30, 211, 247.

W

WAHL (Jean), 225.

WALKER (William), 32, 147, 179,
320, 321.

WASHINGTON (Jorge), 156.

WEBER (Max), 221.

WILSON (Woodrou), 182.

WITHMAN (Walt), 156, 237, 248.

Z

ZALDUMBIDE (Gonzalo), 235,
343.

ZAMBRANA (Antonio), 35, 38, 39,
110, 348.

ZEA (Leopoldo), 88.

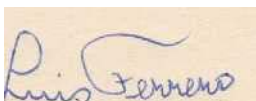
ZELAYA G. (Chester), 328n.

ZELEDÓN (José María, llamado Bi-
llo), 48.

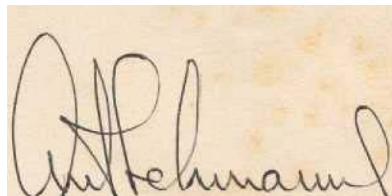
ZOMMER (Clara), 68.

Con ocasión del 75 aniversario de la Casa Lehmann
y el 150 aniversario de la independencia Centroamericana,
en setiembre 1971
se imprimieron 750 ejemplares numerados,
fuera de venta, en papel Novela Antique satinado
de 60 libras, en los talleres de
ANTONIO LEHMANN,
Librería, Imprenta y Litografía Ltda.
Apartado 10011 San José de Costa Rica.

EJEMPLAR N2 112

A rectangular photograph showing a handwritten signature in blue ink on a light-colored, textured paper. The signature is cursive and reads "Luis Ferrero".

AUTOR

A rectangular photograph showing a handwritten signature in blue ink on a light-colored, textured paper. The signature is cursive and reads "Antonio Lehmann".

tujuok